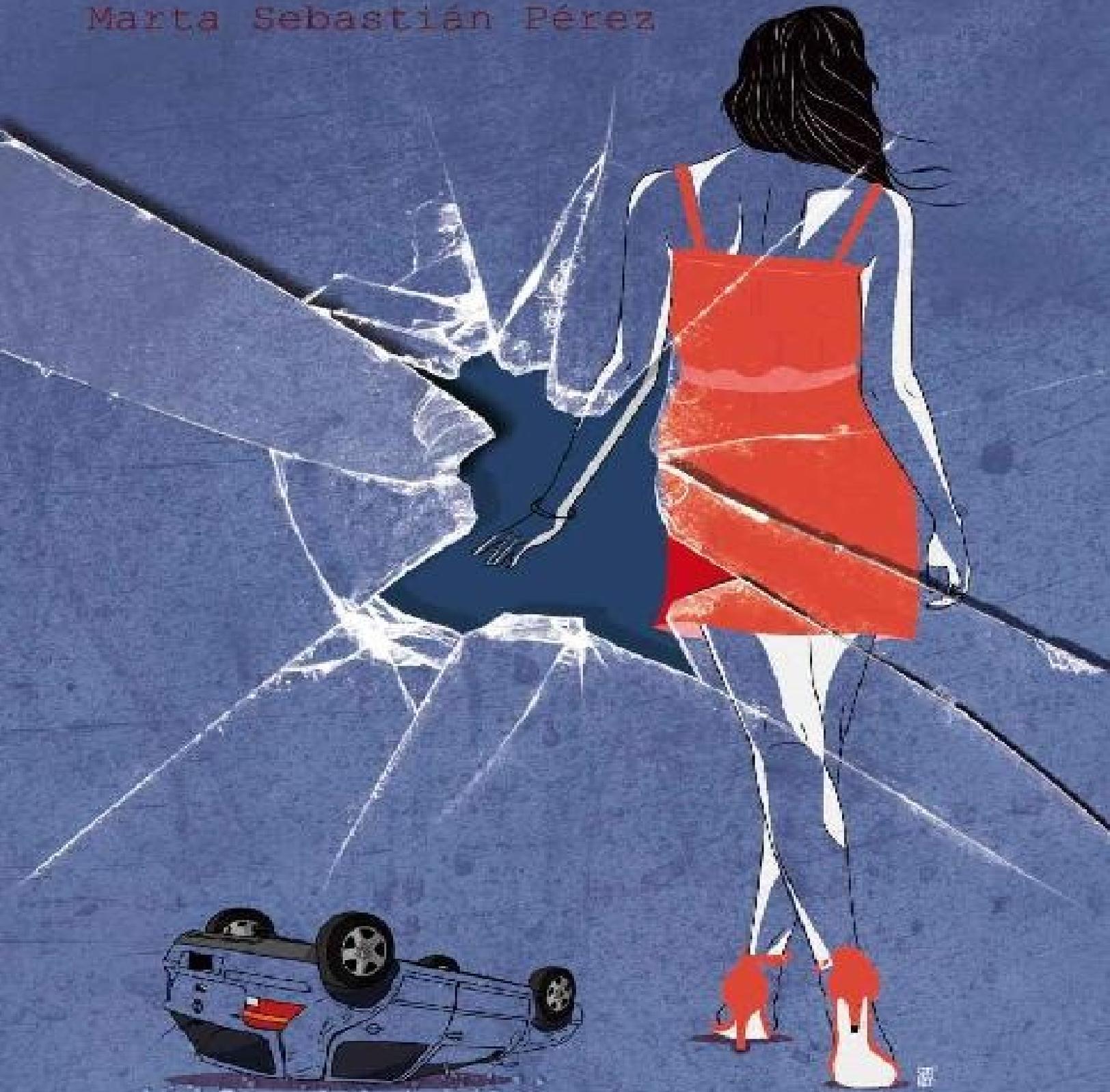


MIRADAS PERDIDAS

Marta Sebastián Pérez



MBP

MIRADAS PERDIDAS



MIRADAS PERDIDAS

Marta Sebastián Pérez

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Miradas perdidas*

© Marta Sebastián Pérez

Primera edición: *julio 2017*

Corrección: *Correctivia*

Diseño de portada: *Yeivit*

Maquetación: *Trabajobbie*

*A menudo encontramos nuestro destino por los caminos que tomamos para
evitarlo*
Jean La Fontaine

*El destino es el que baraja las cartas, pero nosotros somos los que
jugamos.*
William Shakespeare

A todos los que crean su propio destino..
A mi *Ñaja*, mi hermana... porque sabe luchar por las cosas que desea y no se rinde.

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1: LAS NOTAS...](#)

[CAPÍTULO 2: ¿UN CHUPITO?](#)

[CAPÍTULO 3: DAVID](#)

[CAPÍTULO 4: LA CORBATA AZUL](#)

[CAPÍTULO 5: INSTINTOS](#)

[CAPÍTULO 6: REMIENDOS](#)

[CAPÍTULO 7: EL ESPEJO](#)

[CAPÍTULO 8: EL DESTINO](#)

[CAPÍTULO 9: SUEÑOS](#)

[CAPÍTULO 10: EL PRINCIPIO DEL FIN](#)

[CAPÍTULO 11: UN GOLF AZUL](#)

[CAPÍTULO 12: CUANDO TODO SE ACABA](#)

[CAPÍTULO 13: EL INFORME](#)

[CAPÍTULO 14: DONDE TODO COMENZÓ](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[SOBRE MÍ](#)

CAPÍTULO 1: LAS NOTAS...

Llovía. Diluviaba de una manera casi apocalíptica. Normalmente le gustaba la lluvia pero precisamente ese día no estaba de humor. Había tenido que llevar el coche al taller. Sintió un escalofrío recorriéndole el cuerpo al recordarlo. Si solo hubiera sido el cristal y los faros rotos se hubiera cabreado, y ya está. Pero esa maldita nota insertada en el parabrisas la hizo estremecer. Había sido lo primero que le había llamado la atención al ver su coche aparcado en el parking. El brazo del limpia estaba roto, apuntando al cielo, con la nota clavada como si la estuvieran apuñalando.

La editorial le había ofrecido un coche mientras el suyo estaba en el taller. Nadie se explicaba cómo era posible que alguien entrara en el garaje de las oficinas durante la mañana y, a plena luz del día, hubiera hecho todo eso sin que el guardia lo viera.

Les había dicho que no hacía falta. Y ahora se regañaba a sí misma. Ella y su maldita autosuficiencia. Aunque no era solo eso. No podía quitarse la idea de la cabeza de cómo habría entrado esa persona al parking privado de la empresa. Tenía que ser alguien de dentro. Prefería moverse en taxi o en transporte público.

Se sonrió a sí misma. Se puso la capucha y salió del edificio con paso decidido. No iba a dejarse llevar por el miedo. Se negaba en redondo. Atravesó la plaza y se dirigió a la calle principal. Se volvió para mirar hacia el alto edificio que rasgaba el cielo de Madrid. Varias ventanas estaban iluminadas. Un escalofrío le erizó los pelos de la nuca. Otra vez esa maldita sensación de que alguien la observaba. Por mucho que aquel policía le hubiese quitado importancia diciéndole que había sido un simple acto de vandalismo... Ni siquiera había cambiado de opinión cuando le había dicho lo de los *mails* y mostrado la nota.

Un rayo iluminó el cielo. La tormenta iba enfureciéndose por segundos. Decidido. Cogería un taxi. Si no, llegaría aún más empapada a casa y ya lo estaba bastante. Además, necesitaba llegar pronto, darse una ducha, ponerse algo calentito, hacerse algo rápido para cenar, tirarse en el sofá, bajo la manta y ver algo ligero en la televisión.

No tardó mucho en parar un taxi. Y antes de lo que esperaba había atravesado Madrid y el coche se paraba delante de su portal. Agradeció que el hombre no se hubiera empeñado en mantener una conversación. No tenía ganas. Solo quería quitarse sus zapatos y olvidarse de todo.

La tormenta había ido aumentando desde que había cogido el taxi. Corrió hasta el portal. Lo abrió y se sacudió levemente. Estaba helada. Vio que tenía el buzón lleno. Cogió todo lo que había sin mirar y subió a su casa. Tiró el correo encima de la mesa y se dirigió directa a la ducha. El agua caliente sobre su cuerpo la relajó y le hizo olvidarse de todo. Enfundada en su albornoz se dirigió a la cocina. Pilló una cerveza del frigorífico y volvió al salón. Una de las mejores cosas de vivir sola era poder andar el albornoz o en ropa interior por la casa. Algo bueno tenía que tener esa maldita soledad.

Su vista fue a parar a una foto y notó cómo sus ojos se llenaban de lágrimas. No había podido superar aún su ausencia. Todo el mundo le decía que tenía que seguir con su vida, que ya habían pasado tres años. Pero ella no conseguía olvidar esa trágica noche en la que ese maldito coche la había arrasado.

Su relación con David no había sido un lecho de rosas. Pero ninguna que mereciera la pena, lo era. Incluso lo habían dejado por un tiempo. Incluso ella había creído volver a enamorarse de otro en ese tiempo. Pero desde que habían vuelto no tuvo la menor duda de que estaba loca por David. Y de pronto... Casi dos años después de su reencuentro...

Suspiró. Bebió un trago y se echó la bronca. Sabía que tenía que salir de su cascarón. Pero no era fácil. No era una monja ni muchísimo menos. Pero solo buscaba sexo. No quería nada más. Y algo que, en principio parecía tan fácil y perfecto para muchos hombres, no lo era tanto en realidad. Al principio todos estaban encantados. Sexo sin compromiso, sin ataduras, sin peleas de enamorados, sin tener que guardar fidelidad... Y luego decían de las tías. Lo que más le hacía gracia era cuando le decía eso de “*no quiero hacerte daño*”. ¿Daño? Como si tuvieran el poder de hacerle daño. Engréidos.

Le dio otro trago a la cerveza y empezó a mirar el correo. Cartas del banco, publicidad, una revista a la que estaba suscrita... Y de pronto un folio cortado por la mitad. Le temblaron las manos. Se levantó y comprobó que la puerta de su casa estaba cerrada. Se quedó apoyada en ella mientras intentaba tranquilizarse. En unas horas había pasado de enviarle *mails*, a destrozarle el coche dentro de un parking privado y a dejarle una nota en el buzón de su casa... Vale, si la policía no hacía nada ella estaba convencida de no querer tener miedo. Quizás tuvieran razón y fuera una tontería, pero no se iba a arriesgar. Cogió su teléfono y buscó el contacto que buscaba. Suspiró, miró la hora. No. No era muy tarde. Volvió a suspirar y marcó el número.

Estaba agotado. Agotado física y mentalmente. Firmó los últimos documentos y los metió en la carpeta. Terminó de imprimir las fotografías. Cogió una de ellas antes de meterlas en la carpeta. Se sonrió a sí mismo. Si querías ponerle los cuernos a tu pareja le parecía perfecto, él no era precisamente un monje de clausura, pero al menos hazlo con cuidado. Sobre todo si estás casado y no tienes separación de bienes. Mejor para ella. Y para ellos, claro. Un cliente contento era siempre un cliente generoso.

Comenzó a sonarle el móvil. Lo miró con pereza. Estaba casi seguro de quién era. Silvia. Su chica. Uff... No le apetecía nada hablar con ella en ese momento. No era que no la quisiera. Claro que la quería. Y era agradable estar con una chica como ella. Era divertida y alegre. Además de muy hermosa. Era quizás una de las chicas más guapas que había conocido. Tenía el pelo rubio y ondulado. Y unos ojos verdes preciosos. Era alta y delgada. Se machacaba muchísimo en el gimnasio. Y cuidaba mucho su alimentación. Una chica sana. Tanto que le tenía prohibido fumar. Y él respetaba su prohibición... Cuando estaban juntos.

Suspiró. Era ese caso. Quizás esa profesión. Escarbar en la miseria de la gente le había vuelto un cínico. La mayoría de sus trabajos trataban sobre infidelidades, parejas que acababan odiándose... Ya podría tocarle algo más interesante, algo más entretenido que dedicarse a pillar maridos infieles.

Miró el móvil. Debería llamarla. Ir a verla. Ir a cenar fuera. O pedir algo y ver una película. Ese era un plan que siempre apetecía. Miró por la ventana. Diluviaba. Y lo que más le apetecía en esos momentos era salir con sus amigos, emborracharse... No pensar. No tener que hacerse el sueco ante las indirectas de Silvia sobre cuándo vivirían juntos.

Ya había vivido con diferentes novias y había salido escaldado. No quería volver a precipitarse. Quizás no era justo con Silvia, pero todos acabamos pagando las cicatrices que dejan otros en la persona con la que estamos.

Los golpes en la puerta de su despacho le sacaron de sus pensamientos. Gómez entró en su

despacho, con timidez, casi pidiéndole permiso.

–Hola Raúl, ¿Cómo vas?

Levantó una ceja. Le conocía lo suficiente como para saber que esa cordialidad era porque estaba pensando en un nuevo trabajo para él. ¿Qué sería? Por favor, no quería otra mujer de cuarenta años que quería desvalijar a su marido. Conociéndole como le conocía sabía que daría mil vueltas antes de proponérselo. Era un buen chico y un gran trabajador. Pero como jefe le faltaba mucho por aprender. Parecía querer quedar bien con todo el mundo. Y no comprendía que era el jefe y que tenía que dar órdenes de vez en cuando, con firmeza y autoridad.

–Terminando los últimos detalles del caso Armendariz.

–Muy bien. La señora está muy contenta con el resultado.

A eso le llamaba él amor. Sí. La mujer se entera de que su marido le pone los cuernos y ella está contenta porque le va a sacar una pasta en el divorcio, sí. Aunque bueno, si hubiera sido feliz en el matrimonio no hubiera contratado ningún detective, ¿no?

Gómez recorrió la mesa con la mirada. Como buscando algo de lo que hablar. De pronto su mirada se iluminó. Raúl le siguió la mirada. Se había parado en el libro que había sobre la mesa.

–¿Qué tal está?

–Es entretenido.

No le gustaba hablar de ese libro. No le gustaba hablar de la autora. Le retorció el cuerpo. Tanto ella como su forma de escribir. Y el tema... No podía evitar pensar en cuánto de autobiográfico habría en esa historia.

–Tengo entendido que es el segundo libro de la autora, ¿no?

–Sí.

Cogió el libro y le guardó en un cajón. Eso le pasaba por tenerlo encima de la mesa. Si es que en el fondo era *masoca*. Gómez parecía un poco más tranquilo. Como si estuviera más seguro de lo que tenía que hacer.

–Entonces, está ya terminando el informe, ¿no?

–Sí. Hoy mismo, antes de irme, lo tendrá encima de su mesa.

–Muy bien, muy bien. Justo a tiempo.

–¿Justo a tiempo?

–Tenemos un nuevo trabajo y creo que serás el indicado.

No le dejó responder. Simplemente se dio la vuelta y se marchó a su despacho. Le siguió con la mirada. Luego se encogió de hombros y volvió a centrarse en terminar lo poco que le quedaba. Quería terminar pronto. Cogió el móvil y le mandó un mensaje a su grupo de amigos. Simple y conciso: “¿Unas cervezas?”

Llegaba tarde. No solía llegar tarde pero, al final, la noche se había alargado más de la cuenta. Tras las primeras cervezas habían llegado muchas otras... Y habían acabado a las tantas. No sabía por qué pero esa noche había vuelto a necesitar alguna copa de más. Estuvo tentado de llamar a Silvia y acabar con ella la noche. Pero no le apetecía. Prefería estar solo. No le apetecía que Silvia le comiera la cabeza sobre el mismo tema de siempre.

Llegaba tarde. Y la reunión debía de haber comenzado. Un nuevo cliente. Vaya impresión le iba a causar. Y encima no había podido echarle un vistazo al informe para ir informado sobre el caso. No

podía ser. Era algo que no solía pasarle. Pero los sueños de esa noche le habían dejado agotado. Necesitaba un café bien cargado. Solo. Con dos de azúcar. Esperaba que la reunión terminara pronto. Y que fuera un caso facilito.

Abrió la puerta de la sala de reuniones. Gómez le miró fijamente a los ojos, echándole la bronca significativamente. Miró a su alrededor. No vio al cliente.

–Está en el servicio. Justo hoy tienes que llegar tarde, ¿no?

–He tenido un problema con el coche...

–Bah, da igual. Toma el informe.

Se acercó a la mesa y se sentó. Justo cuando cogía el informe oyó cómo se abría la puerta. Miró el nombre que había en una esquina de la carpeta. No podía ser. De pronto comprendió porqué Gómez se había sonreído al ver el libro de encima de la mesa. Aldara Pérez. No podía haber muchos nombres iguales. Levantó la vista y la vio. Ella le miraba fijamente. Incredula también. ¡Qué ojos tenía! Mira que eran marrones, pero tan grandes, tan expresivos... Estaba más guapa de lo que él recordaba. Estaba más delgada. Y más morena. El pelo negro, cortito, despeinado. Ligeramente maquillada. Iba con un vestido largo, ajustado en el pecho y luego suelto.

–Raúl, te presento a Aldara Pérez. Creo que no hace falta que te diga que es la autora del libro que estás leyendo.

–Gracias Javi, pero no hace falta que nos presentes. –*¿Y esas confianzas para llamarle por su nombre?* No recordaba que ningún otro cliente le llamara por su nombre de pila en vez de por su apellido—. Hola Raúl. Cuanto tiempo. ¿Qué tal todo?

–¿Os conocéis?

–De otra vida.

No había conseguido articular palabra. Estaba anonadado mirándola. Tenía que recomponerse. Ella parecía mucho más segura que él en esos momentos. Se levantó de su silla y se acercó para darle dos besos.

–Hola Aldara. ¿Qué tal? Estás guapísima.

Ella medio sonrió y agachó levemente la cabeza, creyó ver cómo se sonrojaba. Se puso de pie. Le puso la mano en el hombro y le dio dos besos. Notó el escalofrío que le producía volver a verla y tocarla. Suponía que era normal, ¿no? Era lógico. Al fin y al cabo, hubo algo especial entre los dos. Aunque, como había dicho Aldara, le daba la sensación de que había sido en otra vida.

–Gracias. No sabía que trabajabas aquí.

–Empecé hace cuatro años.

–Sí, y es uno de nuestros trabajadores más eficaces. Como ya te he dicho antes, estarás en muy buena manos.

Gómez intentaba meterse otra vez en la conversación. Los miraba fijamente a los dos. Seguramente preguntándose qué habría entre ellos. Aldara sonrió con dulzura a Gómez. Se separó de él y se sentó en una de las sillas de la mesa de reuniones. Él se sentó en la suya. Miró la carpeta de encima de la mesa. Recordando de golpe que Aldara estaba allí en calidad de cliente, ¿qué le pasaría?

–La señorita Pérez.

–Javi, por favor, nos conocemos todos. Así que... mejor Aldara.

–De acuerdo, Aldara. –La miró fijamente. Una de las normas de la empresa era no familiarizarse con los clientes, *¿De qué se conocían?*—. Como ya sabes es una escritora de éxito.

–Tampoco exageres.

–Así no terminamos nunca. –Aldara medio sonrió, bajando la mirada como si fuera una niña pequeña a la que echaban la bronca en clase... Seguía como siempre—. Pues como te decía, Raúl, Aldara

ha empezado a recibir anónimos.

–Es una tontería. Seguro que no soy la primera escritora que los recibe. Pero es que comenzaron llegando al *mail* de la editorial, lo cual no me asusto porque pensé que era un loco. Pero al poco empezaron a llegar a mi *mail* personal y, en los últimos días, me he encontrado sendas notas, una en el parabrisas de mi coche; el cual, por cierto, destrozaron. Y la otra en el buzón de mi casa.

–¿Has acudido a la policía?

–Sí, claro. Pero... dicen que si no hay amenazas claras de muerte o cosas por el estilo no pueden hacer nada. Quizás tengan razón y sea una exagerada. Pero... prefiero asegurarme.

Aldara le miró. Tenía miedo. Sus pupilas temblaban perceptiblemente. Tenía ganas de alargar la mano y coger la suya. Pero sabía que eso no era profesional. Bajó la vista hacia el informe y puso la voz más seria que pudo.

–¿Qué ponía en las notas?

Aldara abrió su bolso y sacó una bolsita de plástico con cierre hermético. Dentro había dos notas. Se sonrió. La proliferación de las series de detectives, policías y demás tenía sus cosas positivas y negativas. Por desgracia, en su trabajo se había encontrado con mucho listillo que creía que sabía más que ellos solo por haber visto CSI. Pero comprendía la iniciativa de Aldara y no era para nada negativa. Las dos notas eran iguales y con el mismo texto. Folio normal. A ordenador. Esperaba algún escrito ordinario y de carácter sexual, por lo que le sorprendió lo que allí había escrito.

“Las mujeres no deben ser iluminadas ni educadas de forma alguna. De hecho, deberían ser segregadas, ya que son causa de insidiosas e involuntarias erecciones en los santos varones”

No pudo evitar sonreír ante la última parte del texto. Gómez le miró. No iba a explicarle por qué sonreía. Aldara también se había percatado de su sonrisa pero, si le había molestado o si entendía el motivo de su sonrisa, no hizo el menor gesto.

–Lo he buscado en Internet. Es de San Agustín.

–¿La Biblia? ¿Un texto religioso? Quizás algún creyente enfadado por tu libro. En él hablas del aborto. A lo mejor alguna asociación pro-vida.

–Eso es lo que he pensado. Bueno, más que una asociación... Un loco suelto.

–Y ese es tu trabajo, averiguar quién es y si es peligroso o no. Por eso es bueno que la acompañes a los actos públicos que tiene previstos. Quizás el responsable de esos anónimos esté allí. Si es por el libro, tendría sentido, ¿no?

–Es posible.

–Bueno, yo os dejo, para que te dé más datos y demás. Cualquier cosa que necesitéis... ya sabéis dónde estoy... –Gómez se levantó de su silla cogiendo sus cosas. Luego les miró fijamente y continuó hablando–. Raúl, ¿puedes acompañarme un momento fuera? Si no te importa, Aldara.

–Claro que no.

Raúl se levantó extrañado. Salió del despacho seguido por Gómez. Vio cómo este se despedía de Aldara dándole un beso en la mejilla, y salía cerrando la puerta tras de él. Luego le miró fijamente. Incómodo. Adivinó lo que estaba pensando antes de que se lo dijera. Igualmente permaneció mirándole fingiendo desconcierto.

–Raúl, no sé de qué conoces a Aldara, pero... ¿crees que vas a poder concentrarte al cien por cien en este trabajo o prefieres que se le pase a otro?

–No te preocupes. Yo me encargo.

–¿Seguro?

–Sí.

Se preguntó por ese interés en realizar él el trabajo. Suponía que quería asegurarse de que Aldara estuviera bien, era una persona a la que tenía aprecio y, si querías que algo saliera bien, tenías que hacerlo tú mismo, ¿no?

–De acuerdo. Pero si en algún momento ves que, por la razón que sea, no puedes ser objetivo y que el bienestar de tu cliente puede estar en peligro...

–No te preocupes.

No le dejó terminar. Se dio la vuelta y volvió a entrar en la sala de reuniones donde le esperaba Aldara. Ella le sonrió, nerviosa. ¿Por él o por las notas? No se sentó enfrente de ella, sino a su lado, estiró el brazo y cogió la carpeta con su informe. Leyó por encima. Ella esperaba, mirándole con una sonrisa irónica en los ojos.

–A ver, empecemos por el principio, ¿cuándo comenzaron los *mails*?

–Hace... unos dos meses.

–¿Al poco de sacar tu libro?

–Sí.

–Luego en tu coche y en tu casa, ¿no? ¿Un 206?

–Sí. A las dos.

–Además de por el libro ¿se te ocurre alguna razón más por la que alguien quiera asustarte?

–No.

–Piénsalo.

–Ya lo he pensado, Raúl. ¿Crees que no le he dado mil vueltas a todo?

–Lo sé.

Le cogió la mano. Intentó parecer distraído. Como si fuera un gesto mecánico. Ella no se lo esperaba y se puso, durante unos instantes, tensa. Era una extraña situación.

–Y la nota... hay como dos partes... Lo de la instrucción, eso podemos relacionarlo con el libro. Y lo de...

–Lo de la erección.

Se sonrió. Era extraño hablar de sexo con ella. Estaban más cerca que antes y el vestido le hacía un bonito escote. Y ella estaba medio inclinada hacia él para responder sus preguntas. Y él tenía que concentrarse en mirar la carpeta e ir tomando notas en su cuaderno.

–Sí. Quizás algún chico disgustado, alguien a quien hayas dado calabazas o algo parecido.

–Lo dudo.

–¿Por?

Al instante se arrepintió de esa pregunta. Le salió de dentro. Aldara le miró fijamente. Seguía teniendo esa mirada irónica y directa.

–No tengo tiempo, ni ganas.

–¿Y David? ¿Qué opina de todo esto?

Aldara se quedó callada. Él subió la mirada y la posó en los ojos de ella. Tenía la sensación de haber metido la pata y no sabía el motivo. Quizás era porque mencionar a David le hacía recordar todo lo que había pasado entre ellos años atrás. Y se preguntó a sí mismo si solo había habido interés profesional en esa pregunta.

–David murió hace tres años en un accidente.

–Lo siento, no lo sabía.

Aldara miró hacia otro lado. Miraba por la ventana. Notó cómo tragaba y luego suspiraba para volver a mirarle. Todavía se le daba bien intentar hacerse la fuerte. Le apretó un poco la mano que aún

tenía entre sus dedos.

–¿Por qué no me llamaste?

Aldara subió una ceja y medio sonrió. Durante unos instantes le pareció que habían retrocedido en el tiempo y que volvían a estar cinco años atrás.

–No digas tonterías, Raúl. ¿Qué pretendías, que después de dos años sin saber de ti te llamara para refugiarme en tus brazos?

–Joder Aldara.... Intentaba hacer lo mejor para los dos.

–No, intentaste hacer lo mejor para ti. Nunca te importo que yo opinara lo contrario.

¿Qué hacían discutiendo sobre eso otra vez? ¿Y por qué los ojos de ella seguían estando igual de llorosos que cuando discutían cinco años atrás? ¿Y por qué él sentía de nuevo ese apretón en el estómago? ¿Por qué volvía a sentir que se equivocaba? Ella suspiró y sacó su mano de entre los dedos de él.

–Raúl, no sé... pasó lo que pasó. No podemos cambiar el pasado. Claro que tuve ganas de llamarte, pero tomaste una decisión que me hizo daño aunque yo la respeté. Y no me apetece seguir hablando de este tema. Aunque supongo que en algún momento tendremos que hablarlo y podremos bromear... Pero ahora nos deberíamos plantear si es buena idea que seas tú quien lleve mi caso.

Directa y clara. Intentando aparentar seguridad. Le miró a los ojos. ¿Estaba preparado para llevar ese caso? ¿Y por qué no iba a estarlo? Era cierto que tenían un pasado en común, pero era un pasado. Aunque la había querido mucho. Más de lo que él mismo quiso aceptar nunca. Habían pasado cinco años, cinco largos años, en los que los dos habían cambiado. “*Me hizo daño*”, esa frase se repetía en su cabeza... No dudaba de eso. Se sentía avergonzado. Quizás por eso sentía la necesidad de ayudarla. Para compensarla.

–Aldara, si tienes dudas de que no voy a estar al ciento cincuenta por cien en ayudarte, o si piensas que es mejor que otro lleve tu caso, lo comprenderé y le cederé el caso a otra persona. Pero si estoy aquí, es porque yo no tengo ninguna duda. Es tu decisión. Y lo comprenderé.

Aldara se le quedó mirando fijamente. Unos segundos. Eternos. Sabía que su mente iba a mil por hora. Y en esos momentos daría cualquier cosa por saber qué sería lo que le pasaba por la cabeza, qué estaría pensando.

Salió del edificio. Sacó un paquete de tabaco del bolsillo de su abrigo y lo encendió. Le dio una larga calada. No recordaba cuándo había vuelto a fumar pero sabía que era por los nervios, para calmarse. Para no estallar. Cerró los ojos y se apoyó en la pared. Se maldijo, maldijo el universo, al destino, al karma... A su mala suerte.

¿Por qué? Maldita sea, ¿por qué Raúl trabajaba para Javier? ¿Por qué Javier había decidido que fuera él quien llevara su caso? “*Es el mejor*” le había dicho. Y estaba convencida de que era verdad... Pero ahora se arrepentía. Tendría que haberle dicho que no cuando le dio la oportunidad; sin embargo, se había recostado en la silla y, sin poder retirar los ojos de los suyos, había intentado mostrarse lo más fría posible.

“*Raúl, si yo no te creyera capaz o si no pensara que vas a intentar ayudarme... No estaría sentada aquí, contigo*”.

Pero ¿estaba segura de lo que estaba haciendo? ¿Segura de que era lo mejor, que él sería capaz de ser profesional? ¿Y ella? ¿No sería mejor no volver a dejarle entrar en su vida? Ya se la había dejado

patas arribas y completamente devastada una vez... ¿Por qué arriesgarse a volver a revivir esos viejos sentimientos? ¿Y estaba realmente segura de que eran viejos?

Cuando había entrado en la sala y le había visto, el corazón le había dado un vuelco. Era lo último que se esperaba, encontrárselo ahí. Hacía tanto tiempo ya. Había dejado de pensar en él hacía siglos... Y, al verle, todos los recuerdos habían abordado su mente de golpe, sin llamar, invadiéndola sin el menor respeto. Intentó mostrarse serena, tranquila... Si algo había aprendido en esos tres años era a mostrarse alegre y distendida mientras la tormenta estallaba en su interior.

Aunque, cuando él le había preguntado por qué no la había llamado... Le habían dado ganas de abofetearle. Pero, ¿de qué iba? Había suspirado internamente. Sabía que no conseguiría mostrarse tan fría como le hubiera gustado, que esa conversación seguiría haciéndole daño siempre, aunque no le iba a mostrar cuánto a Raúl.

Era por orgullo, se dijo. Esa había sido la única relación a la que ella no le había puesto punto y final, había sido él quien la acabó. Tenía que ser eso. Sino no tenía sentido que le siguiera doliendo pensar en aquel día en que él le había dejado.

Suspiró. Le dio la última calada al cigarro y lo apagó en una papelera acondicionada para ello. Tenía que dejar de pensar en eso. No podía seguir dándole vueltas a lo que había pasado, en lo que podría haberle dicho o haber hecho. Ya no tenía solución y ahora tendría que verle otra vez en unas horas.

Esa tarde tenía una lectura y firma de libros en una gran librería del centro, y Raúl había insistido en ir a cada uno de los actos que tuviera para ver si había alguien allí presente que se comportara de una extraña manera. Lo que le faltaba. Había participado ya en muchos eventos como ese, algunos a los que hubiera preferido no haber tenido que ir. Pero aún no se había acostumbrado, aún seguía poniéndose nerviosa, aún le entraban las dudas y las inseguridades. Y se preguntó si algún día se le pasarían. Pero ese día no sería. Un loco le mandaba notas, cada vez más atrevido, cada vez invadiendo más terreno de su “zona segura”, y encima el encargado de protegerla era alguien que le había roto el corazón años atrás.

Entró en un bar. Necesitaba un café bien cargado. Se sentó en una mesa, en la esquina, y contempló el local. Sencillo. Sin alardes de modernidad, sin pretensión de ser “chic”. Estaba agotada de esos lugares ¡y de sus precios! Parecía que, en vez de tomar un café con leche, habías pedido cinco o seis. Ridículo. A ella no le importaba pagar más cuando consideraba que el producto merecía la pena. Estaba en una época en la que el dinero no era un problema, no es que ganara millones, pero tampoco gastaba mucho y tenía la suerte de que sus libros le daban para vivir cómodamente. También tenía un blog personal que le aportaba buenos beneficios entre publicidad y promociones. Además de escribir regularmente una pequeña columna en el dominical de un periódico importante. Aún se preguntaba cómo había tenido tanta suerte. Porque sí. Era suerte. Había cientos de escritores que publicaban libros, algunos muchos mejores que los suyos pero, ¿quién sabía el motivo?, no habían llamado la atención de los lectores ni de una gran editorial. Había tenido suerte. Porque el mundo editorial que la rodeaba no era, precisamente, el cuento de hadas que te imaginas cuando, con quince años, sueñas con publicar un libro.

El camarero la sacó de sus pensamientos. Le pidió un café y sacó su libreta mientras esperaba. Necesitaba tomar unas cuantas notas. Escribir siempre había tenido su parte de terapia. Era su manera de expresar sus sentimientos más profundos, de sacarlos a la luz y así poder analizarlos. Incluso en alguna ocasión se había llegado a “asustar” de las cosas que había escrito. No porque escribiera algo horrible, no eran los actos de sus personajes lo que le asustaba, eran sus sentimientos. Y eso era lo que necesitaba sacar fuera en esos momentos: sentimientos no deseados. Y volvió a maldecir su suerte, volvió a maldecir que fuera Raúl el encargado de su caso, y se lamentó por haberle dicho que siguiera él en el caso. Era realmente estúpida.

–Perdona, ¿eres Aldara Pérez?

Levantó la vista. Una chica de unos veinticinco años. Ojos negros. Cabello aún más negro. Aspecto informal, muy informal. Lo normal para su edad. La miraba con timidez y nerviosa. Y vio que tenía su primer libro entre las manos. Se obligó a sí misma a salir de su mundo y volver a esa cafetería. No era frecuente que alguien la reconociera por la calle y notó como sus mejillas ardían. No iba a hacer cábalas. La chica la había reconocido por la foto de la contraportada. Ni más ni menos.

–Sí. Soy yo. Dime...

–Yo... bueno... estoy leyendo tu libro. Me tiene enganchada y me encantaría que me lo dedicaras... Si es posible.

–Claro que sí. –Cogió el libro que le tendía y sonrió–. ¿Tu nombre?

–Ana.

Escribió una dedicatoria y le devolvió el libro. Vio cómo ella la leía ilusionada. Y se puso aún más colorada. No se acostumbraría nunca a que leyeran delante de ella. Manías. Todo el mundo las tenía, ¿no? Y los que se dedicaban al arte y la literatura... aún más.

–Muchísimas gracias. Esta tarde voy a ir con un grupo de amigas a tu presentación.

–Gracias. Será un placer verte ahí y contestarte todas las preguntas que quieras.

–Gracias, gracias... Y te compraremos el libro. ¡Qué ganas de leerlo! ¿Y para cuándo el siguiente? ¿Tienes ya previsto el tema? ¿De qué va?

Se rio. Había mucha dulzura en esa chica. El camarero le trajo el café y un platito con una napolitana.

–Todas esas preguntas... esta tarde.

Le guiñó el ojo mientras hablaba. No quería sonar borde pero deseaba tomarse el café en silencio. Haciendo análisis de todas las cosas que le habían sucedido en esas pocas horas. Y lo único que sabía era que se le habían quitado las ganas de escribir una novela negra.

La sala estaba llena. Un silencio abrumador la invadía. Y ella, de pie, delante de todos ellos. No usaba atril. No le gustaba nada. Para disgusto de su editora que no acaba de comprender que no le gustara marcar distancias entre sus lectoras y ella. Su editora quería convertirla en una estrella, en alguien cercano, sí, pero inalcanzable. Pero ella sentía que seguía siendo la misma de siempre. Si por ella fuera, se sentarían todos en una gran alfombra y les leería... Se sonrió. ¡Qué gran idea! Quizás se atreviera a proponérselo a Laura, aunque solo fuera por ver la cara de pánico que pondría.

Recorrió con la vista a todos los asistentes, sin verles realmente. Uno de los trucos que le había enseñado Laura. Por mucho que se quejara de ella, le debía mucho y era una gran profesional. Pasó la mirada por todos ellos sin detenerse en ninguno. Excepto en él. De pie, apoyado en un pared, a media altura de la sala. En vaqueros y camiseta. Nadie que no lo supiera pensaría que era un detective privado. Suponía que esa era la idea. Pasar desapercibido y así vigilar más fácilmente. Una idea algo libidinosa le cruzó por la mente al ver esos vaqueros, pero la eliminó rápidamente. ¡Lo último que le faltaba!

Volvió a centrarse en el libro que tenía en las manos y buscó la página que tenía marcada. Había dudado mucho si elegir o no esa parte. Pero la decisión era irrevocable. Primero porque era una escena que le gustaba, que era clave en el libro; segundo, porque nada ni nadie iba a hacer que ella dejara de expresar sus sentimientos y, tercero, si el motivo del acoso estaba en ese libro, ¿qué mejor manera de ver su reacción?

“Miró el teléfono. Lo cogió. Volvió a dejarlo encima de la mesa. Lo volvió a coger y a dejar encima de la mesa. No sabía cuántas veces había repetido esa acción. “Para” se dijo. “No, no vas a llamarlo”. E, involuntariamente, se llevó la mano a la tripa. Estúpida de ella. Como si fuera a notar algo. ¿Qué tamaño debía de tener? Daba igual. No quería saberlo. Cuanto menos pensara en eso, mejor; sería más fácil. ¿Más fácil? No se lo creía ni ella.

Desde que lo había sabido, desde que las malditas rayas rosas le habían indicado que algo estaba creciendo en su interior, se había colado en Internet buscando cualquier cosa que le hiciera inclinar la balanza de un lado o de otro. Era curioso. Creía tener las cosas muy claras en ese tema y, sin embargo, en esos momentos se ahogaba en un mar de dudas. ¿Qué iba a hacer? ¿Criarlo sola, sin un padre, sin un entorno familiar estable? Pero si ni siquiera tenía un trabajo fijo... En cuanto se enteraran del embarazo harían lo que se les ocurriera para despedirla. Porque sí, la ley diría una cosa, pero la realidad era muy distinta. Y la opción de decírselo al padre no estaba incluida en la ecuación. Le había dejado bien claro que no quería saber nada más de ella, que no le llamara para nada. Y era tan egocéntrico que encima sería capaz de pensar que era una forma de atraerle, una mentira para que volvieran a estar juntos. ¡Lo que le faltaba! ¿Qué otra opción tenía? Someterse a un aborto... ¿Y si algo salía mal? ¿Y si luego no podía tener más hijos y se arrepentía el resto de su vida? ¿Y si le acechaba el mal de conciencia?

¿Fácil? Se reía (por no llorar) cuando leía algunas “pro-vidas” afirmando que era la solución fácil... Ella no veía nada fácil. Llevaba llorando desde que se había enterado. ¡Maldita suerte! Aún no comprendía cómo había pasado... ¡Siempre habían usado precauciones! Que sí, que era una inconsciente en algunas cosas, pero no en eso. No. Tenía bien aprendido el “póntelo, pónselo”. Y ahora... Se sentía estafada. Uno de cada cien falla. ¡Pues qué suerte la suya!

Miró el teléfono otra vez. Buscó un número y llamó. No iba a llamarle, aunque le costara un esfuerzo sobrehumano. Pero tenía claro que no iba a pasar por eso a solas. Nadie debería hacerlo.”

Levantó la vista. Los asistentes empezaron a aplaudir. Y notó la mirada de Raúl sobre ella. La ignoró. Otra conversación que quizás algún día podrían tener.

Aldara se sentó para empezar a firmar ejemplares. Y él volvió a centrarse en su trabajo. Agradeció haber puesto una cámara enfocando al público porque, cuando Aldara había empezado a leer, el resto del mundo había desaparecido. Ya había leído ese trozo, ya le había creado muchas dudas pero escucharlo de su voz... “Le había dejado bien claro que no quería saber nada más de ella”. Sí. Recordaba perfectamente habérselo dicho. Cómo recordaba no haber podido intentar saber algo de ella. Y cómo le habían llegado rumores de que estaba embarazada. Y cómo no lo había creído. Hasta que ese libro cayó en sus manos. Y ya no había podido dejar de pensar en qué sería realidad y qué ficción. ¿Algún día se atrevería a preguntárselo? ¿Estaba preparado para escuchar la respuesta?

Sacudió la cabeza. Tenía que centrarse. Le había asegurado a Gómez que no iba a dejar que su relación con Aldara afectara a su trabajo. Había ido tomando notas mentalmente de los asistentes. Y lo cierto era que ninguno parecía un acosador psicópata. Pero claro... nadie solía llevar el cartelito colgado del cuello. Y con el tiempo había aprendido que, quienes más lo parecían, solían ser los más inofensivos (y viceversa).

Llevaba su ejemplar del libro en las manos. Si tenía que fingir que era un fan, había que hacerlo bien. Se puso a la cola. Las orejas bien abiertas. Fingía leer su libro. Pero nada. Ninguna conversación

realmente interesante. Ninguna persona que no encajara en ese ambiente. Le tocó su turno y dejó el libro encima de la mesa. Ella levantó la vista con una sonrisa. No se esperaba verlo ahí. Y se quedó desconcertada.

–Me llamo Raúl.

–Encantada. Muchas gracias por venir. Espero que te guste.

La voz de Aldara temblaba. Cogió el libro y empezó a escribir.

–Ya estoy a punto de terminarlo.

El rostro de ella era todo un poema. Estaba seguro de que no se esperaba que él conociera sus libros. Le devolvió su ejemplar sin decirle nada más. Y justo en el momento en el que él lo recogió, una chica menuda de pelo negro se abalanzó hacia Aldara sin parar de hablar.

–Hola, ¿ves? He venido. Me ha encantado. No he podido parar de leer tu libro. Quería empezar hoy con este.

–Encantada de volver a verte. Ana, ¿verdad?

¿Volverte a ver? Algo saltó en su mente. Había pensado que, debido al texto de las notas, tenía que ser un hombre quien estaba detrás del acoso. Pero, ¿y si fuera una mujer? No podía descartarlo. Al fin y al cabo era muy frecuente que las mayores machistas y anti abortistas fueran mujeres. También solían ser más religiosas. Y mucho más aficionadas a la lectura que los hombres. Examinó a la muchacha que parecía muy emocionada porque Aldara la recordara. ¿De cuándo se conocían? Lo cierto era que no encajaba en el papel que se había hecho en la cabeza, pero... no iba a descartar a nadie.

–Es muy buena escritora, ¿verdad? –se dirigió a ella que se había quedado a su lado mientras otros lectores se acercaban a que les firmara.

–Sí. Es la mejor. La conocí hace unas semanas pero...

–¿Hace unas semanas? ¿Y cómo llegó su libro a tus manos?

–Una compañera de la universidad me lo recomendó.

–Pensaba que la conocías de más. Como se sabía tu nombre.

–Es un cielo, ¿verdad? Me la he encontrado esta mañana en una cafetería y me ha firmado su primer libro. ¡A qué es increíble! Vaya casualidad.

“Sí” pensó. “*Toda una casualidad*”. Aunque había aprendido que las casualidades no existían. La chica se despidió y se fue corriendo hacia un grupito de chicas de su edad. Sin embargo, vio cómo se volvía para volver a mirar a Aldara, ¿fan ansiosa o acosadora en potencia?

Observó cómo Aldara terminaba de firmar los últimos ejemplares sin perder la sonrisa. ¿Cómo lo haría? Parecía realmente agotador. Todo el día teniendo que poner buena cara. La gente se fue yendo y, cuando solo quedaban Laura y Aldara, procedió a recoger la cámara y el resto de sus aparatos.

–Así que tú eres el encargado de proteger a mi estrella.

Se volvió. Laura estaba muy cerca de él. Se apoyaba coqueta en la mesa. Levantó una ceja. Desde que se había hecho detective privado ligaba mucho más que antes. El morbo que conllevaba el puesto. Muchas películas, libros y series lo habían cimentado. Y no iba a hacerse el puritano y decir que nunca había caído en la tentación. Todo lo contrario. En más de una ocasión había acabado tirándose a una testigo. Una vez incluso había acabado follando con una clienta especialmente lujuriosa. Lo peor de esa historia no era la falta de moral profesional (aunque estaba seguro de que si Gómez se enterara le despediría al instante); lo peor era que cuando luego volvía a la cama con Silvia no sentía el menor remordimiento.

Recorrió con la vista el cuerpo de Laura. Delgada, enfundaba su cuerpo y sus curvas en un conjunto de falda de tubo y blusa. Parecía el estereotipo de profesora sexy. Y ella lo sabía. Era el prototipo de mujer que le gustaba tener de amante. Vio cómo se mordía un labio coqueta.

–Me llamo Raúl.

Le tendió una mano, ella se la cogió pero acercó su cuerpo hacia el suyo para darle dos húmedos besos en la mejilla, apretando su pecho contra él. Y él solo pudo pensar en lo que le apetecería darle la vuelta, obligarla a apoyarse en la mesa, arrancarle las bragas y hacérselo ahí mismo. Sin preliminares. Sin delicadeza.

–Así que te tendremos mucho tiempo encima de nosotras, ¿no?

Laura hablaba dejando claro sus dobles intenciones. Ese caso se ponía cada vez más interesante. Y entonces levantó la vista y vio a Aldara. Ella parecía ajena a lo que estaba pasando a su alrededor. Y lo agradeció. Pero también le hizo dar un paso para atrás. Inconsciente. Y no quiso pararse a pensar el motivo. Lo excusó con que no era profesional que su clienta le viera ligando con su editora.

–Tengo que comentar algunas cosas con Aldara.

–Claro. Seguiremos hablando.

–No me cabe la menor duda.

Se acercó a Aldara. Notó la mirada lujuriosa de Laura recorriéndole el cuerpo. Esa mujer le estaba buscando y él no solía resistirse mucho a las mujeres atractivas. A Aldara se le cayeron unos papeles. Se agachó a ayudarla. ¿Qué había dicho de mujeres atractivas? No era la más bella del mundo. Sus medidas no eran perfectas. Sin embargo, tenía algo que le atraía con fuerza. Más que ninguna otra persona que había conocido. Y ese había sido siempre su problema. La había deseado desde el primer momento en que la vio. Sacudió la cabeza. No era momento para pensar en eso. Quizás sí le vendría bien uno rapidito con la editora.

–Bueno, ¿qué? ¿Algún sospechoso?

–Quiero revisar las cámaras. Otra cosa, ¿quién era esa chica?

–¿Qué chica te quieres ligar ahora?

Había sarcasmo en su voz. ¿Le habría visto tontear con Laura? Prefirió ignorarlo.

–Había una chica que me ha dicho que había coincidido contigo en una cafetería hoy mismo. ¿Cómo ha sido?

–¡Ah, eso! Al salir de tu oficina paré a tomar un café y me reconoció por la foto de la contraportada. Nada más.

–Ya.

–Por favor, Raúl. ¿Qué edad debe de tener? Es una chiquilla.

–No tenemos que descartar nada. Y no creo en las casualidades. Esto solo funciona si me lo cuentas todo. Necesitamos confianza.

–¿Confianza? ¿Mutua? ¿Y tú? ¿Vas a confiar? ¿Eres capaz de hacerlo?

–Aldara, las cosas no son así. Es posible que en ciertos momentos tenga que ocultarte cosas.

–No hay trato.

–Aldara, tú me contrataste. Tú viniste a nosotros. Tendrás que aceptar las normas.

–¿Normas? Te olvidas de una cosa: soy yo la que paga. Y no fui a ti. Eso tenlo bien claro.

El desafío brillaba en sus ojos. Y durante unos instantes le pareció que su vista se posaba en sus labios. Tampoco le pareció raro. Tanta química era difícil de borrar. O quizás era su imaginación.

–Aldara. Yo solo quiero encontrar a quien te está haciendo esto y no quiero descartar a nadie. Confía en mí.

–¿Por qué tendría que hacerlo?

–Porque no quiero que nadie vuelva a hacerte daño.

Silencio. Abrumador silencio que los envolvió a los dos. Tenía que romperlo rápidamente.

–Estoy seguro de que esa chica es inofensiva, pero si queremos saber quién es el que está detrás

de las notas, necesito saber quién se te acerca. Necesito saber cada paso que des. Porque me temo que quien sí lo sabe es tu acosador.

Aldara se quedó en silencio. Luego se puso de pie y lo miró fijamente.

–Ha sido un día duro. Laura me llevará a casa. Hablamos mañana.

–De acuerdo.

Aldara se acercó a Laura, que le esperaba en la puerta. Cuando llegó hasta ella, se volvió y lo miró.

–Aún no has leído la dedicatoria.

Luego se fue. Y él corrió a coger su libro.

“Para Raúl, por este caprichoso destino que parece empeñado en unirnos. No sé si darle las gracias o maldecirle. Lo único que sé es que me debes un chupito”

¿Un chupito? ¿Era realmente lo que estaba pasando?

CAPÍTULO 2: ¿UN CHUPITO?

Se había dejado convencer por sus amigos para salir. No solía decir que no a unas cervezas y unas risas, pero no le apetecía acabar en una discoteca con sus amigos yendo de caza. Por extraño que pareciera, no tenía ganas de chicas. Su enésima ruptura con Miriam le había dejado algo tocado. Era una relación agotadora. Llena de peleas, llena de broncas, llena de infidelidades (y por una maldita vez en su vida, no eran suyas). Pero siempre acababan volviendo. Quizás era miedo a quedarse solo, ¿quién lo sabía?

No le apetecía salir de marcha, pero tras un par de cervezas en el bar de siempre le habían liado. Y ahora se encontraba ahí. En un pub que solían frecuentar. Con su copa en la mano. Y, de pronto, Miguel le dio un codazo y le hizo un gesto con la cabeza. Indicaba, como no, a un grupo de chicas. Las miró por encima. Sin prestarles mucha atención. Normalmente, después de alguna ruptura con Miriam solía acostarse con la primera chica mona que se le cruzara. Pero ese día... no sabía muy bien qué le estaba pasando.

–Esa es Aldara.

Aldara era la chica por la que se había colgado su amigo ese mes. Se solía encaprichar cada poco tiempo de una chica. Creía recordar que era una compañera de la universidad. Intentó prestar más atención. Queriendo descubrir cuál de las chicas sería.

–Vamos.

–¿No decías que tenía novio?

–Ayer en la cafetería me pareció escuchar que habían roto.

Se río. Su amigo no tenía remedio. Aunque, lo cierto era que tenía más escrúpulos que él. Había estado con más de una chica que tenía pareja y le había importado más bien poco. Acompañó a Miguel hacia el grupo de chicas. El resto de sus amigos se quedaron en la barra. Atentos a la jugada. Miguel tocó en el hombro de una chica morena, de pelo negro, suelto, a la altura de los hombros. Y ella se volvió.

–¡Miguel! ¡Qué sorpresa!

Le vio darle dos besos y cómo, inmediatamente, se volvía hacia sus amigas para presentarle. No había ni reparado en él. Pero él no pudo evitar echar un vistazo a la chica que había cautivado a su mejor amigo. No era un pivonazo, pero tenía buenas curvas, una cinturita apetecible y, sobre todo, era sexy... Y eso no era algo tan fácil de conseguir.

–Aldara, este es Raúl.

Con la primera mirada habría tenido que darse cuenta de que eso no iba a salir bien. Cuando hay química entre dos personas, la chispa salta al instante y los ojos se inundan de deseo. Y supo que los suyos lo estaban... Igual que lo vio en los ojos de ella. Ella le recorrió con la mirada. Examinándolo. Y una mirada escéptica le dominó.

–Así que este es el famoso Raúl.

–¿Famoso?

Algo en su cabeza hizo clic. Y miró hacia su amigo que le observaba divertido. Aldara bebía de su

cerveza mientras le miraba fijamente. Luego se volvió hacia Miguel, ignorando su pregunta.

—¿Y el resto de tus amigos? ¿Van a quedarse todo el rato mirando desde la barra? Porque si es así, al menos, podrían pagarse una ronda a costa del espectáculo.

Miguel se rio e hizo un gesto al resto para que se unieron gustosos. Y él... él intentó centrarse en el resto de las chicas, se presentó y entabló conversación con dos de ellas, pero sus ojos se volvían irremediabilmente hacia Aldara... Se cruzó con su mirada varias veces. Pero no habían vuelto a intercambiar palabra alguna. Cambiaron de bar. Los dos grupos parecían haberse fusionado y el buen rollo dominaba el ambiente. Miguel se acercaba con cualquier excusa a Aldara. Ella le respondía divertida, dulce... pero nada más. Estaba claro que ella solo sentía amistad por su amigo. O quizás es que había escuchado mal y la muchacha seguía con pareja. Tenía que averiguarlo. Y no, no iba a ser muy sutil.

Cuando entraron en el nuevo local, Aldara se dirigió al baño que estaba escaleras abajo. Fue detrás. No entró en él. Esperó en la puerta para hacerse el encontradizo. Ella salió atusándose el pelo y él se puso en medio, cortándole el paso. Y notó cómo se ponía a la defensiva.

—¿Te das cuenta de que no puedo pasar?

—No has respondido a mi pregunta.

—¿Tu pregunta? —Parecía realmente extrañada.

—¿Por qué soy famoso?

Aldara se rio. Luego lo miró de abajo arriba.

—¿No me digas que has estado todo el rato pensando en eso?

—No. ¿Quieres que te diga en qué he estado pensando?

Se acercó a ella. Realmente no sabía por qué se estaba comportando así. Echó la culpa al alcohol. Pero, en esos momentos, la chispa que había sentido al verse por primera vez se había convertido en un incendio en su interior y mil escenas lujuriosas recorrían su imaginación. Ya ni se acordaba de que era la chica que le gustaba a su mejor amigo. Ella, sin embargo, parecía inmune a sus encantos.

—No.

Intentó evitarlo para pasar y subir hacia arriba, pero él la sujetó por la muñeca. Y miles de escalofríos recorrieron su piel. ¿Necesitaba más señales para salir huyendo de ahí? Pues debía ser que sí.

—¿He hecho algo mal? Me rehuyes... ¿O es que temes que aparezca tu chico y se líe gorda?

—No tengo novio. Y aunque lo tuviera sé defenderme solita. ¿Y tú? ¿Lo tienes?

—No tengo novia, ¿es una proposición?

Ella sonrió con cinismo.

—No me has entendido.

Se soltó y se fue. Él la observó subiendo por los escalones. Luego entró en el baño a echarse agua por la cara. Ahora sí que lo necesitaba.

Aldara no era la chica más guapa de su grupo; sin embargo, tenía algo que la hacía brillar. Mediría sobre metro sesenta y cinco y tenía cuerpo de guitarra española. Y daba gusto verla bailar moviendo las caderas sin vergüenza. Con naturalidad. Él la observaba desde la barra. Era mejor así. Alejarse de ella. Por mucho que le atrajera, Miguel se había fijado en ella primero. Y, además, él sola la quería para sentirla cabalgando encima de él. A su hermano le gustaba. Y si había a alguien a quien no le haría eso, era a él.

Se conocían desde pequeños. Se habían criado juntos. Casi puerta con puerta. Como si fueran hermanos. Tras la separación de sus padres, de la peor manera posible, él había estado ahí, apoyándole, haciéndole reír y no haciéndole sentir un bicho raro. Ahora era más frecuente ver a niños de padres separados. Pero, en su colegio, él fue el primero.

Así que, por mucho que le gustara ver a esa chiquilla retozando entre sus sábanas... se iba a alejar. Total, solo la conocía de unas horas. “¿Y si empieza a salir con tu amigo y tienes que verla más a menudo? Pues nada, te pajearás pensando en la novia de tu mejor amigo”. Su mente iba muy rápido. Cosa de los cubatas. Observó a su amigo. Le conocía lo suficientemente bien como para saber, en un solo vistazo, que llevaba una copa de más. Y eso nunca era positivo. Miguel no tenía una borrachera precisamente buena. Vio cómo Aldara se separaba de él, con una sonrisa, y se dirigía hacia la barra, directa a su posición. Ni le miró. Se apoyó en la barra, justo a su lado, y le pidió una cerveza al camarero. Ni un solo intercambio de miradas. Decidió ser él quien diera el paso.

–Disculpa a Miguel si te ha molestado. Tiene muy mal beber.

–La mayoría de los hombres lo tenéis. Estoy acostumbrada.

–No todos.

Ella se volvió hacia él, divertida. Levantó la mano y jugueteó con el cuello de su camisa. Le ardía la piel al roce con su mano. Como siguiera haciendo eso no aseguraba que pudiera contenerse y no estamparla contra la barra. Le miró a los ojos. Ella le miraba desafiante. Estaba seguro de que ella se había dado percatado del deseo que provocaba en su cuerpo.

–No, claro... Se me olvidaba. Tú eres especial, ¿no?

–¿Quieres que te lo demuestre?

La cogió por el cinturón y la atrajo hacia él. Esa chica le hacía olvidarse de todo. Del lugar donde estaban, de que era la chica que le gustaba a su amigo y de que él podría verles. Todo eso se difuminaba en favor de una imagen mucho más atractiva, verla desnuda jadeando su nombre mientras él se perdía en su interior. Ella se rio y se separó con tranquilidad.

–Sueñas.

–Ahora no, pero dentro de un rato...

–Tú sí que sabes conquistar a una chica con frases hechas.

–¿Y quién te ha dicho que te quiero conquistar?

–Te precede tu fama.

–Una chica tan lista como tú debería saber que no hay fiarse de los rumores, ¿nunca te han dicho que es mejor juzgar a las personas una vez que las conoces?

–De acuerdo. No estás intentando llevarme a tu cama.

–Claro que no. Preferiría la tuya, así podría largarme al terminar.

Ella se rio, llamó al camarero y le señaló algo en la carta.

–¿Qué has pedido?

–Una coctelera de chupitos, ¿no ibas a demostrarme que tú soportas mejor el alcohol?

–¿Y qué consigo si te lo demuestro?

–¿Además de orgullo?

–Y satisfacción... No me sirve.

–No pienso darte sexo por unos chupitos.

Se rio. Le costaba descubrir cuándo bromeaba y cuándo hablaba en serio. El camarero llegó con la coctelera y dos vasos de chupitos que rellenó al instante.

–Vuelves a prejuzgar... –Ella levantó una ceja– Mira, por ser tú, me conformo con un beso.

–¿Por ser yo? ¿Te conformas?

–Sí. ¿O acaso tienes miedo de no poder controlarte y no soportar un solo beso?

–Te lo tienes muy creído.

–Y yo no te he oído negarte a mi recompensa.

–No vas a ganar, así que... ¿y qué consigo yo si pierdes?

–Yo te doy todos los besos que tú quieras.

–Hoy vas a tener que dormir mucho para poder soñar tanto. La próxima borrachera te la pagas tú.

¿La próxima borrachera? No estaba seguro si eso era una buena o una mala proposición. Cogió el vaso lleno y lo alzó hacia ella.

–Si aguantas más que yo, prometo pagarte todos los chupitos que desees.

–Te tomo la palabra.

Aldara levantó su vasito y lo chocó contra el suyo sin dejar de mirarle fijamente.

Llevaban cuatro o cinco chupitos cuando se acercó Luis, uno de sus amigos, a donde estaban ellos hablando y bebiendo. Habían encontrado un tema en el que no discutían, la música, y no tenía ninguna intención de cambiarlo. Aldara parecía mucho más relajada a su lado y él... él se preguntaba a sí mismo qué narices estaba haciendo.

–Raúl, Miguel y José están fatal. Habría que llevarles a casa.

–Ok.

Miró a Aldara. Lo que menos le apetecía era terminar la velada y, muchísimo menos, así.

–¿Te vas? ¿Te vas a rendir? –Todo un desafío en sus ojos y en sus labios.

–No. Iros. Ya me volveré yo en taxi.

Luis no dijo nada más. Se dio la vuelta y desapareció por la puerta del local con Miguel, José y otro de sus amigos. Un quinto se comía la boca con una de las amigas de Aldara. Al menos uno había triunfado esa noche. Aldara le siguió la mirada y luego se rio.

–¿Le envidias? Siempre puedes ir y buscar una presa.

–Prefiero quedarme aquí y ganarte la apuesta. Así mataré dos pájaros de un tiro.

–¿Sabes? Tienes razón. No es bueno prejuizar. Nunca hubiera pensado que eras un iluso.

Si hubiera sido otra chica le hubiera hecho cosquillas, pero sabía cómo solían acabar. Y aunque toda su piel ansiaba el contacto con la de ella, su cabeza estaba aún lo suficientemente lúcida como para recordarse que la chica que estaba a su lado estaba prohibida para él. Quizás era eso lo que más le atraía. Ella lo miraba con curiosidad. Tenía los ojos grandes y expresivos. Y brillaban, quizás por el efecto del alcohol, quizás porque siempre brillaban... Era pronto para saberlo. La miró. Y se quedaron en silencio unos instantes. Y luchó contra esa ansia de cogerla, besarla y hacerla suya. Retiró la mirada y rellenó otra vez los vasos. Notó la mirada de ella, extrañada.

–¿Estás bien?

–Sí, claro. Tenemos una apuesta por delante, ¿no? ¿O es que te rindes?

Aldara cogió el vaso, le miró, lo alzó hacia él y se lo bebió de un trago. Él la imitó. Y ya no sabía si quería ganar o perder esa apuesta. Se moría de ganas de besarla, de tenerla entre sus brazos y ver si esa lengua era tan rápida en otras circunstancias que no fueran hablar. Deseaba ese beso pero era una traición a quien nunca le había traicionado. ¿Y si perdía? Otra noche de borrachera. Otra vez esa tentación a su lado. Pero era culpa suya. Estaba ahí. ¿Acaso eso no era ya una traición?

Era cierto que uno no podía elegir quién nos atraía y quién no. Uno no puede elegir quién acelera

nuestras fantasías, quién estimula nuestros instintos más primitivos... Pero sí elegimos acercarnos o alejarnos de esas tentaciones. Y él no paraba de repetirse que su amigo estaba colgado por esa chica, pero no hacía nada. Seguía ahí, sentado a su lado. Bebiendo. Charlando... Fantasizando con ella.

—¿Y cómo es mi amigo Miguel en la facultad?

Cambió radicalmente el tema. Se dijo a sí mismo que quería ver si su amigo tenía posibilidades, que era para echarle una mano. Pero algo dentro de él le gritó que dejara de ser cínico. Que lo que realmente deseaba era que ella no estuviera interesada. En esos momentos la imagen de Aldara y Miguel juntos no le hacía la menor gracia.

—Los trapos sucios te los tendrá que contar él.

—¿Trapos sucios? Eso suena interesante. ¿Algún escarceo que no conozca yo con una profesora sexy? ¿O con alguna compañera entre clase y clase?

Aldara se rio misteriosamente. Y él la miró fijamente. Si no supiera que Miguel le habría contado si hubiera pasado algo entre ellos...

—¿Y tú? ¿Tienes trapos sucios?

—Todos los tenemos.

—¿Y me los vas a contar?

—Te lo tendrás que ganar.

—¿Y cómo puedo ganármelo?

Aldara se rio, pícara, seductora. Tenía muy claro que ella era consciente de su atracción. Pero no acababa de comprender por qué ella mantenía las distancias. Le seguía el juego. Tonteaba claramente con él. Se quedaba con él, en vez de estar con sus amigas. Algo querría decir, ¿no? Entonces, ¿Por qué se contenía? Él intentaba no traicionar a su amigo, ¿cuál era el motivo de ella?

Salieron del bar. No sabía ni qué hora era. Tampoco importaba. Como tampoco sabía qué había pasado con las amigas de Aldara, aunque ella no había hecho ni siquiera mención al tema. Así que no iba a ser él quien preguntara. La vio refugiarse, levemente, en su abrigo al contacto con el aire frío que les atacó en la puerta. Él ya no sentía ni frío ni calor. Hacía esfuerzos por controlar la bebida que le atacaba al cerebro. Ella parecía mucho más serena que él.

—Me lo he pasado muy bien. Gracias por la compañía.

—¿Ya me echas? ¿No quieres que te acompañe a casa? Solo para que no te pase nada por el camino. Ya sabes... una chica sola a estas horas.

—Ya te dije antes que sé defenderme solita.

—No insistiré. —Aunque se moría de ganas de hacerlo, aún había una vocecita muy pequeña que le decía que no debía—. Pero déjame que, al menos, te acompañe hasta un taxi.

—Ok.

Empezaron a andar calle abajo. En silencio. Y su mente embriagada buscaba algo que decirle, alguna manera de alargar esa noche. No sabía cuándo volvería a verla, si es que volvía a hacerlo.

—¿En serio no tienes novio?

Se arrepintió de su pregunta en el mismo momento en que lo dijo. No supo por qué lo hacía. Quizás porque no comprendía que ella no diera el paso. Ella se paró de golpe y lo miró fijamente.

—Ya te he dicho antes que no. ¿Ahora es obligatorio? ¿O es que te lo crees tanto que solo puede ser que yo tenga novio y por eso no he caído rendida a ti?

–Joder, no es eso... –Aunque en el fondo no podía evitar echarse la bronca porque eso era lo que había pensado–. Eres una chica guapa, divertida, lista... No entiendo que no tengas un chico a tus pies.

–Si nos ponemos así... Eres guapo, divertido y hasta pareces listo... ¿Cómo es que no tienes un chico a tus pies?

El alcohol habló por él. Actuó por él. La cogió y la apoyó contra la pared.

–No tengo nada contra los gays... y dudo de que tengas dudas de que no lo soy... Pero si quieres te lo demuestro.

Ella no hizo nada. Lo miró fijamente. Él le separó el abrigo y apretó su entrepierna contra ella. Y vio cómo, involuntariamente, se mordía el labio inferior.

–¿Crees que si fuera gay me provocarías esto?

Ya no podía parar. Su mente había pasado a un segundo plano. Se apretó un poco más contra Aldara. Y buscó su boca. Toda la noche deseando probar sus labios. Y ya no se iba a echar atrás. Buscó su boca. Y ella se giró. Choco con su mandíbula. Pero no se rindió. Deslizó sus labios por ella hasta su oreja y empezó a bajar por el cuello. La oyó suspirar... Y de pronto, le separó.

–Para.

–¿Por qué?

Le costó hablar. Le costó alejarse. Le costó volver a la realidad. La miró extrañado. ¡Maldita sea! No era su imaginación que ella también le deseaba. Ella no le contestó. Parecía estar rehaciéndose.

–No lo entiendo. Sé que te apetece.

–Raúl, me tengo en suficiente estima como para saber que no quiero ser otra muesca más en el cabecero de tu cama.

Se quedó quieto. Sin saber qué decir. Aldara miró hacia la calzada. Un taxi dobló la esquina y ella hizo un gesto con la mano para llamarlo. El taxi parecía ir muy lento. Y él la miraba sin saber muy bien qué decirle.

–Aldara, no es así...

–¿Ah, no? ¿Ahora me vas a decir que te has enamorado locamente de mí en una noche?

Otra vez silencio. El taxi estaba ya justo a su lado. Aldara se acercó a él y le dio un suave beso en su mejilla.

–Me debes una borrachera.

–¿Quién dice que has ganado tú?

–Es fácil. Yo soy capaz de pensar aún con la cabeza y no con la entrepierna. Nos vemos.

Aldara se subió al taxi y se alejó. Y él se quedó ahí. Mirando cómo se alejaba. No podía negar que la chica sabía hacer salidas triunfales.

Quando se despertó la cabeza le dolía, aunque menos de lo esperado. Se levantó y fue directo a la ducha. Abrió el grifo y dejó que el agua le empapara por completo. Tras ver a Aldara alejarse en un taxi, se había metido en el primer bar que se había encontrado y había pedido una cerveza. Mientras se la bebía miró el móvil y empezó a pasar su dedo por los diferentes contactos. Paró unos segundos en Miriam. No se había acordado de ella en toda la noche. Ni un solo segundo. Siguió avanzando. Paró. Y una sonrisa iluminó su rostro. Un simple mensaje: “*Estoy cerca de tu casa*”. La respuesta no se hizo esperar. “*Si me subes tabaco eres bienvenido en mi casa y en mi cama*”.

Ester era siempre un comodín. Siempre que había necesitado calmarse un calentón, había estado

ahí. Sin explicaciones, sin preguntas, sin compromisos. Justo lo que necesitaba en esos momentos. Cuando se había apretado contra Aldara, notando cómo crecía su erección; cuando había recorrido su cuello y había notado cómo su respiración se alteraba... El cuerpo le había estallado. ¡Pero si hasta había sentido que al menor gesto de reciprocidad iba a correrse! Y de pronto “*no quiero ser otra muesca más en el cabecero de tu cama*”. ¿Qué era lo que le habría contado Miguel sobre él?

Llegó a casa de Ester. Ella le recibió llevando únicamente una camiseta y unas bragas. Tenía el pelo largo, rizado, castaño y la piel muy blanca.

—¿Y mi tabaco?

—Aquí. Pero te he traído otra cosa para que se te pase el mono.

Lo entendió perfectamente. Ni siquiera fueron a la habitación. Se agachó divertida, le desabrochó los pantalones, se los bajó y empezó. Siempre había disfrutado del sexo oral. No conocía a nadie que no lo hiciera. Pero en esa ocasión no conseguía relajarse, no conseguía desconectar. Y eso le ponía furioso. La levantó, le dio la vuelta y la llevó hasta la mesa más cercana. Ella reía divertida. Así le gustaban las chicas. Abiertas, alegres, sin prejuicios... No tuvo delicadeza a la hora de quitarle las bragas, la cogió por la cintura, la obligó a apoyarse en la mesa y, agarrándole con la mano que le quedaba libre uno de sus pechos, la penetró. Los jadeos de ella le incitaban a más. Escucharle decir su nombre siempre le había puesto a cien. Y, sin embargo, esa vez, le estaba costando más llegar hasta el final.

Salió de la ducha. Cabreado consigo mismo. Prefería no analizar lo que había pasado la noche anterior. Estaba cabreado por no conseguir no traicionar la confianza de Miguel, por no haber conseguido anteponer su amistad a su entropierna. Si hubiera sido por él, se la hubiera tirado en la misma calle. ¿Cómo podía haber llegado hasta ese punto? Lo único que le tranquilizaba era que tenía la seguridad (y no sabía muy claro por qué) de que ella no iba a contar nada. “*No quiero ser otra muesca más en el cabecero de tu cama*”. Esa maldita frase lo atormentaba.

Estaba también frustrado. Era la primera vez que una tía le rechazaba de esa manera. Y lo peor era que tenía claro que ella le deseaba. Y encima le irritaba que le hubiera jodido el polvo con Ester. Porque por mucho que tuviera entre sus manos un cuerpo que le había dado placer en muchísimas ocasiones... en aquel momento solo podía pensar que era otra chica la que deseaba sentir.

Abrió el armarito del baño buscando una pastilla que le aliviara el dolor de cabeza, y sus ojos se posaron en unas cremas de Miriam. Salió del baño y se dirigió al armario de su habitación. Buscó una caja de zapatos, la vació y volvió al baño. Ya era hora de hacer un poco de limpieza. No iba a tirarlo. Sabía que algunos de esos potingues costaban unos cuantos euros y seguramente Miriam querría recuperarlos. Pero no iba a tenerlos ahí, ocupando sitio, como si aún viviera en su casa. No pensó. Solo empezó a recoger todo lo que era de su ex. Terminó con el baño y luego se fue por el resto de las habitaciones, buscando cosas. Cuando llenó la caja, cogió una bolsa. Luego se sentó en el sofá del salón y miró fijamente la caja y la bolsa. Era la primera vez, tras una de sus múltiples rupturas, que hacía eso. Que recogía todo. Que la sacaba de su casa. Pero tampoco quiso analizar eso. Se levantó, se preparó un café y se tumbó en el sofá para ver algo la televisión. No tenía intención de hacer mucho más en ese día. Ver la televisión, descansar, comer algo... Nada más.

Se fue quedando dormido a trozos. El cansancio de una noche entera sin dormir le pasaba algo de factura. Ya no era el adolescente que se recuperaba al instante. Estaba en una de esas cabezaditas cuando llamaron a la puerta. Y maldijo por dentro a quien fuera. ¿La gente no sabía que los domingos eran para descansar, sobre todo si has salido la noche anterior? Abrió la puerta. Miguel y Rubén le esperaban en el otro lado. Al menos cargaban con unas cuantas litronas.

—¿Habíamos quedado?

—Tú siempre tan buen anfitrión. Anda déjanos entrar que tenemos que hablar.

–¿De qué tenemos que hablar?

Respiró hondo mientras les dejaba pasar. Miguel se acomodó en uno de los sillones y Rubén se sentó en un lado del sofá, mientras abría una cerveza. Por un momento se temió lo peor, pero al ver a Rubén se acordó de que la noche anterior se había liado con una de las amigas de Aldara, y contraatacó por si acaso.

–Yo creo que el que tiene que contar algo es aquí el señor Rubén, ¿no?

–Pues por eso mismo venimos. Aquí, el amigo, que no solo nos quiere dar envidia con eso de que ayer mojó, si no que pretende que le acompañemos a unas lecturas de poesía.

¿Una lectura de poesía? Cada vez entendía menos. ¿Desde cuándo a Rubén le interesaba la poesía? Claro... de pronto cayó. Dio un trago a una de las litronas y se rio.

–¿Tu ligue es poetisa?

–Aficionada solamente. ¡Vamos tíos! Que yo no suelo ligar como vosotros...

–¿Y por qué tengo que ir yo? –No acababa de saber hacia dónde iba esa conversación. Pero meterse en ese instante en un local lleno de pedantes hablando sobre poesía... no lo aguantaba.

–Aldara lee.

Se volvió hacia Miguel. Todas las alarmas encendidas. ¿Qué quería decirle con eso? ¿Por qué tenía que interesarle a él esa información?

–Necesito que me hagas de escudero.

Lo que le faltaba. Le estaba pidiendo que le ayudara a ligársela.

–Tú no necesitas que yo te ayude.

–¿No me viste ayer? Me comporté como un baboso. Menos mal que estabas ahí. Si no, seguro que encima hubiera tenido que verla liándose con otro. Raúl, sabes que nunca te pido ayuda en estos temas. Pero esta tía me pone más nervioso. Me gusta de verdad.

Sintió cómo el alma se le caía por los suelos. No era frecuente escuchar a Miguel hablando tan en serio. Y hacía mucho que no le escuchaba decir que alguien le gustaba de verdad. ¿Y precisamente tenía que ser ella? Miguel le miraba expectante. Rubén fijamente. ¿De cuánto se había dado cuenta la noche anterior?

–Vale tío, no te pongas plasta. Iremos. Pero me debéis unas cuantas copas.

El local estaba más lleno de lo que él había previsto, teniendo en cuenta la poca consideración que solía tener la poesía. Rápidamente se percató de que la mayoría eran universitarios. Muchos de ellos serían amigos de los poetas. Otras estudiantes de filología... La buscó nada más entrar. No pudo evitarlo. Se había sentido un poco más nervioso de lo habitual a la hora de vestirse. Y no paraba de repetirse que iba para ayudar a su amigo. “Claro. Te la quieres tirar pero vas a hacer todo lo posible para que sea tu amigo quien lo haga. No te lo crees ni tú”. Su mente estaba más rebelde de lo habitual.

Pasó la vista por el local. Intentando mostrar indiferencia. En serio que lo intentaba. No la vio. ¿Y si al final no había ido? ¿Se iba a tragar un rollo de poesía para nada? “Pero si no vas a hacer nada con ella, solo ayudar a que sea Miguel quien se la lleve a la cama, ¿no?” Esperaba que en ese local vendieran alcohol. Iba a necesitar una buena dosis.

La amiga de Aldara se acercó a ellos trotando cual cervatillo. Y lo cierto era que parecía una niña bastante dulce e inocente. Era perfecta para Rubén. Les saludó con un par de besos a cada uno y luego se quedó al lado de Rubén, tímidamente. Desde fuera era divertido ver esas situaciones en las que horas

antes habían estado devorándose enteros y luego, cuando volvían a verse, no eran capaces ni de saludarse con un simple pico. Desde fuera era divertido.

–Os he guardado un sitio con nosotras, ¿vamos?

La siguieron. Le hizo un gesto a su amigo para que fuera él quien diera el paso y la besara. Su amigo se puso colorado para diversión de los otros dos. La chica, intentaba recordar su nombre, pero era incapaz, les llevó hasta un rincón bastante coqueto, con aires árabes. Era una mesa cuadrada con un banco a su alrededor, con cojines de varios colores. Aldara no estaba. Sí un par de chicas del día anterior. Las saludó.

–Va a empezar.

Todos se sentaron. Eso cada vez le gustaba menos. Una mujer de unos cincuenta años se subió al escenario y dio un breve discurso. Y comenzó el desfile de poetas que leían sus escritos. Tenía que reconocer que había alguno que no estaba mal. Pero en esos momentos solo podía pensar en lo bien que habría estado en su casita. Y de pronto... apareció. Llevaba un vestido azul, de esos que se recogían en la nuca, un estilo a aquel famoso vestido de Marilyn. El pelo recogido en una trenza despeinada, que dejaba al aire su cuello. Y recordó cómo unas horas antes lo había recorrido con la boca. No hizo presentación. Solo empezó a leer.

*“Ámame, como si mañana fuera el último día de nuestra vida;
ódiame, como si yo fuera la última mujer del mundo;”*

Y de pronto levantó la vista. Y, maldita sea, estaba seguro de que lo miraba a él mientras seguía recitando.

*“Deséame, como si no pudieras tenerme;
fóllame, como si fuera tu última vez.
Ámame, ódiame, deséame, fóllame...
O, simplemente, ven... Simplemente, siénteme”*

Definitivamente necesitaba una copa. Vio a la camarera pasar cerca de ellos y la llamó en silencio. Mientras le pedía un cubata le pareció (sería su imaginación) que Aldara sonreía con picardía. Leía con suavidad, con sensualidad. Su voz le acariciaba, le incitaba... *“Deséame, como si no pudieras tenerme”*. Parecía que se lo decía a él. Que el poema lo había escrito pensando en él. Al final iba a tener razón ella y se lo tenía muy creído.

Aldara seguía leyendo su poema y él se deleitaba con las vistas. Los focos hacían brillar su piel y su pelo, iba ligeramente maquillada, sus ojos parecían incluso más grandes que el día anterior, y su boca de un rosa pálido... La camarera le trajo el cubata y él le dio un largo trago. Aldara terminó, la gente aplaudió y ella volvió a bajar del escenario. Sin decir nada tampoco. Algunas personas le pararon en su trayecto hacia ellos. Y ella les despidió rápidamente con una sonrisa. No parecía amiga de cumplidos y adulaciones.

Llegó a la mesa. Las mejillas algo sonrosadas. Al lado de la chica de Rubén (tenía que enterarse de su nombre) había un hueco, pero se dirigió hacia donde estaban él y Miguel.

–¿Me hacéis un hueco señores?

A Miguel no le dio tiempo a responder. Se movió un poco dejándole un espacio entre los dos. Pues iba a ser que su intención de no estar cerca suya no iba a poder cumplirse. Ella avanzó y se colocó en el hueco. Una vez en el sitio se giró hacia Miguel para darle dos besos. Y al girarse pegó su cuerpo contra

el suyo. Y al girarse le dejó que contemplara cómo su vestido le dejaba casi toda la espalda al aire. Volvió a moverse. Esta vez para mirarle a él. Sin embargo, mantuvo su cuerpo pegado al suyo, como si no tuviera más espacio y, para rematar la faena, posó una de las manos en su pierna. Un gesto natural. Inocente. Si no fuera por todas las imágenes que le venían a él con solo sentirla cerca.

–Lo cierto es que a ti sí que no te había imaginado nunca aquí.

Quiso preguntarle si le había imaginado en algún otro sitio, pero respiró internamente y decidió recordar para qué había ido.

–Es verdad. No soy mucho de poesía. Miguel me engañó, a él sí le gusta.

Pensaba que se giraría hacia él, pero no. Siguió mirándole, siguió con su mano en su pierna, siguió demasiado cerca de él.

–¿Te ha engañado? ¿Qué te ha prometido que encontrarías aquí?

–¿Qué va a ser? ¡Alcohol!

Cogió su cubata y bebió un trago. Y, de pronto, Aldara le agarró de la mano que sujetaba el vaso y le miró con una sonrisa cómplice.

–Estoy seca, ¿me das un trago? Creo recordar que me debes unos chupitos.

Le dejó coger la copa sin decir nada. Alejando su mano de la de ella. No lo entendía. ¿Por qué sentía ese estremecimiento de placer con solo un roce? ¿Cómo no imaginarse lo que sucedería si estuvieran juntos, desnudos, probándose el uno al otro?

Una de las chicas de la mesa llamó a Aldara para felicitarla y preguntarle por los nervios, si ya estaba más tranquila. Ella sonrió. Sus mejillas volvían a sonrojarse un poco.

–Algo mejor. Aunque creo que los nervios me han destrozado el cuello.

Aldara giró el cuello lentamente y se llevó una de las manos al mismo. Intentó no mirarla.

–Deberías darte un masaje.

Ella volvió a girarse hacia él, divertida.

–Y, no me digas, te ofreces voluntario.

–Me encantaría. Pero me gusta demasiado tu cuello como para eso. Pero a Miguel se le da muy bien, o eso dicen.

Aldara lo miró profundamente, como si quisiera leerle la mente. Y se preguntó si no estaba siendo demasiado descarado. Luego la vio sonreír. Pero, sin saber por qué, esa sonrisa no le tranquilizó. Giró la cabeza hacia Miguel y, con mucha dulzura, le preguntó si le daría un masaje. Su amigo no lo dudó, encantado. ¡Como para no estarlo! Y entonces Aldara pasó una de sus piernas por el banco, dándole la espalda a Miguel y quedando completamente enfocada hacia él. Y le miró con un gesto que él no quiso analizar. Y de pronto... ahí lo tenía. A su lado, con las piernas abiertas, el vestido cayéndole suavemente alrededor, las manos de Miguel recorriendo su espalda y sus hombros, y ella... ella había cerrado los ojos para relajarse. Y vio cómo incluso se mordía, en un momento dado, el labio inferior. Y decidió ignorarlo. O al menos intentarlo. Y entablar una conversación, aunque fuera un poco a distancia, con la chica que estaba justo enfrente de él. Y un gemido suave salió de la garganta de Aldara. Y le dio un trago a su copa. *“Pues si esto te molesta, imagina si tienes que verla liándose con tu amigo”*.

Se disculpó, se levantó y se fue al baño. Necesitaba alejarse de esa escena un rato. Quizás podría hasta marcharse. Ya le había allanado bastante el camino a Miguel. Si fuera él quien estuviera masajeando a una chica, ya no se le escaparía. No pintaba nada ahí y no le apetecía nada tener que ver triunfando a su amigo con esa chica.

¿Y esa escenita? Estaba seguro de que Miguel no le estaba haciendo disfrutar tanto como para que se mordiera el labio y gimiera. Lo había hecho para que él lo viera. Quizás como castigo por cómo había acabado la noche anterior. Le daba igual lo que fuera, le importaba una mierda si se lo había buscado o

no. Él no iba a quedarse ahí, contemplando el espectáculo. Para eso estaba en su casita tan a gusto.

Volvió a la mesa. Aldara había abierto los ojos aunque seguía en la misma posición. Había girado la cabeza y hablaba con Miguel sobre algo que no llegó a escuchar. Se quedó de pie, delante de ellos.

–Chicos, gracias por la velada. Pero creo que me piro.

Todos se volvieron hacia él. Incluso ella. Ella y esos ojos enormes de color marrón. Todos empezaron a protestar. Aldara se levantó y se acercó a él. Le cogió de la camiseta y le miró con cara de niña pequeña e inocente.

–Quédate –le susurró.

–¿Por qué quieres que me quede? –le contestó él con otro susurro.

En esos momentos no hablaba el amigo que quería ayudar a Miguel. No. Hablaba la parte de él instintiva, cazadora. El Raúl que la deseaba con fuerzas y que no soportaba la escena que había visto momentos antes.

–Quédate.

–Dime un motivo.

–¿No te apetece estar aquí con tus amigos?

Aldara subió un poco más la voz. Quizás porque era raro para el resto verles hablar y no escuchar nada.

–A ellos les puedo ver en cualquier otro momento. Dime otra razón.

Él no subió el tono. Siguió hablando en un susurro. Sabía que se estaba metiendo en el lodo él solito, pero esa chica le nublabla el raciocino. Ella le miró, luego desvió la mirada, suspiró y volvió a posar sus ojos en los suyos.

–Quédate por mí. Es mi día... Además, me debes todos los chupitos que quiera, ¿recuerdas?

Sonrió. En esos momentos se sentía incapaz de negarle algo a esa chiquilla. Ella sonrió, sabiendo que se había salido con la suya sin haber dicho ni una palabra. Y le cogió de la mano y le llevó de nuevo a su asiento. Y mientras le llevaba de la mano, el dedo gordo de Aldara jugueteaba, acariciándole la piel de su palma, activando todos sus sentidos.

Le obligó a sentarse. Sin soltarle la mano, y se sentó ella también. Y entonces le soltó. Sí. Pero le dejó su mano pegada a la pierna de ella y en un coqueto gesto extendió el vuelo de su vestido con la excusa de que no se le arrugara, tapándole la mano. Estiró los dedos. Con precaución. Sin saber si ella lo había hecho aposta (aunque todo indicara que sí) o no; sin saber si alguno de los demás se iba a dar cuenta o no (aunque con la altura de la mesa lo normal era que nadie se percatase)... Estiró los dedos y rozó su pierna. Llevaba unas medias finas. La acarició suavemente con la punta de los dedos. No se atrevía a nada más. Cogió su cubata con la mano que le sobraba y le dio un largo trago, dejándolo casi terminado. Y decidió subir, lentamente la mano, hasta llegar al muslo. Aldara estaba hablando con una de sus amigas y con Miguel. Como si nada. Llegó al muslo... y cómo le gustaría avanzar hacia el interior del mismo y rozar su sexo.

–¿Te unes entonces?

Volvió a la realidad. Miguel le había hablado y él ni se había enterado. Aldara le miraba cómplice.

–Estaba empanado, ¿qué decías?

–Íbamos a pedir un par de jarras de sangría.

–Claro.

Miró a Miguel, advirtiéndole con la mirada. Él era muy consciente de que, cuando bebía, no sacaba su mejor parte. Y se sintió un cínico. Le reprochaba, fingía que lo hacía por su bien mientras acariciaba, por debajo del vestido, a Aldara. Pero, por otra parte, a él incluso le vendría mejor que

Miguel se emborrachara y saliera él solito de ese extraño trío. Pero su mente y su entrepierna luchaban duramente por ganar. Y no sabía cómo acabaría. Solo sabía que el alcohol no iba a ayudarle mucho. Más bien nada.

CAPÍTULO 3: DAVID

El café iba llenando lentamente su taza. Y ella lo miraba fijamente. Perdida en sus propios pensamientos. Llevaba dos días sin salir de casa. Desde la presentación del libro. Utilizaba de excusa que estaba inmersa en la creación de su próxima novela, que la inspiración había ido a visitarla y la absorbía completamente. Y sí, era cierto que había escrito varias páginas, pero no acababan de convencerla. No era que la historia fuera mala. No era eso. El problema radicaba en el personaje masculino. Se parecía demasiado a Raúl, y eso no le gustaba. Lo detestaba. Pero cada vez que se ponía con él, cada vez que intentaba que actuara de una manera que él no hubiera hecho... El cabrón tomaba vida propia y hacía lo que le daba la gana.

A veces creía que sus personajes estaban vivos, que existían mucho antes de que se cruzaran por su imaginación. Ella simplemente contaba su historia, los plasmaba en el papel. Algo así como decía Miguel Ángel de sus esculturas. Estas vivían dentro del mármol. Él solo retiraba todo lo que no era necesario. ¿Acababa de compararse con Miguel Ángel? ¡Así, con un par!

Cogió el café y se dirigió al salón. Sobre el sofá reposaba su portátil y una gran cantidad de cuadernos donde iba tomando notas. Se sentó en el otro extremo, apoyó su espalda en el reposa brazos y subió, también, las piernas al sofá. Doblándolas para colocar sus manos y el café sobre ellas. Le gustaba sentir cómo la taza le calentaba las manos. No quería escribir esa historia. Sentía que no estaba preparada para un personaje así. Y, sin embargo, no paraba de golpear su cabeza. Y sabía que no había manera de bloquearle la puerta. O lo escribía o se acabaría volviendo loca.

Además, llevaba dos días sin salir con la excusa de estar escribiendo. Si, al menos, quería engañarse a sí misma, debería escribir algo. Buscó el paquete de tabaco entre las libretas de notas y se encendió un cigarrillo. Y murmuró la famosa frase: *“Elegí un mal día para dejar de fumar”*. Observó el humo del cigarro subir.

Se regañó por la discusión que había tenido con Raúl. Se había prometido contenerse. No dejar que su pasado en común la alterara. Había sido una estúpida. ¿Cómo no le iba a afectar si le hervía la sangre con solo verle; si los recuerdos de los dos enredados entre las sábanas se le repetían constantemente? Cuando le habían dicho que tenía que confiar en él... Toda su furia había luchado por salir fuera de ella. Y lo peor era que sabía que tenía razón. Él le había dado la oportunidad de que fuera otro quien llevara su caso. Y ella había decidido que fuera él. Porque, en el fondo, sabía que nadie más se esforzaría tanto para protegerla. Porque por muy mal que hubieran acabado, ella tenía claro que él la había querido, mucho más de lo que nunca se atrevería a admitir.

Pero había otra cosa que la atormentaba. La dedicatoria. ¿Por qué había escrito eso? ¿Por qué había vuelto a recordar la historia de los chupitos? Durante mucho tiempo, en todas sus idas y venidas, la excusa de que le debía unos chupitos había sido el comodín para estar juntos. ¿Por qué volver a mencionarlo en esos momentos? ¿Por qué dejarlo por escrito? Pero si ni siquiera sabía si tenía pareja. ¿Y qué si no la tenía? ¿Acaso se le estaba pasando por la cabeza volver a entrar en ese juego?

Alguien llamó al telefonillo y ella lo agradeció. Apagó el cigarro en el cenicero, dejó el café a

medio tomar y fue a abrir. “¿Aldara Pérez? Tengo un envío para usted”. Le abrió. Al minuto, un cartero apareció por la puerta del ascensor y le entregó un pequeño paquete. Firmó en la PDA sin mirar ni siquiera el remitente del envío. No fue hasta que hubo cerrado la puerta cuando lo vio. Le temblaron las manos y el paquete cayó al suelo. No podía ser. Tenía que haber leído mal.

Se agachó y volvió a coger el paquete que, claramente, parecía contener un libro. No. No había leído mal. Ahí estaba. No podía ser casualidad. Tenía que ser una broma pesada. Muy pesada. No se lo pensó dos veces. Cogió el móvil que tenía en el bolsillo y llamó. Raúl contestó al segundo tono.

–Buenos días, justo te iba a llamar, ayer estuve todo el día visionando el vídeo de la presentación y...

–Necesito que vengas a mi casa. –Le interrumpió. Se había prometido que iba a mostrarse tranquila pero la voz la traicionó. Él pareció dudar unos segundos, desconcertado—. Raúl, he recibido un paquete. Creo que es de él.

–¿Estás segura?

–Es lo único que tiene sentido. ¿Vas a venir o no?

–Sí, claro. Ahora voy. ¿Lo has abierto?

–No.

–Bien. Espera a que llegue yo.

–De acuerdo. ¿Sabes la dirección?

–Está en el informe. Tranquila. Llego en diez minutos.

Los diez minutos se le hicieron eternos. Había dejado el sobre encima de la mesa del salón y daba vueltas y vueltas a su alrededor. No podía parar de fumar. Lo miraba como si pudiera ver a través del papel. Cada vez más desconcertada con lo que estaba pasando. ¿Quién estaría detrás de todo eso? ¿Por qué actuaba así?

El ruido del telefonillo la sacó de sus pensamientos y con un simple “soy yo” Raúl respondió al otro lado. Salió del ascensor quitándose el abrigo y se dirigió a ella. Al llegar a su lado levantó la mano y la acarició para tranquilizarla. Y ella no pudo evitar pensar si eso lo haría con todas sus clientas.

–¿Estás bien?

–Sí. Un poco nerviosa, pero bien.

Entraron en la casa y le llevó directamente a donde estaba el paquete. Sin intercambiar ni una sola palabra, él lo cogió y lo observó.

–¿Por qué crees que es de tu acosador?

–El remite. David Gutiérrez Sánchez. Es David.

–¿David? ¿Tu David?

¿Su David? Buena manera de definirlo. Sí. Había sido su David antes y después de la irrupción en su vida de Raúl. Pero, por el tono que él había utilizado, parecía guardar algo de rencor, y eso la irritó. ¿Qué pensaba? ¿Que se iba a quedar soltera toda la vida esperando a que él cambiara de opinión? Tragó saliva y respondió con un “sí” seco.

–No son unos apellidos raros. Quizás es casualidad.

–La dirección del remite es la de mi primera casa de alquiler. No creo en las casualidades.

Raúl asintió en silencio. Vio cómo buscaba algo en el bolsillo interior de su abrigo y sacó una pequeña navaja. Abrió el paquete con un solo corte y ella contuvo la respiración. Le habían pasado mil

cosas por la cabeza Después de las notas... Esperaba un libro religioso. Raúl sacó su segundo libro y lo miró extrañado.

–¿Qué coño...? –murmuró extrañada, sin saber qué más añadir.

Raúl lo abrió y empezó a pasar las páginas. Luego se volvió a girar hacia ella.

–Está dedicado.

Se acercó a él y le cogió el libro. Ahí estaba la dedicatoria. *“Para David, que sean tus sueños los que marquen tu destino. Espero que disfrutes”*. No le decía nada. Firmaba así en la mayoría de ocasiones en las que lo dedicaba a desconocidos o gente que iba a sus presentaciones.

–¿Lo recuerdas?

–No.

–No te preocupes. Si se lo firmaste el otro día lo tendremos grabado en vídeo.

–No fue el otro día.

–¿Cómo lo sabes? ¿No decías que no le recordabas?

–No lo recuerdo. El color de la tinta. El otro día mi boli era azul. Este está en negro.

Raúl la miró con una sonrisa. Se puso colorada. No pudo evitar pensar en que él había recordado su dedicatoria. Volvió a centrarse en el libro.

–¿Por qué ha puesto el nombre de David? ¿Cómo es que sabe dónde vivíamos?

Raúl no dijo nada. Había fruncido el ceño. Le observó mirar el libro y empezó a pasar las páginas, como si estuviera distraído. De pronto paró. Se volvió a poner a su lado. Una nota descansaba entre sus páginas. Raúl dejó un momento el libro en la mesa y sacó una libreta. Le resultó curioso que aún hubiera gente que las usara. Escribió algo en ella. Luego hizo una foto con su móvil a las páginas abiertas y la nota. A continuación la cogió y la leyó en voz alta.

“La mujer aprende en silencio, con plena sumisión. No consiento que la mujer enseñe ni domine al marido, sino que se mantenga en silencio, pues primero fue formado Adán, después Eva. Y no fue Adán el seducido, sino Eva, que seducida, incurrió en la transgresión. Se salvará por la crianza de los hijos, si permanece fiel a la fe, en la caridad y en la castidad, acompañada de la modestia”.

Raúl cerró su ordenador. Se sentía frustrado. Había pedido a la editorial de Aldara que le mandaran todos los vídeos que tuvieran de presentaciones y demás eventos a los que hubiera asistido. Había tenido que discutir con una secretaria muy estúpida que no comprendía que los quería para ese mismo día. Le repetía que ya lo habían solicitado, que las cosas llevaban su ritmo. ¿Su ritmo? ¿Acaso no se daba cuenta de que el tipo que iba detrás de su escritora les sacaba mucha ventaja? Había intentado mostrarse tranquilo delante de Aldara. No quería que se pusiera más nerviosa. Pero estaba realmente desconcertado, perdido y preocupado.

Podía descartar que se tratara de un loco obsesionado, un desquiciado ofendido por el tema del aborto... Esa persona se había molestado en investigar la vida de Aldara. ¿Hasta cuánto atrás remontaría su investigación? ¿Sabría algo de él? No es que le molestara. Es que temía que su presencia perjudicara aún más a Aldara.

La había tranquilizado como había podido. Luego se había llevado el libro, la nota y el sobre. Se había acercado a la sucursal más cercana de Correos donde le habían informado que, debido a la protección de datos, no podían darle más información de la que aparecía en el propio sobre. Normal.

Pero al menos se fue sabiendo la sucursal en la que había sido puesto, y que no era necesario presentar el DNI a la hora de formalizar el envío. Cualquiera podía haber puesto ese remite, incluso una mujer.

No le extrañó descubrir que había sido mandado desde Madrid. Eso lo tenía claro. Que fuera desde la sucursal más cercana al edificio donde estaba la sede de la editorial le mosqueó un poco más. Fue directamente a la sucursal. Quedaba a escasos cien metros. No podía ser casualidad. Curioseó un poco por la oficina. Vio que tenían cámara pero era consciente de que le costaría conseguir esas imágenes. Aunque le vendrían de lujo. Tendría que investigar qué empresa se encargaba de la seguridad. Salió a la calle y ahí, en lo alto, vio algo que quizás podría ayudarle. Una cámara para vigilar el tráfico. No se lo pensó. Por fin un poco de suerte.

–¿Qué quieres ahora?

–¡Uy! Suenas estresada. Dime, a que aún no te has tomado tu té. Anda, siéntate, deja los papeles que tengas en tus manos y coge un par de onzas de ese chocolate que tienes en el segundo cajón.

La oyó reírse y supo que ya lo había conseguido.

–Mira que eres... A ver, dime... ¿Qué necesitas ahora?

–Necesito las imágenes de una de tus camaritas.

–¿A qué marido cabrón quieres pillar ahora?

–No es eso. Es una amiga a la que un tío está acosando y puede ser peligroso.

La chica se quedó en silencio unos instantes y él temió que se fuera a echar atrás.

–Pásame la dirección y veré qué puedo hacer.

–Gracias. Te debo una muy grande.

–Ni lo dudes.

Le dio la dirección y el día, y se volvió a su despacho. Y ahí se encontraba en esos momentos. Realmente frustrado. Quería tener esas imágenes ya. Y también había discutido por eso con la secretaria de la editorial, para conseguir las cintas (¿por qué seguía llamándolas cintas si se lo mandarían en un *pendrive*?). La maldita sospecha de que el desconocido fuera alguien de ahí le preocupaba mucho. Recordaba cómo Aldara les había comentado que, al garaje donde le habían destrozado el coche, solo accedían los trabajadores del edificio. Eso podría acabar con el misterio de por qué no aparecía nadie desconocido en las imágenes de seguridad.

Se levantó de su mesa y se dirigió a la pizarra que había instalado en su despacho para ir poniendo todas las pistas, todas sus sospechas... y todas las dudas que le atormentaban. Decían que ver las cosas expuestas unas al lado de las otras ayudaba a visualizar lo que, de otra manera, no verías... Pero él no veía cuál era la clave de todo eso. Lo que estaba claro era que, quien se dedicaba a mandarle anónimos a Aldara, había estado haciendo los deberes.

Miró la nota. Lo habían buscado en Internet. “*Epístola 1 a Timoteo 2:11*”. “*No consiento que la mujer enseñe ni domine al marido*” se repitió esa frase en voz alta. Teniendo en cuenta que habían puesto de remite al ex de Aldara, esa frase parecía destacar por encima de las demás. Volvía a aparecer el tema de los hijos. Se quedó parado un momento. El sujeto no dejaba nada al azar. Miró la fotografía que había sacado horas antes del libro con la nota, y que había impreso y colocado en su pizarra. Miró en qué página la había dejado. No la había puesto en la primera y no creía que fuera algo al azar. No le pegaba que lo fuera. Páginas 28 y 29. Lo cogió y las buscó.

“Cuando eres pequeña crees que todo es posible y tienes una visión idílica de la vida. Y si te imaginas una familia, te la imaginas con tu marido, tus dos o tres hijos. Todos muy felices y sonrientes. Una familia de anuncio. Luego te haces mayor y todo cambia. El mundo es muchísimo más cruel de lo esperado.”

Cuando eres mayor te encuentras sola, en la taza de un váter, porque no tienes fuerzas ni para levantarte del mismo, viendo si aparece o no la maldita raya rosa. Y de pronto, ahí está. Y el mundo se te cae encima. Y piensas que es un falso positivo. Por mucho que sepas que no existen los falsos positivos. Y te haces otro. Con el tercero ya te pones a llorar. Desesperada. Perdida.

Porque ese no era tu camino a seguir. Porque eso no era lo que te habían prometido. Le habían dicho que acabaría la carrera, encontraría un trabajo que le gustaría, se casaría y llenaría su hogar con el amor de sus pequeñajos.

Eso era lo que tenía que pasar. No tenía que estar sola. No haber tomado todas las precauciones posibles para acabar embarazada de un cabrón que le había roto el corazón. Sin trabajo estable, sin casa propia... No así, no.

Y ella, que no era creyente, sintió cómo una pequeña voz en su interior le decía: “Estás pagando por tus pecados anteriores.”

Paró de leer. Esa última frase con la que Aldara había acabado el capítulo estaba remarcada, suavemente, con un lápiz. La fotografió con la cámara que tenía en la mesa y luego anotó la frase en la pizarra.

¿Qué pecados anteriores tendría Aldara? ¿O, más bien, qué pecados creía el acosador que había cometido? Tendría que volver a su casa y hablar con ella. La clave de todo lo que estaba pasando estaba en algún momento de los años (o meses) anteriores, y necesitaban encontrarlo para poder localizar al sujeto antes de que diera un paso más.

Llamó al telefonillo de Aldara. Tardó algo en responderle. Pareció sorprendida de que fuera él. Quizás esperaba a alguien. Tendría que haberla avisado que iba, pero no lo había ni pensado. Tras un rato observando toda la pizarra y esa frase remarcada, había cogido su abrigo, cerrado su despacho y salido disparado hacia su casa. Sin embargo, mientras subía en el ascensor, se dijo que tenía que ser menos impulsivo, que tenía que hacer las cosas con tranquilidad, meditando los pasos a dar. Antes de que se abrieran las puertas del ascensor recibió un mensaje en el móvil.

“Mañana por la tarde tendrás las imágenes. No puedo antes. Te enviaré un mensajero”.

Iban a tardar algo más de lo esperado pero, al menos, las tendría. Ahora solo quedaba ver si las imágenes eran lo suficientemente claras como para distinguir a alguien. Había muchos factores que podrían impedirlo. La luminosidad, el mobiliario urbano que podía estar obstruyendo el campo de visión que necesitaba...

Las puertas del ascensor se abrieron. Aldara no le esperaba en su puerta, si no que la había dejado entreabierta. Tendría que hablar con ella. ¿Tenía un loco persiguiéndola y se dejaba la puerta de su casa abierta? Vale que él se había identificado en el telefonillo, pero aún no sabían si ese tipejo la vigilaba de cerca, no sabían nada de él, podría hasta ser un vecino...

Llamó con los nudillos antes de entrar. Nadie contestó. Y entonces se alarmó. Se quedó en la puerta parado unos instantes. Se llevó la mano a la pistola, dudando. Aún no estaba acostumbrado a ella y, sinceramente, era algo que no le gustaba. Normalmente la dejaba en la caja fuerte que tenía en el despacho específicamente para ello. Cuando empezó a prepararse para detective, la idea de poder llevar

una arma corta le encantaba (claro que tampoco creía que tenía que estudiar tanto para serlo). Luego ya no tanto. La imagen que solían dar las películas y series de los detectives no era tan real como muchos creían y, no, cualquiera no podía ser detective. No era poner su propio despacho y ya está. Pero no se arrepentía de haber tomado esa decisión. Aunque la idea de ir armado no le acababa de hacer tanta ilusión como él pensaba.

Suspiró. Por mucho que tuviera el permiso para llevarlos, nada le libraba de un buen lío si disparaba a alguien. Y no sabía si era despiste de Aldara, si estaba ocupada y por eso le había dejado la puerta abierta o si... Prefería no pensarlo. Tenía que tomar una decisión rápida.

De pronto la puerta se abrió de golpe.

–¿Qué coño haces que no entras?

Aldara le miraba con el gesto extrañado. Tenía el pelo mojado e intentaba secarlo con una toalla. El tono de ella lo enfureció. Se había llevado un buen susto y se recriminó a sí mismo no haber actuado con la rapidez que debía.

–Joder Aldara. ¡No puedes dejar la puerta abierta! ¿No te das cuenta de que tienes un loco persiguiéndote? –Mientras le contestaba entró en la casa, cerrando la puerta tras él.

–¿¡No me digas!?! No me había dado cuenta. Como es a ti a quien manda notitas, es a ti a quien ha destrozado el coche...

–Pues entonces pórtate en consecuencia. ¿Qué hubiera pasado si el sujeto hubiera estado espiándote y hubiera visto que dejabas la puerta abierta? No sabemos hasta dónde llegaría.

–Pues la próxima vez avisa antes de presentarte en casas ajenas. ¡Joder, estaba en la ducha! He tenido que aclararme el pelo y vestirme en dos minutos. ¿O hubieras preferido que te dejara en la puerta esperando sin responderte?

La miró furioso. Encima iba a ser culpa suya. Vale, quizás tenía que haberla avisado que iba; vale, comprendía que no quisiera dejarle en la puerta mientras terminaba de ducharse y vestirse... la imagen de ella en la ducha, desnuda, con el agua corriendo por su cuerpo... le distrajo momentáneamente. Contempló las gotas de agua que se deslizaban por su cuello, colándose por debajo de su camiseta. Y no pudo evitar percatarse de que no le había dado tiempo a ponerse el sujetador debajo. ¿Cómo concentrarse así? ¿Cómo concentrarse si lo único que deseaba en esos momentos era cogerla, estamparla contra la pared y volver a sentirla? Recordó cómo se le electrizaban los dedos cuando se deslizaban por su cuerpo, se preguntó si su piel seguiría tan suave... Recorrió con la mirada el cuerpo de Aldara. El silencio se apoderó de la habitación y el espacio se llenó de electricidad. Y no sabía cómo conseguía aguantarse quieto. A unos metros de él estaba la chica que más había deseado en la vida. Con solo alzar la mano, con solo dar un par de pasos... podría volver a tenerla entre sus brazos.

Y de pronto ella rompió el ambiente. Su tono seguía denotando un gran enfado.

–Si no te importa, voy a secarme el pelo y ahora vengo.

No le dio tiempo a contestar. Se dio la vuelta y desapareció por el pasillo. Y él avanzó hasta el salón. Contempló el cenicero lleno de colillas. Por mucho que ella intentara no mostrarse nerviosa, por mucho que intentara expulsar sus nervios discutiendo con él... había cosas que no podía esconder.

Suspiró. Tenía que tener más paciencia con ella, aunque le costaba. Le costaba porque estaba realmente preocupado. Y le costaba porque cuanto más tiempo pasaba a su lado, más le trabajaba requería controlar sus instintos. Y la frustración por no poder hacer realidad sus fantasías, le estaba quemando por dentro.

–Bueno, ¿qué es lo que querías?

Aldara no estaba dispuesta a darle tregua alguna. Estaba claro. Y él tenía muchas dudas sobre si contarle todo lo que ya sabía o no.

–¿Nos sentamos y te cuento? Necesitamos hablar.

Ella asintió en silencio y se sentó en uno de los sofás individuales. Luego le miró fijamente. Expectante. Él suspiró y se sentó justo enfrente de ella. Necesitaba guardar distancia para concentrarse en lo que le tenía que contar.

Le escuchó atentamente. En silencio. Sin decir nada hasta que él terminó. Estaba cabreada consigo misma. Sabía que, en el fondo, él tenía razón al regañarla por dejar la puerta abierta, pero no lo admitiría jamás. Lo primero porque eso daría paso a tener que explicarle que los nervios la tenían dominaba. Y también, porque tendría que explicarse a sí misma qué era lo que le estaba pasando. Se había pasado medio día dando vueltas por su casa. Sin saber qué hacer. Sin encontrar nada que le hiciera desconectar. Fumando más de lo habitual. Escribiendo frases en el ordenador que luego borraba. Al final se había ido a la ducha. Había cerrado los ojos, se había apoyado en la pared mientras sentía el agua empapándola... Y, de pronto, su mente le había jugado una mala pasada. Los recuerdos habían aparecido de golpe. Y volvió a sentir cómo él deslizaba la punta de sus dedos por su piel, cómo su boca buscaba ansiosa la suya para luego bajar hasta su mandíbula y su cuello; cómo se apretaba contra ella haciéndola sentir toda su erección... Era tan real la fantasía, tan vivo el recuerdo, que estaba convencida de que sería capaz de correrse sin ni siquiera tocarse.

De pronto, el telefonillo. Cómo enfrentarse a él cuando segundos antes había estado a punto de correrse recordando un viejo encuentro. Y esa maldita electricidad que se había adueñado de los dos. Le conocía perfectamente. Sabía cuándo el deseo inundaba su mirada. Había sentido su mirada acariciándola por completo. No. Por mucho que su cuerpo le gritara que cayera en la tentación... No. No lo iba a hacer.

Así que se había sentado lo más lejos posible de él y había escuchado con toda la seriedad que podía. Pero estaba siendo demasiada información para asimilar. Primero, que sospechaba que fuera alguien de su editorial. Y recordó la extraña sensación que la había invadido días atrás cuando tuvo el temor de que alguien la vigilaba.

–Sé que es difícil. Pero hasta que no descartemos ese punto, ten cuidado y no confíes en nadie de ahí.

–Ok.

Le costaba hablar. ¿Cómo no iba a confiar en la gente que le movía la agenda, que controlaba los actos en los que tenía que aparecer? Se levantó y fue a la cocina. Notó la mirada extrañada de Raúl. Fue al congelador, sacó hielos, los puso en dos vasos anchos y volvió a la cocina. Abrió el mueble bar y sacó una botella de bourbon. Necesitaba una copa con urgencia. Sirvió los dos vasos. Bien cargados. Uno lo puso delante de Raúl, que permanecía en silencio, observándola. Luego volvió a sentarse en el sofá y le dio un largo trago. Él seguía sin tocar el vaso. Quizás ella tampoco debería beber estando tan cerca de él. Pero lo necesitaba.

–¿No me digas que ya no te gusta el bourbon?

–Estoy trabajando.

–No. No lo estás. No pienso pagarte esta hora. Así, la próxima vez avisarás.

Le vio sonreír, mientras negaba con la cabeza. Luego cogió el vaso. Lo alzó hacia ella para, posteriormente, beber un largo trago.

–Sigue.

–La página donde estaba la nota tenía una frase subrayada a lápiz. “*Estás pagando por tus pecados anteriores*”.

–Y vienes a saber cuáles son mis pecados. Por desgracia para mí, porque eso demuestra una vida muy sosa, yo no tengo pecados.

–Una vez me dijiste que todos teníamos trapos sucios.

¿Cómo se acordaba de eso? Si esa frase era de su primer encuentro. Había llovido tanto desde su primera noche... Ellos habían cambiado tanto. El mundo que les rodeaba había cambiado tanto...

–Eso fue en otra vida.

–No sabemos hasta cuándo se remonta ese personaje.

–Pues, sinceramente, no sé qué decirte. ¿Pecados? Pues para un puritano sí que los habré cometido. Bebo. Fumo. Follo con quien me sale de las narices sin estar casada. Me sometí a un aborto. Perdí otro en el accidente que mató a mi prometido... y escribo sobre lo que quiero. Además, claro... que soy atea.

–¿Perdiste un niño?

–Un embarazo. Estaba de tres meses. Cuando el otro coche se estampó contra nosotros...

No quería continuar hablando de ese tema. Notaba cómo los ojos se le llenaban de lágrimas. No quería. Ya había hablado demasiado de ese tema con la psicóloga. Y lo tenía superado en la medida de lo posible. Es decir, asumía el hecho de que lo había perdido, que no había sido culpa suya y que era normal sentirse triste al recordarlo.

–No tengo más pecados.

–¿Y David los tenía?

Había notado cómo la voz de Raúl temblaba justo antes de empezar con la frase. Y durante unos segundos permaneció en silencio, cabreada por la pregunta, con ganas de mandarle a la mierda. Luego suspiró y se repitió internamente que era una pregunta normal.

–No. No se me ocurre ninguna razón por la que alguien quisiera castigarle a él... Ni a él ni a su familia.

–Lo que para nosotros no es pecado, para alguien perturbado puede serlo.

–Pues entonces... no lo sé. Cualquier cosa entonces. Pero David era bueno, trabajador, amable, cariñoso... Era una persona solidaria y generosa.

–¿De qué trabajaba?

–Era psicólogo. Trabajaba para una asociación de mujeres maltratadas.

–Quizás algún exmarido furioso.

–¿Y por qué ahora? ¿Por qué a mí?

–Puede que haya salido recientemente de prisión y, como no puede hacer daño a David, te lo hace a ti. ¿Guardas algún papel, algún contacto de su trabajo?

–Tengo cuadernos suyos. Pero la información que pone en ellos... son cosas personales. No lo tengo claro, pero podrían ser cosas hasta confidenciales. David llevaba como pequeños diarios en los que hacía reflexiones sobre su trabajo. Sé que cuidaba mucho de no poner nombres pero...

–¿Podría verlos?

–No sé qué crees que puedes encontrar en ellos.

–No lo sé. Quizás nada. Lo más seguro... pero quiero descartarlo todo.

Dudó. No le hacía mucha gracia que Raúl leyera los pensamientos privados de David. Quitando las razones éticas (ella ya se había encargado de devolver todo lo que pudiera tener algún dato confidencial de las mujeres), estaba esa sensación de estar traicionándole. Y aunque en el fondo sabía, por cómo era él, que no le importaría si con eso la ayudaba a quitarse el acosador de encima... Que fuera

Raúl quien lo leyera.... Le llenaba de dudas.

Suspiró y se levantó. Con un simple “ven” se dirigió a su cuarto. Notaba la mirada de él sobre su cuerpo. No le hacía gracia tener que estar los dos en una habitación con una cama a su lado, pero no le quedaba más remedio. Las cajas estaban en lo más alto de su armario. Abrió las puertas y acercó una silla. En silencio. Cuando miró a Raúl se dio cuenta de que sus ojos se habían desviado, momentáneamente, hacia la cama. No. Definitivamente no era una buena idea estar los dos en un dormitorio. Él pareció darse cuenta de que le había pillado y se acercó rápidamente a la silla.

–Deja. Me subo yo.

–No sabes dónde están las cosas. Así me ayudas a bajarlas.

Aldara se subió. A lo largo de los años había ido llenando cajas y cajas de recuerdos. Era incapaz de tirarlos, pero algunos no le hacía gracia tener que verlos a diario. Así que los metía en cajas, y al armario. Le fue pasando unas pequeñas que él fue dejando sobre la cama. Llegó la primera grande. Si no se confundía, los diarios de David estaban justo una caja detrás.

–Esta pesa un poco.

–Espera, que te ayudo.

Y fue peor el remedio que la enfermedad. Al intentar ayudarle no se coordinaron bien. Aldara sintió que era culpa suya, porque no se esperaba el roce de su mano contra la suya. Notó cómo le temblaban. Y no pudo sostener la caja. Por suerte, Raúl y la caja cayeron sobre la cama, aunque varias cosas que había en su interior se desparramaron también. Y la vio. ¿Cómo no? No podía ser otra caja. Solo un vistazo rápido y reconoció el color. Y supo que Raúl también lo había visto y la miraba extrañado y sorprendido. Intentó mostrar indiferencia.

–Ya ni recordaba que estaba ahí.

Silencio.

–Puedes cogerla si quieres. Es tuya.

–No. te la regalé.

–Vale. –Se volvió intentando permanecer serena y cogió la caja de los diarios–. Es esta.

Se la pasó y bajó de la silla. Sin esperar más respuestas, rehízo el camino hacia el salón. Una vez allí se volvió hacia él.

–¿Necesitas algo más? Estoy cansada. Han sido muchas noticias juntas y mañana tenía que acercarme a la editorial.

Él pareció dudar unos instantes. Luego asintió y se encaminó a la puerta de salida.

–Ten cuidado, ¿vale? Recuerda... No te fíes de nadie. Y cierra bien.

–Hablamos.

Raúl se fue y ella se quedó parada unos instantes. Luego volvió hacia su habitación y empezó a guardar de nuevo las cosas en su caja. Cogió la corbata azul. Sí que había pasado tiempo. ¡Eso era mala suerte! De entre todas las cajas se tenía que caer precisamente esa. Y él tenía que verla. No le quedaba la menor duda de que él estaría igual que ella en esos momentos, rememorando aquella boda.

CAPÍTULO 4: LA CORBATA AZUL

La ceremonia no había sido muy larga, cosa que él agradecía profundamente. Ese tipo de actos solían aburrirle solemnemente. Lo cierto era que entraba a la iglesia más por la presión de su padre que por creencias propias. Y tampoco era que su padre fuera muy creyente, pero tenía una motivación peor: el qué dirán. Así que le había tocado tragarse toda la ceremonia y todos los discursos del cura. Le compensaba ver a su prima tan feliz. Aunque él hubiera preferido sentarse en las últimas filas. Sobre todo porque así podía ver si asistía algo decente a la boda. Su prima, entre bromas, le había asegurado que había más de una soltera que le llamaría la atención. La alegría que le había dado al anunciarle que iba solo, que había roto con Miriam, bien podría haber sido su regalo de boda. Eso le hizo meditar un poco y se reafirmaba aún más en su decisión de no volver con ella.

La ceremonia terminó y se hicieron las clásicas fotos en el altar. Demasiado protocolario para lo que siempre había sido su prima. Salieron. La ceremonia del arroz. Un par de fotos más y ya el camino hacia el hotel donde se celebraba la cena. Y se quedó helado. ¿Realmente la había visto subiéndose a uno de los coches? No podía ser. Y si no era verdad, era aún peor. No la había vuelto a ver desde el día de la poesía, hacía ya quince días. Sabía que sus respectivos grupos de amigos habían quedado, pero él había buscado la excusa de la gripe para no salir. Lo que había sentido al acariciarle por debajo del vestido era demasiado excitante como para soportarlo. La noche había acabado con normalidad. Con las chicas yéndose juntas por un lado y ellos por otro. Y Miguel analizando cada momento. En especial el masaje. Y no. Él no tenía ganas de fingir delante de su amigo.

Se pasó todo el viaje de camino al restaurante inquieto. No sabía muy bien qué significaría si había sido su imaginación. Y tampoco sabía muy bien qué pasaría si era verdad que Aldara estaba en la boda... Lejos de la presencia de Miguel. Aparcaron y fueron al patio cerrado del restaurante. Un camarero pasó cerca de él llevando bebida. Tomó una cerveza. La buscaba. Pero tenía que haber sido su imaginación.

–De todas las bodas, de todas las ciudades del mundo, tuviste que elegir esta...

Se giró. Y ahí estaba. Bebiendo divertida de su copa de vino. Preciosa. Con un vestido de cóctel azul clarito, con una falda de plumas de diferentes tonos de azul. Y el pelo con un recogido lateral que le dejaba el hombro derecho desnudo.

–Buenos días Ilsa.

–Muy bien. Conoces los clásicos. Mini punto para ti.

–¿Qué haces aquí?

–Me gustan las barras libres. Me cuelo en las bodas para comer y beber gratis. ¿Y tú?

–Lo mismo.

Aldara se rio y cogió un canapé de una bandeja cercana a ellos. Hasta verla comer le ponía cachondo.

–La novia es mi prima.

–¿Sara?

–¿Sara? ¡Mierda! ¿No me digas que me he confundido de boda? ¿Y tú de qué conoces a los novios?

–Del pueblo. A tu prima la conozco desde... Siempre.

–¿Me estás diciendo que si hubiera aceptado una de sus invitaciones para ir al pueblo te hubiera conocido mucho antes?

–Ya ves... Habríamos podido tener un rollo de verano.

Aldara le miraba fijamente mientras bebía de su copa. Se acercó un poco y jugueteó con una de las plumas de su falda.

–Siempre podemos recuperar el tiempo perdido.

–No me durarías ni medio asalto.

–Vuelves a prejuizar. Pero no te preocupes que yo encantado de enseñarte que te confundes.

Eso no iba por buen camino. ¿Dónde se habían quedado sus prejuicios, dónde se había quedado su vocecita? Se habían quedado en Madrid. Quizás podrían convertir Ávila en las Vegas y “lo que pasara en Ávila...”

–Hijo, ¿Me presentas a tu amiga?

Vale. Se había olvidado que en esa boda estaba toda su familia. Sin darse cuenta dio un paso para atrás, soltando la falda de Aldara. Vio cómo ella sonreía divertida y se presentaba a sí misma. Y al avanzar un poco observó la parte de atrás de su vestido. Un escote en “uve” hasta el final de su espalda. Esa chica quería ponerle cardíaco. Otro de sus tíos se les acercó y, aprovechando que le decía algo a su padre, se aproximó a Aldara para hablarle en un susurro.

–Usted y yo vamos a tener que discutirle esa costumbre suya de enseñar la espalda.

Ella se giró hacia él, coqueta, seductora... Dejando su rostro muy cerca del suyo.

–¿Acaso no le gusta?

–Todo lo contrario.

Deslizó uno de sus dedos por la espalda de Aldara. Y según iba bajando por ella observó cómo se le erizaba la piel con el contacto. Se quedó fascinado. Nunca había provocado una reacción así en nadie. Definitivamente, lo que había entre ellos era mucho más que química. Era deseo en estado puro.

Era complicado concentrarse en la conversación de su mesa cuando sus ojos se iban directamente a un par de mesas a su derecha. En ella, Aldara bromeaba y charlaba con sus amigos del pueblo. Y él intentaba hacer lo mismo con sus primos. Pero... no podía evitarlo. Había algo en la sala, una extraña fuerza, una cuerda realmente estirada que les unía y tiraba de él hacia ella. Los platos fueron pasando. Las copas de vino también. Lo bueno de las bodas era que se reunía gente que llevaban mucho tiempo sin verse y se ponían al día. Así que sus primos, al enterarse de que volvía a la soltería... pues estallaron en gritos y brindis.

–¡Vuelve el cazador!

–¡Qué peligro!

–Bueno, bueno.... Seguro que ya ha fichado a todas las chicas de la boda.

Él se reía divertido. Sabiendo que el escándalo que estaban montando no le pasaría desapercibido a nadie, pero se negó a mirar hacia la mesa de Aldara. Y haciendo un gran esfuerzo, lo consiguió. Quería que, si se volvía hacia él, le viera entretenido, no pendiente de ella. Esa chica tenía demasiada consciencia del poder que ejercía sobre él, y eso no le gustaba nada. Quizás podría prestar un poco más

de atención a otras chicas, que ella no le tuviera tan seguro. “¿Y qué pasa si ella no reacciona como tú crees? ¿Y si ella decide hacer lo mismo?”. Tenía que plantearse qué era lo que realmente quería. Pero el vino no ayudaba a pensar con claridad. Y, encima, el cava se unió a la fiesta.

Llegó el baile. Y, por fin, algo más propio de su prima. No bailaron el clásico vals. *Something stupid* empezó a sonar. Y todo el mundo contempló cómo bailaban los novios. Luego el padre de la novia con ella... y cuando el discjockey les invitó a acompañarles, varias parejas saltaron felices y contentas. Él se dirigió a la barra. Aldara bailaba divertida con su grupo de amigas. Pasó la mirada por todo el salón. Y eligió víctima. Era una muchacha rubia, delgada, que llevaba un vestido rojo. Era perfecta. Si no conseguía hacerle olvidar a Aldara... no se le ocurría quién podría.

—¿Bailas?

Ella se giró hacia él y asintió, coqueta. Así que, sin pensarlo, le pasó la mano por la cintura y la llevó a la pista de baile. En todas las bodas suele haber unas cuantas chicas que no conciben tener que asistir a un acto así solas. Lo curioso es que no suelen ser chicas feas y por eso se enojan aún más, porque no les entra en la cabeza no tener a nadie para posar a su lado. Así que eran las víctimas perfectas. No necesitabas ser un sex-símbol, con ser más o menos guapo y tener un poco de morro, como era su caso...

Mientras bailaban observaba perfectamente, y sin disimulo, el escote de la chica. Y se dio cuenta que no pasaba nada. Que por mucho que pudiera pensar en lo que podría hacerle esa misma noche, no provocaba reacción alguna en su sexo.

Terminó la canción y tras un breve “*gracias*” se alejó de la pista enfadado. Consigo mismo. Vale, aceptaba que deseaba a Aldara y que deseaba meterla en su cama y hacerla suya.... pero, ¿no iba a poder acostarse con otra tía hasta que no se quitara esa espina? ¿O solamente era que se había obsesionado?

—¿Y a mí no me vas a invitar a bailar?

En ese momento la odiaba. La odiaba tanto que la pondría sobre la mesa y la follaría ahí mismo. Sin contemplaciones. Solo por pura necesidad.

—Seguro que puedes encontrar a algún tío dispuesto a bailar contigo.

Fue borde. Mucho. Ni siquiera la miró. Notó su mirada extrañada sobre él.

—Como quieras. No tengo la menor duda de que hay unos cuantos dispuestos.

Aldara se dio la vuelta para irse y él la sujetó por la muñeca. Cuando se volvió hacia ella sus ojos echaban chispas.

—Perdona.

—No sé con qué tipo de chicas estás acostumbrado a tratar, aunque me lo puedo imaginar; pero no te confundas, yo no voy detrás de nadie ni soporto tonterías.

—Aldara, de verdad. No quería ser borde. He pagado mi cabreo contigo...

—¿Tu cabreo?

Mierda. ¿Por qué le había dicho eso, por qué no se había limitado a buscar una excusa y esperar que ella le perdonara? ¿Qué le iba a decir? ¿Qué estaba cabreado porque la deseaba tanto que ninguna otra chica le llamaba la atención?

—Si no te importa, te lo cuento en otro momento. Esto es una fiesta y tenemos que divertirnos... ¿Bailas conmigo?

Ella lo miró fijamente. Dudando. Luego sonrió y le dio la mano. Empezó a sonar una nueva canción y no pudo evitar reírse por lo bajo. Muy apropiada. Aldara dio una vuelta sin soltarle para quedar enredada en su brazo, dándole la espalda, y empezó a bailar, a moverse demasiado pegada a él. Y volviendo la cabeza en su dirección, canturreaba la canción.

*“Llevas años enredada en mis manos,
en mi pelo, en mi cabeza...
Y no puedo más, no puedo más”.*

La hizo girar para alejarla un poco. Si seguía así... No respondía de sus actos.

–Compórtese señorita. Que estamos en un lugar público.

–¿No me digas que te me estás poniendo nervioso?

No la contestó. Solo se ríe. No era precisamente nervioso como lo ponía, pero los dos lo sabían...

No había necesidad alguna de decirlo en voz alta. Siguieron bailando. Ella seguía tentándole. Y casi al final de la canción se quedó mirándole fijamente mientras cantaba.

*“Ya no hay fronteras,
me dejaré llevar, a ningún lugar”*

Y se preguntó si eso significaría lo que él creía. La canción terminó. Aldara se acercó para hablarle al oído.

–Necesito un poco de aire, ¿salimos?

Asintió con la cabeza y se fueron a una de las terrazas del salón. Hacía algo de fresco. Lo suficiente como para que él pudiera utilizarlo de excusa para pasarle el brazo por encima y atraerla hacia su presencia. Ella jugueteaba con su corbata.

–Nunca me hubiera imaginado que te duraría tanto puesta... Al cuello, claro. En la cabeza sí te pega.

–Vaya imagen tienes de mí.

–La que te encanta dar, te gusta hacer creer a la gente que eres...

–Que soy...

La giró y la apoyó contra la barandilla. Ella le miró con una sonrisa llena de intenciones y luego volvió a jugar con la corbata.

–¿Te das cuenta de que vamos a juego?

Se ríe. Ni se había percatado de que su corbata tenía el mismo color que el vestido de ella. Si creyera en el destino pensaría que estaba jugando con él. Y no acababa de entender qué narices le quería decir...

–Pero tengo que admitir que el azul te sienta mucho mejor a ti que a mí.

–¿Sí?

Los ojos de Aldara brillaban con picardía y una sonrisa maléfica le iluminó todo el rostro.

–¿Qué tramas?

–¿Yo? Nada...

Y mientras hablaba empezaba a aflojarle la corbata. Lentamente. Consciente de lo sensual que estaba siendo. Consciente de la imagen que se estaba formando en su cabeza. Y deslizó con suavidad la corbata de su cuello y se lo puso alrededor del suyo.

–¿Me la anudas?

–Tengo un problema... Nunca le he hecho el nudo a nadie.

–Espera.

Se ríe y se giró, apoyando su espalda contra él. En esos momentos la cogería, le daría la vuelta y la devoraría por completo. No podía negar que le gustaba ese juego de seducción, de flirteo, de provocación... Y tenía que reconocer que a ella se le daba muy bien... Mucho más que eso. Pero no sabía

cuánto más podría aguantarse. Pasó sus manos alrededor del cuerpo de Aldara y, con dificultades, le hizo el nudo de la corbata. Se giró, divertida, de un salto y volvió a apoyarse contra la barandilla, mirándole fijamente.

–¿Cómo me queda?

–Perfecta. Estás increíble.

Se acercó aún más a ella. Demasiado tiempo deseando saborear sus labios, y tenía claro que esa iba a ser la noche. Algo muy extraño tenía que pasar para que no la acabaran juntos. Y, aunque aún no podían irse de la fiesta, quería un anticipo, algo que le quitara levemente el mono... Así que la cogió con suavidad de la cintura y ella le dejó actuar, sin retirar su mirada de la suya. Incluso entreabrió un poco los labios. No necesitaba más señales.

–Aldara, perdona... es el momento del vídeo.

Maldijo a todo el mundo. Y odió a la chica que había entrado a la terraza para interrumpirles. ¿No podía haber esperado un poquito más? ¿Acaso no había visto que estaban ocupados?

Ella le miró mientras elevaba las cejas y luego se escapó de entre sus brazos y le dio un leve beso en la mejilla a la vez que murmuraba un *“luego seguimos”*. Y se fue hacia dentro. Se apoyó en la barandilla. Respiró y luego volvió a entrar.

Se sorprendió al encontrarla en medio de la pista, micrófono en mano, y con todo el mundo atento a ella. Se quedó a un lado, curioso, expectante, como todos los demás.

–Hola a todos. Espero que os lo estéis pasando muy bien. Hoy es un día muy especial. Especialmente para Sara y Luis, claro. Pero también para todos los que hemos ido viendo crecer esa relación desde sus inicios hasta hoy. Y, hablando de inicios, tengo que confesar una cosa. He estado esperando el momento ese de *“Quien tenga algo que decir...”*. Pero el cura debe ser un poco soso y no ha visto ninguna película *yanki* –la gente empezó a reírse–. Y creo que es importante que Luis sepa algo que sucedió la noche en que le conocimos –vio cómo su prima se tapaba la cara en el hombro de su marido–. No te escondas ahora que sabes que es verdad. Para los que no lo sepáis, que lo dudo, Sara y Luis se conocieron una noche de borrachera en el pueblo... digo –cambió el tono y se dirigió al padre de Sara–, señor, en una biblioteca estudiando física cuántica. –La gente no podía parar de reír–. Así que Luis se acercó a invitarnos a una copa... digo a prestarnos un libro... Y yo le dije a Sara que ese muchacho tan generoso, quería tema con ella. Y su respuesta fue *“Ay, no, paso... estoy cansada de tíos que solo quieren pasar un rato. Ahora necesito algo más estable”*. –Su prima no paraba de reír y asentir con la cabeza–. A lo que yo le dije, vaya visión de futuro que tengo, tendría que hacerme celestina: *“¿Y quién te dice que él no puede ser ese algo?”*. Y, lo siento Luis, pero ella me miró, te miró y me dijo: *“¿Con ese? ¿En serio?”* –La gente estalló en carcajadas–. También es cierto que, justo después de invitarnos a una copa, Luis se había subido a la barra junto con otros amigos a hacer un *striptease*... Y sé lo que estáis pensando todos... Sí. Tenemos pruebas. Y sí, os las vamos a mostrar. Sara, Luis... Esta es vuestra vida juntos. Espero que os guste.

La gente aplaudió, las luces se fueron y empezó a proyectarse en una de las paredes el vídeo. Se dio cuenta de que él mismo había mandado fotos para ese regalo. Sin saber que la organizadora era ella... Otra vez ese destino travieso. Aldara fue adonde estaba él y se acercó a su lado mientras veían las fotos... Y la vio, varios años atrás, tiradas ella y su prima, en unas toallas de playa, haciendo el tonto. Se puso justo detrás de ella y le susurró al oído.

–¿Siempre has sido tan guapa?

–Eso se lo dirás a todas.

–Pero ninguna me pone así.

Pasó la mano por su cintura, abrazándola por detrás y la apretó contra él. Y sentir su trasero contra

su entropierna fue lo que le faltaba. Notó cómo la respiración de ella se agitaba levemente, pero no dijo nada. Se quedaron así. Pegados el uno contra el otro. Sintién dose. Inmóviles. Como si temieran que, al separarse, se rompiera el hechizo que les tenía atados.

El vídeo terminó. Las luces se encendieron y Sara se acercó caminando hacia ellos para darle un abrazo muy fuerte a Aldara. Luego se percató. Dio un paso para atrás y los miró extrañada.

–¿Y vosotros de qué os conocéis?

–Tu primo lleva unos quince días acosándome.

–Serás bruja... –Le hizo cosquillas. Su prima seguía mirándole con gesto de desconfianza–. No te preocupes prima, ya me dejó bien claro que no quería ser una muesca más en el cabecero de mi cama... – En ese momento fue Aldara la que le dio un codazo–. Así que he pensado que quizás quiera serlo del cabecero de mi cama en el hotel.

Las dos le dieron un golpe mientras le dedicaban algún insulto y él se reía. Su prima cogió a Aldara de la mano y la alejó de él.

–Pues ahora castigado y me la llevo a tomar unos chupitos.

Aldara se despidió con un gesto y él se quedó mirando, divertido, cómo se alejaban en dirección a la barra. Luego decidió reunirse con sus primos. Tenían toda la noche para volver al tema que tenían pendiente, y estaba seguro de que lo retomarían.

Sara le sacó a bailar. Estaba en la barra charlando con sus primos, le cogió y, sin preguntarle, lo arrastró a la pista. Su prima nunca había sido de disimular, menos con él, y muchísimo menos cuando llevaba unas cuantas copas. Así que no esperó mucho para decirle lo que debía llevar tiempo rumiando.

–¿Y tú y Aldara?

–¿Yo y Aldara, qué? –Se hizo el tonto. Y su prima le pellizcó el brazo.

–¿Es por ella por lo que no has vuelto con la bicha?

–No hables así de Miriam.

–Era una bicha y lo sabes. Y no me cambies el tema.

–No te lo cambio. Entre Aldara y yo no ha pasado nada.

–No te he preguntado eso.

–No es tan fácil prima.

Necesitaba consolarse. Necesitaba confesarse y con su prima siempre le había sido fácil. Y ella lo entendió. Le cogió de la mano y le llevó hasta la misma terraza donde había estado con Aldara. Su prima se encendió un cigarro, le dio dos caladas y luego se lo pasó. Se acordó de cuando eran unos chiquillos y fumaban a escondidas asomados a la ventana de su habitación. Viendo cómo entre calada y calada se esfumaban también sus preocupaciones, cómo los secretos compartidos dolían menos.

–Dime, ¿por qué no es tan fácil?

–¿Te acuerdas de Miguel?

–Claro. Os habéis criado juntos. Creo que me ha tirado los trastos unas mil veces.

–Conocí a Aldara por él. Son compañeros en el máster. Y está loco por ella.

–Ya... –Su prima dudó unos segundos–. Eso es lo que te pasa siempre. Buscas excusas para no ser feliz.

–No es una excusa, es la verdad.

–Vale. ¿Y crees que tiene posibilidades? ¿Crees que Aldara siente algo por él?

–No. Cualquiera que les haya visto juntos se daría cuenta. Ella le aprecia, pero nada más.

–¿Entonces?

–Entonces seguiría siendo una traición.

–¿Y no es una traición hacia ti lo que estás haciendo? Y, si Miguel es tan buen amigo como siempre has dicho, lo comprendería. Puede que se enfade al principio, pero... debe de estar ciego para no darse cuenta de que echáis chispas.

–Qué fácil lo ves todo, Sara.

–No. No es fácil. El amor no es fácil. El amor es muy complicado. Quién espera un cuento de hadas se olvida de que nadie nos cuenta qué pasa después del primer flechazo, que nadie nos dice lo que sucede cuando la rutina aparece, cuando hay que conocer a la otra persona.... El amor verdadero es lo más difícil de encontrar. Mírame a mí. Es el día de mi boda. Y me caso porque creo y siento que es el hombre de mi vida, porque le amo y le adoro... pero soy muy consciente de que la vida da muchos giros. No me malinterpretes, me caso porque quiero estar él hasta mi último día aquí... pero no sabemos qué pasará mañana. Por eso hay que vivir el presente. Por eso hay que seguir al corazón.

La abrazó. Su prima siempre tan dulce. Siempre tan romántica. Siempre tan sincera. Ojalá fuera tan fácil hacer lo que ella le decía.

–Nadie ha hablado de amor.

–Si fuera un simple polvo no estarías zorreando con la mejor amiga de tu prima favorita.

Se rio y le cogió el cigarro. Le pasó el brazo por los hombros y la apretó contra él.

–¡Ay, primita! ¿Sabe realmente Luis dónde se mete?

–Creo que solo lo intuye. Lo tengo atontado a base de polvos.

Se volvió hacia ella fingiendo que se había escandalizado y ella puso cara de niña inocente, mientras se encogía de hombros. Y entre risas le abrazó más fuerte. Y, aunque su prima había acabado la conversación con una broma, las palabras que le había dicho no paraban de revolotear por su cabeza. ¿Sería verdad que sentía algo más que pura atracción física por Aldara? Era cierto que se reía mucho con ella, que le parecía una muchacha interesante e inteligente... ¡Basta! Su prima se le había metido en la cabeza. ¿Por qué plantearse cosas que no se había planteado hasta ese momento? Era una tontería.

Volvieron a entrar. Algunos mayores habían ido abandonando la sala. Otros charlaban tranquilamente en las mesas. Los menos se habían unido al gran círculo que habían formado todos los jóvenes mientras no paraban de bailar y reír. *It's my life* de Bon Jovi sonaba en los altavoces de la sala y la gente se dejaba la voz con su estribillo, casi convirtiéndolo en el himno de un momento, de unos sentimientos, de un desasosiego. Como si quisieran decirle algo. Como si quisieran indicarle el camino a seguir.

It's my life.

It's now or never.

I ain't gonna live forever.

I just want to live while I'm alive.

Aldara estaba en el grupo. Bailando despreocupada. Completamente relajada. Completamente hipnótica. Su prima le dio un codazo mientras le guiñaba un ojo. Él sonrió y, cogiéndola de la mano, la llevó a la barra.

–Vamos primita, que aún no hemos brindado por tu nuevo estado civil.

La fiesta se fue acabando entre risas, bailes y bromas varias. Había disfrutado muchísimo. No había podido quedarse, otra vez, a solas con Aldara, pero habían mantenido un divertido juego de coqueteo y roces toda la noche. La fiesta se acabó. Los novios se despidieron de todos, camino de su suite nupcial, donde los esperaba su noche de bodas. Y él se acercó a Aldara, que recogía de su mesa un pequeño bolso y su chaqueta.

–Sé que te vales solita, pero ¿me permites que te acompañe a tu habitación?

Se había colocado justo detrás y se lo había susurrado al oído. Ella se volvió, divertida, le miró de arriba abajo, como si le estuviera analizando, como si tuviera que meditar la respuesta. Luego se encogió de hombros y sus labios formaron una muy leve sonrisa, llena de inocencia.

–Si es lo que deseas...

Esa chica era todo un caso. Le hizo un gesto con el brazo para que empezase a caminar, y cuando estuvo a su lado, aprovechó para pasarle el otro brazo por la cintura. Intercambiaron una sola mirada pícaro y salieron del salón. Solo tenían que subir dos pisos, pero decidieron usar el ascensor... Tantas fantasías en su cabeza, tantas escenas en ascensores... ¿Y si la cogía, la besaba mientras la apretaba contra la pared? Dudó. Y no supo el motivo. Sabía que ella le deseaba... pero no lo hizo. Sin embargo, bajó levemente la mano situada en su cintura hasta justo el borde de su espalda. Iba a bajar un poco más, con la intención de acariciar su trasero, cuando las puertas del ascensor se abrieron y ella salió, avanzando hacia su puerta, donde se detuvo y se quedó apoyada en la pared, mirándole.

–Ha sido una gran noche.

–Sí... –No, no quería que eso acabase. Se negaba a que se despidieran y se fueran cada uno por su lado.

–No me esperaba encontrarte aquí. Toda una sorpresa.

–Espero que agradable.

–Lo es... Por cierto, tu corbata. –Hizo el amago de quitársela, pero la detuvo.

–No. Quédatela. Te queda mejor a ti.

–Gracias. Además, es muy útil. Tiene muchas ventajas.

–¿Muchas ventajas? –Ahora sí que estaba perdido.

–Claro... Sirve, como es lógico, de corbata... pero... subiéndola un poco... podemos usarla de venda.

Según hablaba iba haciendo lo que decía. Se tapó los ojos y estuvo así unas centésimas de segundo. Y él notaba cómo su excitación subía aún más, pero presentía que aún no se había acabado ahí la cosa.

–Y si no nos gusta... podemos quitárnosla, meter las manos por el agujerito, apretar y tener unas esposas.

Se había atado las manos con su corbata y las había subido, con los brazos bien estirados, por encima de su cabeza. Y ahí estaba ella. Apoyada en la pared. Con las manos atadas con su corbata. Mirándole fijamente, retándole. Y supo que ya no podía más. Se acercó aún más a ella, dejando solo unos centímetros entre sus dos cuerpos, y agarró su corbata. Y apretó aún más el nudo. A continuación, puso sus manos a cada lado de la cintura de ella y empezó a subir, muy lentamente. Cuando llegó a la altura de la axila maldijo internamente que se hubiera puesto la chaqueta que le impedía rozar su piel. Subió la mano izquierda hasta la altura de las de ella, y se las agarró con fuerza. Ella no había dicho nada. Solo le miraba. Tentadora y, o mucho se confundía él, excitada. Había entreabierto los labios y sus pupilas se habían dilatado. Y se sintió como si fuera un pequeño insecto que hubiera caído en las redes de una araña. Porque tenía que admitir que, aunque ella tuviera las manos atadas, dirigía esa excusa con solo la

mirada.

Apretó sus manos contra la pared y la otra mano la pasó por la espalda. Y más que una caricia, la arañó levemente. Ella se arqueó, mientras un leve gemido de placer salía de sus labios. Y ya no pudo más... Se abalanzó contra sus labios. Con ansia. Con furia. Como un sediento en mitad del desierto al encontrarse con un oasis. Se apretó contra ella. Soltó sus manos y bajó la suya hasta el torso de Aldara. Por pura necesidad de sentirla, de quedarse cada rincón de su piel. Ella pasó sus manos aún anudadas a través de su cuello, mientras le mordía suavemente el labio inferior.

–Desátame.

–No quiero.

Hablaban entre besos, entre jadeos. Con la respiración entrecortada y la sangre hirviendo.

–Entonces, ¿cómo quieres que entremos en la habitación?

En esos momentos le daba igual. Como si acababan follando encima de la moqueta del pasillo. Le daba igual que cualquiera pudiera verlos. Le daba igual todo. Todo menos el cuerpo de Aldara pegado al suyo, menos sentir cómo la ingle de ella se apretaba contra su entrepierna para notar aún más su erección.

–Tenemos muchas horas para que vuelvas a atarme si te apetece. Pero te puedes perder muchas cosas si no me desatas...

Gruñó. E intentó desatarle la corbata sin dejar de besarla. Pero no pudo. Resopló, dejó de besarla y le desató. Ella sonrió. Se dio la vuelta, buscó la llave en el bolso que llevaba colgado y abrió. Y ya no necesitó más.

Le dio la vuelta y volvió a sumergirse en su boca. La metió dentro del cuarto y cerró la puerta tras ella. Aldara le empujó contra la puerta mientras se quitaba, muy lentamente el bolso y la chaqueta. Y él volvió a lanzarse contra ella. No quería que se desnudara más. No. Quería hacerlo él. Desenvolverla como si fuese el mejor regalo que le habían hecho. Descubriendo cada rincón oculto de su cuerpo. Acariciándolo. Besándolo. Recorriéndolo con la lengua. Y disfrutar de cómo ella se excitaba cada vez más. Quería volverla tan loca como ella le volvía a él. Y, una vez que estuviera bien húmeda, introducirse en ella, sentirse dentro de ese cuerpo que le tenía obsesionado. Y moverse al unísono. Y notar las manos de ella arañándole la espalda. Sus bocas besándose. Sus caderas chocando la una con la otra en un intento de que profundizara aún más en ella. Y girar sobre la cama, intentando ser él quien estuviera encima, ser quien marcara el ritmo... Moviéndose en un baile frenético, solo gobernados por las ganas. Hasta que, al final, inundados por el deseo, cayeran el uno sobre el otro. Exhaustos. Jadeantes. Sudorosos. Permaneciendo aún unidos. Y sabiendo que, en un rato, volverían a empezar. Y es que todas las fantasías que le habían invadido en esos días, se habían quedado cortas.

CAPÍTULO 5: INSTINTOS

Se había pasado todo el día leyendo los diarios de David. Desesperándose. Tomando notas. Buscando demasiadas veces términos en el ordenador. Le costaba entender algunas de las cosas que decía. Pero se le ponía la piel de gallina al leer todas esas historias. Aunque no había nombres, aunque no había muchos datos que pudieran identificar a las mujeres. Solo sentimientos. Y rabia. Mucha rabia.

David describía situaciones que nunca había podido imaginarse. Mujeres que salían de verdaderos infiernos en los que las heridas físicas, por graves que fueran, eran bastante más fáciles de curar que las mentales.

Leyó la desesperación de David cuando algunas de esas mujeres volvían, inconcebiblemente, con sus maltratadores, cómo él lo veía como un fracaso propio, por no haber conseguido conectar con ellas, devolverles la confianza, ayudarlas a reconstruirse por dentro.

Casi todo lo que leyó no le servía para el caso, solo para removerle la conciencia, para angustiarse por dentro. Una cosa era saber que demasiadas mujeres morían a manos de su pareja, que muchas eran maltratadas, que muchas nunca se atrevían a denunciar a sus verdugos... y otra cosa era leer sus traumas, sus agujeros interiores...

Él, como mucha otra gente, había dicho más de una vez que no comprendía por qué no tenían el valor de soltarse de las ataduras a los que las sometían... ¡Sobre todo si tenían hijos! ¡¡Eran madres!! Su mayor deber era proteger a sus pequeños. Pero, también, lo era de los padres. No. Ya no volvería a decirlo.

Muy pocas cosas de las que leyó le sirvieron. Excepto dos anécdotas. En una, habían tenido que cambiar la ubicación de una casa de acogida porque un marido furioso había conseguido localizarla. Nadie sabía cómo. Y se lo habían dicho a David.

Y otro... No estaba seguro de si sería muy arriesgado por su parte. Un niño. El hijo de una de las mujeres maltratadas. David decía que era una barrera. Un imposible. Cerrado. Violento. Había pasado demasiados años en un ambiente hostil, con un padre dominante, observando cómo reducía a escombros a su madre... Y la violencia había pasado a ser parte de él. David insistía en que no todos los hijos de maltratadores eran así. Pero éste... llegó incluso a amenazarle de muerte, a amenazarle con quitarle todo como ellos habían hecho con él.

Apuntó unas cosas en su libreta y buscó el número de contacto que Aldara le había pasado. Sabía que no tenían la obligación de contarle nada, pero quizás al enterarse de que corría peligro la viuda de un antiguo empleado (no tenía claro si realmente podía considerarle viuda... Por mucho que había buscado en las redes, Aldara había conseguido mantener su vida privada al margen de ellas... Y eso era todo un logro). Por probar, no perdía nada.

Llamaron a la puerta de su despacho. Jorge, el recepcionista, entró y le dejó un sobre en la mesa. Lo abrió. Ahí estaba. El *pendrive* con las imágenes de la acera. Suspiró. Esperaba poder encontrar algo que les sirviera. Primero, lo miraría una vez, todo de seguido. Buscando alguien que se comportara de manera errática, que se le notara que no estaba tranquilo...

Luego intentaría hacer distintos fotogramas de todos los que entraran, en el periodo de tiempo que necesitaba, en la oficina. Conseguir más tarde todas las fichas de empleados no le iba a ser tan difícil, seguro. O las tenía por las buenas o por las malas. Para eso tenía un par de amigas *hackers*.

Introdujo el *pendrive* en su ranura y grabó el archivo en el ordenador. *Play*. Y a dejarse los ojos en ese vídeo. Tenía suerte. La puerta de la sucursal se veía mucho mejor de lo que él se había imaginado.

Si se lo hubieran dicho, nunca habría pensado que tanta gente fuera a Correos. ¿Quién decía que las cartas habían muerto? Se encendió un cigarro. Si lo viera Gómez, lo mataría. Estaba terminantemente prohibido. “*Te recuerdo que la ley específica que no se puede fumar en los puestos de trabajo*”, solía gruñirle. Pero lo necesitaba. Tantas personas, tantas caras desconocidas. Eso era encontrar una aguja en un pajar. Y él no acababa de encontrar el imán que atrajera a esa maldita aguja. Tenía que tener un poco de suerte. Estaba cansado de dar palos de ciego, de no haber descartado a nadie. Todo lo contrario. Cada vez había más y más sospechosos.

Y de pronto... Paró el vídeo. No podía ser. Eso sí que no se lo esperaba. Extrajo un fotograma del vídeo y lo imprimió. No había dudas. Era ella. Apagó el cigarrillo en el cenicero y cogió su abrigo. No lo pensó. Solo actuó.

El ambiente de la editorial era mucho más tranquilo de lo que su imaginación le había dibujado. Pero era normal. Eso no era la redacción de un periódico que tuviera que sacar uno cada día. No. Era como un edificio de oficinas normal y corriente. Mucha gente en sus pequeños cubículos, atadas a sus ordenadores, concentrados en lo que hacían, charlando con el compañero de al lado.

Un ambiente tan normal... ¿Quién iba a sospechar que entre ellos se podía ocultar un acosador? Recordó una frase que había leído en uno de los diarios de David: “*Una de las cosas que le impiden a las víctimas dar un paso adelante, a acusar a su maltratador, es el miedo a que no las crean. Los maltratadores no suelen llevar un cartel en la frente anunciándolo. Todo lo contrario. Suelen ser personas de las que nunca sospecharías*”.

Laura apareció por el pasillo. Llevaba una blusa blanca y una falda de cuero negro. Realmente esa mujer sabía cómo vestirse para ir al trabajo, sin perder ni un ápice de su sexualidad. Llevaba una coleta alta, bien apretada y los labios rojos... Notó cómo le miraba de arriba a abajo, recorriendo con deseo su cuerpo.

–Qué agradable sorpresa.

–Tenemos que hablar.

Serio. Seco. Por mucho que ella le hablara con la sensualidad invadiendo su voz. Ella no pareció darse por vencida y le sonrió coqueta.

–Vamos a mi despacho... –Se volvió hacia la recepcionista–. No me pases llamadas. Que nadie nos moleste.

Siguió a Laura por el pasillo, observando cómo sus caderas y su trasero se movían al compás de sus pasos. Y sabía que ella se balanceaba aposta, conocedora de su propia sexualidad.

Entraron en el despacho y le indicó que se sentara mientras cerraba la puerta. Ella se sentó en su silla, medio de lado, cruzando las piernas con elegancia.

–Tú dirás.

–Aldara ha vuelto a recibir una nota.

–No me lo ha dicho.

–Lo sé. Yo se lo pedí. –Iba dándole la información poco a poco, observando sus reacciones. Pero tenía una cara de póker que le mosqueaba–. La recibió dentro de un ejemplar de su segunda novela... dedicada.

Laura cambió de postura, descruzó las piernas, se puso justo de cara a él y se inclinó para apoyarse en la mesa. Y él deslizó su mirada por el escote de su blusa. Ella siguió sin decir nada.

–El libro fue enviado a través de Correos, desde la sucursal que está a unos metros de aquí. ¿Y sabes quién fue a esa sucursal el mismo día del envío, a la misma hora?

–Dime.

–Tú.

Mientras hablaba, puso la foto sobre la mesa. Laura ni se molestó en mirarla. Se puso de pie lentamente y él hizo lo mismo, en alerta. Ella empezó a hablar mientras rodeaba la mesa, acercándose a él.

–¿A qué has venido Raúl?

–Te lo acabo de decir.

–Eso es una excusa tonta. Si realmente pensaras que yo soy la que acosa a Aldara, no estarías aquí. Dime Raúl, ¿a qué has venido?

Se había pegado a él, diciéndole las últimas palabras en un susurro, acercando sus labios rojos a los suyos. Y lo peor es que ella tenía razón. ¿Por qué había ido allí, directamente? ¿Qué esperaba encontrar? Si Laura fuera la amenaza, ¿qué estaba buscando? ¿Creía que se iba a derrumbar y confesar?

–¿No dices nada? Quizás yo pueda ayudarte.

Notó cómo colaba una de sus manos por dentro de sus pantalones y empezaba a acariciarle por encima de sus calzoncillos, provocado una reacción inmediatamente. Suspiró. Sabía que eso no estaba bien. Que no podía dejar que pasara eso.

–No, Laura... para.

–¿No quieres eso? Quizás esto...

Fue más rápida que él. O quizás es que no quiso detenerla. Se puso de rodillas mientras le bajaba los pantalones y los calzoncillos, y empezó a lamerle y a jugar con su entrepierna. Se apoyó en la silla que tenía al lado y observó cómo ese bellezón se esforzaba por darle un buen sexo oral. Y todos sus principios (los pocos que tenía) desaparecieron. La agarró por la coleta, con fuerza y la levantó.

Ella fue a besarle pero la dio la vuelta antes de que lo hiciera. La apoyó contra la mesa y le subió la falda. De un tirón le bajó las bragas y las medias. Le agarró con fuerza uno de sus pechos y atrayéndola de golpe contra él, la penetró. Sin preámbulos. Notó cómo ella se quejaba levemente.

Seguramente, ella hubiera preferido algunos preliminares más, que le preparara un poco... Pero le daba igual. Incluso había una parte sádica dentro de él que le excitaba todavía más. Le apretó con más fuerza el pecho. La agarró de la coleta y siguió entrando y saliendo de ella con energía. Lo cierto era que esa escena parecía más propia de una película porno que de la vida real. Pero había aprendido que la vida solía superar a la ficción.

Y de pronto... Se abrió la puerta. Mierda. ¿No había echado el pestillo? Los dos se volvieron. Aldara les observaba en silencio, paralizada... Y odió sus propios instintos que no le dejaban pensar con normalidad.

–Siento molestar.

Aldara se volvió y cerró la puerta tras ella. Se salió de dentro de Laura mientras no paraba de farfullar palabrotas, y se subió los pantalones. Cogió su abrigo y la foto y, sin intercambiar palabra alguna con Laura, salió detrás de Aldara.

Avanzó por el pasillo intentando no correr. Le daba igual que todo el mundo la mirara. En esos momentos solo quería salir de ahí. Oyó cómo la puerta del despacho de Laura se abría tras ella. Se giró mientras empezaba a correr. Y se chocó con alguien. Oyó cómo se le caía algo al suelo a sus pies. Un mensajero la miraba fijamente.

–Lo siento.

En otros momentos se hubiera parado a ayudarle a recoger lo que hubiera tirado. Pero no ese día. No cuando sabía que Raúl iba detrás de ella. Y no quería hablar con él, no quería tener que analizar todo lo que sentía tras contemplar esa escena. Y siguió directa al ascensor, dejando al pobre muchacho recogiendo todo solo.

Justo cuando llegó al ascensor le oyó llamarla. Le ignora. Golpeó el botón sin parar. Como si así hiciera que fuera más rápido. Había ido a la editorial a entregar unos documentos que le habían pedido. Podía haberlos mandado por *mail*, pero quería verles la cara, quería ver si alguno la miraba de una manera extraña... Se había pasado toda la noche y toda la mañana pensando en lo que le había dicho Raúl... Y sabía que no podía vivir así. Si su acosador era parte de su editorial, iba a demostrarle que no le tenía miedo.

Se sorprendió cuando la recepcionista le dijo que Raúl estaba ahí. Empezó a hacer conjeturas sobre por qué estaría hablando con Laura. Y cuando abrió la puerta... se quedó paralizada. Y luego se había ido. Avanzó por el pasillo intentando mostrar tranquilidad, conteniendo sus ganas de echar a correr, aguantando su corazón golpeando su pecho con fuerza. Notó cómo la puerta se abría tras ella y aceleró el paso.

¿Por qué tardaba tanto el ascensor? No quería tener que enfrentarse en esos momentos a él, no quería escuchar sus excusas, no quería tener que mirarse hacia dentro para comprender por qué le dolía tanto. Las puertas del ascensor se abrieron. Pero demasiado tarde. A la vez que ella le daba al botón para bajar, él entraba en el ascensor.

–Aldara...

–No quiero hablar contigo. Creo que deberías volver y terminar lo que estabas haciendo.

–No me voy a ir. Aldara yo...

–¿Tú qué? ¿Qué me vas a decir? ¿Que no era lo que parecía?

–No es eso.

–Entonces, ¿qué es? Me dices que no me fie de nadie de la oficina, que no me fie de la gente que maneja mi agenda... y te encuentro tirándote a mi editora sobre su mesa.

–Aldara, vine porque Laura sale en un vídeo entrando en la sucursal de Correos desde donde se mandó el libro.

–¡Ah! ¿Y pensabas hacerla confesar a pollazos?

La ira la gobernaba. Raúl se le acercó. También había furia en sus ojos. O quizás era frustración por la interrupción.

–Aldara, vale... he metido la pata. ¿Pero a ti qué coño te importa a quién me tiro o me dejo de tirar?

–Me importa cuando es mi editora, cuando es una sospechosa, cuando dejas que tu polla interfiera en este asunto y me pones en peligro.

–Ya, claro... ¿Por qué te afecta tanto?

–Porque sí, ¿vale?

Raúl se acercó más. Demasiado. Y, de pronto, la besó. La cogió entre sus brazos y la besó. Y miles de recuerdos la invadieron. Besaba tan bien... Y su cuerpo, traidor, reaccionó con un solo roce de él. Se estaba tan bien ahí.

Se separó, de golpe, mientras notaba que las primeras lágrimas se deslizaban por su rostro. Se quedaron quietos. Vio cómo él estaba desconcertado. El muy creído no se podía creer que ella le rechazara. Alzó la mano y le abofeteó. Con toda la fuerza que pudo.

–Ni se te ocurra volver a tocarme. Si quieres una putita vete con Laura y, de paso, dile que ya no quiero que sea mi editora. Que más le vale buscarme una nueva que sea bien buena si no quiere que todo el mundo sepa lo que hace en su despacho.

Las puertas del ascensor se abrieron y ella salió de él. Intentando mostrar calma. Secándose las lágrimas... Notando cómo él la miraba fijamente sin saber qué hacer.

Salió a la calle y empezó a andar sin rumbo fijo, sin saber a dónde ir. Y acallando esa vocecita que esperaba que él fuera detrás de ella, que le montara un espectáculo en mitad de la calle... Y se preguntó por qué. Demasiadas películas románticas malas. Siguió andando, notando cómo la lluvia empezaba a mojar Madrid, sintiendo cómo las gotas de agua se mezclaban con sus lágrimas. Y se sintió más sola que nunca.

Compró un café para llevar ante la mirada sorprendida del dependiente. Lo comprendía. Menuda imagen debía de dar. Completamente empapada. El rimel corrido. Y como si estuviese ida. Pidió un café solo. Doble. El chico se quedó desconcertado.

–Hazme dos solos y pónmelos en un mismo vaso.

Su voz sonaba con demasiado cansancio, con demasiado agotamiento. Y sabía que no era justo pagar sus enfados con el pobre chiquillo, que no debía de llevar mucho en la cafetería y al que, encima, seguro, le pagaban una mierda por todas las horas que debía de tirarse ahí.

Cogió el café, se encendió un cigarro y siguió andando. Al menos ahora había tomado ya el camino hacia su casa. Se había regañado por su reacción, por haber perdido tanto el control, tanto por la escena que había tenido la desgracia de presenciar, como por ese maldito beso. Fumó. Y volvió a darle una larga calada. Tenía que quitarse su sabor de la boca. Más difícil sería borrarlo de su cabeza.

Llegó al parque que estaba bastante cerca de su casa. Entró. No lo pensó. La tarde estaba oscura, y las pocas farolas que había eran de esas ecológicas que no alumbraban ni el palo al que estaban sujetas. Era tremendo. Ella estaba a favor de ahorrar energía, de la ecología... pero, ¡también quería pasear por el parque viendo lo que sucedía a su alrededor!

Recordaba noches enteras haciendo botellón en algunos de los parques de la capital. Era una buena época. Sentada con sus amigos, bebiendo, charlando... No necesitaba nada más. Pero habían crecido. La adolescencia se había quedado atrás y ella se encontraba mucho más perdida que en aquella época. Había cumplido su sueño de publicar, de ganarse la vida con sus letras... pero, ¿de qué le valía todo si se sentía sola? ¿De qué servía todo eso si luego se encontraba ahí, en medio de un parque, perdida, sin saber qué hacer con su vida?

Se sentó en un banco. Le daba igual que estuviera húmedo. Le dolían las piernas. La tensión que la había dominado durante todos esos días le estaban pasando factura, y cuando, por fin, había empezado a llorar... el dolor había aparecido. Dejó el café en la madera, apagó el cigarro y empezó a acariciarse las piernas, masajeándose las por encima de los vaqueros.

De pronto oyó un ruido. El crujido de unas ramitas al romperse. Levantó la vista. Y miró a su alrededor. No había nadie. La lluvia había dejado una densa niebla. El suelo estaba lleno de hojas y ramas mojadas... y el parque vacío. Solitario. Habría sido un pájaro o, simplemente, el viento.

Le dio el último trago al café, tiró la colilla en el interior del vaso y se levantó para echarlo en la papelera. Otra vez. Ese crujido. Se estaba volviendo paranoica. Ahí no había nadie. ¿O sí? Otro. Y esa vez parecía venir de mucho más cerca.

—¿Hola?

Un golpe. Como si alguien hubiera chocado un palo contra el mástil metálico de una farola. Vale, eso no era un ave. Suspiró e intentó mostrarse tranquila. Otro golpe. Quizás fuera una broma. Quizás su imaginación. Pero fuera lo que fuera tenía que salir del parque e ir a una zona más concurrida. Por desgracia, el camino más rápido era el del extremo más cercano a la calle de donde venían sus golpes. Lo positivo era que en la dirección larga estaba su casa. Empezó a andar hacia ahí. A un paso un poco más rápido de lo habitual, pero intentando aparentar tranquilidad. Y con los ojos y los oídos bien abiertos.

Clink. Clink. Clink. Tres golpes seguidos. Cada uno más fuerte que los anteriores. “*Mientras golpea una farola está quieto, tranquila*”. Intentaba darse ánimos. Intentaba relajarse. Sin perder el paso coló su mano en su bolso y empezó a buscar. No sabía muy bien el qué. Tocó el móvil. Quizás podría llamar a alguien pero no quería perder audición. No quería entretenerse con nada.

Otro golpe. Más cerca. Más fuerte. Y un susurro. Sí. No se estaba volviendo loca. Alguien había dicho algo. No sabía el qué pero no le importaba. Otro golpe. Otro... Y, de pronto, oyó las pisadas... a un paso rápido y cada vez más cerca. Su reacción, estúpida reacción, fue volverse a mirar. Y ahí le vio. Entre las sombras. Con un abrigo largo, capucha, con una braga ocultándole el rostro. Refugiando sus rasgos para que no pudiera reconocerlo. Y, en su mano derecha, un largo palo. “*Corre, corre*” se dijo. Pero se había quedado paralizada. Él dio otro golpe y comenzó a andar de nuevo hacia ella.

Y, por fin, su cuerpo volvió a reaccionar. Se giró y empezó a correr. Oyó cómo él también había acelerado el paso. Y notó cómo le dolían las piernas. Apretó los dientes. Tenía que sacar fuerzas de donde pudiera. El final del parque estaba ahí. Resbaló. Las malditas hojas mojadas, esas que tantas veces había contemplado ensimismada, disfrutando del colorido que le daban al gris suelo... Cayó de rodillas, se rasgó las palmas de las manos...

Su perseguidor frenó el ritmo. Como si se deleitara en su persecución, como si lo único que quisiera fuera asustarla... Pero no iba a quedarse ahí para comprobarlo. Se puso de pie como pudo y siguió corriendo. No supo si era su paranoia, si era su imaginación o si realmente oyó cómo se reía, disfrutando de su miedo, disfrutando de su pánico.

Salió del parque. Un transeúnte que paseaba a su perro se la quedó mirando, extrañado. No le culpaba. Salía acelerada del parque, con las rodillas manchadas debido a la hostia que se había metido y, sobre todo, la cara de pánico que debía de tener. Le daba igual. Siguió corriendo hasta que entró por su puerta, la cerró con llave y echó el cerrojo “anti-miedos”. Luego, se echó a llorar, apoyando su cabeza en la superficie de madera que la separaba del mundo exterior.

Esa noche no iba a dormir. Lo tenía claro. Tras un buen rato llorando, desahogándose, liberando todos los nervios, intentando analizar lo que le había pasado. Estaba segura de que no había sido paranoia suya y estaba convencida que se había encontrado cara a cara con su acosador. Necesitaba

relajarse. Necesitaba tranquilizarse para poder pensar con normalidad. Había comprobado varias veces las ventanas, había dejado las llaves puestas para que nadie pudiera abrir por fuera. En su paranoia no podía descartar que hubiera conseguido una llave de su casa.

Cuando se le pasó el nerviosismo, empezaron a dolerle otra vez las piernas, las manos raspadas y el tobillo izquierdo. Debía de habérselo torcido al caer. Cogió una bolsa de guisantes congelados y, envolviéndola en un paño, se lo puso y se sentó en el sofá... Tenía que llamar, era consciente de eso, tenía que contarle lo que había pasado, pero no tenía la menor gana de hablar con él. En esos momentos ni siquiera sabía si era aconsejable que él siguiera llevando su caso.

Se preparó un baño de agua caliente, abrió un vino y se sirvió una copa. Ya que su vida empezaba a parecerse a una película, cogería las cosas buenas de las mismas. Quizás podría poner unas velas. Mejor no. Seguro que, con su suerte, alguna acabaría cayendo, incendiando alguna toalla y liándola. Y por mucho que le gustara ver a unos bomberos... como que no era cuestión. Lo que sí podía hacer era poner un poco de música para ambientar.

Buscó una de sus listas de reproducción en Youtube y empezó a desnudarse mientras Joe Cocker y su voz rota llenaban todo el cuarto de baño. Y no pudo evitar tatarrear mientras se metía en el agua.

Se sumergió por completo. Los ojos cerrados. Las vibraciones del agua la solían relajar, solían ayudarla a desconectar. Sacó la cabeza del agua y cogió la copa de vino que había dejado reposando al lado del móvil. Tenía que comprarse una de esas bandejas para la bañera. Creía recordar que, incluso, había algunas con soportes para libros.

Se secó la mano con una toalla y cogió el móvil. Tenía varios mensajes en el buzón de voz. Dos de Raúl y uno de Laura. Tuvo la tentación de tirarlo a la bañera. Suspiró. Marcó el número del contestador y lo puso en altavoz. El primero era de Raúl.

“Aldara, tenemos que hablar. Sé que lo que he hecho es poco profesional. Tienes todo el derecho a estar enfadada y si crees que no debería seguir con tu caso... lo lamentaré y creo que te equivocas... pero lo aceptaré. Pero llámame”

Dio para escuchar el siguiente mensaje, quería tener toda la información para poder responderle. Ese era de Laura.

“Aldara, cariño... Sé que la imagen debe de haber sido impactante; pero todos somos adultos y no creo que debamos tomar decisiones por nuestra vida privada. Descansa y hablamos”.

Notó cómo su enfado crecía y crecía otra vez. Dio al siguiente mensaje. Otra vez Raúl.

“Aldara, ¿dónde estás? He venido hasta tu casa para hablar cara a cara pero no estás, no coges el teléfono... Joder, estoy preocupado. Tengo que irme a la oficina. Si en un par de horas no me llamas, volveré”.

Dejó otra vez el móvil, cogió la copa de vino y se la bebió de un trago. Luego mandó dos mensajes. Uno a Laura: *“Somos adultos, sí. Y me da igual lo que hagas en tu vida privada, pero no si la mezclas con tu vida profesional. No creo conveniente que sigas siendo mi editora. Búscame a la mejor. Y si tienes algún problema, lo discutimos con la directora”.* Otro a Raúl: *“Estoy bien. En mi casa. No vengas. No quiero verte. Y no sé si quiero que tú sigas con mi caso. No me llames. Ya lo haré yo”.*

Estaba tan enfadada... Tanto que incluso se le había pasado el miedo. Y no sabía con quién estaba

más enfadada. En un principio era con Raúl. Laura simplemente le daba asco por ponerse a fornicar en su puesto de trabajo, con toda la oficina al lado y sin echar el pestillo. Pero al menos él se daba cuenta de lo inapropiado del asunto. *“Todos somos adultos”*. *“Sí, y algunas sois unas zorras”* pensó.

Apagó el móvil y la dejó al lado de la copa. Volvió a sumergirse en el agua. No quería pensar. No quería sentir. Volvió a sacar la cabeza y la apoyó en el borde de la bañera. Y se echó la bronca por sentirse así. Por sentirse tan desolada. Había superado cosas muchísimos peores. Cuando aquel accidente se llevó la vida de David y del “bichín” que crecía en su interior sintió que la vida no tenía sentido, que nunca más podría volver a ser feliz. Y lo cierto era que no había vuelto a serlo tanto como lo era antes de aquella noche. Pero se había vuelto a poner en pie, había seguido con su vida (al menos todo lo que había podido) y la escritura había llenado todo el vacío que dominaba su corazón. Se podría decir que la escritura la había salvado.

Se puso de pie, quitó el tapón de la bañera, se refugió en su albornoz y salió. Esperaba que la escritura le ayudara a huir de todo eso. Aunque no tenía muy claro qué era lo que iba a salir de entre sus dedos en esos momentos.

–¿Me puedes decir qué ha pasado con Aldara?

Gómez había entrado en su despacho, pillándole de improviso. Eso no era lo habitual en él. Siempre llamaba. Siempre educado. Siempre calmado. Pero en esos momentos no estaba ni tranquilo ni educado. Suponía que Aldara le había llamado. No había vuelto a saber nada de ella desde el mensaje que le había mandado. Y de eso hacía día y medio. Estaba preocupado. El día anterior se había acercado a su casa. No se había atrevido a llamar al telefonillo. Se había quedado mirando la luz encendida del salón. Preguntándose cómo estaría y maldiciéndose por haber sido tan tonto. ¿Cómo podía haber hecho la tontería de tirarse a Laura en su despacho?

Y luego... en el ascensor. Cuando Aldara le había dicho que le afectaba verle con otra... No pudo evitarlo. Todos esos sentimientos que había en su interior, todos sus deseos de volver a tenerla entre sus brazos, todos los recuerdos juntos, su corazón aún herido de la última vez que la había perdido... todos ellos le asaltaron, tomaron el control de su cuerpo y la había besado. No pudo evitarlo. Tampoco quiso.

Y sus labios sabían aún mejor de lo que él recordaba, su cuerpo desprendía aún más calor, y cuando rozó su lengua... Ese simple beso le había producido muchísimo más placer que el polvo entero con Laura. Y durante unas milésimas de segundo creyó que ella le correspondería... Ingenuo. Aunque Aldara sintiera lo mismo, después de lo que había presenciado, ¿en qué diablos pensaba al creer que ella no fuera a reaccionar así?

–¿No vas a decir nada? Aldara me ha llamado.

Le miró. ¿Qué le habría contado? ¿Cuánto de su historia sabría? Creía conocer lo suficiente a Aldara como para estar seguro que no le había dicho nada sobre su escarceo con su editora, ni sobre su beso. Pero, entonces... ¿esa reacción? Nunca lo había visto así de mosqueado por una clienta. ¿Qué habría entre ellos dos?

–Tú dirás.

Sabía que no debía retarlo. Era su jefe y, dependiendo de lo que supiera, tenía motivos para despedirle. Y no iba a hacerse el chulo y decir que le daba igual. No era verdad. Por mucho que despotricara, le gustaba su trabajo. Le llenaba. Y, además, pagaba muy bien sus facturas. Y no, la situación del país no ayudaba. No. Definitivamente no quería quedarse sin empleo. Pero la idea de que

entre su jefe y ella hubieran podido tener algo...

–¿Qué ha pasado entre vosotros? ¿Qué narices le has hecho?

Vale. No sabía nada. Pero entonces ¿la llamada? ¿Y su alteración?

–Gómez, por favor. –Intentó mostrarse educado pero sabía que su tono no lo era—. Dime ya a qué has venido. ¿Qué ha sucedido y por qué me dices eso?

–Aldara me ha llamado, a mí. No a ti. Para hablar del caso. Y la conozco la suficiente como para saber que algo me oculta, aunque no quiera decirme el qué. Te pregunté si serías capaz de llevar el caso. No sé qué hubo entre vosotros, aunque me lo puedo imaginar...

–¿Y tú? ¿De qué la conoces? Porque nunca te ha importado cómo llevo mis casos. Solo te importa el resultado.

–Sé que no suelo decirlo mucho, pero te recuerdo que soy tu jefe. Yo no tengo que darte explicaciones. Y menos cuando un cliente me llama a mí y no a ti para informar sobre el último acto de su acosador.

Se quedó helado. ¿El último acto de su acosador? ¿Había vuelto a molestarle en esos dos días? No podía creérselo. Se culpó. Su escaqueo había provocado que ella estuviera sola y que no se atreviera a llamarle.

–¿Qué ha pasado?

–Hace dos tardes la acosó en un parque. Estaba dando un paseo y se puso a perseguirla. Le dio un susto tremendo...

No se quedó esperando a que le dijera nada más. Cogió su abrigo y salió del despacho. Sin pensar. Otra vez volvía a actuar sin pensar, pero le daba igual. En su cabeza solo había una prioridad y esa era ir a su lado y comprobar que estaba bien. Le importaba muy poco que ella le gritara. Ese cabrón (o cabrona, aún no podía descartarlo) la había perseguido por su culpa. Ella había salido huyendo por su culpa, y él había aprovechado ese momento de debilidad.

Mientras atravesaba Madrid con su coche, no podía evitar gritarse a sí mismo. Necesitaba expulsar toda su ira ante de verla. Tenía que empezar a actuar con la cabeza y no siguiendo sus impulsos. Se lo debía. Y no solo por lo que había pensado en esos días.

Justo cuando llegó al portal, una vecina salía del mismo. Aprovechó para colarse en su interior con la esperanza de que le sería más fácil convencerla de hablar cara a cara si solo había una puerta entre ellos. Mientras subía en el ascensor, pensó que si a él le había resultado tan fácil entrar en el portal, ¿qué le decía que a su acosador no le pasaría lo mismo? Quizás podría convencer a Aldara para que pusiera una alarma en su casa o, al menos, una *webcam* enfocada hacia la entrada. Tenía un mal presentimiento. El sujeto iba volviéndose cada vez más osado, cada vez se arriesgaba más, cada vez más cerca... Quizás, incluso, debería mudarse temporalmente.

Seguía meditando todo eso cuando se encontró frente a frente con la puerta del piso de Aldara. Sabía que ella iba a estar reacia. A su presencia y a sus propuestas. Y se preguntó si, realmente, había sido una buena idea ir hasta allí. Pero ya no había vuelta atrás. No iba a darse la media vuelta. Tocaba afrontar sus actos.

Llamó al timbre. Silencio. Volvió a llamar. Nada. Empezó a preocuparse. ¿Y si todos sus temores se habían hecho realidad? ¿Y si había llegado tarde? Si le había pasado algo, no se lo perdonaría nunca.

–¿Qué coño haces aquí? Te dije que no quería verte.

Suspiró. Aldara le había hablado a través de la puerta. Enojada. Confundida. Pero sana y a salvo. Intentó mostrarse pacífico, mostrarse conciliador. Lo intentó.

–Gómez me ha dicho lo que te pasó el otro día.

–Ya.

–Aldara, ábreme la puerta. No podemos estar hablando de eso en estas condiciones.

Silencio. Siguió hablando. Tenía que lanzarse un órdago y cruzó los dedos, deseando que le saliera bien.

–Aldara, hay dos opciones. O sigo con tu caso o se lo paso a otro. Tú decides. Si no sigo, me voy, aunque sabes que nadie tiene tanto interés como yo en pillar a ese cabrón. Y si sigo... tienes que dejarme entrar.

Silencio. Eso le dio esperanzas. Sabía que si quisiera mandarle a la mierda lo habría hecho ya. Sin pensarlo. Sin florituras. El silencio le daba esperanzas. Pero, para su gusto, estaba tardando demasiado. Quizás debería presionarla un poco más. Quizás debería decirle que se iba, que no iba a suplicar, pero, lo cierto era que, en esos momentos, si tenía que suplicar, lo haría.

Se abrió la puerta y Aldara le dejó pasar. Tenía el pelo revuelto e iba sin maquillar. Y, cuando se volvió para mirarla mientras cerraba la puerta, no se pudo creer lo que vestía. “*Por favor, que lleve unos pantalones cortos debajo de esa camisola azul claro que lleva*” pensó. Aunque, si los llevaba, debían ser muy cortos. Ella se giró y lo miró, enfadada.

–¿Algún problema con mi vestimenta de estar por casa cuando no espero visita?

–No, no... por supuesto. Todo lo contrario, me parece una blusa preciosa.

“*Y seguramente fuera de tu cuerpo sería aún más preciosa*” ¡Mierda, no! No podía tener esos pensamientos. Aunque le era difícil. El beso volvió a arderle en los labios.

–¿Qué quieres, Raúl?

–Primero quería pedirte perdón por...

–No quiero hablar de eso. No quiero excusas de ningún tipo. No tenía que haberme sorprendido Raúl, sigues siendo el mismo de siempre.

–No eres justa...

–¿Justa? Tienes razón. No lo soy. Porque a Laura la he despedido y tú sigues aquí.

–¿Y por qué?

Seguían de pie, frente a frente, a pocos metros el uno del otro, mirándose fijamente a los ojos, como si el mundo hubiera desaparecido, como si estuvieran dentro de una espiral temporal que unía su pasado con ese extraño presente.

–Primero porque tú al menos reconoces que lo que hiciste no es profesional. Y segundo, solo hay una cosa de la que esté más segura que de que piensas, al menos el noventa por ciento del tiempo, con la polla, y es que tu mala conciencia te hace esforzarte mil veces más que el resto del mundo.

Se sonrió. Tenía ganas de abrazarla... Bueno, no solo de abrazarla, estaba demasiado sexy llevando, únicamente, esa camisola que le llegaba justo para teparle el trasero y poco más. Y la visión de sus manos colándose por debajo, acariciando su piel, subiéndole lentamente la camisola para besarle cada rincón que fuera dejando al descubierto... Era demasiado atractiva.

–Otra cosa –pareció leerle el pensamiento–, no vuelvas a tocarme sin mi permiso.

–No te preocupes. Lo siento, yo...

Era consciente de que no podía prometerle eso. Que, por mucho que le dijera que no se preocupase, no podría asegurarle nada. Porque todo su cuerpo le pedía lo contrario. Y no pudo evitar pensar que el hecho de que ella le hubiera recibido vestida así, era su modo de castigarle; consciente como siempre había sido de lo mucho que la deseaba.

–¿Me cuentas lo que te pasó el otro día?

–Vamos al salón.

La dejó pasar y la siguió. Aunque solo fuera para poder contemplarla mientras caminaba. Una cosa era que no pudiera tocar y otra que no pudiera mirar e imaginar. Aldara se sentó en el mismo sillón de la última vez, y él en el de enfrente a ella.

–Cuéntame.

–¿Qué te ha dicho Javi?

–Solo que te persiguió. Esa es otra cosa. No vuelvas a llamar a Gómez para contarle algo de este caso.

–¿Te ha echado la bronca?

Aldara le miraba divertida, provocadora y con una sonrisa que le hizo sospechar que sabía perfectamente cuál iba a ser la reacción de ambos dos; como si fueran sus pequeños títeres.

–¿Qué hay entre vosotros?

No supo cómo se había atrevido a preguntárselo, pero llevaba queriendo saberlo desde el primer día. Ella le miró fijamente, levantando una ceja.

–Me lo tiro cinco o seis veces al día.

Le desafiaba. Y le miraba directamente a los ojos, esperando su reacción, esperando que él saltase. Pero se había prometido que no lo haría. Aunque la imagen de Aldara y Gómez juntos ya se le había colado en la cabeza. Y ella lo sabía.

–Aldara...

–Vale, más bien cinco o seis veces al mes.

–Se te olvida que conozco tus gustos y él no encaja en ellos.

–La excepción que confirma la regla.

–Vale. Me rindo. Cuando quieras me lo dices. Dime, ¿qué te pasó el otro día?

Aldara se rio. Los dos se conocían perfectamente. Los dos sabían que, por mucho que él supiera que ella mentía para provocarle, le ponía celoso. No era la primera vez ni sería (seguro) la última que lo hacía. En esos momentos, al menos, podía controlarlo.

CAPÍTULO 6: REMIENDOS

Miró, por enésima vez, su móvil. La pantalla le devolvió la misma respuesta que todas las veces anteriores. Nada. Silencio absoluto. Suspiró. ¿Qué narices le pasaba? ¿Desde cuándo se comportaba así? ¿Desde cuándo se quedaba quieta esperando a que un tío la llamara? Eso no era propio de ella. Suspiró otra vez y tomó una decisión. Recogió su cuaderno y su estuche, los metió en el bolso y volvió a dejar el libro en su lugar de la biblioteca. Se despidió del bibliotecario con un gesto y salió. Total, para lo que estaba adelantando ese día... No conseguía concentrarse. Y eso la ponía furiosa. Y más por ese motivo.

Desde la boda habían estado viéndose con regularidad, habían quedado para ir a cenar, tomar unas copas, echar unas partidas al billar... Para acabar, siempre, en la casa de uno de los dos dando rienda a su pasión. Y lo cierto era que en ese apartado todo iba muy bien. Incluso demasiado. En una ocasión no habían avanzado ni un solo paso dentro de la casa de él y habían acabado haciéndolo apoyados en la puerta de la entrada.

Pero siempre solos. Siempre “a escondidas”. Algunas veces incluso ella había salido con sus amigas, él con los suyos y, a última hora de la noche, quedaban para *dormir* juntos. Ella nunca había sido partidaria de airear su vida privada a los cuatro vientos y, mucho menos, cuando era una relación así. Se lo pasaban bien. Se reían juntos. Se contaban como les iba la vida. Y el sexo... Bueno, era sencillamente el mejor que había tenido. Pero nunca hablaban de ellos. Y a ella, que nunca le había gustado etiquetar, no comprendía por qué se agobiaba un poco con esa situación. Sobre todo porque no acababa de saber qué era lo que pasaba por la cabeza de Raúl. Unas veces era ese chulo prepotente que solía ser delante de los demás; otras, la miraba como si fuera la única mujer del mundo.

La noche anterior habían estado tomando unas tapas por las Cavas y luego habían ido a su casa. Ella compartía piso con otras dos chicas, en un barrio periférico de Madrid. Habían estado revolviendo las sábanas, y luego fumando un cigarro y charlando.

–¿Qué vas a hacer el *finde*?

No supo por qué se lo había preguntado, se arrepintió al momento. Pero quería organizarse. Además, él siempre estaba dispuesto a quedar a diario, pero el fin de semana... Ahí ya prefería quedar solo al final de la noche. Y eso sí que le mosqueaba.

–No lo sé, aunque ya lo iremos hablando. Que no pienso perderme saborearte.

¿Iremos hablando? Sabía lo que eso significaba. Que acabarían la noche juntos. Y no sabía por qué pero eso la fastidiaba. Se fue directa a la cafetería. Se pilló una cerveza. Estaba enojada con ella misma. Si esa situación no le gustaba, no le hacía sentir cómoda, ¿por qué no se lo decía? ¿Por qué le aguantaba?

–Hola Aldara.

Se volvió. Miguel la sonreía. No habían vuelto casi a coincidir. Rubén y María estaban en la época de conocerse mutuamente y de hacer sus planes en solitario. Y a ella no le apetecía forzar la situación con Raúl.

–¿Qué tal, Miguel?

–Bien. Hace unos días que no nos vemos. Estás muy ocupada.

–Sí...

Se sentaron en una mesa, una cerveza cada uno. Ella dudaba sobre lo que podría contarle o no. Se llevaba bien con Miguel, era un chico divertido e inteligente, pero sabía que era íntimo de Raúl. ¿Le habría contado algo? ¿Los chicos hablaban de las chicas con las que estaban?

–Uy, ¿qué te pasa? Me conozco ese tono tuyo.

Se rio. Le dio un trago a la cerveza e intentó cambiar de tema.

–Cosas del máster y el trabajo. Que me dejan agotada.

–Tú puedes con eso y más.

–Me ves con buenos ojos. Anda, ¿te apetecen unas bravas?

–Claro, ahora vengo.

Vio cómo Miguel se acercaba a la barra para pedir las. Observó cómo la camarera le sonreía coqueta. Era divertido. Ni siquiera se daba cuenta. ¡Qué fácil era ver las cosas en los demás y qué complicado en uno mismo! Miguel volvió y se sentó frente a ella.

–Ahora nos las traen.

–Seguro que se encargará de que sean las más ricas. –Él la miró extrañado– ¿No sabes de lo que te hablo? Yo de ti le pediría el teléfono a la camarera.

–¿A la camarera?

–¿No me digas que no te has dado cuenta de que te hace ojitos?

Miguel se volvió para mirar a la camarera, se encogió de hombros y volvió a mirarla.

–Es mona. Pero lo cierto es que yo ahora estoy colgado de otra. Aunque no me hace mucho caso.

–¿La conozco?

–Sí. Pero no me preguntes, por favor.

–Vale. ¿Y por qué dices que no te hace caso?

–Porque solo me ve como un amigo. ¿Y tú? ¿Cómo vas de amores? No sé si es verdad pero me dijeron que ya no estabas con tu chico.

–Te dijeron bien. Y creo que he salido de Málaga...

–¿Y eso?

Dudó. Lo cierto era que necesitaba hablar con alguien. Contarle lo que sentía. Siempre podía hacerlo sin decirle nombres, sin darle datos. Era Raúl quien debía contarle con quien se veía, no ella.

–Estoy con un tío. No sé. Es divertido y me lo paso muy bien con él. Pero solo nos vemos a diario. Los fines de semana solo aparece para terminar la noche.

–Ya.

Algo en el tono de su amigo tenía que habérselo advertido, pero estaba tan concentrada en sus propios sentimientos que no se dio cuenta.

–No sé. Yo siempre he tenido claras las cosas con estos temas, pero ahora... estoy perdida. Y no me gusta estar pendiente del móvil, esperando que él me llame o me escriba. Ni tener una relación a escondidas. Solo nos vemos a solas. No sé...

–Aldara, si tú no estás segura, no deberías tener que estar pendiente de nadie. Todo lo contrario. Tendrías que estar con alguien que se muera por estar cada segundo contigo. Que te considere lo prioritario.

–¡Qué dulce eres Miguel! No es tan fácil.

–A veces solo tienes que mirar bien para darte cuenta de lo que tienes.

¡Mierda! El tono se lo dejó claro. Intentó disimular. Intentó que él no se diera cuenta de que ella se había percatado de lo que le pasaba. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¿Cómo había estado tan ciega? Recordó que las primeras veces que había visto a Raúl había sentido que algo extraño le

carcomía, a veces una extraña sombra le oscurecía el semblante, como si tuviera una lucha interna. Y comprendió por qué no quería que se vieran con sus amigos delante.

Y dos sentimientos la invadieron. Uno positivo porque, a pesar de las cosas en su contra, se había arriesgado y estaban juntos. Pero no se lo había dicho a su amigo. Lo cual le hacía pensar que nunca lo haría, y que ella solo era una aventura para él. Y, si se ponía a mal pensar, con el morbo añadido de ser la chica que le gustaba a su amigo.

Cuanto más lo pensaba, más se cabreaba. Pero tenía claro que no le iba a decir nada a él. Ella no era de montar pollos. Aunque eso no significaba que se fuera a quedar quieta. No. Podía comprender que Raúl no quisiera hacerle daño a su amigo, pero una vez que se habían liado, una vez que quedaban a menudo... Tenía que tomar la decisión: o decírselo o terminar con esa historia. Y ella prefería la primera opción, pero no iba a estar con alguien que la ocultara a su mejor amigo. No le pedía compromiso ¡ni muchísimo menos! Era demasiado pronto. Pero sí tener una historia normal y no tener que esconderse. ¿Qué hubiera sucedido si una noche de marcha hubieran vuelto a coincidir?

–Ya sabes, Miguel, que siempre nos gustan los imposibles. Pero tienes razón en algo y es que nadie se merece que alguien tenga que estar pendiente del móvil a ver si se digna a decir algo. Gracias. Me has ayudado a darme cuenta de varias cosas. Mira, ahí están Laura y Carlos.

Vio a sus dos compañeros de máster y les llamó. Necesitaba que hubiera más gente en la mesa para cambiar de tema y que eso no acabara en una situación incómoda. Se planteó si debería haberle dicho a Miguel que ella solo le veía como un amigo, pero le pareció muy prepotente por su parte, ya que él no se le había declarado. Pero ese descubrimiento le había dado mucho en qué pensar.

Y había tomado una decisión. No sabía si saldría bien o no. Pero lo que sí sabía es que la situación en la que se encontraba no le gustaba nada.

La sala se estaba llenando rápidamente, el concierto estaba a punto de comenzar, y su grupo de amigos no paraban de reír, beber cerveza y especular sobre qué canciones tocarían. Había salido con su círculo de siempre, sus compañeros del instituto. Solían quedar una vez al mes para algún evento diferente. A veces, simplemente, era una cena en algún restaurante que no conocían; otras, habían ido a hacer *paintball* o turismo por algún pueblo cercano. Esta vez tocaba el concierto de un grupo de rock que se estaba poniendo de moda y que a ella, personalmente, le encantaba.

Era el plan perfecto. Buena música y buenos amigos. Le había venido como llovido del cielo. Así podría desconectar completamente. Y lo necesitaba. La conversación con Miguel y su propio malestar la habían tenido horas y horas sin poder quitárselo de la cabeza. Sabiendo que era culpa suya. Sabía perfectamente la fama que tenía Raúl, cómo solía tratar a los ligues, y varias anécdotas de machito que le había contado Miguel. Y si no le bastaba con eso, tendría que haberse dado cuenta cuando, nada más conocerle, todas sus alarmas habían saltado. Nunca nadie la había atraído tanto y tan de golpe, nunca nadie había producido que todo su cuerpo le dijera que, si era sensata, se alejara de él. Estaba claro que no lo era.

Y esa salida le venía de lujo. Le ayudaba a coger perspectiva. Había apagado su móvil y se había prometido a sí misma no mirarlo en toda la noche. No iba a estar pendiente de él. Aunque no podía evitar desear que él le escribiera y la echara de menos. Que se diera cuenta de que no la tenía segura, para así tomar la decisión que quisiera, pero que se acabara ese juego.

–Para nuestra próxima quedada podríamos participar en un juego de *Cluedo* en vivo. Estuve hace

poco en uno, en una despedida, y fue genial –comentó uno de sus amigos.

–¿No hemos terminado esta y ya estás pensando en la siguiente? ¿O es que este plan no te gusta?

–¡Mira que eres *bicha*, Aldara! Sabes que me encanta el grupo.

–¿Sabéis que una prima mía les vio en un concierto en A Coruña justo antes de que sacaran su primer disco? –dijo otra.

–Es posible. Dicen que antes de triunfar se liaron la manta a la cabeza y se fueron de “gira”, buscando bolos en los pueblos por los que pasaban...

–Eso mola. Deberíamos hacer eso, pero sin la parte de tocar, claro.

–A no ser que queramos que llueva.

Y de pronto, entre tantas risas sintió cómo un escalofrío le recorría el cuerpo. Se volvió deseando que fuese una falsa alarma, deseando que su piel erizada la estuviera engañando... pero no. Ahí estaba. A unos metros de ella. Mirándola fijamente. Sorprendido también. Tenía que reaccionar. Tenía que hacer algo. No solo quedarse ahí, quieta, mirándole embobada, mientras no paraba de pensar que el destino parecía jugar con ellos.

Le sonrió con dulzura y le hizo un gesto con la mano. Y agradeció que, de pronto, las luces se apagaran y empezara a sonar una batería procedente del escenario. Se giró hacia el escenario. Nunca había estado tan agradecida de que empezara un concierto. La música les invadió. Poco a poco se incorporaron el resto de los instrumentos. Aún a oscuras, se giró levemente hacia donde se encontraba Raúl, le vio comentando algo con un amigo. Todo su plan de pasar de él, de que la echara de menos, se había ido al traste. Tendría que improvisar.

Y con la primera sílaba pronunciada por la voz de la cantante, se hizo la luz y todo el mundo comenzó a aplaudir y cantar.

*En el viejo tren
hoy facturé,
con destino incierto,
tu triste amor.
Con paso firme me alejaré.
No volveré, maldita estación.*

Dejó que la música le envolviera. Que se colara por cada parte de su cuerpo y se dejó llevar. La música tenía ese poder, te trasportaba, te hacía olvidar los malos momentos.

–Muchas gracias a todos por venir. “*Bienvenidos, buenas noches, hijos del rock&roll*”. Siempre he querido decir esto. Gracias a todos por venir, me repito. Será la emoción. Hoy es un día muy especial y os invito a todos a luchar por vuestros sueños, a disfrutar de cada momento ¡y vivir!

Los instrumentos, que durante el breve discurso de la cantante sonaban de acompañamiento, se alzaron de golpe, las luces los acompañaron y la canción continuó. Y el público empezó, de nuevo, a saltar y cantar.

–¿Qué te pasa? –le preguntó Juan–. Te noto extraña. Eras, casi, a la que más ilusión le hacía este concierto.

–¿Te acuerdas del chico que os he comentado antes? Está un poco más atrás de nosotros.

–¿El que no te quita la vista de encima?

–¡No te gires! Joder, quería un fin de semana sin él. Para saber lo que siento y para que él se diera cuenta de que no me tiene. Y ahora...

–Ahora puede ser incluso mejor. –Le miró extrañada, él se rio y se acercó un poco más a ella, para

hablarle al oído—. Que vea que no es tu único pretendiente, que tiene competencia.

Se rio. Juan y ella se conocían desde los catorce años. Se llevaban muy bien, tanto que, durante un tiempo, confundieron sus sentimientos y habían sido algo más que amigos. Para darse cuenta de que estaban mejor en una relación platónica.

—Di Aldara —le susurró mientras jugaba con uno de sus cabellos—, ¿jugamos?

—Juguemos.

El concierto estaba siendo realmente bueno. Y ella se lo estaba pasando mucho mejor de lo esperado. Juan estaba consiguiendo que así fuera. No paraba de flirtear descaradamente con ella, y ella se dejaba llevar mientras notaba la mirada de Raúl sobre su espalda.

—No le mires, sé fuerte. —le murmuraba él al oído mientras le rodeaba la cintura con su mano—. Ya te digo yo que no está disfrutando del concierto.

Juan era un *crack*. La estaba apoyando muchísimo. Estaba convencida que, sin él, esa velada hubiera sucedido de una manera muy diferente. Y esa certeza la cabreaba. Saber que no hubiera podido disfrutar de un concierto que llevaba tiempo esperando, no le gustaba. Esa no era ella. Pero Raúl la nublaba...

—Tengo que ir al baño.

—¿Necesitas compañía?

—Tampoco te pases.

Se rio. Él le dio un beso en la mejilla y le guiñó un ojo. Había dos zonas de baños. Una en dirección hacia Raúl. Otra, en la dirección contraria. Eligió la segunda. Tuvo suerte. No había cola. Entró en el baño. Luego se miró en el espejo. Bueno, el suave maquillaje que solía llevar estaba aguantando bien esa noche, cosa que agradecía. Se aireó un poco el cabello y salió del baño.

Él la esperaba en la puerta. No había contado con ello. No le dio tiempo a reaccionar. La cogió por la mano, la llevó hacia el fondo del pasillo y la puso contra la pared. Ella no dijo nada. Solo le miraba.

—¿Qué haces?

—¿A qué te refieres?

—No juegues conmigo, Aldara.

Hablaba a solo unos centímetros de ella. Estaba celoso. Se lo notaba en los ojos. Y eso la hizo sonreír. A él no le gustó esa reacción.

—¿De qué te ríes?

—Nunca te imaginé como un chico celoso.

—¿Celoso yo? ¿De ese?

—Lo pareces.

Él se apretó contra ella. Notó su entrepierna contra la suya. Notó el deseo corriendo por sus venas. Y sabía que le costaría hacerse la dura durante mucho tiempo. Sus labios se quedaron a solo unos milímetros de los suyos. Notaba su respiración, agitada, mezclándose con la suya. El esfuerzo que estaba haciendo para no rendirse a sus instintos era sobrehumano.

—Hoy os voy a confesar algo —se escuchó a Ana, la cantante del grupo— Mi madre siempre me decía que la culpa de mi locura por la música era que mis padres me concibieron después de haber asistido a un concierto. Lo cierto es que, al menos, tenían buen gusto. ¿Queréis saber qué grupo era?

De pronto el pabellón se llenó con las notas de una canción más que conocida, una de esas canciones atemporales. Y mientras *I want to break free* de Queen resonaba a su alrededor, ellos seguían ahí quietos. Examinándose. Viendo quién era el primero en rendirse a lo que sus cuerpos les pedía a gritos.

–Aldara, los dos sabemos que en todo el rato que lleva ese tipo intentando ligar contigo, no te ha puesto ni la mitad de cachonda de lo que estás ahora mismo con solo un minuto juntos.

–Te lo tienes muy creído.

–No. Sé que me deseas tanto como yo a ti.

Raúl empezó a acariciarle por la cintura y la espalda.

–En esta vida hay más cosas que el deseo.

Se soltó de él e intentó avanzar de nuevo hacia la pista. Él la cogió, la besó y la estampó contra la pared. Notó cómo las piernas le temblaban, cómo su piel anhelaba más contacto, cómo todo parecía desaparecer, hasta su enfado. Hasta su ira. Todo eso se convertía en más y más deseo.

–No vuelvas a intentar ponerme celoso –le susurró él entre besos.

–¿Intentar?

–Vale... No soporto ver que otro te toca o te mira así.

Había empezado a besarla por el cuello y la atraía aún más hacia él. Sin huecos entre ellos. Y a ella le costaba mantener la cabeza fría. Pero tenía que hacerlo. Se separó como pudo de él y le miró fijamente.

–Pues está en tus manos.

–¿A qué te refieres?

–No quiero esconderme más. No quiero más mentiras ni vivir esto ocultos.

–¿A qué te refieres?

–¿Me deseas? ¿Quieres que sigamos disfrutando del buen sexo? ¿Quieres que veamos hasta dónde nos puede llevar nuestro deseo?

Mientras hablaba se volvió a apretar contra él y le susurró al oído. La respuesta de él fue la esperada. Volvió a cogerla entre sus brazos y a besarla. Ella dejó que él la besara durante unos segundos. Disfrutando del sabor de sus labios y de lo bien que besaba. Le costaba mucho. Pero volvió a separarle. Él la miró entre muerto de deseo y furia. Se le notaba que no le estaba gustando nada ese juego.

–Aldara, ¡¿qué coño pasa?! Sí. Lo admito. No he podido disfrutar del concierto porque me ponía enfermo verte con ese tipo. Pillo el mensaje, ¿vale?

–¿Quieres que vuelva a pasar? No. No te confundas. No quiero compromiso. Quiero no ocultarme.

–Habla claro.

–Díselo a Miguel.

Él se quedó helado. Lo vio en su rostro. Ella suspiró. Luego aguantó la respiración. No era fácil. Ella era consciente de eso. Por eso se acercó y le acarició el rostro.

–Sé que no es fácil.

–¿Cómo lo sabes?

–Ayer hablé con él. Me di cuenta.

–Joder, Aldara, no es tan fácil. Es como mi hermano. Se va a sentir traicionado.

–¡Ah! ¿Y esto no es traición?

Le besó. Mordisqueándole el labio. Su cuerpo otra vez pegado al de él. Le tocaba volver a jugar sus armas. Notó cómo la respiración de él volvía a agitarse. Luego pasó a mordisquearle el lóbulo de la oreja. Las manos de él empezaron a deslizarse por su espalda. Una hacia arriba y la otra hacia su trasero. La sujetó por el pelo para besarla.

–¿Se lo dirás?

–Joder... eres mi *kriptonita*.

–No me has contestado, Clark.

–Sí...

Y le besó. Ella le rodeó con sus brazos. Pegados el uno contra el otro. Olvidándose del mundo que les rodeaba. Olvidándose de que estaban en un concierto. Olvidándose de todo... hasta que una voz les sacó de su ensimismamiento.

–Parejita. Este no es lugar para eso.

Un *segurata* les miraba divertido. Y ella se rio. Lejos de sentirse avergonzada le pareció una escena graciosa. Se separaron, le dio la mano, entrecruzando sus dedos, y emprendieron camino a la pista. Justo cuando llegaron a ella, él la paró.

–Vámonos.

–No, señorito. Vamos a disfrutar de este concierto. Vamos a bailar, beber y besarnos como una pareja normal.

–Es decir, que vas a tenerme cachondo y ansioso por quitarte esos vaqueros toda la noche.

–Más o menos. Vamos. Te voy a presentar.

–No sé yo si es bueno que me presentes a tu amigo.

–No te preocupes. Seguro que lo entenderá.

Volvió a tirar de él, que la miró extrañado, y luego se rio.

–Vaya cuidado que tengo que tener contigo.

–Y yo soy Ana, y juntos somos Remiendos.

Todas las luces del local se encendieron para acompañar la última canción del concierto. Ya habían agotado los bises y la música llegaba a su fin. Y ella saltaba y gritaba justo delante de Raúl. Le había presentado a sus amigos. Él había hecho lo propio con los suyos. Y el resultado había sido positivo. Hasta Juan y Raúl habían intercambiado varias bromas. Eso sí, Raúl parecía marcar el territorio con ella. No en plan posesivo ni muchísimo menos. Pero sí de alguien que acababa de descubrir que podía perderla y que no quería. O quizás no podía. No estaba segura de eso.

Porque eso era lo que le pasaba a ella. No podía. Raúl era el prototipo de chico del que una no podía enamorarse. No creía que fuera mala persona. Todo lo contrario. Pero su fama. La relación tortuosa que había tenido con su exnovia y que él mismo le había contado... Ella no creía que pudiera cambiarlo. No. Ese tipo de chicos no solían cambiar. No era como en las historias románticas donde el chico malo se transformaba en bueno cuando encontraba el amor. Y aunque una pequeña parte de su cuerpo le decía que por qué no iba a cambiar, su cerebro era demasiado sensato.

Pero no podía alejarse de él. No podía dejar de desearlo. Cada roce, cada caricia furtiva que intercambiaban, cada mirada que fusionaban... alborotaban todo su cuerpo. Y eso no podía controlarlo. Y una vocecita le decía que no se comiera tanto la cabeza, que disfrutara, que no todas las relaciones tenían que ser estables, que nunca nadie le había producido esa locura en su interior.

Salieron del recinto y avanzaron unos cuantos metros para salir de la marabunta de personas. Notaba a Raúl ansioso a su lado, sin atreverse a decirle nada porque no le hacía falta.

–Pues ha sido un placer conocerte Raúl –le dijo Juan guiñándole un ojo–. Aldara, vamos hablando.

–¿Nos estás echando?

Se rio. Juan la cogió de la mano y la separó un poco de Raúl, que no le quitaba la vista de encima, desconfiado.

–Creo que ya le has hecho sufrir mucho al chico.

–Sabes que no soy de las que se van de una velada con los amigos por un tío.

–Lo sé. Y no te vas. Has estado todo el concierto con nosotros.

–Así que os vais a ir todos a casita ahora.

–Aldara... no seas tonta. Nadie se lo va a tomar mal. No has pasado por tu mejor momento tras la ruptura con David y no sé si este chico es lo más apropiado, pero se nota que es lo que necesitas y eso es suficiente. Si siempre terminarás así una velada para estar con él, pues no. Sabes que, si por él fuera, os hubierais ido hace un rato. Pero se ha quedado aquí. Pues ahora te toca ceder a ti. ¡Y joder, que al menos alguien folle esta noche!

Se rio y le dio un beso en la mejilla. Luego volvió al lado de Raúl. Se despidieron de todos y empezaron a andar tranquilamente. En silencio. Sumidos cada uno en sus pensamientos.

–¿En tu casa o en la mía?

Intentó romper el silencio. Funcionó. Él la sonrió pícaro, la abrazó y la besó con pasión. Como si hubiera estado esperando a que ella le diera permiso para besarla.

–Me da igual.

–Entonces en la tuya. Tenemos más intimidad. Y me apetece probar cierta encimera de la cocina...

–Eres...

Las manos estaban descontroladas. Necesitadas de su contacto. Ansiosas...

–¿Sabes? Juan me ha dicho que quizás no seas lo más apropiado para mí.

Él se retiró, le acarició el rostro pensativo y ella se arrepintió de habérselo dicho.

–Quizás tenga razón.

–Quizás... pero, ¿sabes que me ha dicho también que eres lo que ahora necesito? Y en eso sí que tiene razón.

Le besó. Llevaban una noche demasiado intensa. Y a Raúl aún le quedaba una gran prueba por delante. No sabía si realmente cumpliría y se lo diría a Miguel. Esperaba que sí. Esperaba que no tuvieran que esconderse más. ¿Qué pasaría si él no cumplía su parte? ¿Realmente era capaz de cortar con todo eso? No quería pensar más. Y a él parecía pasarle lo mismo. Ya pensarían al día siguiente. Esa noche era solo para ellos dos y sus ganas.

CAPÍTULO 7: EL ESPEJO

Después de hablar con Aldara, y que ella le contara lo que le había sucedido, se despidió y se fue a dar un paseo por el parque donde ella le había dicho que la había perseguido. No había conseguido verlo con claridad. Estaba casi segura de que era un hombre, pero más por la fisonomía del cuerpo que por otra cosa, ya que le había resultado imposible verle la cara. Y no le extrañaba. La iluminación era realmente mala, y con los nervios que debía de haber pasado...

Había tenido que morderse la lengua para no echarle la bronca por haberse metido en un sitio oscuro a solas, sabiendo que la acosaba un loco. Pero era consciente de que él era, en parte, culpable de que ella estuviera deambulando por las calles. Recorrió lentamente el parque. Le era fácil imaginarse a Aldara, bajo la lluvia, tomándose el café, analizando mentalmente lo que acababa de ver.

Se encendió un cigarro mientras se aproximaba al banco donde, unos días atrás, ella se había sentado. Sabía perfectamente que la lluvia y el viento de esos días habría borrado cualquier huella que hubiera dejado. Lo que más le preocupaba era si él la había estado siguiendo todo el tiempo, esperando el momento para encontrársela a solas, o si había sido una maldita casualidad que él había aprovechado. Esperaba que fuera lo último. La primera opción le preocuparía mucho.

Aldara no había reaccionado mal a la idea de poner un sistema de alarmas en su casa. Todo lo contrario. Se había regañado por no haberlo pensado ella antes. Le había dejado mirando en internet las ofertas y características de diferentes empresas de seguridad.

Le empezó a sonar el teléfono. No miró quién era. Respondió por instinto.

–¿Sí?

–Benditos los oídos. Por fin.

Suspiró. La persona que menos le apetecía escuchar en esos momentos. No tenía ganas de aguantar su bronca. Sobre todo porque sabía que tenía motivos para estar enfadada.

–Hola, Silvia.

–Anda, si te acuerdas de que tienes novia.

–Nena, ya sabes que estoy en mitad de un trabajo importante y no paro quieto.

–Ya, claro... ¿Y estás tan ocupado que no tienes ni cinco minutos para llamarme? Porque lo de vernos y fingir que somos pareja ya ni pregunto.

–Tienes razón. Soy un desastre. Pero este caso me tiene absorbido. Te prometo que te compensaré cuando acabe.

–¿Quieres compensarme? Podrías pedir vacaciones e irnos juntos a algún sitio. A solas. Sin móvil.

Suspiró. La idea, a priori, no era mala. Y realmente necesitaba salir de esa ciudad y alejarse de todo. Pero, en esos momentos, no era con Silvia con quien quería fugarse.

–No sé si podré. Ya sabes que no decido cuándo nos entran los casos.

–Claro. Y la empresa se hunde si tú no estás. Nadie más puede hacerse cargo de los casos.

–Vale. Hablaré con Gómez a ver si es posible. Pero no te prometo nada.

–Tú nunca prometes nada.

Y le colgó. Se encogió de hombros y se guardó el teléfono en el bolsillo. No podía enfadarse con ella. Tenía toda la razón en estar así. Desde que había empezado ese caso, ni se había acordado de ella. Quizás debería llamarla otra vez y decirle de ir a cenar juntos. Eso la apaciguaría un poco. Pero, ¿realmente quería que se apaciguara un poco?

Sacó el móvil. Lo miró. El recuerdo del beso que le había dado a Aldara en el ascensor, la imagen de ella llevando solo la camisola, sus piernas al aire, su cabello despeinado... Le venía a la memoria cuando, años atrás, ella se ponía alguna de sus camisetas para pasear por su casa después de haber estado los dos en la cama.

“No vuelvas a tocarme sin mi permiso”. Comprendía por qué se lo decía. ¿Cómo no hacerlo? Primero le pillaba tirándose a su editora como si fueran perros. Y luego, se atrevía a besarla... Bastante era con que no le hubiera dado una patada en sus partes.

Silvia era su novia. Era en ella en la que debería pensar. Quizás solo necesitaba un poco de realidad para que el efecto de los recuerdos se difuminara. Quizás necesitaba olvidarse un poco de todo y, al día siguiente, volver despejado. Dudó. Luego marcó un número. Se dijo a sí mismo que no era justo para ella que la utilizara para olvidarse de su ex, pero no se engañaba ni a él mismo. Prefería unas cañas. Y eso empezaba a ser una preocupante costumbre.

Le dio un sorbo al café. Por fin le habían mandado las fichas de todos los empleados de la editorial. No sabía qué le habría dicho Aldara a Laura, solo sabía que tenía nueva editora. Pero lo que estaba claro era que Laura debía de temer que ella le contara algo a su superior. Se preguntaba si Aldara sería capaz de hacerlo, si sería capaz de airear lo que había visto. Lo dudaba. Solo estaba jugando sus cartas. También se preguntaba si la hubiera despedido si se la hubiera encontrado retozando con otro y no precisamente con él. Era un creído. Que él la siguiera deseando como la primera vez que la vio no significaba que a ella le pasara lo mismo. Y si le pasaba, ¿qué? Sabía que ella no era un simple polvo, no era una aventura loca, no era una chica más. Y ya no tenía la excusa de Miguel, ni siquiera el hecho de que tuviera novia influiría si realmente se atreviera a dar el paso. Pero Aldara le importaba mucho, demasiado. Y eso asustaba.

Tenía que centrarse. Había conseguido hablar con la asociación de mujeres maltratadas donde curraba David. Habían sido muy amables, muy comprensivas y muy dispuestas a ayudarlo. Todos tenían una gran imagen de David, y descubrió que Aldara hacía donaciones regulares para ayudarles a seguir. No le sorprendió esa noticia, ni que ella no hubiera dicho nada sobre ese tema.

No tuvo que comentarles que había leído los diarios de David, cosa que le alivió. No quería que se mosquearan pensando que había roto la intimidad de las mujeres. Fueron ellos mismos los que mencionaron los dos casos de los que él ya había sospechado. Fue muy duro escuchar cómo la mujer, cuyo marido había descubierto su localización, había vuelto con él a los pocos meses de morir su psicólogo. No había conseguido conectar con el nuevo. Todos lo consideraron un fracaso que, incluso, les hacía llorar. No había pasado ni medio año cuando él la tiró por la ventana, matándola, para luego suicidarse. Se quedó paralizado. No estaba preparado para esa noticia. ¿Cómo se había podido llegar a ese punto? ¿Cómo no se había podido impedir que ella diera ese paso atrás? *“No es tan fácil”* le dijo la responsable, *“Por desgracia, esa mujer era una sombra de sí misma, estaba destrozada y era muy difícil ayudarla. Y la ley no ayuda en nuestro trabajo. Ni la sociedad”*.

El otro caso tampoco tuvo un final feliz. El chico había acabado fugándose de la casa de acogida y

se había dado a la mala vida. Lo último que sabían de él era que cumplía condena por varios robos con violencia en farmacias. Y, según comentarios de un amigo psicólogo que trabajaba en diferentes prisiones, demasiado enganchado a todo tipo de sustancias. *“Son dos fracasos para nosotros. Aquí hay mucha gente que se desvive por estas mujeres y niños. Y cuesta. Mucho más de lo que la gente cree. Hemos llegado incluso a ser insultados por nuestra labor... Y cuando pasan estas cosas... te hundes”*.

Se levantó de la mesa y se acercó a la pizarra. Bueno, ya podía tachar dos sospechosos de su lista y retirar esa línea de investigación.

Había estado mirando, de nuevo, el vídeo de la entrada a la sucursal de Correos. Comparando las imágenes con las fichas de los empleados. Ninguno aparecía. Solo Laura. Y eso le enfurecía muchísimo. ¿Y si había usado su cuerpo para distraerlo, para que no viera las pruebas? ¿Y si ella sabía que era posible que Aldara la pillara y lo había orquestado todo para echarle de la ecuación? Pero ella no sabía que él iba a ir a verla. Quizás solo aprovechara la oportunidad. Y sin él cerca de Aldara...

Suspiró. No sabía si se estaba volviendo paranoico. Quizás simplemente era culpabilidad. Lo curioso es que no se sentía culpable por tener novia. Serle infiel a Silvia nunca le había hecho dormir mal.

Dio otro trago al café. Debería haberle echado algo más fuerte. Pero necesitaba centrarse. Necesitaba concentrarse. Había algo que se le escapaba y no sabía qué era.

De pronto se abrió la puerta. Se volvió extrañado. Eso sí que no se lo esperaba. Silvia estaba justo en la puerta. Mirándole seria. Enfadada.

–¿Silvia? ¿Qué haces? ¿Ha pasado algo?

–¿Tiene que pasar algo para que tu novia venga a verte?

Tenía que suavizar la situación o eso iba a estallar en cualquier momento. Y si no le apetecía que le montara un numerito, menos aun si era en su lugar de trabajo. Se acercó a ella, la rodeó con sus manos la cintura y la atrajo hacia él, cerrando la puerta a sus espaldas.

–Claro que no, tonta. Simplemente me preocupo por ti. Es una agradable sorpresa, y me vienes de lujo para desenchufar.

Mientras hablaba empezó a besarle el cuello, notando cómo el cuerpo de ella se iba relajando. Bajó una de sus manos hacia su trasero y la acarició con fuerza y notó cómo sus ganas crecían.

–Para. Estamos en tu despacho y podría vernos tu jefe.

–Es culpa tuya. Vienes aquí, tan sexy, con esta faldita. –Mientras hablaba coló una de sus manos por debajo de su falda–. Y llevo demasiado tiempo sin ti.

Ella le separó, aunque ya se le notaba bastante menos enfadada. Se separó de él, anduvo hasta la pizarra y se quedó observándola pensativa.

–Eres tú el que siempre estás ocupado. ¿Este es el nuevo caso? Nunca te había visto usar pizarra. Pareces un detective de una serie. ¿Puedo saber de qué se trata?

–Una escritora a la que están acosando. Intento averiguar quién es.

No quería dar más detalles. Primero, porque no era profesional. Segundo, porque temía que ella notase que esa clienta no era como las demás.

–¿Y es guapa?

La pregunta le pilló por sorpresa. Supuso que a Silvia no le haría gracia que él pasara tanto tiempo al lado de una chica guapa.

–No tanto como tú.

Eso era verdad. Silvia era mucho más guapa que Aldara. Pero la segunda le hacía perder la razón por completo. Y eso le enfadaba muchísimo.

–¿Qué me vas a decir a mí?

–¿Estás celosa?

Se acercó a ella y le volvió a rodear la cintura. Le dio un beso en la frente, cariñoso. Alguien llamó a la puerta para, a continuación, entrar. Esta vez era Gómez, que se sorprendió al ver ahí a Silvia.

–Perdona, no sabía que tenías visita. Silvia, ¿a qué le debemos este gran placer?

–Hola Gómez, solo quería secuestrar un poco a Raúl e irnos a cenar juntos. Que ya se me está olvidado cómo es su cara. Me lo tienes demasiado ocupado.

–Lo cierto es que este caso es importante y Raúl se está esforzando mucho. Le vendrá bien desconectar un rato.

Había algo extraño en el tono de su jefe. Lo miró fijamente, intentando descifrar qué sería lo que se le estaba pasando por la cabeza. Por primera vez en mucho tiempo no pudo. Definitivamente ese caso les estaba perturbando a todos.

Estaban en la barra del restaurante, esperando a que les dieran mesa. Silvia tomaba una copa de vino blanco y parecía realmente feliz. Él bebía una cerveza e intentaba concentrarse en la preciosidad que tenía delante. Lo intentaba, pero no era fácil. Esa sensación de que había algo que no veía, que se lo escapaba una línea de investigación... Le irritaba.

–Estaba pensando que podríamos ir a Berlín. Siempre dices que te gustaría conocerla.

–Es una opción.

Contestaba más por instinto. Había aprendido a sumergirse en su mundo sin que la gente que le rodeaba se diera cuenta.

–Entonces, ¿cuánto crees que tardarás con este caso?

Eso lo devolvió a la sala. Por una parte, quería resolverlo pronto. Le daba miedo que el sujeto se envalentonara y se atreviera a atacarla. Por otra, temía que eso significase tener que volver a decirle adiós. Y no sabía si esa vez podría volver a “olvidarla”.

–No lo sé. No es tan fácil como seguir a un marido infiel o a un empleado que, mientras está de baja, está currando en otro sitio.

–Bueno, si esto fuese una película o una serie, el asesino sería alguien cercano a la víctima, del que nunca sospecharías... y que finge ayudar.

Se rio, dio un trago a la cerveza y notó cómo el móvil del bolsillo le empezaba a vibrar. Mientras lo sacaba le respondió.

–Lo tendré en cuenta. Espero que al sujeto le gusten tanto las series como a ti.

Le guiñó un ojo y miró quién le llamaba. Aldara. Le dio un vuelco al corazón. ¿Habría pasado algo? Le hizo un gesto en la mano a Silvia y se dispuso a responder. Silvia, enfadada, le sujetó la mano.

–Vamos a cenar.

–Es la cliente. Tengo que responder. Ha podido pasar algo.

Silvia le soltó la mano, disgustada. Sabía que, en el fondo, le comprendía y deseaba que no le pasara nada malo a nadie. Él también comprendía que no quisiera que le fastidiaran la noche.

–Hola Aldara. ¿Ha pasado algo?

–Ven...

La voz de Aldara parecía agitada, asustada, y eso le puso en alerta. Se levantó, casi de un salto, de la butaca en la que estaba sentado. Vio cómo Silvia le miraba extrañada.

–¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien? ¿Dónde estás?

–Estoy bien. Estoy en casa. Han entrado en mi casa.

–Mierda. ¿Has llamado a la policía?

–Sí, sí. Están ya aquí... pero te necesito a ti. Por favor... ven.

Miró el reloj. Miró a Silvia. Iban a volver a tener movidas. Quizás debería decírselo antes a ella.

Y se dijo que era trabajo. Que, si no lo entendía, no era su culpa.

–Dame quince minutos y estoy ahí.

–Gracias.

Colgó el teléfono. Silvia se le adelantó.

–Es tu noche libre.

–No hay noches libres en este caso. Ha entrado en su casa. Es trabajo.

–Que se encargue la policía.

–Lo siento Silvia. Te compensaré, te lo prometo.

–Eso ya lo he oído. –Los ojos de Silvia estaban llorosos, la vio suspirar y apurar su copa de vino–. Vete ya.

–¿Quieres que te acerque a algún sitio?

–No. Pillaré un taxi.

Asintió, le dio un leve beso en los labios y se fue. No miró atrás. Notaba la mirada de ella, pero no tenía tiempo para eso. Habían aparcado cerca del restaurante, así que en seguida se encontraba conduciendo hacia la casa de Aldara. Sentía el corazón palpitando a gran velocidad. Y sentía cómo su cabreo iba haciéndose más y más grande en su interior. Al colgar se había dado cuenta de que tenía una llamada perdida anterior que no había escuchado.

Mientras aparcaba solo podía pensar en si estaría bien. Solo quería verla. En el portal había un policía. No esperó al ascensor. Subió corriendo por las escaleras. Y ahí, en el pasillo, al lado de su puerta, hablando con dos policías, la encontró. Ella le vio al instante y fue donde él a paso rápido. Se lanzó a sus brazos. La abrazó y le acarició el pelo. Notaba su miedo saliendo por cada poro de su piel. Le habló sin separarla de él.

–¿Qué ha pasado?

–Llegué a casa de una reunión con mi nueva editora. La puerta estaba abierta. Te llamé, no me lo cogiste y llamé a la policía.

–Lo siento. Estaba reunido. –Debería pensar en por qué no le había dicho realmente con quién estaba– ¿Has entrado en tu casa?

–No. No quería entrar hasta que estuvieras tú.

–Ok. Vamos a hablar con la policía.

–Son unos gilipollas.

–¿Ya te has peleado con ellos?

Ella había levantado la cabeza y le miraba como el gato de *Shreck*. Y él se aguantó las ganas de cogerle por la barbilla y devorarle los labios. En vez de eso, soltó el abrazo y la cogió de la mano. Y en un gesto involuntario, automático, entrelazó sus dedos con los suyos. Miró a todos los policías. Buscando un rostro conocido. Estaba de suerte.

–Hola, Luis.

–Hombre, Raúl. ¿No me digas que esta fierecilla es tu chica?

–Es una cliente, Luis. –Notó cómo se había puesto algo colorado. No recordaba cuándo había sido la última vez que le había pasado–. ¿Sabes lo que ha ocurrido?

–Han forzado la puerta. Tiene toda la pinta de que estaban buscando algo. No se han llevado ni la televisión ni el portátil, ni nada de valor. Es como si su único fin fuera destrozarlo todo.

–Solo para asustarme... –murmuró Aldara.

–Eso parece. Tu cliente –Luis solo le miraba a él, a saber qué le habría hecho ella– nos ha comentado que ha recibido una serie de anónimos.

–Y que vosotros me dijisteis que eran chiquilladas.

–Ya sabes cómo va esto Raúl. Vamos a abrir el caso. Sería recomendable que me pasaras toda la información que tengas y pueda ayudarnos a pillar al responsable.

–¿Para qué? ¿Para que le pongas una falta por allanamiento y se vaya a su casita para seguir acosándome?

En el fondo era divertido. Si Luis pensaba que podía seguir ignorando a Aldara mucho tiempo, era un ingenuo.

–Quizás si me hubieran hecho caso la primera vez, no hubieran destrozado mi casa.

–Señorita, ¿sabe usted cuántas denuncias de ese estilo recibimos a diario?

Supo perfectamente la respuesta que estaba a punto de salir de los labios de Aldara, por lo que decidió cambiar de tema.

–¿Mucho desastre?

–Mucho... y tras el mensaje del espejo...

–¿El espejo?

Estaba agotada. Realmente agotada. La reunión había sido aburrida. Y ella llevaba demasiados días sin dormir. O durmiendo a ratos. Solo quería llegar a su casa, servirse una copa de vino, ponerse algo de música o alguna serie en la tele, y pedir sushi. Y de pronto... La puerta abierta de par en par. Notó cómo la respiración se le ahogaba en sus propios pulmones. Y la invadió el terror a que estuviese aún dentro. Pensó en acercarse corriendo, cerrar la puerta y echar la llave para encerrarlo dentro. Pero podría aparecer mientras iba hacia la puerta y si había forzado su puerta, quizás no pudiera cerrarla.

Lo que no podía era quedarse quieta, así que se escondió en el rellano de la escalera y llamó. Raúl no se lo cogió. La policía. Suponía que eran sus nervios los que le hacían estar más susceptible de lo normal, e intentó no molestarse por la parsimonia de la persona que le atendió. Ni por la de los policías que acudieron.

Una vez que comprobaron que el sujeto ya no estaba en su domicilio, ella quería entrar a ver los desperdicios. Pero no. Tenía que esperar a que comprobaran si había algún objeto sospechoso en la casa. ¿Pero cómo iban a saber si era sospechoso o no si ella no les indicaba si era suyo?

Escuchar a Raúl diciéndole que en quince minutos estaba ahí la tranquilizó mucho. Cuando el policía le dio permiso para entrar en su casa, le dijo que esperaría a una persona. No le hizo gracia. Debía de estar pensando que no quería perder el tiempo, pero si a ella la habían hecho esperar... pues que esperaran ahora ellos quince minutitos.

–Señorita, cuanto antes...

–Cuanto antes, ¿qué? ¿Se va a arreglar el destrozo, voy a dejar de tener miedo? ¿Ahora nos entran las prisas cuando llevo varias semanas recibiendo anónimos y os daba igual?

Raúl apareció y se sumergió en su abrazo. Nunca se había sentido tan aliviada de verle. Se quedaría a vivir en ese pecho, sintiendo el corazón de Raúl palpitando a gran velocidad. Cuando el policía la había confundido con su novia se rio internamente, seguro que a él se le había parado el corazón del susto. Con lo poco que le gustaban las etiquetas de ese estilo...

–Mucho... y tras el mensaje del espejo.

–¿El espejo?

¿Qué habían puesto en uno de sus espejos? Aunque podía imaginarlo. Sin pensar avanzó hacia el interior de la casa. Raúl no le soltó la mano y la acompañó. La casa estaba destrozada. Todo tirado por los suelos. Todos los cajones abiertos...

–Tienes que llamar al seguro.

Ese comentario tan racional de Raúl, no se lo esperaba, y asintió sin poder hablar. Su hogar... Notó cómo las lágrimas empezaban a recorrer sus mejillas, silenciosas, implacables. Notó cómo él le apretaba la mano en señal de apoyo. El policía les iba indicando el camino, dirigiéndose al cuarto de baño de su habitación. Y ahí estaba. Había usado uno de sus pintalabios (no podía haber sido más clásico) de color rojo. Lo había visto en tantas pelis y series... y, sin embargo, al verlo ahí, delante de ella, sintió que volvía a ahogarse.

Muérete puta

Un mensaje breve. Conciso. Que le puso los pelos de punta y la obligó a salir del cuarto del baño. Raúl fue detrás de ella. Con la impresión de la frase en el espejo, se había soltado de su mano.

–Aldara, ¿tienes algún sitio donde dormir un par de noches?

No había pensado en eso. Llamaría a la editorial. Tenían un acuerdo con una cadena de hoteles para alojar a sus autores cuando estaban de gira. Quizás podrían buscarle una habitación rápido. ¿Un par de noches? No estaba segura de ser capaz de volver a sentirse segura en esa casa. Al menos no mientras no pillaran al responsable.

–Iré a un hotel.

Raúl asintió con la cabeza. Estaba pensativo. Más de lo normal. ¿Qué le rondaría la cabeza? Estaría preocupado. Era normal. Habló con su nueva editora. Y, a los cinco minutos, ya tenía una dirección y una reserva. Se quedó de pie, en mitad del caos que era su dormitorio. Incapaz de saber qué paso dar. Qué hacer.

–¿Notas si te falta algo?

–No lo sé.

Se sentía completamente perdida. Desconcertada. Miró a su alrededor y solo veía caos. Vio cómo Raúl cogía una de sus maletas.

–Vamos a meter las cosas que puedas necesitar. Te ayudo.

¿Qué iba a necesitar? ¿Todo? Empezó a meter ropa de manera mecánica. No quería que Raúl hurgara en su ropa, así que le pidió que fuera a por su ordenador y los cuadernos que estaban en el salón. Llenó la maleta casi sin mirar, sin saber qué era lo que guardaba. Fue al baño. Necesitaba su neceser. La imagen de la frase la golpeó de nuevo. Miró su reflejo entre el rojo del pintalabios. Estaba pálida y con los ojos rojos.

–¿Nos vamos, Aldara?

Raúl la miraba desde el otro lado de su cama. Asintió sin decirle nada, solamente con un gesto. Cogió su maquillaje, su peine y su cepillo de dientes, los puso en la maleta, la cerró y se encaminó hacia la puerta. Cuando llegó a la mitad del pasillo se paró de golpe.

–¿Y cómo cierro la puerta?

–No te preocupes, ya me he encargado.

Volvió a asentir en silencio y salió de su casa. Sin mirar atrás, sin girarse ni una sola vez. No era por hacerse la fuerte, todo lo contrario. Era pura necesidad de no ver de nuevo las señales de la ruptura

de su intimidad.

–Aldara, tenemos que hablar.

Se encontraban en la habitación del hotel, estaba deshaciendo la maleta. Descubriendo qué era lo que había metido y qué se había dejado. Se volvió hacia él. Quieto. De pie en mitad de la habitación. Serio. Demasiado.

–¿Qué pasa?

–No es grave. No te preocupes. Simplemente que ahora que la policía ha abierto el caso...

Notó cómo un nudo se le formaba en el estómago. Tragó saliva.

–¿Qué quieres decir?

–Mi trabajo aquí ha terminado.

Las piernas le temblaron y sintió una angustia adueñándose de su cuerpo.

–¿Por qué? El sujeto aún está suelto. ¿Tengo que fiarme de quienes no confiaron en mí? Puedes seguir investigando. Tú mismo lo dijiste, nadie se va a esforzar tanto como tú.

Se acercó un paso a él. El rostro de Raúl parecía sufrir una gran lucha interna, como si hiciera un importante ejercicio de contención.

–No, Aldara. No puedo. Esto no es una película ni una serie. Aquí no puedo investigar lo que me dé la gana. Y mucho menos cuando la policía ya está en ello.

–Entonces, ¿me abandonas?

Contuvo las lágrimas que querían derramarse por su rostro. No iba a llorar. Como tampoco iba a plantearse si se movía solo por el miedo o había algo más profundo.

–No es eso. Así es cómo funcionan las cosas. Luis, el policía, es eficiente. No tienes que tener miedo.

–No me pidas que me fie de él. No lo haré. En esto, solo me fio de ti.

–Aldara...

–Vale, vete. Ya está. Vete. Ya me pasarás la factura.

–No estás siendo justa.

–¿Justa? Vete ya... Es lo que me estás diciendo, ¿no?

Los nervios se estaban apoderando de ella, se acercó hasta su posición y lo empujó. Con fuerza, con rabia. Como si el golpearle la liberara de todas las sensaciones negativas que la estaban dominando. Pero él permaneció inflexible, como si fuera completamente insensible.

–¿Por qué no te vas? ¡Vete! No te necesito.

Y entonces él la abrazó con fuerza. La rodeó con sus brazos y la encerró en el hueco que formaba su pecho, impidiendo que ella siguiera golpeándole. Y se echó a llorar. Ya no pudo soportarlo más. Él le acariciaba el pelo. Con suavidad. Entrelazando sus dedos entre sus mechones, jugando con ellos, relajándola.

–No te vayas, por favor.

No dijo nada. Le oyó suspirar y apretarla con más fuerza contra su pecho. Le besó el cabello. No se avergonzaba de haberle suplicado. No. Ella era una mujer fuerte y segura. Pero no quería volver a pasar el miedo que había sentido cuando la persiguió por el parque, o cuando había llegado esa misma noche a su propia casa. En esos momentos necesitaba a alguien que le diera seguridad, y sabía que solo podía confiar en él. Eso no la hacía menos fuerte. Todo lo contrario.

–Déjame que llame a Gómez. Si te parece bien, seré tu guardaespaldas hasta que todo esto termine.

No dijo nada. Solo asintió con la cabeza. Él se retiró de su lado y salió de la habitación para hablar, tranquilamente, en el pasillo. Se secó las lágrimas y se sentó en la cama. Aún le temblaba medio cuerpo. Tenía que tranquilizarse. Se repitió mentalmente que todo iba a salir bien... Pero no era tan fácil. Quizás una ducha calentita le viniera bien. Y cenar. Aún no había comido nada desde la comida. Y un poco de vino.

Miró la carta del servicio de habitaciones. Luego volvió a dejarla en su sitio. Una habitación de hotel, una cama, una cena, vino y ellos dos juntos... Era una combinación muy peligrosa.

Colgó el teléfono. Gómez estaba de acuerdo con él en que no era el mejor momento para terminar con ese caso y que, debido a las *características especiales* de esa situación, podrían hacer lo que no había hecho antes en ningún otro caso. Colgó el teléfono y lo guardó en su bolsillo. Y no pudo evitar pensar en por qué Gómez había dicho eso de las características especiales, por qué permitía acciones que no habría permitido en otros casos... Tenía bien claros sus propios motivos. Era incapaz de decirle que no a Aldara y, en esos momentos, se sentía también incapaz de dejarla sola. ¿Cuáles serían los de él?

La había abrazado no solo para calmarla a ella, sino también para calmarse a sí mismo. Era plenamente consciente de que ya no podía seguir investigando de forma paralela, que tenía que entregar todas las pistas que tenía. Pero también sabía lo difícil que era que se llegara a una resolución rápida. Para la policía solo era un caso de allanamiento, destrozo y amenazas, pero no creían que la vida de Aldara corriera peligro. Él no iba a permitir que se confundieran en su conclusión.

Y había llamado a Gómez para contarle todo lo que había pasado, para contarte la petición de Aldara... y dispuesto a que si le decía que no, pedirle unas vacaciones y quedarse a su lado de todos formas. No iba a dejarla sola, no iba a permitir que el miedo volviera a gobernar sus ojos. Tuvo suerte. Gómez opinaba igual que él. No era el momento de abandonar.

Entró en la habitación. Aldara se volvió a mirarle. Asintió en silencio y eso pareció tranquilizarla.

–No he cenado nada. Estaba pensando en pedir algo al servicio de habitaciones... No me apetece bajar al restaurante. ¿Cenas conmigo?

Debería negarse. Debería decirle que era una buena idea que no saliera y que él tenía que irse, que ya volvería por la mañana. Debería.

–Perfecto. Tengo mucha hambre.

–Ven. Miremos qué podemos pedir.

Ella cogió la carta y le hizo un gesto con la mano. Se sentó a su lado. Y empezaron a leer los diferentes platos. Sintió cómo ella le ponía la mano encima de la pierna. Parecía un gesto inocente, casual. Pero él no podía evitar que todo su cuerpo reaccionara. Estaban sentados en una cama, pegados el uno al otro... “*No vuelvas a tocarme sin mi permiso*”.

–¿Vas pidiéndolo tú? Necesito una ducha.

Ella se puso de pie y le pasó la carta. La cogió de la mano. Quería que pareciera un accidente, una casualidad, pero solo necesitaba tocarla. Ella se quedó quieta, mirándole fijamente. El corazón le palpitaba en sus dedos. La tensión se podía cortar con una hoja, con mucho menos. Silencio. Y se sorprendió de que ella no se percatara del escándalo que hacía su corazón, su cuerpo gritando su nombre... Tenía que soltarla. Tenía que hacerlo. Se lo repitió varias veces. Y, al final, se hizo caso. Y

deslizó los dedos lentamente hasta separarse de su piel.

–Me voy a la ducha. –repitió ella, claramente desconcertada.

La vio coger algo de ropa e irse al baño. Cuando llegó a la puerta, se giró unos segundos hacia él. Luego desapareció en el interior del servicio. Se levantó. Anduvo por la habitación. No podía evitar recordar que, al otro lado de esa madera, a solo unos centímetros de él, Aldara se desnudaba. Se acercó a la puerta y la acarició. Aldara había puesto algo de música.

*Tus huesos, crujientes como
tus besos,
culpables de mis excesos,
la noche no dirá nada,
si tú no te quejas...*

Suspiró. El agua empezó a sonar. Y se la podía imaginar perfectamente. Cerraba los ojos y la veía en su mente. El agua acariciando cada parte de su cuerpo, sus manos recorriendo su piel, enjabonándola... Y tuvo que contenerse para no abrir la puerta y colarse en esa ducha. Demasiadas fantasías, demasiadas ganas.

Suspiró y se alejó. Necesitaba estar lo más lejos posible. Necesitaba tranquilizarse antes de que ella saliera de la ducha. La cena llegó instantes antes de que Aldara hiciera su aparición, llevando un precioso pijama azul claro, sencillo, sin ninguna pretensión de ser sexy y, sin embargo, en su cuerpo... Estaba convencido de que daba igual lo que llevara, seguiría poniéndole como nadie.

Se sentaron a cenar. Pusieron la televisión de fondo. Ella aún tenía el pelo mojado. Y él tenía que concentrarse en mantener una conversación y no recorrer con sus labios el mismo recorrido que hacían algunas gotas de agua traviesas que caían del cabello de Aldara y se deslizaban por su cuello, hasta colarse por dentro de su pijama.

–Creo que debería irme. Es tarde y mañana quiero estar pronto.

Habían terminado de cenar. El vino jugueteaba en su cabeza. Se levantó mientras hablaba. Ella le sujetó por el brazo.

–No te vayas... por favor. No quiero quedarme sola. Creo que si cierro los ojos, todos los recuerdos vendrán de golpe.

Aguantó la respiración. ¿Qué era lo que ella le estaba proponiendo? Aldara pareció leerle la mente. Sus mejillas se tornaron de un precioso color rojo.

–Duerme a mi lado. Solo quiero no dormir sola.

–De acuerdo.

Se oyó a sí mismo decir eso. No se lo podía creer. ¿Sería capaz de tumbarse a su lado y contenerse? Esa chica no sabía lo que le estaba pidiendo.

CAPÍTULO 8: EL DESTINO

Estaba en la cafetería de la facultad, haciendo tiempo antes de irse a trabajar. Calentaba sus manos con la taza de café con leche mientras leía un libro. Llevaba puestos sus cascos de música para aislarse del ruido que había a esas horas a su alrededor. Muchas veces ella formaba parte de ese bullicio, pero en esa ocasión prefería un poco de soledad. Era la única que iba a tener a lo largo del día.

Le vibró el móvil. Un mensaje. “*Hoy no puedo, ¿nos vemos mañana?*” Miró fijamente el mensaje y guardó el teléfono en el bolso sin contestarle. Estaba enfadada. Y no sabía si más con él o con ella misma.

La noche anterior había estado en su casa. Estaba frustrada. Raúl no se lo había dicho aún a Miguel. Se escudaba en que aún no lo había visto, que no era algo para decir por teléfono. Y, encima, su hermana había hecho acto de aparición tras una de sus peleas con su chico y la había acogido en casa. Al menos eso decía él. Ella no la conocía. Y había algo en su interior que despertaba todas sus alarmas. Y no sabía muy bien qué era. Sus instintos le querían decir algo. Y ella se empeñaba en apagarlos, en no hacerles caso.

La noche anterior habían estado viendo una película en su casa. Su hermana, teóricamente, había salido con las amigas. No habían llegado a ver el final de la película. Después, sentada en el servicio, miraba a su alrededor. Había cosas de chica donde antes solo había vacío. Y el estómago se le encogió.

Salió. Raúl seguía tumbado en el sofá, donde le había dejado. Ni siquiera se había vestido. Tecleaba en su móvil y, al verla, la sonrió y dejó el teléfono a un lado. Le dieron ganas de coger el móvil y ver a quién le estaba escribiendo. Pero, esa no era ella. No. ¿Desde cuándo ella era insegura? ¿Desde cuándo tenía celos? No se movió de la puerta.

–¿Por qué no vienes aquí?

–¿Cuándo vas a llamar a Miguel?

–Aldara, ya te he dicho que en cuanto pueda. No me presiones.

–¿Presionarte?

–Sí. Lo haces. Me estás pidiendo que hiera una relación de toda una vida por...

No se atrevió a continuar. Consciente de que había metido la pata.

–¿Por unos polvos sueltos? ¿Es eso?

–Sabes que no eres eso.

–No, no lo sé.

Silencio. Auténtico silencio. Luego Raúl se levantó y se acercó a ella. No se movió. Lo vio aproximándose a su posición. Sin decirle nada. Y luego rozó sus labios.

–Aldara, los dos sabemos que si esto fueran solo unos cuantos polvos sueltos, no estaríamos aquí.

–Pues si no es solo eso. Díselo. Joder, veo a Miguel en la facultad y me jode tener que mentirle cuando me pregunta qué he hecho o...

“*O cuando me pregunta por el tío con el que me veo*”. Pero eso no se lo iba a decir a él. Se sentía una mierda teniendo que ocultar cosas de su vida. Y sabía que él se cabrearía también con ella por

haber estado ocultándole cosas, por haberle contado cosas de su vida sentimental sin haberle dicho que era de su amigo del que le hablaba.

–Ya te he dicho que hablaría con él. Pero comprende que tengo que pillarle a solas. Y entre unas cosas y otras, no he podido.

–¿No has podido o no has querido?

–Vamos, Aldara...

Raúl empezó a besarle el cuello. Y pasó su brazo por su cintura para aproximarla otra vez a él. Quería creerle. Quería confiar en lo que le decía. Pero se le estaba agotando la paciencia.

–Ven. ¿Y si ahora dejas tu olor en mis sábanas y así esta noche es como si me acompañaras?

–¿Y por qué no puedo acompañarte yo?

–Aldara, ya sabes que en un rato vendrá mi hermana.

–¿Y?

Le separó. En el fondo lo entendía. Comprendía que no estaban en ese momento de su relación. Pero se sentía cabreada. Completamente enojada. Él no respondió. Otra vez silencio.

–Creo que será mejor que me vaya. No quiero que nos entretengamos y tengas que dar más explicaciones.

–Vamos nena... No te mosquees.

–No te preocupes. En serio. Hablamos.

Le dio un beso. Cogió sus cosas y se fue. Se sentía estúpida. Y se sintió aún más estúpida cuando tuvo la esperanza de que él saliera corriendo detrás de ella para convencerla que se quedara, para decirle que no le importaba que su hermana les viera juntos. Y que sí, que realmente se lo iba a decir en seguida a Miguel.

Pero no pasó nada.

Y en esos momentos se encontraba ahí. Con un café entre las manos. Perdida. Enfadada. Y sin saber qué camino tomar en esos momentos.

–¡Hey, estás empanada!

Levantó la vista. El que faltaba. Miguel la miraba desde arriba con dos botellines. Uno en cada mano. Le puso uno delante y se sentó enfrente.

–Tengo que irme a trabajar en un rato.

–Es solo una cerveza. Te recuerdo que te he visto beber mucho más. No te me vas a emborrachar por eso.

Sonrió. Apartó el café a un lado y pilló el botellín. En el fondo le venía bien.

–¿Y tú qué planes tienes para este *finde*?

La primera cerveza se había acabado y había decidido tomarse una más. Luego tomaría un café y a currar.

–Pues no lo sé.

–¿No vas a salir de caza con tus amigos?

Se sintió mal por utilizarle de esa manera, por intentar sonsacarle información sobre Raúl. Pero no pudo evitarlo. Había algo que le gritaba en su interior. Y no soportaba sentirse así.

–Hoy no, al menos. Desde que Raúl volvió con la novia está bastante complicado quedar.

No se le cayó el botellín de las manos de milagro. Intentó mostrarse neutral, intentó que no se

notara cómo se le había parado el corazón de golpe. Dio un trago a la cerveza mientras intentaba que su mente tomara el control de sus sentimientos.

–¿No decías que parecía que esta vez no iban a volver? ¿No será que tiene una nueva conquista?

–Pues mira, durante un tiempo pensé que estaba con otra. Por eso flipé el otro día cuando apareció con Miriam en el bar.

Le entraron ganas de llorar, no sabía el motivo, ni quería pensarlo tampoco.

–Creía que me habías comentado que ella le había engañado. Y por lo que cuentas no parece un tío que tenga que aguantar esas cosas... por muy colgado que esté de ella.

–Él es consciente de que eso es crónica de una muerte anunciada.

–¿Entonces?

No quería mostrar interés. No quería que se le notase que la había destrozado por dentro. Y que estaba asumiendo que ese capullo (no podía definirlo de otra manera en esos momentos) le importaba más de lo que se había convencido. Y, encima, se sentía una estúpida. Se había creído que él realmente apostaría por esa relación. Bueno, más que creérselo, lo deseaba, lo ansiaba. Y ahora estaba ahí, la maldita realidad. ¿Cuándo habría vuelto con ella? La respuesta le vino rápidamente. No era su hermana la que se había mudado con él. Era Miriam.

–Es lo fácil. A pesar de lo que puedas pensar, Raúl tiene un miedo tremendo a quedarse solo, supongo que por lo mal que lo pasó con el divorcio de sus padres. Sé la imagen que da, pero es muy buen tío... Miriam, a pesar de todo, es lo fácil. Porque él sabe que no va a tener que plantearse un futuro.

Se cabreaba por momentos. Notaba la ira elevándose por su cuerpo. Pero no podía levantarse e irse así. Miguel no era tonto y se daría cuenta de que algo pasaba. Aunque una parte de ella le animaba a contárselo todo. A sincerarse con él. Que viera que su querido amigo no era tan buen tío como él creía. Estaba tan tentada a hacerlo. Pero eso no solo haría daño a Raúl. También a Miguel, y eso era algo que ella no deseaba que pasara. Él no tenía la culpa de nada. *“Pues líate con él, eso le joderá a Raúl”*. No. No era justo. Miró el móvil, buscando una excusa.

–Miguel, se me va a hacer tarde. ¡Qué asco tener que currar!

Le dio dos besos y se fue, esperando que no le hubiera notado lo que le pasaba por dentro. Mientras caminaba hacia el autobús, miró su móvil. Revisó todos los mensajes de Raúl que tenía guardados. Luego los borró. Tenía ganas de llamarle y montarle el pollo de su vida. Se sentó en el autobús y suspiró. Guardó el móvil. Intentó relajarse. Volvió a coger el teléfono. Solo un mensaje. Luego lo apagó.

“Espero que seas feliz con Miriam, aunque lo dudo. Creo que ayer se me cayó la pulsera en tu casa. Cuando la encuentres, mándamela. No me llames.”

Era mentira que hubiera perdido una pulsera en su casa. Era su venganza. Quería que se pusiera nervioso buscándola por todos lados con el miedo a que fuera su novia la que la encontrara. Suspiró. Las lágrimas le acudían a los ojos y se las volvió a aguantar. Ya lloraría a solas. Tenía que ir a trabajar y seguir con su vida.

Entró en el bar acompañado de sus amigos, directo a la barra. Estaba muerto de sed. El verano había llegado algo adelantado y él nunca había soportado el calor. Pidió el cubata y le dio un largo trago.

El local estaba lleno de gente. La gente bailaba y reía. Un proyector enseñaba imágenes de un pueblecito de África y de los trabajos que hacían unos cuantos voluntarios allí. Esa manera de recaudar fondos sí que le gustaba. Una pequeña fiesta en un local céntrico de Madrid. Lleno de chicas guapas. Le llamó la atención una chica morena que vestía de verde. Un vestido muy cortito. Perfecto para llevarla al baño y hacérselo ahí mismo.

–Anda que esperas para pedir algo.

Miguel le sonreía mientras se apoyaba en la barra para pedirse otra copa.

–Lo hago para aportar dinero a la ONG. Me sacrifico por ellos.

–No sabes tú nada...

Se rio. Se llevó la copa a los labios mientras miraba a su alrededor. Y entonces la vio. ¿O era un sueño? Realmente lo parecía. Estaba preciosa. Un vestido negro, palabra de honor, que se ajustaba a su torso para luego caer en una falda con mucho vuelo. Recorrió con la mirada su cuerpo, desde los pies, enfundados en unas sencillas sandalias que tenían un poco de tacón, sus piernas sin medias... Cuando llegó hasta el borde de la falda ya se había imaginado colándose en su interior para acariciarla en busca de su sexo... Llevaba el pelo suelo, cayéndole sobre los hombros. Un poco más largo que la última vez que la vio.

Un ruido a su lado hizo que saliera de su ensoñamiento. Miguel miraba también a Aldara. Fijamente.

–Creía que me habías dicho que no iba a venir.

El día anterior, con toda la sutileza de la que era capaz, le había preguntado por ella. Durante todos esos meses sin verla no había parado de pensar en ella. No la había llamado. Ni mandado un mensaje. Aunque le había costado tanto... Había hecho tan mal las cosas con ella.

–Yo también.

–Mejor, ¿no? Que haya venido...

No podía quitarle la vista de encima. Todo su cuerpo había reaccionado de golpe. Le ardían hasta la punta de los dedos, deseando volver a tocarla.

–Sí... bueno, no sé.

–¿A qué te refieres?

–Que me alegro de verla, por supuesto... pero... para lo que me sirve...

–¿Qué pasa? ¿Ya no está soltera?

Algo le ardía por dentro. Un nudo le cerró el estómago por completo.

–Creo que no. Estuvo un tiempo liada con un capullo que la trató fatal, luego lo dejaron y no supe nada más. Pero hace un par de días vi a su ex yendo a buscarla a la facultad. Así que...

Así que no quería analizar por qué le dolía el pecho. Tenía claro que él era el capullo. Y se merecía que ella le considerara así. Aún no se creía que la hubiera dejado escapar. Se había asustado tanto. Le asustaban las repercusiones que pudiera tener en su amistad con Miguel. Pero, sobre todo, le asustaba darse cuenta de que no era algo simplemente sexual lo que sentía por ella. La añoraba. Como nunca le había pasado con ninguna otra persona. Y cuando Miriam le había llamado... cayó como un imbécil. Era consciente de que antes o después eso no funcionaría. Y ya no podía echarle todas las culpas a ella. No cuando cada vez que la besaba, cada vez que la acariciaba, cada vez que le hacía el amor... no era en ella en quien pensaba.

De pronto, ella se giró. Directamente hacia él. A pesar de toda la gente que les rodeaba y que había en su camino... En una décima de segundo sus ojos se habían posado en los suyos. Y el mundo desapareció. ¿Cómo era posible? ¿Por qué, de pronto, ya no escuchaba la música ni las voces de los demás? Pensó que ella volvería a darse la vuelta y le ignoraría durante toda la velada. Se regañó. Parecía

como si no la conociera. Ella nunca se acobardaba en esas situaciones. Retiró su vista de él, sí. Pero no se giró. Se acercó a ellos y fue directamente hacia Miguel, para darle dos besos.

–Hola niño, ¿has visto qué de gente?

–Todo un éxito. ¿Te acuerdas de mis amigos?

Sus miradas volvieron a cruzarse. Suspiró. ¿Y si ella hacía como si no le recordaba? Era muy capaz. Pero le sonrió con dulzura, le puso la mano en el hombro y le dio dos besos. Dos besos que le encendieron por dentro. Y tuvo que aguantarse para no cogerla y estrecharla otra vez entre sus brazos.

–Hola Raúl. Cuánto tiempo.

–Mucho. Estás preciosa. Como siempre.

–Es el vestido, que hace milagros.

–No te pega ser modesta.

–Ni a ti las frases hechas.

Se miraban fijamente. Cuando ella había mencionado el vestido le había dado la excusa para poder contemplarla de arriba a abajo, deleitándose con la vista. Se dio cuenta de que se había humedecido los labios y que ella se había mordido, coqueta, el labio inferior. Tenía que controlarse o cualquiera se daría cuenta de que se conocían de algo más que dos encuentros con amigos.

–¿No has traído a tu novia? Muy mal. Hoy necesitamos a toda la gente posible. Es por una buena causa.

Directa. Al estómago. Y encima lo decía con tanta naturalidad que nadie sospecharía que ella acababa de lanzarle una puñalada. Dio un trago a su copa. Largo. Cogiendo fuerzas.

–Ya no estamos juntos.

–¡Oh! Lo siento. ¿Esta vez por cuánto tiempo?

Oyó a Miguel y a sus amigos riéndose por la nueva puñalada de Aldara. Algo le ardía por dentro y dejó que saliera.

–Bueno, creo que no soy el único que vuelve con su ex, ¿no?

–No lo sé. Supongo que habrá muchos. Hay gente que merece una segunda oportunidad. Otras... ¿cinco o seis?

Vale, ella ganaba. No iba a seguir con ese juego. Aldara parecía pensar lo mismo. Le miró con una sonrisa divertida. Luego se giró y saludó al resto de sus amigos para volverse, de nuevo, hacia Miguel.

–Tengo que seguir con los saludos. Pasadlo bien, bebed con moderación, pero, si puede ser, lo más caro que haya.

La vio alejarse. Estaba impresionante. Y tan desenvuelta. Tan sexy. Y él tenía todos los recuerdos juntos inundándole la mente. Se volvió hacia Miguel, este ya estaba apoyado en la barra, charlando con el camarero que les servía una ronda de chupitos. Suspiró y se unió a sus amigos.

Odiaba no poder disfrutar de la noche. Odiaba no poder reírse a carcajadas y sinceramente con sus amigos. Odiaba no poder fijarse en otras chicas. Odiaba que, cuando la chica del vestido verde se había acercado a charlar un poco, con claras intenciones, él no pudo evitar buscarla con la mirada, inquieto por no saber qué estaría haciendo. Y veía a su amigo, divertido, disfrutando... Y él no podía evitar pensar que había dejado escapar a la chica de su vida por alguien al que no le gustaba tanto.

Suspiró y salió del local. El portero le puso un sello en la mano, aunque, en esos momentos, no tenía claro si iba a volver o no a entrar. Ya no tenía esa necesidad de tener que estar toda la noche de

marcha. Ya no era un adolescente que tenía que aprovechar cada segundo, ya no tenía que demostrar que a trasnochador no le ganaba nadie. No. Y si no disfrutaba... ¿para qué quedarse más tiempo? Tenía muy clara la respuesta, aunque no le gustara nada. Para volver a verla.

Vale. Se había convertido en un *moñas*. Y eso le gustaba aún menos. Se tenía que ir. Tenía que alejarse de ella. Tenía que volver a ser él. Quizás podría llamar a Ester y dejarse llevar. Sí. Quizás siguiera viéndola a ella en el rostro de otras chicas... pero con el tiempo desaparecería. Ya no la imaginaría en todas partes...

Y hablando de imaginaciones. Ahí estaba. Apoyada en la pared, fumando un cigarro. Mirando hacia la nada. Podía dar media vuelta e irse en la dirección contraria. Podía... pero no lo hizo. Sus pies avanzaron hacia ella, que parecía tan en su mundo... por eso le sorprendió cuando ella, sin mirarle, empezó a hablar.

–¿Fumas?

–Claro.

Pensó que le iba a dar un cigarrillo nuevo, pero no. Dio una calada al suyo y se lo pasó. Mirándole fijamente. Y él, manteniéndole la mirada, lo cogió entre sus dedos, fumó y volvió a pasárselo. Rozando sus dedos. Mirándose fijamente.

–¿Qué haces aquí fuera?

–No me apetecía estar ahí dentro. Demasiada gente. Sé que ese era el objetivo de esta fiesta y que será genial para la ONG, pero...

Farfullaba. Hablaba sin parar. Intentando controlar sus nervios. Y le estaba saliendo fatal. Ella volvió a pasarle el cigarro. Parecían dos adolescentes que no tuvieran dinero para más y que compraban los cigarrillos por unidades.

–No sé, se te veía bien hablando con Lidia.

–¿Lidia?

–Morena. Vestido verde.

Ni se había percatado del nombre. Pero no se le pasó por alto que ella le había visto. Que le había estado vigilando, tal y como había hecho él con ella. Se acercó un poco más a ella, poniéndose justo delante, colocando una de sus piernas entre las de ella.

–¿Estás celosa?

Aldara le miró fijamente. Con esa sonrisa irónica que le daban ganas de quitarle a besos. Luego le cogió el cigarrillo de los labios, fumó la última calada, lo tiró al suelo y lo pisó.

–Siempre te has dado una importancia tremenda.

–Ya. ¿Y tú siempre vigilas a los chicos que no te importan?

–Primero, yo nunca dije que no me importaras. Segundo, soy anfitriona de este evento, mi misión es estar pendiente de que todo el mundo se le esté pasando bien...

–Pues has hecho mal tu trabajo.

Le miró desconcertada.

–¿A qué te refieres?

–Yo no me lo estaba pasando bien.

–Ya.

–¿No quieres saber por qué? –Se acercó un poco más a ella.

–No.

–¿Por qué no?

–Porque ya sé lo que me vas a decir y no quiero escuchar más frases hechas.

–No es cierto... sabes que no lo son.–Cogió uno de sus mechones y jugueteó con él.

–¿Qué es lo que quieres Raúl?

No dijo nada. ¿Qué quería? No sabía lo que quería.

–¿Has pensado en mí en estos meses?

–No.

–Mientes...

–No lo hago.

–Pues yo sí he pensado en ti... En tu pelo. En tu olor. –Acercó su nariz a su cuello y aspiró fuerte–.

He echado de menos tu risa, tu voz, la suavidad de tu piel. –Le acarició el rostro, notando cómo la respiración de ella se alteraba.

–Raúl, para...

–Aldara, lo siento... Sé que la cagué contigo, pero como penitencia no he parado de pensar en ti ni un solo día.

–Ya, haberlo pensado antes...

Le empujó y le separó levemente. Por fin mostraba algo más. Por fin esa rabia. No esa indiferencia. Se volvió a acercar a ella. Anulando el espacio entre ellos.

–¿Me has echado de menos?

–Sí, joder, claro que te he echado de menos. Y no tendría por qué. Volviste con tu ex mientras follábamos por todos los rincones. ¿Qué? ¿Te ponía cachondo notar mi olor en tus sábanas mientras te la tirabas?

Quería besarla. Quería que transformara toda esa rabia en la pasión que sabía que ella se guardaba y que salía por cada poro de su piel, rodeándoles.

–Sabes que no fue así.

–No, Raúl, yo no sé nada. Solo sé que me mentiste.

–Me acojoné, ¿vale? Soy un puto cobarde. Y no he parado de arrepentirme en todos estos meses.

–Deja las malditas frases hechas.

La voz de Aldara no dejaba lugar a dudas. Aunque dijera que eran frases hechas, le afectaban y deseaba creerle. Acomodó su cuerpo al de ella y Aldara, no sabía si inconscientemente o para volverle aún más loco, inclinó sus caderas hacia él. Y no pudo evitar cogerle por ellas y apretarle aún más. Sin dejar de mirarse. Las bocas entreabiertas. Muertos de deseo.

–¿Qué es lo que quieres, Raúl?

Le habló en un susurro. Realmente no necesitaban hacerlo más alto. Le habló en un susurro a unos centímetros de sus labios. Le habló mientras notaba cómo la mano de ella jugueteaba con el borde de su pantalón.

–No lo sé. Pero ahora soy yo quien te necesita.

Y eso era lo más sincero que había dicho en toda su vida a una chica. Y ella pareció darse cuenta. Le miró unos segundos a los ojos, extrañada, pensativa. Luego subió la mano que no jugueteaba en su cintura, le cogió por la camisa y, atrayéndole hacia ella, le estampó contra su boca.

Eso era un error. Un tremendo error. Y lo peor era que ella sabía que eso acabaría pasando desde que lo vio al lado de la barra del bar. En la distancia había sentido su mirada y el deseo corriendo por cada poro de su piel. Estaba tan guapo... Demasiado. ¿Qué narices hacía ahí? Miguel le había dicho en varias ocasiones que, desde que había vuelto con Miriam, casi no salía... ¿No se había atrevido a

llevarla? ¿O ya no estaba con ella? Cuando le había dado los dos besos, había tenido que contenerse para no tocarle. ¿Cómo era posible que ese chico le hiciera perder la noción de la realidad? Le odiaba. Odiaba todo el daño que le había hecho. Odiaba cómo la había hecho sentir y en lo que la había convertido.

Y había necesitado salir. Necesitaba coger aire. Necesitaba parar y mentalizarse que no podía pasarse toda la noche buscándole con la mirada. Y de pronto... lo tenía delante. Tan cerca... y no había huido. No había rechazado el contacto. Todo lo contrario. Lo había provocado. Lo había buscado.

Y había sido ella quien lo había besado. Lo cogió por la camisa y lo atrajo hacia ella. Sus labios encajaron completamente, como siempre habían hecho. Él reaccionó al instante, apretándola contra la pared, clavándose contra ella.

Y se volvieron locos. Daba igual si estaban en la calle. Como si estaban en mitad de un escenario con miles de personas mirándoles. Le había añorado tanto. Le había necesitado tanto. En demasiadas ocasiones había acabado masturbándose en la soledad de su habitación, recordando cómo la boca de él recorría su cuerpo, cómo sus manos la acariciaban con fuerza, cómo la penetraba como si no hubiera un mañana...

Y en esos momentos volvía a tenerle entre los brazos, volvía a tenerle pegado a ella, volvía a notar el ardor de su lengua, la ansiedad de sus manos por acariciarla entera... y sus propias ganas palpitando con fuerza.

Sí. Era plenamente consciente de que eso era un error. Y que no podría echarle la culpa al alcohol de esa maldita recaída. Pero le daba igual. Le deseaba. Más de lo que había deseado a nadie en la vida. Y eso era lo único que le importaba en esos momentos.

Bajó sus manos hasta el trasero de él y le apretó con fuerza. Un gemido salió de su propia garganta al notar la erección de él contra ella. Y coló una de las manos por debajo de su camiseta para acariciarle la espalda, para arañársela, para apretarle. Las manos de él la buscaban con desesperación.

–Aldara...

–Vámonos...

Hablaban entre besos, entre mordiscos, entre caricias... Casi gimiendo.

–¿Mi casa?

–Sí.

Se separaron levemente. Como si les costara. Como si estuvieran pegados. Sin dejar de mirarse enredaron sus dedos. La respiración alocada.

–¿Necesitas coger algo de dentro?

–No...

Tenían que irse ya. Si no, acabaría arrepintiéndose de lo que estaba haciendo. Y no le apetecía. No quería que su mente ganara esa vez la batalla. No. Quería que fueran sus instintos más salvajes. Volvió a besarle. Y él volvió a pegarse contra ella. Estaba claro que los dos querían lo mismo en esos momentos. Y ella ya estaba un poco harta de aguantarse las ganas de tenerle entre las piernas.

Se separaron. Se volvieron a coger de la mano y se giraron para buscar un taxi e irse. Y, de pronto, el mundo se hizo real. Salieron de esa burbuja de pasión que les había cegado y se encontraron, a unos pasos de la puerta del local, con un par de personas mirándoles fijamente.

Eso le hubiera dado igual en cualquier otro momento. O, más bien, con otras personas. Miguel les observaba en silencio. Con la boca abierta. Los ojos como platos, incapaz de decir nada. Eso era lo que pasaba cuando jugaban con fuego, que acababan quemándose.

CAPÍTULO 9: SUEÑOS

Un rayo de luz se colaba por el hueco de la cortina. Atontándole. El calor del cuerpo de ella le envolvía. Tenía que ser un sueño. Tenía que serlo. Un hermoso sueño en el que volvía a despertarse con Aldara refugiándose en él. Con su brazo rodeándole la cintura. Rozando levemente su piel. Subió lentamente la mano, colándose por debajo de la camisa de su pijama. Sí. Definitivamente su mente volvía a jugar con él, volvía a sumergirle en una hermosa fantasía. Nadie podía tener la piel tan suave...

Subió un poco más la mano, apretándola contra él. Un leve gemido salió de los labios de ella y notó cómo una de sus manos se colaba también por debajo de su camiseta. Se había quitado los pantalones en un momento de la noche, incómodo... Y ya no sabía si había sido una buena idea. Su erección mañanera era más que evidente. Y cuando volvió a apretarla contra él, notó cómo una de las piernas de ella pasaba por encima de una de las suyas, quedándose entre ellas. La apretó más, por pura necesidad de sentirla, de impregnarse de ella... Y notó cómo la ingle de ella se apretaba, levemente, contra él. Volviéndole loco. Nunca había tenido un sueño tan real.

Le besó el cabello, luego bajó hasta la oreja. La mordisqueó. Y notó cómo ella volvía a gemir. Susurrando su nombre... Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Y ya no aguantó más. Buscó sus labios, deleitándose en su sabor, en su suavidad...

Y empezaron a besarse. Nunca había tenido un sueño así. Tan dulce, tan delicado y, a la vez, tan cargado de deseo y necesidad. Porque mientras se besaban empezaron a desnudarse el uno al otro. Tumbados en la cama. Con la sábana cayendo levemente sobre ellos.

Subió una de sus manos hasta el pecho de ella y lo apretó. Y deslizó su boca hasta él mientras oía un gemido saliendo de su garganta. Y él mismo tuvo que contenerse para no gemir al volver a saborearla.

La acarició por completo. Temía despertar demasiado pronto. Temía no tener tiempo para disfrutarla completamente.

Y cuando sus dedos llegaron a la entrepierna de ella y notaron lo húmeda que estaba, no pudo aguantarse más. La abrazó y giró sobre sí mismo, para dejarla boca arriba en la cama, justo debajo de él. Y la penetró. Y ella volvió a gemir mientras subía las piernas para rodearle la cintura. Y le apretó contra ella.

Sentirse dentro de ella. Notar cómo sus dos cuerpos se acompasaban a la perfección. ¿Cómo no iba a soñar con eso? ¿Cómo no iba a fantasear con ella cada día de su vida? Oyó la voz de Aldara gemir su nombre, pidiéndole más... Más deseo, más intensidad, más fuerza. Y notó cómo ella levantaba las caderas.

Y la suavidad de ese sueño dio paso a toda la pasión que llevaba acumulada demasiado tiempo. Un ritmo frenético les devoró. Les llevó al éxtasis.

Cayó sobre ella. Acariciándola lentamente, sin hablar, sin decirse nada. Solo unos suaves besos, para volver a soñar que soñaba a su lado, después de haberle hecho el amor.

–Mierda, mierda, mierda...

Las exclamaciones de Aldara le despertaron de golpe. Abrió los ojos mientras se sentaba de un brinco en la cama para ver cómo ella se vestía a toda velocidad. Su espalda y su trasero le obnubilaron durante unos segundos. Su piel, al descubierto, era una visión de la que nunca se cansaría. Y notó cómo su entrepierna reaccionaba.

Y entonces se dio cuenta. Él también estaba desnudo. Mierda. Lo de antes no había sido un sueño. Mitad dormidos, mitad despiertos se habían dejado llevar por sus instintos más primitivos. Y aunque no se arrepentía de lo que había hecho, de lo que había disfrutado, sabía que no estaba bien.

Busco sus calzoncillos entre las sábanas, mientras observaba cómo ella terminaba de vestirse y se volvía hacia él.

–Vete.

–Aldara...

–Vete. No quiero verte ahora mismo.

–Para, tenemos que hablar de lo que ha pasado.

–No tenía que haber pasado. Joder, no tenía que haberme fiado de ti.

Esa frase fue un jarro de agua fría. ¿Perdona? ¿Le estaba echando la culpa de lo que había pasado? Suspiró con fuerza, intentando no dejarse llevar por el cabreo. Intentando comprender que Aldara llevaba mucho estrés encima, pero no iba a permitirle que le acusara de algo tan grave.

–¿Fiarte de mí? Que yo sepa no te he obligado a nada.

–Pero estaba medio dormida, tenía las defensas bajas.

–Yo estaba muy despierto, no te jode.

–Vete.

–No voy a irme. ¿Te das cuenta de lo que me has acusado?

Rodeó la cama y se acercó a ella. Intentaba controlar su rabia. Intentaba que no fuera el enfado quien hablara por él. Pero le era difícil. Su boca aún sabía a la suya, sus manos aún sentían su suavidad, y unos minutos antes se había ido en su interior... Y de pronto se quedó parado. No habían usado protección. ¿Y si ella no tomaba nada? Pero, ¿cómo iba a preguntarle eso en esos momentos? Era muy capaz de tirarle algo a la cabeza. Y, conociéndola, seguro que no sería algo pequeño y poco doloroso.

–Siempre igual. Siempre tus malditos instintos. Siempre tu necesidad de... El resto no te importa nada.

–¿Mis instintos? –Llegó donde ella estaba en dos zancadas, la cogió y, sin saber muy bien lo que estaba haciendo, la apoyó contra la pared–. Y los tuyos, ¿qué? Porque, que yo sepa, eso lo hemos hecho los dos. Y tú estabas más que dispuesta.

Y coló una de sus manos por dentro de sus pantalones. Aldara protestó. Y ahogó sus protestas con un beso. ¿No le había acusado de que solo le importaba su propia necesidad? Pues llevaba mucho tiempo aguantando sus instintos y estaba harto. Coló su mano dentro de su ropa y rozó con sus dedos los labios inferiores de ella. No se lo podía creer. Hinchados. Húmedos. Expectantes. Y eso le volvía aún más loco.

Ella le separo levemente de él. Tan poco que no consiguió que él sacara la mano de sus pantalones.

–Te dije que no me volvieras a tocar sin mi permiso. Y antes no te lo di. Estaba dormida. Y ahora...

–Bueno, ahora estás despierta.

Volvió a acercarse a ella. Presionando con fuerza sus dedos contra la entrepierna de Aldara que no

pudo evitar soltar un leve gemido. Y él le habló al oído.

–¿Estás despierta?

–Sí. Suéltame...

–No. Quiero besarte. Quiero acariciarte por completo. Quiero recorrer con mi boca cada parte de tu cuerpo. Quiero hacerte gemir. Quiero volver a sentirme dentro de ti y hacerte disfrutar como nunca lo has hecho...

Aldara no dijo nada. Y él siguió jugueteando con sus dedos entre los labios de ella. Deseando entrar en su interior. La vio morderse el labio inferior, en ese gesto que tan loco le volvía. Notó la lucha interior que había en su interior, y él tenía muy claro que parte de ella quería que ganara.

–Si tengo que pedirte permiso para esto, lo haré. ¿Puedo besarte el cuello?

–No.

Fue más un susurro. Un leve gemido sin nada de onvicción. Sobre todo porque, mientras lo decía, su cuerpo se había arqueado dando más acceso a sus dedos para seguir jugueteando. Y la besó en el cuello. Deslizó su boca desde la clavícula hasta el lóbulo de la oreja, el cual lamió, besó y mordisqueó.

Y de pronto. Reaccionó. Pero no como él había deseado. No. Abrió los ojos que había cerrado, llevándose por el placer y le empujó. Esta vez con fuerza.

–Joder, Raúl. No.

–Pero, ¿qué narices te pasa?

–Me pasa que no quiero, ¿vale?

–Pero lo deseas...

–Ya no soy una niña que se mueve solo por el deseo. –Se quedaron en silencio unos minutos. Intentando controlar sus respiraciones agitadas. Luego ella suspiró, bajó la mirada y siguió hablando sin mirarle—. Por favor, vete. Necesito pensar un poco. Y tú necesitaras pasar por casa para cambiarte de ropa.

–Aldara, no quiero irme. Quiero que lo hablemos. No tienes que avergonzarte por desearme. Y sé lo que piensas. Que no quieres ser otra muesca en el cabecero de mi cama. Pero los dos sabemos que nunca has sido eso.

Notó cómo las lágrimas luchaban por salir de los ojos de Aldara y cómo ella se esforzaba porque no fuera así. Y supo que no podía presionarla más. Aunque lo deseara. Aunque ansiara cogerla entre sus brazos y demostrarle todo lo que sentía por ella. Y hacer que ella se quitara esa maldita coraza y se dejara llevar...

Se acercó a ella. Suavemente. La cogió por la barbilla y le dio un leve beso en los labios. Casi una caricia.

–No salgas hasta que vuelva. Tendremos que ir a tu casa para hablar con los del seguro.

Ella asintió con la cabeza y se fue directa al baño. Supo por qué lo hizo. Para no verle marchar. Para no forzar más esa extraña situación en la que se habían sumergido. Suspiró. Acabó de vestirse y se quedó mirando la puerta del baño. Luego salió de la habitación y cerró la puerta tras él. Se quedó apoyado durante unos instantes. Él también sufría una lucha interior. Y sí, él tampoco quería hacerle mucho caso. Suspiró y siguió su camino. Tenía muchas cosas que hacer antes de volver.

No se demoró mucho en su casa. Una ducha rápida, un cambio de ropa y preparó una breve mochila. No. Noesperaba que Aldara volviera a pedirle que se quedara a dormir con ella, pero tal y

como iban las cosas con el sujeto, quería estar preparado para cualquier cosa que pudiera pasar.

Salió rápido de su casa y se fue a su despacho. Sin parar. Sin detenerse ni un solo instante. Si lo hacía, tendría que pensar en todo lo que había pasado esa mañana. Y no quería. No podía permitírselo en esos momentos.

Llegó al despacho y empezó a guardar, no sin haber hecho una copia antes de todo. Se regañó. Se dijo que era por si acaso. Que era para el expediente del caso. Se dijo tantas cosas que no se creía ni él mismo. Por mucho que conociera la ley, por mucho que le hubiera dicho a Aldara que tenía que dejar de investigar... sabía que no iba a hacerlo.

Y no era que desconfiara de la policía. Pero Aldara tenía razón en algo. Nadie se iba a esforzar tanto como él. De eso estaba seguro. Y no podía evitarlo. Necesitaba asegurarse de que iba a estar bien. Que nadie la iba a hacer daño. Que no iba a fallarle otra vez. No. No podía.

Siguió metiendo todo el material en una caja. Excepto dos cosas. Los diarios de David y el *pendrive* con la grabación de la calle. Los diarios eran los pensamientos personales de alguien ajeno a todo ese tema. Bastante mal se había sentido él leyéndolo. Y estaba seguro de que Aldara se había sentido incómoda. Era ella quien debía tomar la decisión de si darles esos diarios o no. Los metió en su mochila. Se los llevaría a ella.

De pronto, se quedó parado, mirándolos en el interior de su mochila. ¿Y si eso era lo que había estado buscando el acosador y por eso había tenido que destrozar todo porque no los había encontrado? Pero él mismo había leído esos diarios y no había encontrado nada. Aunque claro... él no sabía qué debía buscar. Quizás Aldara pudiera echarles un ojo y ver algo que a él se le hubiera escapado.

Tampoco les iba a entregar el *pendrive* con las imágenes de la calle de la sucursal de Correos. No las había conseguido de una manera precisamente legal y no iba a meter en problemas a nadie por hacerle un favor.

Acababa de guardarse el *pendrive* en la mochila cuando llamaron a la puerta. Gómez entró en el despacho.

–Buenas. ¿Cómo está Aldara?

–Bien. Ahora iba a ir a verla. Tengo que acompañarla a su casa para hablar con el perito del seguro.

–¿Has descansado? Si no te encuentras con fuerzas, puedo ir yo.

–Estoy bien. Además tengo que hablar de algunas cosas con ella.

–Espero que no sea sobre la investigación.

–No.

No le dijo nada más. Le mintió con serenidad. En esos momentos no se fiaba de nadie. Y el no saber de qué se conocían él y Aldara le mosqueaba bastante. Se quedaron en silencio. Gómez parecía estar rumiando algo.

–Silvia llamó esta mañana. –Esperó su reacción y, al ver que no decía nada, continuó–. Aproveché para recordarle la fiesta de esta noche.

¿La fiesta? Se le había olvidado completamente. Era el aniversario de la empresa. La empresa había sido fundada por el padre de Gómez hacía cincuenta años. Y tocaba celebrarlo por todo lo alto, aunque a él se le hubiera olvidado por completo.

–Con todo el asunto de este caso no sé si podré ir. No es recomendable dejar a Aldara tanto tiempo sola.

–Por eso no te preocupes. Vendrá conmigo.

Intentó mostrar tranquilidad, no reflejar que se le había parado el corazón durante unos instantes. ¿Qué narices pasaba ahí?

–Se lo comentaré a ella. A lo mejor no le apetecen fiestas ahora mismo.

–No te preocupes. Ya he hablado con ella hace un rato. Está encantada.

–Perfecto entonces.

¿Perfecto? Esperaba que, al menos, se hubiera mostrado tan indiferente como había intentado. Guardó los últimos papeles en la caja para la policía. Cogió su mochila, preguntó a Gómez si necesitaba algo más, y salió de la oficina. Sereno. Tranquilo. Con el infierno escondido en su interior.

¿Qué narices le habría dicho Gómez a Aldara? ¿Le había hablado de Silvia? Y, la maldita pregunta que ninguno le había respondido aún, ¿de qué narices se conocían ellos dos? ¿Y por qué ahora no se fiaba ni de su propio jefe?

Dio unos toques a la puerta y luego entró con su llave, mientras le avisaba de su llegada. Ella no contestó. La habitación estaba vacía. ¿Estaría en el baño? Volvió a llamarla. Silencio. Luego vio las cortinas que daban al balcón, moviéndose al compás del aire. Suspiró. Ese caso iba a hacerle envejecer diez años como mínimo. Cerró la puerta, dejó la mochila a un lado y se fue hacia el balcón.

Aldara fumaba apoyada en la barandilla. Llevaba un vestido con el que el aire jugaba. La observó en silencio unos instantes. Recordaba todos los momentos que habían vivido juntos. ¿Cómo era posible que la jodiera tanto con ella? La miraba, la sentía a su lado y sabía que no necesitaba nada más. Pero eso le asustaba demasiado.

–¿Vas a estar mucho tiempo mirándome sin decirme nada?

Sonrió.

–¿Qué crees que quiero decirte?

–No es que quieras, precisamente. –No se había vuelto, ni un solo milímetro, hacia él. Su mirada seguía perdida en algún punto entre los edificios de Madrid–. Creo que hoy tenemos una fiesta.

–No hace falta que vayamos si no quieres.

Ahora sí se volvió. Se giró y se quedó apoyada en la barandilla, mirándole fijamente. No acababa de comprender lo que expresaban sus ojos. Si enfado, sorna, decepción... o una mezcla de todas ellas.

–¿Por qué no querría ir? Seguro que asiste mucha gente interesante.

–Aldara...

No tenía la menor duda de que ella sabía ya de la existencia de Silvia. Lo que le extrañaba a esas alturas era que Gómez no se lo hubiera dicho antes. Ella no le dejó contestar. Apagó el cigarrillo en un cenicero y entró de nuevo en la habitación, golpeándole al pasar a su lado. La cogió por el brazo para retenerla. Ella intentó soltarse.

–¿Qué te dije de tocarme?

–Tenemos que hablar.

–No. No tenemos que hacerlo. ¿O quizás quieres que hablemos de Silvia?

–Silvia y yo no...

–¿No qué? Me vas a venir con la excusa de que ya no folláis, que ya no conectáis o...

–Te diga lo que te diga no me vas a creer, ¿verdad?

–Prueba.

Respiró hondo. Buscando las palabras. Todo sería más fácil si él mismo supiera qué era lo que quería decirle, qué era lo que sentía.

–Déjalo. Hay cosas que nunca cambian y yo no tengo que pedirte explicaciones por nada.

Vámonos. Tenemos que ir a mi casa y tengo que coger ropa para esta noche.

La soltó lentamente. Sin decirle nada. Ella no se movió. Tampoco retiró la vista de él. La habitación estaba saturada de demasiados sentimientos no dichos en alto. Tan saturada que le costaba hasta respirar. Tenía que romper ese horrible silencio. Tenía que romper esa tensión.

–Te he traído los diarios de David.

Le miró extrañada. Sabía perfectamente qué era lo que estaría pensando en esos momentos, se adelantó.

–No se los he dado a la policía. No tengo claro si tienen algo que ver con todo este tema, no sé si era esto lo que buscaba o no, pero hay muchas cosas personales de David que pensé que no te gustaría que más gente leyera.

–Gracias.

–Me gustaría que los leyese tú. Por si se me ha pasado algo por alto.

Una sonrisa irónica iluminó los labios de Aldara.

–¿No decías que no podías seguir investigando mi caso?

–No puedo.

–¿Entonces?

No contestó. No lo necesitaban ninguno. Por mucho que Aldara le odiara en esos momentos, sabía que haría cualquier cosa porque estuviera a salvo y libre de ese acosador. Pero había algo que tenía que decirle. Aunque se metiera en un pantano donde no sabía si debía o no meter el pie, pero que lo necesitaba.

–Solo te pido una cosa... No se lo digas a Gómez.

–De acuerdo. Lo comprendo.

Otra vez silencio. Se moría de ganas de decirle algo más. De volver a preguntarle por su relación con su jefe. Pero sabía que ese no era el momento. Y que ella volvería a no decirle nada. Tendría que esperar hasta la siguiente ocasión.

El día transcurrió con normalidad. Fueron a la casa, hablaron con el seguro, Aldara cogió algunas prendas de su armario... y volvieron al hotel. Aldara se sentó en una silla, puso los pies encima de la mesa y empezó a leer uno tras uno todos los diarios de su ex. Él trabajaba en su portátil, ordenando todas las pistas que creía tener. Todos los caminos falsos... Todo.

Y, de vez en cuando, levantaba la vista y la contemplaba en silencio. En alguna ocasión le pareció ver cómo ella aguantaba las lágrimas. Le había dicho que la muerte de David había sucedido hacía ya tres años. No se podía creer que una chica como ella no hubiera encontrado a nadie con quien estar más de una noche.

Asumía que habría sido un tremendo batacazo. Perder en unas pocas horas a tu pareja y al hijo que esperabas en común. Pero Aldara siempre había sido una guerrera, siempre había querido luchar, nunca se rendía. Y mucho menos en los temas sentimentales.

Aldara dejó el cuaderno encima de la mesa y suspiró. Parecía agotada. Dejó el ordenador a un lado y se acercó a ella. No sabía si le iba a mandar a la mierda o darle una paliza. Se arriesgó. Se puso detrás de ella y empezó a masajearle los hombros. Ella ronroneó un poco.

–No encuentro nada.

–No te preocupes. Sabíamos que era posible que no hubiera nada en esos diarios. Pero

necesitábamos descartarlo.

–Lo sé.

Subió sus manos por el cuello de ella, apretándolo, ascendiendo lentamente. La oyó gemir mientras cerraba los ojos. Luego coló los dedos por el cabello. Masajeándole la cabeza. Ella se echó para atrás, completamente relajada. Pasó a las sienes, bajó hasta las orejas... y se contuvo. Desde su posición veía el escote de Aldara y era complicado soportar las ganas de seguir masajeando, lentamente, el resto de su cuerpo.

Estaba tan relajada. Y, sin embargo, su piel ardía al contacto de sus manos. Siguió masajeándole el cuello, los hombros, controlando que sus dedos no bajaran más de lo debido. Suspiró. Ella acababa de morderse el labio inferior.

Y de pronto sonó el teléfono de Aldara, rompiendo el ambiente. Ella abrió los ojos y lo cogió, mientras miraba quién era.

–Es Javier.

Gómez... Se mordió la lengua. Se separó de ella y salió al balcón. Necesitaba fumar. Encendió un cigarro y se apoyó en la barandilla. Ella no tardó mucho en salir. Se acercó y le quitó el cigarro de entre los dedos para darle una calada.

–¿Por qué no le has dicho a Javier cuál era mi hotel?

–No lo sé.

Aldara se apoyó a su lado, mirándole fijamente.

–Raúl, ¿qué pasa?

–No me fío de nadie.

–Es tu jefe...

–Ya. Pero tenéis un pasado y no sé cuál es. Y lo único que tengo claro es que lo de tu acosador es algo personal.

–Yo no tengo un pasado con Javier.

–Entonces, ¿de qué os conocéis? Aldara, esto no es un ataque de celos, no es una obsesión adolescente. Necesito poder descartarle. Nos estamos jugando mucho.

–¿Temes quedarte sin tu trabajo?

–Eso es lo que menos me importa.

Se lo quedó mirando fijamente y ella supo de qué hablaba. El trabajo era lo de menos. Temía que le pasara algo. Que no llegaran a tiempo. Aldara volvió a cogerle el cigarro y le dio una larga calada. Luego se lo devolvió, mientras posaba la vista en el horizonte.

–No tienes que temer nada de Javier. Lo conozco porque era el mejor amigo de David. Ese es nuestro pasado en común.

Se quedaron en silencio unos instantes, mientras se iba consumiendo el cigarrillo. Ella se estiró levemente y volvió a mirarle.

–Quiero echarme una siesta y luego prepararme. Y tú también deberías hacerlo. ¿Te veo esta noche?

–Claro.

Le sonrió levemente y volvieron a entrar en la habitación. Cogió su abrigo y se dirigió a la puerta. Dejaba allí su ordenador y sus papeles. Lo hacía aposta. Así tendría una excusa por si tenía que volver. Aldara le llamó cuando ya había abierto la puerta. Se giró hacia ella.

–No le he dicho nada. He quedado con él en la puerta. Iré en taxi.

–Gracias.

Aldara se encogió de hombros y se dirigió hacia el baño. Él cerró la puerta y se fue hacia su casa.

Un camarero pasó a su lado y cogió una de las cervezas para él y una copa de vino blanco para Silvia. Volvió a mirar hacia la puerta por enésima vez. Tenía que controlarse o Silvia se acabaría dando cuenta. La mayoría de la gente ya había llegado. El ambiente era animado y distendido. Habían ido saludando a casi todo el mundo, charlando con unos, siendo simplemente cordiales con otros. Odiaba ese tipo de eventos. Siempre con la maldita sonrisa, con las frases tópicas, rodeado de gente que ni le importaba ni le interesaba.

Silvia, por el contrario, parecía encantada. Se movía con naturalidad en todo este ambiente, como si hubiera nacido para ello. Y, en el fondo, eso le venía bien porque podía llevar todas las conversaciones ella sola y él meterse en su mundo... Aunque él desearía escapar de esos sitios. No tener que ir a ninguno.

Notó un escalofrío recorriendo su espalda y se giró para verla entrar. Vestido negro, de encaje, que se le adaptaba a su cuerpo de una manera espectacular. Le miraba fijamente. A pesar de toda la gente, a pesar de estar lejos el uno del otro, sus miradas se buscaban y se quedaban enganchadas.

—¿Esa es tu nueva cliente?

Silvia le devolvió a la fiesta, al presente que lo rodeaba. Tenía que ser menos descarado. Tenía que intentar controlar un poco (o más bien mucho) todos sus sentimientos. Gómez presentaba a Aldara a diferentes personas. Parecía encantado, presumiendo de compañera.

—Sí.

—Es guapa.

—Sí

—¿Vas a decir algo que no sean monosílabos?

—Perdona. Me he puesto un poco en alerta. Estaba revisando que todos los que estamos son caras conocidas.

Mintió. Y ella pareció creerle. No era una mala excusa, ¿no? Y eso le ayudaba también para estar pendiente de Aldara sin que Silvia sospechara que no podía quitarle la vista de encima. Gómez y ella se acercaron hasta ellos.

—Hola Silvia, estás guapísima, como siempre. ¿Conoces a Aldara Pérez?

—Gracias Gómez. Encantada, Aldara, ¿puedo decirte que me encantaron tus dos libros?

—Muchas gracias, Silvia.

Las mejillas de Aldara enrojecieron levemente. A pesar de la experiencia que ya tenía, seguía dándole vergüenza, como la primera vez que la oyó leer poesía en voz alta. Era esa mezcla la que le tenía encandilado. Esa fiereza, esa pasión, esa seguridad en sí misma. Y, a la vez, esa timidez, esa niña pequeña...

—Ella es Silvia, la prometida de Raúl.

¿Prometida? ¿A qué venía eso? ¿Por qué Gómez había decidido presentar a Silvia como su prometida? Si ni siquiera vivían juntos. ¿Lo había hecho para “separarle” de Aldara? ¿Sospechaba acaso que entre ellos pasaba algo?

Si la noticia había afectado o no a Aldara, ella no lo demostró. Tenía cara de póker y una sonrisa educada que a cualquier otro podría engañar. Silvia se rio ante la frase de Gómez.

—No corras tanto, Gómez, que si dices eso Raúl es capaz de pensar que así se libra de pedírmelo como Dios manda.

Aldara se había girado para coger una copa de vino tinto de la bandeja de un camarero que pasaba por su lado. No conseguía verle la expresión. Luego le miró a través de la copa, mientras bebía. Había algo peligroso en su mirada. Parecía divertida con esa situación. Y cuando Aldara sonreía de esa manera...

La noche pasaba mucho más lenta de lo que le hubiera gustado a él. Silvia estaba más pegajosa de lo habitual. O quizás era él que no soportaba tener que estar pendiente de ella, abrazándola, besándola... siendo consciente como era de que no era ella de quien quería estar pendiente, a quien quería abrazar y besar. Le había costado tanto darse cuenta de que el resto eran sustitutas. Pero seguía asustándole. Todo era tan complicado siempre con Aldara...

La velada pasaba lenta. Alternando con gente cuyas conversaciones, teóricamente, deberían interesarle y que le aburrían soberanamente. Y Gómez se encargaba de no estar mucho tiempo en el mismo grupo que ellos. Si no fuera porque no quería ponerse paranoico, pensaría que quería alejarle de Aldara.

Estaba tomando demasiadas cervezas. Tenía que parar un poco. Se disculpó y se fue hacia los servicios. Para ello, tenía que salir del salón donde se celebraba el evento y cruzar un pasillo. Cuando fue a abrir la puerta hacia los servicios, Aldara salía de allí. Se quedaron quietos, el uno frente al otro. En silencio. Mirándose fijamente.

—¿Que tal?

Se hubiera golpeado mil veces. Vaya pregunta más tonta. Ella levantó una ceja con un gesto lleno de ironía. Siguió hablando, intentando no parecer tan tonto.

—¿Te lo estás pasando bien? ¿No te aburres?

—Bueno, a mí no me suelen gustar este tipo de eventos. Pero tengo que reconocer que no está mal. ¿Y tú? ¿Te noto algo distraído?

—No es distraído. Aquí hay demasiada gente.

—¿Ya estás con tu misantropía?

—No es eso. Hay demasiada gente para controlar que nadie te haga algo.

—Aquí nadie sabía que iba a venir. No deberías ser tan paranoico.

—Por si acaso, no deberías tardar mucho en irte al hotel de nuevo.

—Ya... Por mi propia seguridad, ¿no?

La ironía de Aldara la hubieran escuchado hasta en la China.

—¿Qué insinúas?

—No insinúo nada. No pareces cómodo conmigo aquí.

—Esos son tonterías. A lo mejor eres tú la que no se siente cómoda.

—¿Y yo por qué no iba a estarlo?

Una chica pasó a su lado en dirección al baño, lo cual les obligó a moverse un poco para dejarla pasar. Se quedaron en silencio unos segundos. Ella le miraba desafiante, esperando su respuesta.

—Estás muy acostumbrada a ser el centro de atención.

—¿Yo? ¿El centro de atención? Sabes que nunca me ha gustado serlo.

—No del resto. Del mío.

Ella le miró fijamente. El enfado iba creciendo en su interior y se notaba a kilómetros.

—Eres un egocéntrico.

–Sabes que es cierto. Igual que yo soy el tuyo.

La cerveza se le había subido a la cabeza más de lo que él mismo creía. Si no, no se hubiera atrevido a decirle algo así.

–Vete. Te está esperando tu prometida.

–No es mi prometida y lo sabes.

–Lo que sea.

Aldara hizo amago de irse, y él se puso delante para evitárselo.

–Deberías analizar por qué estás celosa.

–Yo no estoy celosa.

–No, qué va. –Usó toda la ironía de la que era capaz. Los ojos de ella brillaban con fuerza.

–¿Por qué iba a estar celosa? –Se apoyó con actitud chulesca en la pared.

–Eso me pregunto yo. Porque te pasas el día repitiendo que no vuelva a tocarte y, sin embargo, te jode verme tocar a otra. Un poco como el perro del hortelano, ¿no crees?

Apoyó sus manos en la pared, una a cada lado de los hombros de ella, aproximándose un poco más a su cuerpo. Bajó la mirada a los labios de Aldara, aguantándose las ganas de besarlos; cuando volvió a subir la vista, vio que ella había hecho lo mismo y había estado mirando sus labios con deseo. Y sonrió. ¿Por qué siempre llegaban a ese punto? ¿Por qué siempre les pasaba lo mismo? Y aun sabiendo los dos que eso nunca acababa bien, ahí estaban de nuevo. Aguantándose las ganas, retándose a ver quién se dejaba vencer primero, olvidándose del mundo que les rodeaba...

–Sigo esperando.

Habló en un susurro. Acercándose un poco más a ella, volviendo a centrar su vista en sus labios.

–No voy a confesar algo que no es cierto. Te puedes pasar la vida esperando.

–Vale.

Si tenía que pasarse así la vida, con ella a su lado, mirándose, sintiéndose... no le importaba. Todo lo contrario. Le encantaba la idea. Bajó una de sus manos y le acarició con la punta de los dedos el brazo, notando cómo su piel reaccionaba al instante. No se acostumbraría nunca a eso, a provocar un estímulo tan directo. Nunca le había pasado con otra chica. Nunca había conseguido erizar la piel de nadie con un solo roce.

–¿Con alguien más te ha pasado esto?

–Si me ha pasado, ¿el qué?

Estaba completamente desconcertada. Y acababa de bajar todas sus defensas.

–Que se te erice la piel con solo un roce.

–Será que me das grima.

Ella le miró divertida, provocadora. Le sonrió y se aproximó más a ella.

–Claro. Lo comprendo. Eso me pasa a mí contigo. Por eso me pasa esto.

De un golpe la cogió por la cintura y la apretó contra su ingle, para que sintiera su erección creciendo. Ella hizo amago de alejarse, colocando las manos en su pecho, pero al sentirle, no pudo reprimir un gemido y sus manos perdieron fuerza.

–Eso se lo dirás a todas.

–Definitivamente, eres idiota.

–Para hacer juego contigo.

Hablaban entre risas suaves. Y entre risas se iban acercando lentamente. Una de las manos de ella pasó de su pecho a su espalda. Las de él, una subió por su espalda, apretándole contra él, la otra bajó a su trasero. Era curioso, habían pasado de estar discutiendo a comportarse como si fueran una pareja

normal. Y se besaron, jugueteando con sus labios, saboreando lentamente el sabor de sus besos. Aldara le atrapó el labio inferior, tirando de él. Y el beso suave y delicado dio paso a la pasión que llevaban en su interior, que les ardía por dentro y que habían estado intentando controlar desde el momento en que se habían vuelto a encontrar.

Parecían dos adolescentes. Dos quinceañeros descubriéndose y descubriendo el verdadero placer. Sus manos parecían enloquecidas, ansiosas por tocar al otro, acariciarlo... Sus besos deseaban saciarse del sabor de sus labios y de los gemidos que se escapaban de sus gargantas. El cuerpo les ardía. La pasión, el deseo, les cegaba de tal manera...

—¡Eres un cabrón!

Reconoció la voz al instante, pero le costó Dios y ayuda separarse de Aldara. Ella también la había oído y había dejado de acariciarle y besarle. Se quedaron mirándose durante unos instantes, intentando controlar su respiración.

Luego se volvieron hacia Silvia, que les miraba con una mezcla de estupor, enfado e incredulidad. Se le secó la boca. No sabía qué decir. Tampoco estaba sorprendido. Había jugado con fuego. Y se preparó, mentalmente, para la escena que le iba a montar con toda razón. Lo que acababa de hacer no tenía justificación alguna.

CAPÍTULO 10: EL PRINCIPIO DEL FIN

Abrió los ojos con pereza. Buscó la manta y volvió a hacerse un ovillo en el sofá. Su compañera de piso estaba de vacaciones con su chico y, al llegar la noche, se había puesto un pijama y se había tumbado en el salón a ver la televisión. No había nada que le interesara. Pero eso ya lo sospechaba cuando la había encendido. Solo quería ruido. Solo quería algo que la ayudara a no pensar.

La mirada de Miguel la atormentaba. ¿Cómo habían podido tener tan poco tacto? Joder, él solo estaba a unos metros de ellos. Ni siquiera se habían escondido. A unos metros de la puerta del local donde se desarrollaba la fiesta. Pero es que Raúl le nublaba la mente. Cuando estaba cerca de él siempre se comportaba de una manera errática.

Y sabía que no tenía que sentirse culpable. Ella, en principio, no debería saber nada sobre los sentimientos de Miguel. Raúl la había “protegido”. Ante la primera reacción de Miguel, la había soltado con delicadeza la mano y le habló al oído.

–No te preocupes. Yo me encargo. Haz como si nada...

–Pero...

–Aldara, no es culpa tuya. Entra, por favor.

No tenía que haberle dejado solo. Por mucho que Miguel no supiera que sabía que sentía algo por ella, por mucho que ella no tuviera que dar explicaciones de con quién se liaba, se sentía mal. Y había dejado que Raúl se enfrentara solo.

Se metió de nuevo en el local temiendo que fueran a pelearse. Luego se convenció de que eso no era una película, no iban a pegarse por una chica. Al menos eso esperaba. Eran amigos de toda la vida. Y empezó a sentirse mal. Eran amigos de toda la vida y ella se había metido en medio. Recordó cuando, meses atrás, le había dado el ultimátum de decírselo o dejarlo. Se sentía egoísta. Había antepuesto una relación que estaba en pañales por una ya cimentada. Y esa noche podría haber ayudado a romperla. Lo mejor era desaparecer. Se despidió de sus amigas, habló con uno de los camareros y consiguió que le dejara salir por la puerta de servicio.

Llegó a casa. Apagó el móvil y se tumbó en el sofá. Pensaba que le iba a costar horrores quedarse dormida. Pero el cansancio le pudo. Estaba agotada. Física y mentalmente. Y tuvo sueños raros. Al menos eso creía recordar. Los sueños, por suerte, se fueron evaporando en su memoria mientras ella se volvía a refugiar en la manta.

Oyó cómo alguien golpeaba la puerta. Tenía que ser su imaginación. Otro golpe. Buscó su móvil para mirar la hora. Olvidándose de que lo había apagado. Se levantó con mucha pereza. Se asomó a la mirilla. Y abrió.

Raúl la esperaba al otro lado de la puerta. Llevaba la misma ropa que horas antes. No dijeron nada. Lo dejó pasar, cerró la puerta y se él apoyó en ella. Seguía mirándola en silencio. Había desesperación en su mirada.

–Te fuiste.

–Lo siento. No quería hacerlo más difícil.

–Te he llamado mil veces. Estaba preocupado.

–Apagué el móvil. Necesitaba desconectar. No pensar.

–No es culpa tuya. Solo mía.

Raúl se acercó un poco a ella y le acarició los brazos. Se le notaba muy cansado.

–¿Qué hora es?

–No sé. Sobre las seis.

–Has tardado mucho en venir.

¿Habría estado bebiendo toda la noche y al final había ido a buscarla para acabar la noche? No lo parecía. No tenía pinta de haber tomado nada en horas...

–He tardado meses...

–¿Ya empiezas con las frases hechas?

Se burló. Necesitaban relajar un poco el ambiente. Él sonrió levemente y la abrazó, sumergiendo su cabeza entre sus cabellos. Durante unos instantes, no supo qué hacer. Luego le rodeó con sus brazos y empezó a acariciarle la espalda.

–Ven. Vamos al sofá.

Le cogió de la mano y le llevó hacia el salón. Él se dejó guiar. En silencio. Se sentaron en el sofá. Raúl le empezó a acariciar el rostro, enredó los dedos entre su cabello, y luego posó su mano en la nuca y la atrajo hacia él para besarla. Fue un beso suave. Muy diferente a todos los que solía darle.

–¿Qué ha pasado con Miguel?

–¿Podemos hablar de eso más tarde? Estoy muy cansado.

–Claro. Ven...

Le cogió y le obligó a tumbarse en el sofá. Él sonrió. La cogió y tiró de ella hasta que quedó tumbada también. Dándole la espalda, pegándola completamente a su cuerpo, haciendo la “cucharita”. Notó cómo aspiraba su olor. Buscó, a tientas, su manta y les tapó a los dos.

–Dulces sueños, princesa.

Nunca le había gustado que la llamaran así. Pero había algo tan dulce en la voz de Raúl en esos momentos, que la llenó de paz, y un cosquilleo le removiò el estómago. Luego cerró los ojos y se sumergió en esa sensación que la rodeaba.

La despertó la boca de Raúl recorriendo su espalda. Le había subido la camiseta del pijama y rozaba su piel con los labios y la lengua. Se quedó en silencio. Disfrutando de ese momento, sin abrir los ojos. Él paró unos instantes de besarla para, a continuación, subir hasta su cuello y, mientras colaba una de sus manos hasta acariciarle el pecho, pegándose a ella. Luego, la mano que le acariciaba el pecho fue bajando, lentamente, hasta colarse en el interior de sus pantalones. Intentó girarse para besarle y acariciarle, pero él se lo impidió.

–Disfruta...

–¿Ya no estás cansado?

–Tú me activas...

Sonrió. Cerró los ojos y se dejó llevar por todas las sensaciones que las manos de Raúl y sus besos le regalaban. Raúl siempre había sabido llevarla hasta el límite más increíble. Y en esa ocasión no iba a ser menos. Intentó rebelarse, darse la vuelta, besarle, acariciarle... llevarle también a ese punto de locura al que él conseguía transportarla. Pero no le dejó. No paró hasta que se derritió entre sus brazos,

gimiendo de placer y él bebió de sus labios los suspiros de su orgasmo.

Luego la dejó volverse hacia él y le acarició el pelo, retirándoselo del rostro. Tenía la mirada triste y eso la preocupó. Imaginaba el motivo. No tenía que haber huido la noche anterior. Tenía que haberse quedado ahí, a su lado. Los dos eran culpables de lo que había sucedido.

—¿Tan mal fue?

—Bastante.

—Tenía que haberme quedado y, tal vez, podríamos...

Se quedó en silencio. Se dio cuenta que no sabía si le había dicho que lo que había visto no era la primera vez. ¿Le habría contado que tenían una historia o que se habían dejado llevar por las copas y un calentón?

—¿Qué le has contado?

Fue directa. Necesitaba saberlo. Se dijo que era para no meter la pata con Miguel y contarle la misma historia. Pero, en el fondo, ella misma sabía que le dolería en lo más profundo de su ser que le hubiera dicho que solo habían sido unos cuantos besos.

Raúl sonrió levemente y volvió a besarla. Pero no, ella no quería perderse en sus labios... Bueno, sí. Sí quería. Pero no debía. Debía mantener la mente en frío, aunque le costara con él delante.

—Tienes que decírmelo. Veo a Miguel en la facultad, necesito saber qué le has dicho. No quiero causarte más problemas.

—Le dije que era culpa mía.

—No es culpa tuya. No hay culpables. No nos podemos culpabilizar por...

Se volvió a quedar callada. ¿Qué era eso? Habían estado meses sin verse. Habían intercambiado unos besos y un momento de placer. Él seguía acariciándole el cabello. Sintió un nudo en el estómago.

—No podía contarle que habíamos estado liándonos a sus espaldas.

—Ya.

Se sentó. Por una parte lo comprendía. Pero eso no quería decir que no le doliera. Él se sentó a su lado y la cogió por la barbilla para obligarla a mirarle.

—Espera. Le dije que me gustaste desde el primer momento. Le dije que por eso volví con Miriam, que por eso me alejé. Porque no era lo suficientemente valiente como para decir la verdad...

—¿Y cuál es esa verdad?

—Que me gustaba la misma chica que a él. Y que no había dejado de pensar en ti en todos estos meses...

Suspiró. Odiaba las mentiras piadosas. Las verdades a medias. Pero no podía recriminarle nada. Ella no se había quedado ahí aguantando el chaparrón. Le tocaba asumir las consecuencias.

—Le dije que había salido para irme, porque no quería hacer nada de lo que me arrepintiera. Pero estabas ahí.

—¿Y te tenté de mala manera?

Estaba enfadada. Intentaba comprenderle, intentaba que sus sentimientos no salieran a la luz. Intentaba ser objetiva. Pero no podía.

—No. Fui yo. El alcohol me hizo declararme.

Buscó el paquete de tabaco que había dejado en la mesa y se encendió uno. Llegaba la parte más complicada.

—¿Y qué te dijo?

—Me llamó de todo. Me dijo cosas que preferiría no tener que recordar.

—¿Y ahora?

—No lo sé.

–Ya...

Se levantó. No podía seguir sentada. Quieta. No podía. Necesitaba andar. Como si así pudiera concentrarse mejor. Él, por el contrario, no decía nada. Su mente no paraba de gritarle que le dijera que para qué había ido a buscarla. Con qué intención había llamado a su puerta y le había dicho esa bonita frase de que había tardado varios meses en llegar. ¿O quizás ella le había dado un sentido que no tenía esa frase?

–Entonces, ¿esto qué es?

–No lo sé.

Suspiró y se tragó las lágrimas. Se volvió hacia él. Mirándole fijamente.

–Deberías irte y no volver hasta que lo sepas.

Era como quitarse una tiritita. Tenía que hacerlo de golpe. No era que así no le fuera a doler. Pero no quería recrearse en el sufrimiento.

–Aldara...

–Es lo mejor.

Raúl se levantó y se acercó a ella, le acarició los brazos, subiendo lentamente. Sería tan fácil dejarse llevar... pero no, no iba a comportarse así. No iba a convertirse en ese tipo de chicas.

–Vete, por favor. Y cuando sepas qué vas a hacer, ya sabes dónde estoy.

Raúl asintió en silencio y se dirigió hacia la puerta. Le siguió sin decir nada. Abrió él mismo la puerta y se giró hacia ella.

–No tardaré.

–Eso espero.

Raúl se fue. Y ella se quedó ahí. Con el corazón encogido. Aguantando las ganas de salir detrás de él. Lo vio desaparecer, cerró la puerta y se fue directamente al sofá, donde un rato antes habían estado los dos durmiendo.

–¡Aldara, vamos! ¡Métete en el agua! Está de vicio.

Sonrió. Se bajó las gafas de sol para ver a sus amigos haciéndola señas desde la orilla, y luego volvió a sumergirse en la lectura. De pronto, alguien la cogió por los pies. Rápidamente, otro de sus amigos le arrancó el libro. Protestó, y un pequeño grito salió de su garganta mientras sus amigos la levantaban, le quitaban las gafas y la llevaban a la orilla.

Les maldijo cuando le depositaron, sin mucho cuidado, en el agua. Era cierto, estaba realmente buena. Pero el contacto le hizo dar un nuevo grito.

–Sois unos cabrones.

Se rio mientras empezaba a salpicarles. Las clases habían terminado. El verano había llegado y habían huido del calor asfixiante de Madrid a una pequeña (y sorprendentemente desconocida) playa de Valencia. Los padres de un amigo del pueblo tenían un pequeño adosado y ahí se habían ido todos juntos.

Le vendría bien. Necesitaba desconectar de todo. Necesitaba olvidarse de esos últimos meses y centrarse en lo que quería. David le había dicho que quería volver a intentarlo. Y ella había salido huyendo. Bueno, no. Tampoco era eso. No huía. Solo tenía que alejarse para saber qué era lo que realmente quería.

Se le había olvidado el pequeño detalle de que, en su grupo de amigos del pueblo, estaba Sara. Y con ella, sin ser culpable de nada, le venían todos los recuerdos de Raúl.

Cuando se despertó, unas horas después de que él se hubiera ido, supo que no la llamaría. Lo supo. Y no le culpaba. Tenía que haberle dicho que lo apoyaría, que buscarían juntos una solución. Pero no, le había echado de su casa. Y él se había ido. Había perdido a su mejor amigo y ella le echaba de su casa. No. No estaba orgullosa de lo que había hecho.

Una tarde, unos días antes de que se acabara el curso lectivo, Miguel se le había acercado. Le había evitado desde esa noche. Pero ese día no pudo evitarlo. Ella estaba tomando un café y él se le aproximó como tantas otras veces, llevando unas cervezas en las manos. Le puso una delante y se sentó enfrente.

–Hola. ¿Puedo acompañarte?

–Sí, claro.

¿Qué iba a decirle? No sabía muy bien cómo sentirse delante de Miguel. Ella no había hecho nada de lo que tuviera que arrepentirse y, sin embargo, se sentía culpable. También estaba enfadada. Enfadada por Raúl, por no tener un par de huevos y hablar claro con su amigo. Enfadada con Miguel, por no comprender que no era algo que ellos hubieran buscado.

El silencio se adueñó de ellos. Dejó el café a un lado y le dio un trago a la cerveza. Vaya mezcla...

–Hace mucho que no nos vemos. Y tengo la sensación de que me rehúyes.

–Es posible.

No quería ser dura. Tampoco quería mentirle. Él asintió. Y a ella le gustaría poder decirle algo más, pero no se encontraba con fuerzas para llevar las riendas de esa conversación.

–No sé qué te ha contado Raúl.

–Raúl no me ha contado nada.

Sabía que debía ser menos borde, pero no era capaz. Quizás necesitaba buscar un culpable. Aunque, en el fondo, sabía perfectamente quién era el culpable de que ella estuviera así.

–Hablas en pasado...

Se sonrió con ironía.

–Sí. No tienes por qué preocuparte. No nos vemos.

–No quería decir eso... Lo siento, vale. Tú no tienes la culpa de lo que pasó.

–¿Culpa? ¿De qué iba a tener culpa?

Notó cómo el enfado empezaba a crecer en su interior.

–Es que tú no sabes...

–¿Qué no sé? Sé que te gusto, o te gustaba... Y siento mucho no poder corresponderte, y si alguna vez te he dado esperanzas, lo siento de verdad, porque te aprecio mucho. Y no, no me lo dijo Raúl. Me di cuenta un día yo solita. Y no, no voy a sentirme culpable porque me atrajera un amigo tuyo. Y no, Raúl tampoco es culpable. Y si dudas de si él se sentía fatal o no porque yo le gustara, es que no le conoces como crees. –Se puso de pie y le miró desde arriba, él le contempló en silencio–. Nadie es culpable de los sentimientos.

–Pero sí de los actos...

–Sí. ¿Y los tuyos?

–¿A qué te refieres?

–Raúl y yo nos sentimos atraídos desde el primer momento, para no hacerte daño me estuvo evitando. Nos volvimos a ver, nos emborrachamos, nos dimos cuenta de que seguía habiendo fuego... Y sí, no tenías que haberte enterado así. Pero tampoco es justo que, no sintiendo nada por ti, tuviera que decirle adiós a alguien que me gusta.

–No pensé...

–Ya. Ahora qué más da. Cuídate. Nos vemos a la vuelta de las vacaciones.

Se fue sin mirar atrás, sin el menor pesar por haber sido, posiblemente, un poco borde con Miguel. Sabía que la culpa había sido de Raúl, que no se había atrevido a hablar con su amigo, que no le había importado lo suficiente...

Salió del agua y fue hacia las toallas. Era increíble lo solitaria que era esa pequeña playa. Estaban muy cerca de Gandía, si les apetecía salir de marcha no tardarían más de quince minutos en coche y, sin embargo, no había casi nadie en su arena.

Miró a Sara, que hablaba con Luis con cara seria. Se moría de ganas de preguntarle por él. Pero no. No iba a hacerlo. No la metería en ese asunto y tampoco le haría pensar que echaba de menos a su primo. Se sentó en su toalla. Vio cómo Luis le daba un codazo a Sara. Y un mal presentimiento la inundó.

—¿Qué pasa?

—Me ha llamado mi primo...

Ahí estaba la bomba. ¿No se había dicho a sí misma que no iba a hablar con Sara de eso? Pues antes lo pensaba... Buscó su paquete de tabaco, necesitaba entretenerse con algo para disimular todos los sentimientos que le invadían. Sabía que ahí no tenía que disimular, pero había algo en su interior que le obligaba a hacerse la dura.

—¿Qué tal le va?

—Bien.

Miró a Sara con curiosidad. ¿Qué estaba pasando ahí? ¿Le iba a decir Sara que su primo iba a casarse o había dejado embarazada a una chica? Ya nada la extrañaba. Intentó echarle una mano a su amiga.

—¿Qué pasa niña? Dímelo. No te preocupes. No mataré al mensajero.

—Mi primo está en un pueblo cercano...

No podía creérselo. Parecía que el destino se dedicaba a jugar con ellos. ¿No había ninguna otra pareja a la que atormentar? Sara no se atrevía a decirle nada más. Dio una larga calada. Notó cómo le dolía el corazón, no sabía si podría aguantarlo, pero era su amiga, no iba a dejar que eso le afectara a ella. Ya había demasiadas víctimas colaterales en esa historia.

—Sabes que puedes decirle de quedar. Raúl y yo nos llevamos bien. No te preocupes.

—¿Seguro? Yo no quiero que te sientas incómoda.

—No lo estaré. No te preocupes.

Se levantó y le dio un beso en la frente. Sara parecía un poco más tranquila y segura. Ojalá ella pudiera estar igual de tranquila.

No debería estar tan nerviosa. Ella nunca había sido de esas chicas que se pasaban horas y horas delante del armario. Y se había sentido así. Menos mal que estaba de vacaciones y se había llevado poca ropa. Salió de la habitación, la mayoría de sus amigos se echaban la siesta. Cogió su toalla, un libro, dejó una nota y se fue a la piscina. Necesitaba estar sola un rato. Echar unos largos, cansarse, no pensar.

La piscina, como había supuesto, estaba desierta. La mayoría de la gente dormía a esas horas. Mejor. Dejó la toalla y el libro. Se quitó el pantalón corto y la camiseta. Una ducha y al agua. Empezó a nadar sin descanso. Un largo, dos, tres... Sacando fuerza de su interior.

—Hola.

Mierda, mierda, mierda. Reconocería su voz entre un millón. Paró de golpe y miró hacia donde estaba. Él la miraba fijamente. ¿Qué narices hacía ahí? Habían quedado por la noche, varias horas

después. Y ella se había quedado, de pronto, sin el tiempo que necesitaba para prepararse para volverle a ver.

–¿Qué haces aquí?

Sonó más borde de lo que le hubiera gustado. Lo sabía. Pero no pudo evitarlo. Él tampoco pareció tomárselo a mal.

–Pensé que sería mejor vernos antes a solas.

Suspiró. Tenía razón. Empezó a nadar hacia la escalera y salió del agua. Notó la mirada de Raúl por todo su cuerpo. Notó cómo la acariciaba sin tocarla. Se giró hacia él. Y vio sus pupilas dilatadas contemplándola. Y ya estaba otra vez la sangre hirviendo. Cogió la toalla y se tapó. Luego se acercó a unos bancos que había, se sentó y le miró. Una sonrisa le iluminó levemente el rostro y ella decidió mirar para otro lado, mientras él se sentaba a su lado. No le gustaba esa situación. Él jugaba con ventaja. Él se habría preparado qué decirle. Suspiró. Se volvió de nuevo hacia él y decidió que no quería que eso durara mucho tiempo.

–Tú dirás.

–Estás preciosa.

Le habló con una voz tan cálida que la rompió por dentro.

–Tú tampoco estás mal –respondió mientras le miraba de arriba abajo con una sonrisa pícaro.

Se miraron en silencio unos instantes, sonriendo, bajando la vista a los labios del otro de manera inconsciente, envueltos en ese deseo que siempre les había acompañado. Luego él giró la vista y empezó a hablar, mientras miraba el agua de la piscina.

–Lo primero que quiero decirte es que yo no sabía que estabas con Sara cuando la llamé y le propuse vernos. –Aldara levantó una ceja y él rápidamente siguió hablando para evitar malentendidos–. No quiero decir que si lo llego a saber... Para mí siempre es un placer volver a verte.

–Si tú le dices.

Las palabras de Raúl le afectaban más de lo que le quería mostrar. Pero no podía evitar recordar que él no había vuelto a llamar a su puerta desde que se fue.

–Siempre meto la pata contigo. Lo siento.

–Por algo será.

Dobló las rodillas y se las abrazó con los brazos. La toalla se deslizó por su cuerpo completamente. Él se volvió, extrañado.

–¿Qué quieres decir?

–Si no lo sabes tú.

Otro silencio. Otra vez mirándose a los ojos.

–Creo que tengo que darte las gracias por hablar con Miguel.

–No tienes que darlas. Solo le dije lo que pensaba. ¿Habéis hecho las paces ya?

–Más o menos.

–No podéis dejar que una amistad de tantos años se estropee por...

–No sigas esa frase.

–¿Por?

–Porque no eres algo sin importancia, ni tonterías por el estilo.

Raúl le retiró un cabello mojado del rostro poniéndoselo por detrás de a oreja. Luego deslizó su dedo por su lóbulo y su cuello. Sus respiraciones empezaron a descontrolarse. Eso no podía acabar bien. Se puso de pie ante la sorpresa de Raúl. No lo pensó. Solo sentía la necesidad de huir. De alejarse de ahí antes de volver a caer en la tentación. Y, sin embargo, sus piernas no se movían.

–¿Qué te pasa Aldara?

–Creo que deberías irte.

Raúl se puso de pie, a su lado, y estiró su mano para acariciarle, como quien no quería la cosa, la cintura.

–¿A qué has venido?

–Ya te lo he dicho. Para que hablemos.

–Ok. ¿Qué más quieres decirme?

Silencio. Había tristeza en los ojos de Raúl. O quizás era lo que ella deseaba ver. Notó cómo él retiraba la mano de su piel, rindiéndose.

–Nada. Nos vemos esta noche.

Asintió sin decir nada. Sentía un nudo en la garganta. Y, cuando él le dio dos besos en las mejillas para despedirse, tuvo que aguantarse las ganas de volver a sentirle. Lo vio alejarse lentamente, con las manos en los bolsillos, y ella emprendió el camino hacia el adosado. Antes de desaparecer por la esquina, él la contemplaba en la distancia. Suspiró y se fue.

–Pero Aldara...

–Niña, no te preocupes, ¿vale? Estoy bien. Y no quiero que te sientas mal ni culpable ni nada por el estilo. Simplemente es que no me apetece salir.

–Puedo llamar a mi primo y decirle que no vamos. Yo puedo quedar con él en cualquier otro momento.

–No, no. No es eso. En serio. Sé que suena mal pero no es por tu primo.

Sabía que no se lo había creído. Tampoco intentó engañarse a sí misma. Se sentía débil delante de él. Y ella se había ido a esas vacaciones con la intención de desenchufar, de desconectar, de alejarse de todo y conseguir saber qué era lo que quería.

Había visto cómo sus amigos se iban. Cogió un libro y se fue al salón a leer. Al menos lo intentó. Su mente no quería concentrarse. Se levantó y fue a por una cerveza. Luego se fue a buscar su tabaco. No había llegado a encontrarlo cuando alguien llamó a la puerta.

–¿Qué os habéis olvidado?

Tenía que haberlo previsto. No sabía cómo no lo había visto venir. Raúl la miraba desde el marco de la puerta. ¿Cómo podía estar tan guapo con unos simples vaqueros y una camiseta? No le dijo nada, solo le dejó entrar en silencio. Y en silencio se quedaron un rato.

–¿Por qué has venido?

–¿Por qué no has ido?

–No me sentía bien.

–¿Y con una cerveza te vas a encontrar mejor?

Dejó la cerveza en la mesa más cercana como acto reflejo.

–¿Por qué has venido Raúl?

–Quería saber por qué no has ido.

–¿Qué más te da?

–Porque me importas.

Se rio y avanzó hacia el salón. Le daban ganas de abofetearle. O abofetearse. No había salido esa noche para no encontrárselo, para no estar en la misma habitación con él, concedora de lo mucho que le atraía... Y se encontraba justamente en esa situación. En una casa a solas con él.

Él la siguió. Notaba toda su piel deseosa de que se diera la vuelta y se volviera a sumergir en su boca y en sus manos. Pero sabía que para ella ya no era solo sexo. No podría tener una noche loca con él y seguir con su vida tranquilamente. Y sabía que él no se atrevería a cambiar su actitud. Y no acababa de comprender por qué le daba tanto miedo tener algo serio con ella. Quizás le daba muchas vueltas y no era que se dedicara a boicotearse a sí mismo y a su propia felicidad... Quizás es que simplemente ella solo era eso para él. Una chica con la que divertirse de vez en cuando. Aunque sus ojos le dijeran lo contrario.

–¿Por qué te ríes? ¿Por qué narices no me crees cuando te digo que eres importante para mí?

–Porque las cosas no solo se dicen, se demuestran.

–No eres justa.

–¿Justa? ¿En que no soy justa? ¿Acaso yo te he mentado alguna vez? ¿Acaso yo me he rendido?

–Me dijiste que me fuera de tu casa...

–No. Te di tiempo para que decidieras qué ibas a hacer. Para que te aclararas...

–Yo estaba ahí, contigo, en tu casa. Fui a buscarte.

Se quedó callada unos instantes. Durante unos segundos la idea de que se había confundido y que él la había elegido le llenó el corazón. Pero no, sabía que no era así. Él mismo le había dicho que no sabía que iba a pasar ni a hacer. Ella le había dicho que cuando lo tuviera claro... que fuera. Y no había vuelto.

–Ese es tu problema. Que cuando estás a mi lado dices una cosa, pero cuando estás solo, lejos de mí, piensas y haces otras cosas.

–¡Acababa de discutir con mi mejor amigo! ¡¡Joder!! ¿Te crees que esto es fácil para mí? ¿Crees que me gusta portarme así? ¿Crees que no preferiría no...?

–¿No qué? ¿Preferirías no desearme? ¿Es eso? ¿Te arrepientes de haberme conocido?

–Sí. –Notó cómo algo se le rompía por dentro–. Me arrepiento porque desde que te conocí no puedo parar de pensar en ti. Porque te deseo tanto que hasta me duele. Porque me haces ser errático y me importa una mierda el resto de las cosas. Solo deseo besarte, sentirte...

–Pues mira, ya somos dos los que nos arrepentimos de lo mismo.

La cogió. La agarró por la cintura y la besó. O fue ella la que le besó a él. Realmente no lo tenía claro. Estaba enfadada. Mucho. Y en sus besos descargaron toda la rabia que les dominaba. La estampó contra la pared mientras le quitaba la camiseta que llevaba. Ella hizo lo mismo con la de él. Sin parar de besarse. Apretando sus cuerpos...

La elevó y ella pasó sus piernas alrededor de su cintura. A pesar del vaquero notaba su erección y no pudo evitar gemir al volver a sentirla. Pararon unos segundos de besarse, él apoyó su frente contra la de ella, con la respiración completamente alocada.

–Te odio.

Y era cierto. Le odiaba por todo lo que le necesitaba. Por todo lo que le hacía sentir. Por todo el daño que le había hecho. Por la falta que le hacía.

–Y yo a ti.

Y volvió a besarla. Con aún más pasión, con aún más deseo.

–¿Cuál es tu cuarto?

Tenía que decirle que parara, que no hiciera eso, que se alejara de ella para siempre...

–El del fondo.

CAPÍTULO 11: UN GOLF AZUL

No sabía qué decir. El silencio se adueñó de los tres durante unos instantes. Y sabía que tenía que decir algo, pero no le salía nada que no fuera un tópico y que no fuera a cabrear aún más a Silvia. Y con toda la razón del mundo. Acababa de pillarle poniéndole los cuernos con una clienta, a pocos metros de donde estaba ella. Mucho respeto no le había guardado.

–Silvia...

–¿Qué es lo que me vas a decir? ¿Que no es lo que parece? No tienes vergüenza. Ya entiendo yo toda tu dedicación a este caso. Eres un cerdo. Y ahora mismo se va a enterar todo el mundo.

–Yo que tú no haría eso.

Los dos se volvieron hacia Aldara, que parecía realmente tranquila. Tenía una cara de póker que no solía usar.

–A mí tú ni me hables.

Silvia se encaró, sin moverse del sitio. Suponía que estaba analizando la situación ante la intervención de Aldara. Había una sutil amenaza que ninguno de los dos comprendía. Una leve sonrisa apareció en sus labios mientras empezaba a hablar.

–¿Qué es lo que quieres? ¿Montar una escenita y que todo el mundo sepa que eres una cornuda? ¿Realmente quieres que todo el mundo sepa que el mismo día que te iban presentando como su prometida, le has pillado liándose con otra a unos metros de donde estabas?

Miraba con la boca abierta a Aldara. Ese tono de su voz era, hasta ese momento, desconocido para él.

–Pero Gómez le despedirá por liarse con una cliente.

–Bueno, así puedo contratarle yo personalmente. Sale ganando. No tiene que compartir con la empresa. ¿Es lo que quieres?

–Eres...

Silvia se acercó a ellos. Estaba seguro de que iba a abofetearla.

–No, Silvia. No estoy orgullosa de lo que acaba de pasar. Y comprendo que tengas motivos para estar enojada. Pero ya que he hecho mal esto... al menos no nos cebemos. No te mereces que la gente te mire con pena.

–Lo único que te importa es tu imagen.

–¿Mi imagen? –se rio– No. Es la tuya. Porque si yo salgo ahí fuera y les digo que estás paranoica, que nos has visto abrazados porque Raúl me estaba consolando después de los días que estoy pasando, y que tú has empezado con que si estamos liados o cosas por el estilo... Sería tu imagen la que saldría dañada.

–Esto no acabará así...

Aldara asintió en silencio y Silvia se dio la vuelta en dirección al salón.

–Deberías ir con ella. Tenéis que hablar.

–Pero...

–Vete. Yo me volveré en taxi al hotel. Vete. Habla con ella y descansa. Nos vemos mañana.

La miró. Supo que tenía razón pero le costaba separarse de ella. Sabía lo que solía pasar cuando se alejaba de ella después de liarse. Y no quería que volviera a pasar. Quería, de una vez por todas, estar con Aldara. El destino le había dado ya muchas oportunidades y estaba cansado de no utilizarlas de verdad.

Asintió en silencio y le dio un leve beso en los labios. Luego se marchó. Silvia caminaba en silencio hacia la puerta de salida. La siguió. Se volvió, sin dejar de andar, hacia el pasillo de los baños y vio a Aldara mirándole fijamente. Luego apretó el paso para llegar hasta su novia, suponía que ya exnovia. Le esperaba una noche divertida.

Se despertó en la soledad de su habitación. Buscó a tientas su teléfono para mirar la hora. Demasiado pronto para la hora que se había ido a dormir. Una noche para olvidar. Aguantó la bronca, aunque tenía que admitir que fue más flojita de lo esperado. No le quedaba más remedio. Y, en el fondo, tenía que agradecer que no le hubiera montado el pollo en la fiesta. Lo cierto era que las palabras de Aldara les habían desconcertado a los dos. Nadie esperaba esa salida y eso provocó que Silvia la hiciera caso.

–Déjame que te lleve a casa.

–¿Para qué?

–Para hablar.

–No hay nada de qué hablar. Tenía que haberlo previsto, tenía que haberme dado cuenta de lo que pasaba. ¿Desde cuándo lleváis así?

¿Toda una vida? Suspiró. Por una maldita vez en su vida tenía que ser sincero. Silvia le había aguantado mucho. Y muchas cosas que ella no sabía.

–¿Te acuerdas de la chica de la que alguna vez hablamos Miguel y yo?

El rostro de Silvia cambió de expresión. Pocas veces habían hablado de Aldara, seguía siendo un tema tabú entre ellos. Pero quizás por eso siempre había llamado la atención de Silvia. En alguna ocasión le había preguntado por el tema. Y él lo había eludido todo lo que había podido. Ni siquiera le había dicho su nombre.

–No sabía cómo decirte que era ella. Pensaba que lo tenía superado. Pero no ha pasado nada hasta hoy.

Bueno, eso era una verdad a medias.

–Y sé que no tengo perdón. Sé que te he faltado al respeto, sé que tienes todos los motivos para odiarme.

–Eres un cabrón. Me pones los cuernos y encima... encima quieres que te comprenda. O que te esté agradecida porque no llesves días poniéndome los cuernos.

–No es eso...

Llegaron a la altura de donde estaba su coche. Y se quedaron quietos. Mirándose.

–Sube. Te llevo.

–¿Para qué?

–Para hablar. Déjame que te deje segura en casa.

–¡No me seas amable ahora! ¡¡No finjas que te preocupas por mí!! Te acabo de pillar comiéndote la boca con esa. ¿Por qué no te vas con ella?

Tuvo ganas de replicarla por llamar de una manera tan despectiva a Aldara. Pero, ¿cómo culparla? Bastante suave estaba siendo.

–Joder, ahora entiendo por qué no querías vivir conmigo. Ahora entiendo por qué me dabas largas... Joder, nunca me has querido. Estabas conmigo por no estar solo.

–No es eso.

–Entonces, ¿qué narices te faltaba? ¿En qué he fallado?

–No, no. No eres tú.

Silvia le abofeteó. No se lo esperaba.

–Ni te atrevas a decirme frases hechas. Ni te atrevas a hacerlo.

–Joder, ¿qué quieres que te diga? Comprendo que estés en enfadada, te he pedido perdón, te estoy diciendo que es todo culpa mía. ¿Qué más quieres?

–Siempre tú. Eres un mierda. Ese es tu problema. No sabes amar. Estás vacío por dentro. En el fondo me ha hecho un favor. Que te aguante ella. Si es que quiere. Porque yo no quiero volver a saber más de ti.

Silvia empezó a caminar calle abajo. Vio cómo llamaba a un taxi. Se quedó quieto, observándola. Se apoyó en su coche hasta que vio que ella se subía al taxi y se alejaba de él y de su vida. Pensó en volver hasta la fiesta. Pero no, era mejor estar solo. Volverse a su casa. Primero, para no dar explicaciones a nadie sobre Silvia. Segundo, para pensar en qué hacer a continuación.

Recibió un mensaje justo cuando cogía el coche para ir al Hotel. Era Aldara. Le decía que le esperaba en uno de los salones del hotel tomando café. La vio nada más llegar. Y eso que había bastantes personas en el sitio. Pero Aldara brillaba.

El rostro de Aldara estaba completamente pensativo. Estaba sentada en un sofá, con un libro en sus rodillas, pero sin leerlo. Tenía un café en la mesilla más cercana, aunque ni lo había tocado. Miraba al infinito. Perdida en su propio mundo. Era hermoso verla así pese a que había algo que le inquietaba.

Se acercó en silencio. Observándola. Deleitándose con las vistas. Y con dudas. No sabía cómo le acogería ella después de la noche anterior. Igualmente supo, mucho antes de intercambiar la primera palabra con ella, que ese tema tendría que esperar.

–¿En qué estás pensando?

Ella se volvió hacia él con una media sonrisa. Sin embargo había preocupación en sus ojos. No le extrañaba. Se acercó aún más a ella y se sentó en uno de los brazos del sofá.

–Estaba pensando en el mensaje del espejo.

“*Muérete puta*”. Un mensaje directo. Claro. No daba lugar a muchas conjeturas. ¿Qué es lo que tanto le preocupaba a Aldara? ¿Estaba asustada?

–No tienes que temer nada. Estoy aquí.

Ella le miró con dulzura. Y se quedaron unos segundos en silencio. Contemplándose. Esos instantes que suelen preceder a un beso. Esos en los que el ambiente se carga de electricidad y el pulso se te acelera. Retiró la mirada. Parecía confusa. Y ya no solo por lo que le rondaba la cabeza.

–No es eso. Es un cambio de registro.

Ahora el desconcertado era él. Ella se dio cuenta y siguió hablando.

–Las primeras notas tenían un claro mensaje religioso, incluso rebuscado. Este es directo, claro...

–¿Crees que son diferentes personas?

–No. Creo que se ha cansado de ser sutil.

–Ves demasiados capítulos de *Mentes Criminales*.

Se rio. Y él aprovechó para cogerla dulcemente de la barbilla y besarla. Ella lo recibió con dulzura. Fue un beso lento, en el que se saborearon, deleitándose con todas las sensaciones que emanaban de su piel. Luego se separó de él.

–En serio Raúl, creo que se ha cansado de juegos.

Había miedo en sus ojos. Y eso le golpeaba mucho más fuerte que cualquier palabra, que cualquier pensamiento.

–No dejaré que te pase nada. Ahora soy tu guardaespaldas. Y no pienso despegarme de ti hasta que todo esto pase.

–Qué sacrificio...

Ella se volvió a reír mientras sus ojos se posaban en sus labios.

–Porque me pagas, que si no...

Volvió a besarla. Bueno, quizás no tuvieran que hablar. Quizás solo tuvieran que vivir el momento.

Acompañó a Aldara a la editorial, comieron juntos en un pequeño griego de Huertas que él no conocía. Un coqueto lugar de cuatro o cinco mesas. No habían hablado de ello. Aldara no le había preguntado por Silvia, y él no había dicho nada. Había algo mágico en esos momentos, no quería fastidiarlo. No quería decir nada que lo estropeará. O quizás fuera que era más fácil mirar solo hacia delante, hacer como si su relación fuera normal.

Parecía más relajada. Sus ojos seguían temblando perceptiblemente. Seguían teniendo un brillo de temor en sus pupilas. No podía culparla ni pensar que era débil. Todo lo contrario. Y aunque le había quitado importancia, aunque había bromeado con el tema, sus palabras seguían rondando su cabeza.

Y tenía razón. Las notas iban por un lado; la frase del espejo, por otra. Y no, no creía que fueran dos personas diferentes. Sería demasiada casualidad. Y él no creía en ellas. Era como en la Navaja de Ockham: *“En igualdad de condiciones, la explicación más sencilla suele ser la más probable”*. El problema era que la explicación fácil era que se había cansado. Que asustarla con las notas ya no le llenaba y daba saltos agigantados. La perseguía en el parque, se colaba en su casa... ¿Cuál sería su siguiente paso? Lo lógico es que estuviera enfadado porque ella hubiera salido de su rutina. Antes o después la localizaría. Quizás debería plantearse cambiar de hotel.

Pero tampoco quería que ella se sintiera una fugitiva en su vida. Tenía que encontrar una solución para esa situación hasta que la policía diera con el sujeto. ¿Y si no daban? ¿Y si las pistas les llevaban a un callejón sin salida y decidían cerrar el caso? Bueno, en ese caso él podría volver a ocuparse de todo.

Quizás debería provocarle. Quizás debería buscarse una estratagema para que él se enfureciera, para que diera un paso en falso. Tenderle una trampa... pero no quería arriesgarse, no quería que nada malo le pudiera pasar a Aldara. Tenía que meditarlo bien.

El mayor problema era que no se fiaba de nadie. Y así era muy difícil. Además, era consciente de que su implicación emocional podía no dejarle pensar con claridad.

–Estás muy callado. ¿Qué sucede?

–Nada. Estaba pensando en llamar a Luis, a ver si han avanzado algo en el caso.

Ella asintió con la cabeza mientras tomaba un trago de su café. Estiró la mano a lo largo de la mesa y la sujetó por la muñeca. Subió la vista y sus ojos volvieron a encontrarse.

–Ten fe en ellos. Todo saldrá bien.

–Lo sé. No es eso...

–¿Entonces?

–Una tontería... Durante unos instantes se me había olvidado todo lo que me ha pasado... Hasta parecíamos una pareja normal.

–¿Quién quiere ser normal?

–Yo, a veces.

–¿Por qué? Eres la persona más fascinante que he conocido. ¿Sabes la de gente a la que le gustaría parecerse un poco a ti?

–Ya, claro... –Vio cómo Aldara jugueteaba con su paquete de tabaco, y ella se percató de su mirada–. Hay momentos en los que odio que ya no se pueda fumar en casi ningún sitio. Aunque lo entiendo. Comer con el humo de otro es asqueroso.

–Lo solucionamos rápido. –Levantó la mano para llamar a la camarera y pedirle la cuenta. Vio a Aldara metiendo la mano en su bolso–. No. Invito yo.

–No, déjame a mí. ¿O utilizo la carta de que soy tu jefa?

–Pago yo. Y así esto no es una comida de trabajo, si no de placer...

–¿De placer? Si lo llego a saber no me pido postre.

La mirada de Aldara se llenó de picardía. Pagó la cuenta sin dejar de mirarla. Notando la pasión palpitando en cada poro de su piel.

Iban riéndose. Por la calle, Aldara se mostraba coqueta, divertida, pero marcando las distancias. Seguía un poco perdido. No sabía muy bien cómo tratarla. Se moría de ganas de volver a sentirla entre sus brazos, volver a besarla, desnudarla, recorrer con su boca toda su piel. Pero tras los besos en el salón del hotel... Nada.

Quería hablar con ella. Bueno, no. No quería hablar. Nunca se le había dado bien tener ese tipo de conversaciones. Pero si quería tener algo en serio con ella iba a tener que hacerlo. Quería que se quitara de la cabeza la idea de que él solo sentía atracción.

Llegaron al hotel. Se quedó quieto en la puerta del ascensor.

–¿No subes?

–Claro.

¿Cómo decirle que no? Entraron en el ascensor. Aldara se acercó a él. Se apoyó en su hombro y le habló al oído.

–¿Cuánto más vas a esperar para volver a besarme?

Sonrió. La cogió por la cintura y la besó. Oyó cómo ella se reía entre besos. Lamentó que no tuvieran que ir a una planta muy elevada. La puerta del ascensor se abrió muy rápido. Gruñó. Y ella pareció leerle la mente.

–En mi habitación estaremos más cómodos.

No le dijo nada. Solo siguió besándola mientras andaban. Y, de pronto, notó cómo Aldara paraba. Se extrañó. La miró. Pero ella no le miraba. Miraba hacia la puerta de su habitación. No lo entendió.

–¿Qué pasa?

–En el suelo...

Y entonces lo vio. ¿La miniatura de un coche? El rostro de Aldara estaba pálido. Miró hacia todos

lados. Y se acercó. Era una miniatura muy minuciosa. Un golf azul. No lo entendía. ¿Qué pasaba ahí? Sin embargo notó cómo Aldara temblaba.

–Es el coche del accidente.

–¿Del accidente?

–Nuestro antiguo coche.

–Puede ser una casualidad.

No se lo creía ni él mismo. Solo quería tranquilizarla.

–Le ha puesto la misma matrícula.

Le costaba hablar. Notó cómo le salía la voz a trompicones. Cómo se aguantaba las lágrimas.

–¿Estás segura?

–¡Sí, joder! ¿Crees que me confundiría con esto?

–Dame la llave y ponte a un lado.

Las manos de ella temblaban cuando le pasó la tarjeta. Suspiró. Abrió la puerta. No sabía qué podría encontrarse dentro. Miró brevemente a Aldara, indicándola que no se moviera. Que se quedara quieta.

Y entró. Avanzó por el pasillo. Abrió la puerta del baño. Nada. Llegó a la habitación. La cama hecha. Su ordenador en la mesa, tal y como lo había dejado él la tarde anterior. Las puertas de la terraza estaban cerradas. Revisó todos los huecos. Vacío.

Volvió a salir. Aldara estaba apoyada contra la pared. Con los ojos cerrados. Respirando profundamente. Intentando tranquilizarse.

–No está. No te preocupes.

Ella no se movió. Parecía paralizada. La cogió de la mano y tiró suavemente de ella. No se resistió. La llevó hasta la cama donde la sentó y fue a cerrar la puerta. Dejó el coche encima de la mesa. Suspiró. Se sentó a su lado. Ella miraba el coche sin quitarle la vista de encima.

–Voy a llamar a Luis. Haz la maleta. Tenemos que pensar en otro sitio donde alojarte.

No le dijo nada. Vio cómo inclinaba la cabeza mientras seguía examinando el coche. Se levantó. Y se acercó a la mesa.

–¿Qué pasa?

–Creo que hay algo en el maletero del coche.

Se acercó al coche. Lo cogió. Sí. Parecía que estaba levemente abierto y la punta de un sobre se asomaba por el hueco. Debería esperar a que llegara la policía. No debería abrirlo. Pero lo hizo. Lo abrió.

Un sobre. Blanco. Se miraron. Notaba su corazón a punto de salirse por la boca.

–Ábrelo.

–Deberíamos esperar...

Ella no le dijo nada. Le miró fijamente. Y cedió. Cogió el sobre y lo abrió. ¿Unas fotos? Le dio la vuelta y se le heló la sangre. Eran ellos dos. Esa misma mañana. Sentados en el sofá. Hablando. Besándose...

Aldara estaba recogiendo toda su ropa, intentando mostrar tranquilidad, intentando que el pánico no pudiera con ella. Había llamado a Luis. Estaba esperándole. Mirando las fotos. Maquinando. Había llamado a la editorial para que le reservaran otra habitación en otro hotel. A los pocos minutos tenían un

whatsapp con la dirección y la reserva.

Tenía muchas cosas en la cabeza. Muchas dudas. Muchas preguntas. Llamaron a la puerta y la voz de Luis les aviso desde el otro lado. Volvió a mirar las fotos. Suspiró. Y se guardó una de ellas en la chaqueta. En la que se les veía besándose. Nadie tenía que saber que entre Aldara y él había algo más que una relación cliente y guardaespaldas.

Luis y otro policía le esperaban en la puerta de la habitación. Les dejó pasar.

–Hola Raúl, ¿qué ha sucedido?

–Cuando hemos llegado al hotel nos hemos encontrado este coche en la puerta de la habitación. Es una reproducción del coche con el que Aldara tuvo un accidente hace unos años. En él murió su prometido y perdió a su bebé.

Luis lo cogió. En su gesto se notaba la preocupación. Miró el coche con detenimiento. Luego les miró a los dos.

–En el maletero había un sobre con unas fotos.

Le tendió las fotos. Notó la mirada de Aldara sobre él. No se había dado cuenta de que se había guardado la foto más comprometida.

–Son de esta mañana. Cuando vine a buscarla para llevarla a la editorial.

Luis se guardó las fotos, su gesto estaba serio y pensativo. Parecía estar dándose cuenta de que eso no era solamente un acontecimiento aislado.

–¿Quiénes sabían que se alojaba aquí?

–Solo los de la editorial.

Asintió en silencio. Pensando. Notó cómo Aldara empezaba a ponerse nerviosa. Nunca se le había dado bien guardar los tiempos. Siempre había sido mucho más impulsiva, más alocada... Y tenía una gran capacidad para analizar todo con rapidez.

–Veo que está haciendo la maleta. Creo que es buena idea, aunque no sé si servirá de mucho. Es probable que antes o después vuelva a localizarla.

–Me estoy encargando de ello.

Luis le miraba fijamente. Sabía perfectamente lo que le estaría pasando por la cabeza. Todas las dudas sobre ellos que le estarían azotando. Él pensaría igual. Y no le gustaría nada.

–Aldara, –se volvió hacia ella– ¿terminas de hacer la maleta mientras acompaño al agente afuera?

Ella le miró con una sonrisa cínica. No hacía falta disimular. Podía haber dicho claramente que quería comentarle algunas cosas en privado. Pero ella asintió, se despidió de Luis con un breve gesto con la cabeza (no acababan de conectar ni lo más mínimo) y se metió en el baño. Ellos dos salieron al pasillo. Luis se le adelantó.

–Raúl, ¿qué relación tienes con ella?

–La conozco desde hace varios años.

Eso era verdad.

–¿Cómo la conoces?

–No de la manera que crees.

Eso no lo era.

–¿Sigues trabajando en el caso?

–No. Solo hago de guardaespaldas. Está asustada y no creo que sea bueno dejarla a solas.

Eso solo era verdad a medias. Y supo, por la mirada de él, que no le había creído. ¿Cómo recriminárselo? Él tampoco lo haría.

–Espero que sepas lo que estás haciendo. Involucrarte sentimentalmente con una cliente no es positivo ni para ti para ella.

–No te preocupes. ¿Tenéis algún sospechoso?

–Por ahora nada. Pero estoy convencido de que pronto meterá la pata. Ahora todo el mundo se cree experto en criminalística. Entre *CSI*, *Mentes Criminales* y demás... Voy a bajar a hablar con la seguridad del hotel a ver si, explicándoles lo que ha pasado, me permiten ver los vídeos de seguridad.

–¿Me informarás de las novedades?

–No debería.

–Gracias.

Luis se rio. Le hizo un gesto con la cabeza y se fue. Raúl volvió a entrar a la habitación. Aldara le esperaba sentada en la cama.

–¿Y ahora?

–Vamos. Tengo un plan.

Salieron de hotel y condujo hacia el siguiente. Tras explicarle su plan, se quedaron en silencio. Aldara tenía la mirada perdida en algún punto más allá de los cristales. Y él no sabía muy bien qué decirle. Tenía muy claro que él la tendría vigilada. Pero que hubiera estado tan cerca de ellos, haciéndoles fotos y no darse cuenta... Estaba enfadado consigo mismo. ¿Cómo la había fallado tan estrepitosamente?

Por cosas así decían que no debían involucrarse emocionalmente en los casos. Había estado tan distraído, se había centrado tanto en entender sus propios sentimientos y en sus ganas de volver a sentir a Aldara, que había descuidado su labor. Había dejado que ese indeseable les fotografiara.

Dudaba de que la cámara tuviera un zoom espectacular. Eso hubiera llamado la atención. Lo lógico era que las hubiera hecho con el móvil. Mucho más discreto. Pero eso no era excusa. Nada podía disculparle por haberla puesto en peligro.

Se había repetido tantas veces que nadie pondría tanto interés como él en resolver ese caso... Y sí, era verdad, que a nadie (quitando, claro, a Aldara) le importaba tanto mantenerla a salvo; pero no. No estaba centrado. Y eso tenía que cambiar.

Sí. Quería estar con ella. Pero para eso primero tenía que evitar que le pasara algo. Tenía que ordenar las prioridades. Aunque le fuera difícil. Era el momento de mantener la cabeza fría.

Miró a Aldara y suspiró. El nuevo hotel tenía parking privado. Era una de las cosas que había solicitado que tuviera. Aparcó y bajaron. Directos a recepción. En unos minutos ya estaba registrada. Luego cogieron el ascensor. Pero no subieron. Bajaron. Miró a Aldara. Estaba nerviosa. Mucho.

–Todo saldrá bien.

–¿Estás seguro?

–Al menos se lo pondremos difícil.

Las puertas del ascensor se abrieron. Salieron. Ella se quedó en el pasillo y él se fue a por el coche. No podría pensar que todo eso era surrealista, más propio de una película de acción. Pero allí estaba él. Llevando el coche hasta la puerta para que ella y su maleta se colaran en la parte de atrás y se quedara escondida mientras salían del hotel y se alejaban.

–¿Puedo salir?

–Sí. Espero que al menos le hayamos despistado temporalmente.

–¿Hasta cuándo?

La miró por el retrovisor central. Ojalá pudiera darle una respuesta. Solo tenía una cosa clara,

cuanto menos saliera a la calle, cuanto menos gente supiera dónde se alojaba, más tardaría en descubrirse su situación.

Aparcó en su plaza de garaje y luego subieron a su casa. Estaba nervioso. Cuanto más se acercaban, más dudaba de que esa idea fuera buena. Pero no se le ocurría nada mejor en esos momentos.

Dejó entrar primero a Aldara, que miraba a su alrededor con curiosidad. Buscando las diferencias, suponía. Los recuerdos de las veces que habían pasado juntos en esa casa volvieron a su mente. Recordaba, claramente, cuando la apoyaba en la puerta para devorarle la boca, mientras con sus manos recorría su cuerpo. Recordaba la vez que habían acabado haciéndolo en el propio pasillo porque, muertos de deseo, no fueron capaces de dar ni un paso más.

–Voy a dejar tu maleta en la habitación de invitados.

Ella se volvió para mirarle fijamente. No dijo nada. Asintió con la cabeza y se fue directamente a la cocina, oyó cómo abría un armario y encendía el grifo. Suspiró y fue a dejar las cosas a la habitación. Claro que se moría de ganas de tenerla en su cama. Pero tenía que mantener la cabeza fría. Aunque le costara.

Salió. Aldara se había dirigido al salón. Era curioso. Se movía por su casa con toda naturalidad. Como si los años no hubieran pasado. Como si fuera su lugar. Como si siempre hubiera pertenecido a ese sitio.

Entró en el salón. Ensimismado. Ella miraba fijamente la mesa donde tenía el teléfono y unas fotos. Suspiró. Supo lo que estaba mirando. Una foto en la que salían él y Silvia. Se acercó a ella.

–No me ha dado tiempo a retirar las cosas.

–Es normal. No han pasado ni veinticuatro horas.

Había algo en su voz. Algo que no supo identificar. No tenía claro si había una segunda interpretación o, simplemente, le decía que le comprendía.

–Voy a bajar a comprar algunas cosas, tengo la nevera vacía... No sé si necesitas algo.

–No. Desharé la maleta.

–Vale. Luego te haré un hueco en el baño. Y puedes fumar donde quieras. No salgas a la terraza ni te asomes a las ventanas.

Ella murmuró entre gruñidos. No la escuchó. Aunque podía imaginárselo. A nadie le haría gracia estar encerrada en una casa. Pero era lo mejor para ella. Era la única manera que se le ocurría para mantenerla a salvo.

Aldara estaba sentada en el sofá, con su ordenador encima de las piernas, fumando un cigarrillo. Ni siquiera se había percatado de que él había entrado. Estaba sumergida en sus propios pensamientos, sin parar de teclear. Le encantaba esa manera de concentrarse, de aislarse de todo... Era una suerte.

No la molestó. Colocó las cosas en la nevera y luego fue al cuarto de baño para hacerle un hueco en el armario. Había en él algunas cosas de Silvia. Aprovechó para recogerlas y meterlas en una bolsa. Ya se las daría más adelante, si quería verle, o se las mandaría por Correos. Ahora eso era lo que menos le importaba. Pero no quería que la sombra de su presencia afectara a Aldara. Bastante tenía.

Primero la acosaban, ahora tenía que estar “encerrada” en la casa de su ex... Cuanto más fácil se lo pusiera, mejor. Aunque bien sabía que esa situación era muy frágil.

–No te había oído llegar.

Se volvió. Aldara le contemplaba desde el quicio de la puerta. Había tensión en el ambiente, en

la mirada de ella, en el aire que les rodeaba. Y no era de carácter sexual. No. Y no comprendía por qué lo pagaba con él. No era el culpable de que tuviera que esconderse.

–¿Me puedes dejar unos pantalones y una camiseta para estar por aquí? Necesito algo para estar cómoda y se me olvidó cogerlo de mi casa...

–Claro. Ahora te lo traigo.

–Ok.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia su habitación. Él hizo lo mismo. No quería indagar en el enfado de ella. No. Era mejor que se enfriara la situación, que ella tuviera tiempo para pensar con tranquilidad. Cogió unos pantalones y una camiseta y se los llevó. Luego se fue al salón a esperarla. Se sentó en el sofá. Se volvió a levantar. Fue a la cocina y sacó un par de cervezas de la nevera. Tenían que comentar algunas cosas del caso y, posiblemente, sería más fácil con algo de beber y picar.

Ella estaba dejando en la mesita del salón cuando apareció por la puerta. La contempló en silencio. Estaba completamente perdido. Si con esos pantalones que le quedaban anchos y esa camiseta vieja de un grupo de rock cuyas mangas se había remangado hasta los hombros le parecía la mujer más sexy del mundo...

Ella se acercó y cogió su cerveza. Le dio un trago largo, mientras se sentaba en el sofá donde estaba antes, sin retirar la vista de él. Esperando.

–¿Por qué crees que te ha mandado el coche?

–¿Para torturarme?

La voz de Aldara expresaba angustia y cansancio. Quiso acercarse a ella y consolarla. Pero no. Tenía que ser neutral, tenía que mantener la cabeza fría y pensar tranquilamente en los pasos a dar.

–Primero te mandó el libro con el remite de David. Ahora te manda el coche donde tuvisteis el accidente. Está claro que tu ex tiene algo que ver en este asunto.

–Eso parece, pero... ¿el qué? ¿Y por qué? David no tenía enemigos. ¿Y por qué castigarme a mí por hechos de otra persona? ¿Y tanto tiempo después de su muerte? No tiene sentido.

–Algo se nos escapa. Siento tener que preguntarte por esto pero... ¿cómo fue el accidente?

Aldara volvió a darle un trago largo a la cerveza y se encendió un cigarro.

–Volvíamos de cenar. Estábamos celebrando que, en la última eco, nos había dicho que todo estaba bien. Y ese coche...

Notó cómo la voz se le hacía un nudo en la garganta y todo su cuerpo le pidió que parara, que no le hiciera recordar más ese momento. Pero no podía. Tenían que averiguar qué era lo que se les escapaba, tenía que protegerla. Aunque primero tuviera que hacerla sufrir.

–Háblame del causante del accidente.

La vio suspirar, cerrar los ojos brevemente y volver a mirarle.

–Iba completamente borracho. Además, huía de un atraco. Se saltó el semáforo y nos llevó por delante. Él tuvo heridas importantes también. Por eso no se dio a la fuga. Quedó inconsciente.

–¿Fue a prisión?

–Sí. Estaba en libertad condicional. La perdió al momento, claro. Y a su condena se le juntaron otros tres delitos por el accidente. Tres años por matar a David y dejarme vacía.

–¿Vacía?

–En el accidente se me clavó una pieza del coche y...

No continuó. Él tampoco necesitó que lo hiciera. El dolor de sus ojos era bastante claro.

–¿Cuándo fue el accidente?

Necesitaba cambiar el tema. Al menos desviarlo.

–El 28 de noviembre.

–¿28?

–Sí, ¿por qué?

–Espera.

Se levantó y cogió sus notas. Sí. Ahí estaba. La foto de las páginas que el acosador había remarcado la frase. Al final de la página 28. Se la enseñó a Aldara. Luego se quedaron en silencio unos instantes. Eso no podía ser una casualidad.

CAPÍTULO 12: CUANDO TODO SE ACABA

Los primeros rayos de sol la acariciaron, mezclándose con el roce de las manos despistadas de Raúl sobre su espalda. Le costó reaccionar. Se giró y le miró. Desnudo a su lado. Medio dormido, medio despierto. Sería tan fácil... siempre lo había pensado. Sería tan fácil acostumbrarse a despertarse siempre a junto él. Y, sin embargo, algo le decía que eso solo sería un sueño, una hermosa fantasía.

¿Cuánto duraría esa vez? ¿Cuánto tardaría en salir huyendo? Le gustaría tener fe. Le gustaría creer que esa vez podría ser diferente, que podrían unir sus manos y seguir adelante juntos, que podrían encontrar una manera de hacer que eso funcionara.

Pero, ¿qué era eso? ¿Cómo definir su relación? ¿Y realmente era él con quien ella quería mantener una relación? Había huido de Madrid para pensar sobre qué era lo que deseaba, y si volvía o no con David. Había huido para estar sola (amorosamente hablando, claro), para echarlos de menos, para analizarse... Pero ese destino, ese maldito cabrón, volvía a jugar con ellos. ¿Eso significaría algo? O no. Quizás, simplemente, era un estúpido juego, una serie de extrañas coincidencias a las que ellos necesitaban darle un significado.

–Buenos días.

La voz de Raúl sonaba como si aún no se hubiese despertado, como si le hablara desde sus propios sueños. Había algo tan tierno en ese tono.

–Buenas. ¿Has dormido bien?

–Como un bendito. Creo que me dejaste agotado.

–Pues sí que te agotas tú pronto.

Fingió escandalizarse por su broma y el brillo pícaro que tanto le fascinaba iluminó su mirada.

–¿Conque esas tenemos? Ven aquí, que voy a tener que demostrarte cómo de rápido me agoto.

Mientras hablaba, la cogió por la cintura hasta arrastrarla debajo de su cuerpo. Se dejó llevar, entre risas. Unas risas que se acabaron cuando volvió a sentir su peso sobre ella y su erección mañanera clavándose en su ingle.

Sabía que debería pararle, que debería decirle que tenían que hablar, que tenían que aclarar qué narices era eso, qué tipo de relación era la que quería tener con ella. Pero cuando empezó a besarle el cuello, se olvidó de todo. O, más bien, quiso olvidarlo todo. No pensar. No comerse inútilmente la cabeza y, simplemente, vivir.

Quizás era eso lo que tenía que hacer. Dejar de darle vueltas a todo. ¿Qué más daba lo que pasara el mes siguiente, la semana o, incluso, el día siguiente? ¿Qué importaba el futuro si no vivía el presente?

Y ese presente le encantaba. Las manos y la boca de Raúl recorriendo su cuerpo. Y cuando volvió a notarle dentro de ella. Con fuerza, con pasión. Sin delicadeza. Solo instinto. Mirándose fijamente a los ojos. Perdiéndose el uno en la mirada del otro. Sin necesidad de hablar. Sin necesidad de nada más que no fuera sentirse.

En esos momentos no necesitaba nada más. Su parte animal mandaba, la dominaba por completo. ¿Por qué no podía dejar que fuera esa parte la que siempre llevara el control? Quizás su vida fuera una

locura, pero seguro que era más divertida e intensa.

–Creo que debería irme. Mis amigos deben de estar preocupados.

Habían pasado gran parte de la mañana retozando entre las sábanas. Follaban. Descansaban. Y otra vez a la carga. No se saciaban el uno del otro. Llevaban mucho tiempo echándose de menos y querían aprovechar la oportunidad. Conociéndoles nunca se sabía si sería la última vez que iban a encontrarse en esa situación.

–Primero –se burló ella–, ¿crees que tu prima te va a dejar salir por esa puerta sin acorralarte y darte la charla? Segundo, ¿tus amigos preocupados? ¿Acaso no te conocen?

–¿Sabes que eres un bicho?

–¿He dicho algo que no sea verdad?

–Entonces, ¿cuál crees que es mi mejor opción?

–Mmmm... –Fingió darle vueltas a las cosas, como si buscara una solución que ya tenía bien clara desde el principio–. Creo que lo mejor es que no salgamos de aquí en un buen rato.

–Tú quieres exprimirme del todo...

–Señor, yo no he dicho nada de que tengamos que quedarnos aquí practicando sexo todo el rato...

–Será mi mente pervertida.

–No lo descarto.

Comenzó a hacerle cosquillas. Sus risas resonaban por las cuatro paredes. Estaba convencida que sus amigos las escucharían, tendrían que estar sordos para no hacerlo.

–Para, nos van a escuchar...

Hablaba entre risas. La cogió por la cintura y la puso sobre sus rodillas.

–Si es por eso, mejor que nos escuchen de otra manera.

–Ya está otra vez tu mente pervertida.

Le encantaba deslizar sus dedos por su cabello, enredar sus manos, tirar de sus mechones obligándola a echar la cabeza para atrás y morderle, levemente, la barbilla. Un leve gemido salió de la garganta de él y la apretó contra su cuerpo.

–Uy, creo que no es solo tu mente la que está pervertida.

–Es tu culpa. Creo que nunca me sacio de ti.

–Mejor, no quiero que lo hagas.

–¿Que haga, qué?

–Saciarte de mí.

–Nunca. Entonces –hablaba en un leve susurro, mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja– ¿qué querías que hiciéramos en vez de dejarme que te devore entera?

Se sentía tentada. No iba a negarlo. Nunca se cansaba. Eso era una auténtica locura. Con otras personas no le pasaba. Incluso había llegado momentos en los que le aburría, aunque dudaba que fuera a reconocerlo. Pero es que con Raúl siempre tenía ganas, siempre estaba preparada para el siguiente asalto.

Pero necesitaba saber si eso era solo sexo, pura química... o había algo más profundo entre los dos. Aunque, tenía que ser sincera consigo misma, no se le ocurría nada mejor que hacer en esos momentos.

–Podríamos jugar a algo...

–Al *strippóker* no podemos... Le hemos quitado la gracia desnudándonos y no pienso dejar que te vistas mientras esté aquí.

Seguía apretándola con fuerza contra su cuerpo y sentirle le desconcentraba completamente. Y, para acabar de rematar la faena, una de sus manos había ido subiendo por su cuerpo hasta llegar a uno de sus pechos, y lo apretaba y acariciaba con deseo.

–Hay muchos más juegos...

–No tengo aquí ningún dado de esos de las posturitas.

Le empezó a devorar la clavícula y el cuello. Ella no pudo evitar echar el cuerpo hacia atrás, disfrutando del placer que le producía, dejando los pechos a alcance de su boca, que no tardó en volcarse en ellos.

–Vale, dejemos los juegos... ¿Qué planes tienes para estas vacaciones?

Con la mano que tenía en su cintura la elevó levemente. Soltó el pecho que había estado acariciando con su otra mano y notó cómo dirigía su pene hacia la entrada de su sexo, jugueteando con sus labios inferiores...

–¿No moverme de esta habitación?

–Algún día tendremos que salir a comer.

–¿No puedo alimentarme de ti?

Y mientras hablaba se introdujo, de golpe, en ella que no pudo evitar soltar un gemido de placer. Vio la sonrisa socarrona que se dibujó en el rostro de él. Le encantaba saber el placer que le producía.

–¿No hemos dicho que íbamos a hacer otra cosa que no fuera esto?

Hablaba entre jadeos, mientras empezaba a moverse con él en su interior.

–No la veo a usted muy disgustada... Todo lo contrario... Además, ya le he dicho que quiero que la escuchen...

–Como si fueras capaz de hacerme gritar.

Y el desafío volvió a brillar en sus pupilas.

La había tumbado en la cama y elevado sus piernas. La penetraba con fuerza y rapidez. Y sí. Le estaba costando esfuerzo no gritar. Pero en esos momentos había una lucha de orgullos. Se miraban fijamente a los ojos. Divertidos con ese juego. Realmente les daba igual quién ganara y quién perdiera, porque el placer que estaban sintiendo era lo único que importaba.

No supo en qué momento había empezado a sonar el móvil. Ni siquiera se percató del sonido hasta que ya se hizo molesto. El móvil de Raúl, que sonaba desde el interior del bolsillo de su pantalón, parecía haberse vuelto loco. Pero ninguno paró.

–Te reclaman... Tus amigos estarán preocupados. –La burla de su voz era clara y él le dio un leve azote como reprimenda–. ¡Eh! Esas manos...

–Que me reclamen.

El móvil paró de sonar. Luego empezó a sonar de nuevo. Pero Raúl no paró. Ni siquiera miró hacia el móvil. Todo lo contrario. Incrementó el ritmo hasta el punto que la volvió loca. Tanto que tuvo que coger una almohada para ahogar su grito. Él, divertido, se la quitó.

–Tramposa.

Quiso contestarle pero no pudo. Si abría la boca acabaría dándole el placer de oírle gritar. El teléfono no paraba de sonar, martilleándole, desconcentrándole. Una cosa era ignorar una llamada y otra,

eso.

–Por favor, cógelo o apágalo o títalo por la ventana, pero que no suene más.

Habló más alto de lo que le hubiera gustado. Entre la excitación a la que él la había llevado y los nervios por el estruendo que causaba el móvil. Él sonrió con picardía y alargó la mano hacia la mesilla donde reposaba el pantalón que contenía su teléfono, sin salir de ella. Le quitó el sonido sin mirar ni quién era. Sin embargo, cuando sus ojos se posaron levemente en la pantalla, algo cambió en su rostro, algo que la alarmó, una pequeña bombillita que se le encendió.

–¿Qué pasa?

–Nada. No te preocupes.

Raúl la besó y volvió a intentar marcar un ritmo rápido. Pero no. No iba a olvidarse de esa sensación de peligro que la había invadido. Le separó de ella y se sentó en su cama.

–¿Quién era?

–Nadie importante, Aldara. Vamos, nos lo estábamos pasando bien.

No había que ser muy lista para saber qué era lo que pasaba y por qué ponía tantos reparos en decirle quién era. Negó con la cabeza. No podía creerse que volviera a pasarle.

–¿Estás con otra tía?

–No –respondió rápidamente él para luego recular–. Bueno, no es nada serio.

–Joder, ya estamos otra vez. ¿A qué llamas tú “nada serio”? Porque yo a los tíos con los que no tengo algo serio no les llamo con tanta insistencia... Ni aunque lo tuviera.

–Aldara, vamos. –Se aproximó de nuevo a ella para empezar a recorrerle el cuello con sus besos–. Estoy aquí, ¿no?

–¿Perdona? –Le separó de golpe– ¿Tengo que darte las gracias por concederme el honor de estar en mi cama follándome?

–Joder, Aldara, no me refería a eso.

–Entonces, ¿a qué demonios te refieres?

Calló. No dijo nada. Abrió la boca como si fuera a confesarse, pero las palabras murieron mucho antes de ser pronunciadas. Y ella se quedó sin saber si era por pura cobardía o porque no tenía ninguna excusa, nada qué decir para no seguir metiendo la pata.

Se levantó de la cama y empezó a buscar su ropa. El enfado iba creciendo en su interior. ¿Por qué narices dejaba que él la influyera de tal manera? ¿Y qué más daba si él estaba con otra? ¿Realmente esperaba que fuera un monje de clausura? ¿Qué se esperaba? Y se acordó de David. Quizás estaba siendo injusta. Ella misma estaba pensando si volver o no con su ex. Pero no había empezado nada con otra persona hasta que aclarara sus sentimientos, hasta que le olvidara del todo.

Aunque, claro, no podía pedirle a él que fuera igual. Pero no podía evitar que le doliera. Porque, por mucho que él dijera que no era nada serio... tantas llamadas, tanta insistencia... O le mentía o le había dado falsas esperanzas a esa chica.

–Pero, ¿en serio te vas a enfadar porque me llame una chica? Me echaste de tu casa.

–Yo no te eché de mi casa. Te dije que cuando realmente quisieras estar conmigo, que volvieras. Te fuiste y nunca más volviste. Y dime... ¿cuánto tardaste en buscarme una sustituta? ¿Cuánto tardaste en tirarte a otra?

Otra vez silencio. Se puso su ropa interior y un pantalón corto que reposaba en una de las sillas. Él se levantó y se acercó a ella, rodeándole, por detrás, la cintura con los brazos, y hundió la cabeza en su cabello. Notó cómo aspiraba su olor, cómo se perdía en ese abrazo, y ella se sintió tentada, muy tentada, a dejarse llevar por todos los sentimientos que la inundaban.

–Aldara, te he echado de menos. Dime que tú a mí no...

–Esa no es la cuestión.

–Vamos, Aldara, estoy aquí... Contigo.

–¿Por cuánto tiempo?

Se volvió y le miró fijamente.

–¿Qué me estás pidiendo?

–Colócate los huevos otra vez en su sitio, que no te estoy pidiendo matrimonio ni nada por el estilo.

–En serio, Aldara, no puedo comprender qué es lo que te pasa.

–Pues no es tan complicado. Mientras yo te estuve esperando tú ya estabas tirándote a otra. Y vienes, reapareces en mi vida y, mientras estamos follando, no para de llamarte otra tía. ¿Cómo quieres que me sienta? Realmente llegué a crearme la excusa de Miguel. Pero no, simplemente era eso, una excusa.

Se aguantaba las lágrimas. Necesitaba aparentar más dureza de la que sentía. Necesitaba que él no viera claramente cómo estaba de rota por dentro. Aunque solo fuera por orgullo.

–No era una excusa. Pero es que no debería ser tan difícil. Cuando te digo que te he echado de menos es verdad, cuando te digo que no paro de pensar en ti es verdad. Pero...

–¿Pero qué?

–Pues eso, que debería ser fácil.

–¿Fácil? La vida no es fácil. Las cosas que merecen la pena no son fáciles. Pero ese es tu problema... Cuando ves algún escollo, sales huyendo.

–Para ti es fácil. Nunca has arriesgado nada que realmente te importara. Yo he estado a punto de perder a mi mejor amigo.

–Mira dónde estás. Piensa un momento en quién está al otro lado de esa puerta. ¿Crees que si tú y yo empezamos algo, si sale mal y la cago, tu prima, como es lógico, no te guardará fidelidad a ti? ¿Crees que mi amistad con ella no se vería afectada? Joder, la primera vez que nos acostamos fue en su boda. No me digas que yo no arriesgo nada. Porque he arriesgado hasta mi propia salud mental contigo.

Se quedaron en silencio. Mirándose. Con el ambiente cada vez más y más cargado. Y ella ya no sabía qué más decirle. Tampoco tenía claro qué era lo que sentía. ¿Qué era lo que esperaba de él? No. Por mucho que se lo hubiera repetido, por más que intentara convencerse, no era simplemente sexo, no era una atracción física por encima de lo habitual. Pero, ¿era amor? ¿Estaba enamorada de él o era, simplemente, una obsesión?

–¿Qué soy para ti Raul?

¿Estaban en ese punto? ¿Realmente le acababa de hacer esa pregunta? ¿Qué esperaba que él le respondiera?

–No lo sé. Me gustas.

–¿Te gusto como para follar de vez en cuando o como para querer conocerme mejor?

No dijo nada. Otra vez. Y ella empezaba a desesperarse. Meditó unos instantes y suspiró.

–Creo que será mejor que nos vistamos y salgamos.

–¿Vuelves a echarme?

–No. Creo que es bueno que nos despejemos, que estemos con la gente. No tenemos que aclararlo todo ahora.

Asintió en silencio, aunque se veía la duda y la incertidumbre en sus ojos. Estaba segura de que en sus ojos se leería una sensación si no igual, al menos, parecida.

Lo había decidido. Tras meditarlo mucho, tras darle mil vueltas a las cosas lo tenía por fin claro. No estaba aún segura sobre sus sentimientos hacia Raúl, pero sabía lo que quería. Y quería descubrir si ese nudo en el estómago, si esa sensación de ahogo, si esa pasión, podía llegar a ser algo más.

Y sabía que le tocaba la parte más difícil. Que él se arriesgara. Que él quisiera hacer lo mismo. Tenía bien claro lo que él sentía. Por mucho que quisiera ocultarlo, sus ojos la miraban como nadie más la había hecho. Pero luego sus palabras se perdían mucho antes de salir por su boca. ¿De qué le servía saber que sentía algo fuerte por ella si luego sus actos le contradecían? “*Debería ser más fácil*”. Y por mucho que ella había querido rebatirle ese argumento, sabía que era así. No comprendía por qué no lo era. Por qué lo complicaban todo. Quizás su destino no era estar juntos.

¿Destino? ¿Desde cuándo creía ella en el destino? ¿Y cómo no hacerlo con toda su historia? Desde su primer encuentro en aquella noche de borrachera, la vida se había empeñado en ponerle cada cierto tiempo en su camino. Algo querría decir, ¿no? ¿O era ella la que buscaba señales para justificarse a sí misma?

En el fondo todo eso le daba igual. Lo único que sabía es que quería arriesgarse. No quería pasarse la vida preguntándose qué hubiera pasado, si hubieran podido hacer que eso funcionara. Ese no era su estilo. Si no vivía entonces, si no se arriesgaba a su edad, ¿cuándo lo iba a hacer? Ahora solo tenía que buscar una técnica para que él reaccionara y, si realmente quería estar con ella, diera el paso definitivo.

Dio un trago a la botella de agua mientras observaba a Raúl haciendo el tonto en el mar, junto con los amigos de ambos. Había acabado llamando a sus amigos y se habían acercado a pasar el día con ellos. Encendió un cigarrillo mientras pensaba. Quizás podría tontear con alguno de los amigos de él. Quizás verle con otro le hiciera tener un ataque de celos y darse cuenta de que sus sentimientos eran más que una simple atracción.

Pero no, no le gustaban esas técnicas. Podía salir bien, podía hacerle reaccionar, pero también podía estallarle en la cara. Además de que no le gustaba utilizar a la gente en esos juegos. No se le daban bien. Ella era sincera, directa. Claro que nunca había tenido problemas a la hora de estar con el chico que le gustaba, nunca se había sentido tan perdida.

Pero eso era lo que tenía que hacer. Ser directa. Ser ella. Y dejarle claro que ella no quería medias tintas. Era lo que se solía decir: prefería arrepentirse de algo que había hecho, antes que de algo que no había hecho. No, no se iba a pasar media vida dándole vueltas, con el “y si...” revoloteando por su cabeza.

Tocarle pero solo lo justo. Rozarle con leves caricias. Tontear con picardía. Insinuarse pero marcando todo el rato las distancias. Tentarle. Provocarle. Y dejarle con las ganas. Y lo veía. Le conocía lo suficiente como para saber cuándo el deseo le crecía en su interior, cuando sus ojos se oscurecían por la pasión que luchaba por salir a la luz.

A ella misma le costaba no dejarse llevar. Así que decidió provocar la oportunidad para que él decidiera terminar con eso. Estaban tomando algo en una terraza. Se levantó y se fue al baño. No tenía ninguna duda. Sabía que iría detrás. No faltaría a la rutina. Y no le falló el instinto. Al salir del baño la estaba esperando, apoyado en la pared de enfrente.

–Tenemos que dejar de vernos de esta manera.

En el fondo le divertía esa actitud. Era mucho más previsible de lo que él se imaginaba.

–¿Vas a jugar mucho más conmigo?

–No sé a qué te refieres.

–¿Es por la conversación de esta mañana? ¿Me estás castigando?

–¿Por qué iba a querer castigarte?

–Aldara, sé que reaccioné mal. Joder, me pillaste desprevenido. Pasamos de estar follando a estar discutiendo.

–No tienes por qué justificarte. Tú y yo no somos nada. Solo amigos que follan.

–No es eso...

–Raúl, no te preocupes. En serio, lo comprendo. Simplemente que yo no sé si me interesa este juego. No es tu culpa. Tú nunca me has dado falsas esperanzas, nunca has prometido algo que no fueras a cumplir.

–¿Me estás dando un ultimátum?

–¿He dicho yo eso?

–Lo insinúas.

–No. Te estoy diciendo que yo necesito más y que tú...

–Yo no puedo dártelo ahora mismo.

–Ahora mismo...

Su voz se había ido debilitando al repetir las últimas palabras de Raúl. ¿Qué narices hacía? ¿Qué narices pretendía? ¿En serio se había creído que él se daría cuenta de que quería algo más con ella? ¿De que no quería perderla? Era una estúpida. Quizás fuera verdad que sentía algo por ella más de lo que le gustaría, pero aunque así fuera, no iba a reconocérselo a sí mismo. Y ella no quería estar con alguien que, simplemente, no quisiera perderla.

Se acercó a él, se puso de puntillas, le dio un leve beso en los labios e, imitando a alguna actriz de Hollywood, decidió hacer una despedida con clase.

–Pues, entonces, habrá que ver si cuando tú puedas, yo puedo. Cuídate.

Y se fue. Más rápido de lo que le hubiera gustado. Pero temía que él la parara. Que él la sujetara, le dijera algo, la besara... Y ella no estaba segura de poder controlarse. No lo había hecho nunca, no iba a empezar en ese momento a suplicarle a alguien que la quisiera.

Las tres de la mañana. Llegaba algo “contenta”. Había estado de cena con viejas amigas y luego a bailar un oco. Le dolían los pies. Se quitó los zapatos nada más entrar por la puerta. El móvil le vibró en el bolsillo de los vaqueros. ¿Quién escribía a esas horas? Esperaba que no fuera ninguno de sus amigos con alguna comedura de coco, o con que alguno había perdido las llaves de su casa o cosas por el estilo. Solo quería descansar.

“No consigo sacarte de mi cabeza”.

Todo un mazazo. Debería mandarle a la mierda. Debería pasar de él. Debería apagar el móvil y no responderle siquiera. ¿Por qué nos cuesta tanto hacer caso a la cabeza? Y no, no quería mentirse a sí misma y decir que seguía su corazón. No. Porque no era esa parte de su cuerpo la que había tomado el

control, si no una mucho más animal, mucho más instintiva. Había tomado una copa de más y echaba de menos el sexo con él.

“Quizás puedas usarlo simplemente para eso”. Suspiró. Cogió el móvil y decidió no pensar. Ya se arrepentiría de eso más tarde. O no. Quién sabía.

“Lo que te pasa es que no quieres salir de mi cama”.

No tardó mucho en responderle.

“Es verdad, te echo de menos pero también echo de menos sentirte. Tengo ganas de devorarte”.

¿Qué hacer? No eran palabras dulces, no era romanticismo. Aunque no podía evitar quedarse con el principio de la frase y ese “te echo de menos” que se le había clavado en el alma. Y su sexo palpitaba con el final del mensaje. De perdidos al río.

“Acabo de llegar a mi casa. Si llegas en quince minutos es posible que aún no me haya dormido”.

Vale. Había cedido, había caído en la tentación. Pero al menos que él tuviera que hacer un esfuerzo. Se prometió a sí misma que no iba a abrirle si llegaba más tarde del tiempo que le había marcado. No. ¿Quería volver a colarse entre sus sábanas? Pues le tocaba ir a contrarreloj. Al menos, que demostrara que realmente quería acostarse con ella. Que hiciera un maldito esfuerzo.

Llamaron al telefonillo a los trece minutos. Y tuvo que contenerse para que una sonrisa tonta no le iluminara el rostro. Abrió intentando controlar los latidos de su corazón. Y cuando se lo encontró al otro lado de su puerta, supo que eso era una mala idea.

El deseo era mucho más intenso de lo que recordaba. Esos pocos meses sin verse no habían apagado el fuego, todo lo contrario. Y al tenerlo ahí mismo, delante de ella, no pudo evitar percatarse de que llevaba la misma camiseta que la noche que le conoció. Y se odió a sí misma por recordarlo. Estaba convencida que él no recordaría lo que ella llevaba ese día.

–Buenas noches.

No le contestó. Se dio la vuelta y se fue directamente a su habitación. No quería tonterías. No quería conversación. No quería palabras. No quería frases hechas. No quería pensar. Porque si lo hacía, no le quedaría más remedio de insultarse, de decirse que se había convertido en alguien que no le gustaba, esa clase de personas que siempre había criticado.

–¿Cómo estás?

No le contestó. Se volvió hacia él y le besó. Le rodeó con sus brazos, se apretó contra él y le besó con ansia, con deseo, con pasión. Él le respondió con la misma pasión, durante unos instantes. Luego la separó levemente para acariciarle el rostro.

–Me encanta cuando me recibes así.

–Calla. Follemos.

Él la miró fijamente. Había una pregunta en sus ojos, pero no quiso ni entenderla. Ni contestarle nada. Solo quería calmar el deseo. Solo quería volver a sentirle y nada más.

Cayó sobre la almohada, exhausta, agotada. Con el sudor recorriendo su piel. La respiración agitada. Y él apoyó la cabeza a su lado. El mismo estado. Notó cómo él le acariciaba levemente la espalda. Le gustaban esos momentos de silencio, de pura intimidad. Casi le parecía mucho más estrecho ese instante que todos los anteriores.

–Tengo que irme. –Murmuró él sin muchas ganas, casi en un susurro. Y ella no fue consciente del significado de sus palabras.

–Solo un poco más... –Sus palabras fueron más bien un ronroneo, mientras volvía a aproximar sus cuerpos, en busca de calor.

–Vale... pero no puedo dormirte.

No intercambiaron ni una palabra más. Siguieron acariciándose con suavidad. Sin decir nada. Solo sintiéndose. Con los ojos cerrados. Y tenía que pasar. El sueño les encontró desnudos, abrazados. Sin darse cuenta. Sin pensar. No recordaba lo que había soñado, solo que se sentía tranquila, en paz.

Y de pronto...

–¡Joder! Me he dormido.

Abrió los ojos sin saber muy bien qué estaba pasando. Vio cómo se levantaba de golpe y empezaba a buscar su ropa con demasiada inquietud. Y lo entendió todo. Y se sintió una estúpida. Le miró con furia.

–¿Y esas prisas?

–Tengo que irme.

–¿Qué pasa? ¿Te esperan en casa?

–Aldara, yo...

–¿Tú qué? Que te mola tener a una en la cama y venir a echar un polvo conmigo porque la otra no te pone como yo. Para eso he quedado. Si me hubiera hecho caso a mí misma cuando te dije que no quería ser una muesca más en tu cabecero...

No hablaba para él. Hablaba para ella misma. Se echaba la bronca. Se odiaba.

–Te dije...

–Que sí, que no podías darme una relación. Lo que no esperaba es que me llamaras para echarme un polvo mientras estabas con otra. Y no sé por qué, porque no es la primera maldita vez que lo haces. Dios, es que ni siquiera sería la segunda vez.

–Lo has hecho aposta...

–¿El qué he hecho aposta?

–Te dije que no podía dormirte.

–¿Y te he obligado a hacerlo? Haberte ido.

–No quería hacer eso. No quería follar e irme...

–Así que quedarte un rato más era para limpiar tu conciencia y no pensar que me tratas como a una puta. O incluso peor, al menos las putas sacan algo a cambio.

Y esas palabras se quedaron flotando en el aire. Y ellos ahí quietos. Él de pie, ella sentada en la cama. Habían pasado ya por tantas escenas parecidas que carecían de sentido todas las palabras que se pudieran decir. Y ninguno de los dos parecía querer expresar nada más. Él se terminó de vestir y salió de la habitación.

–Si eso es lo que crees que eres para mí, mejor me voy.

Se fue. Salió de su casa dejando un rastro de enfado tras sus pasos. Y ella se quedó ahí. En su cama. Se refugió en sus sábanas. Se hizo un ovillo mientras notaba un extraño nudo en el estómago. Y, sin saber por qué, se echó a llorar.

Aldara estaba sentada en el sofá de su casa. El mundo había desaparecido. Todo. No sentía nada. Ni siquiera respiraba. El aire se había desvanecido. Se negaba a entrar en su cuerpo. Su corazón había dejado de latir y las manos le temblaban. Si no fuera por eso, incluso pensaría que ya no estaba en ese mundo, que había muerto y estaba en un extraño limbo.

Pero el temblor de sus dedos causaba un terremoto. Y no sabía cómo no se le caía de entre las manos el causante de todo ese caos que se había formado a su alrededor. No. No podía ser. Eso no le podía estar pasando a ella. Si siempre habían tomado precauciones. Eso tenía que ser un falso positivo. Esas dos malditas rayitas no eran verdad. No. Ella no podía estar embarazada.

Pero no era ninguna ingenua. Sabía que no existían los falsos positivos, que podía intentar engañarse a sí misma, incluso podía volverse loca y comprarse diez o cien test de embarazo. Para nada. Sabía cuál iba a ser el resultado. Esas dos malditas rayas.

Se maldijo. Y odió su maldita intuición. Esa extraña sensación con la que se había quedado después de su último polvo y bronca, y que se había empeñado en decirse que era solo por la discusión, porque no quería escuchar esa extraña voz... Ella no creía en eso. Ella era una mujer poco espiritual, muy pragmática... Hasta que le conoció a él que lo descolocó todo. Cuando se fue de su casa, otra vez, se había echado a llorar sin saber por qué. A esas alturas no era por perderle. No. Estaba convencida de que, antes o después, volverían a verse. Volverían a encontrarse. No. No había llorado por su marcha. Pero no sabía el motivo...

No lo supo hasta que, de pronto, no le bajó la regla. No necesitó esperar ni un día. Lo supo. Y se hizo el test de embarazo para intentar convencerse de que no era cierto, que era imposible que lo supiera. Y de pronto se encontraba ahí. Contemplando esas dos rayitas sin saber qué hacer.

Y tuvo ganas de vomitar. No. No eran las náuseas por el embarazo. Eran los nervios que la atormentaban. Dejo el test de embarazo a un lado y cogió su portátil. Necesitaba buscar información, necesitaba datos objetivos, necesitaba alejarse de esa realidad. Siempre había tenido claro cuál sería su posición si alguna vez le pasaba eso. Pero era teoría. Realmente nunca se lo había planteado de verdad, nunca había pensado que se podría encontrar en esa situación. Ella siempre tomaba medidas. No hacía locuras movida por la pasión. ¿Por qué narices le había tenido que fallar a ella?

Pasó horas leyendo. Horas acumulando palabras que le parecían vacías. Horas llenándose de miedos. Dos caminos se presentaban en su futuro y no sabía cuál de los dos le aterraba más. Y empezó a notar el enfado encendiéndose en su interior al recordar cómo tantas personas que no habían pasado por su situación, se atrevían a juzgar decisiones ajenas, a decir que tomaban la decisión fácil. Ella no veía ninguna opción sencilla. Ninguna que no conllevara que algo cambiara en su interior.

Suspiró y miró el móvil. Por si todo eso no fuera lo suficientemente complicado tenía que llamarle para darle la noticia. Y sí, tenía claro que la decisión final iba a ser suya, pero él también había participado en la parte divertida. Al menos, podía no pasar por eso sola. Pero temía la reacción de Raúl. ¿Y si la dejaba sola con todo eso? ¿Y si insinuaba que podía ser de otro? ¿Y si no aceptaba su decisión? Aún no sabía qué hacer y estaba convencida de que le sentaría mal que él quisiera imponerle alguna de las dos opciones.

Suspiró. Se levantó del sofá. Paseó por el salón. Se fue a la cocina. Abrió el frigorífico. Miró la cerveza. Volvió a cerrarlo. Y marcó su número. No iba a darle más vueltas. Eso tenía que ser como quitarse una tirita. De golpe. Sin pensar.

Un toque, dos, tres, cuatro, cinco... Y el maldito contestador. Pensó en dejarle un mensaje pero odiaba esas malditas máquinas. Colgó y se quedó mirando el móvil. No quería parecer una pesada ni una acosadora, pero necesitaba hablar con él. Necesitaba saber qué podía esperar de él y tomar la mejor decisión posible. ¿Existía la opción correcta? Lo dudaba.

Volvió a llamar. Y otra vez se repitió la misma secuencia. Caminó de nuevo hacia el salón. Ya no pensaba. Si lo hiciera no le hubiera vuelto a llamar por tercera vez. Pero según le llamaba, según iba sonando el maldito contestador, la bofetada de realidad que representaban esas dos rayitas se hacía más y más grande. No contestó tampoco a la tercera llamada y tiró el móvil al sofá. ¿Dónde narices había dejado el tabaco? Estaba al borde de un ataque de ansiedad y necesitaba algo que la ayudase a calmarse. De pronto, el móvil empezó a sonar. Lo cogió. Raúl. Suspiró y descolgó. Sin embargo él no le dejó ni comenzar a hablar.

–Aldara, ahora no puedo hablar. Tres llamadas me parecen demasiado.

Intentó tragar aire y no gritarle en ese mismo momento.

–Raúl, necesito hablar contigo.

Quería decírselo cara a cara. Había cosas que era mejor no hacer por teléfono. El guardó silencio unos segundos, le oyó suspirar para luego poner su voz más fría.

–Aldara, lo he estado pensando. Buscamos cosas diferentes. Creo que lo mejor es que no volvamos a vernos.

Algo se rompió en su interior e, instintivamente, se llevó su mano libre a la tripa.

–Raúl, es importante.

–Sé lo que me vas a decir.

–Lo dudo.

–Sí. Que no te importa que tengamos una relación libre, que no me quieres atar y todo eso. Pero los dos sabemos que no es cierto, que buscas algo más y que yo no puedo dártelo. Es lo mejor para los dos. Borra mi número. Yo haré lo mismo con el tuyo en cuanto cuelgue.

Notó las lágrimas recorriendo su rostro. Silenciosas. Corrosivas. ¿Qué mierdas le decía tras ese discurso frío y cruel? Le daban ganas de gritarle, de decirle de todo, pero su voz salió débil e insegura, templada por las lágrimas.

–Te estás confundiendo.

–No Aldara, es lo mejor... –Hubo un leve silencio y luego soltó otra de sus bombas–. Yo no quiero estar más contigo. Estoy con alguien y soy mucho más feliz así. Adiós, Aldara.

Y no esperó a que ella dijera nada más. Le colgó. Y ella se quedó un rato quieta, de pie, con el teléfono en la oreja, escuchando el vacío. Luego volvió a tirar el móvil al sofá. Se acercó y volvió a cogerlo. Tecléo un breve mensaje.

“Estoy embarazada, imbécil”

Lo borró. No. Prefería pasar por eso sola que con un tío que sería capaz de pensar que se lo decía para retenerlo. Ya lo decía el refrán *“más vale sola que mal acompañada”*. Borró el mensaje. Se fue a la lista de contactos, buscó su nombre... Eliminar. Le dolió en el alma. Y mientras lo hacía no podía parar de llorar. No. Ella no iba a soportar esa condescendencia, esa prepotencia. Se merecía mucho más. Fue a la lista de llamadas y la borró por completo. Eliminó también todas sus conversaciones de whatsapp. Y en cada clic que hacía en su móvil, algo se rompía en su interior.

Y no pudo evitar pensar que Raúl, tal y como había entrado en su vida, se iba. Lo fácil que era eliminar virtualmente a alguien y lo difícil que era borrarlo de nuestra mente y nuestro corazón. Y ahora a

ella le tocaba decidir si lo eliminaba o no de su interior. Y no... Ninguna de las opciones era la correcta.

CAPÍTULO 13: EL INFORME

Observó a Aldara en silencio. Andaba de un lado a otro del salón sin parar de fumar. La miró deambular, sumergida en sus pensamientos, perdida dentro de sí misma. Desde el principio de esa extraña historia, había tenido la sensación de que David tenía algo que ver. No sabía por qué. Podría llamarlo intuición o, simplemente, experiencia. Pero ahí estaba.

Y en esos momentos les tocaba echar los años atrás y recordar todos los detalles de esa noche y los días siguientes. Y aunque sabía que el tiempo iba en su contra, tampoco podía meterla prisa.

Se levantó de su sofá, se aproximó a ella y le dio un leve beso en el pelo. La mirada de Aldara parecía vacía. No estaba ahí. Estaba en otro mundo. Suponía que en su pasado.

–Voy a por una cerveza. Tranquila.

La dejó en el salón con esa excusa. Necesitaba llamar por teléfono. Si algo había aprendido en ese negocio era que tenía que tener contactos en todas partes. Y le tocaba tirar de uno de ellos.

–Hola cabrón, ya decía yo que llevabas mucho tiempo sin dar señales de vida. Por cierto, me debes quince pavos.

–No recuerdo yo eso.

–Tú solo recuerdas lo que te apetece... A ver, si no es para devolverme mi dinero, ¿a qué debo el honor de tu llamada?

–Necesito un favor.

–Miedo me dan tus favores, ¿qué necesitas?

–El expediente de un caso. Se trata de un accidente de tráfico de hace tres años.

–Como no me des más datos.

Se rio y le explicó todo el problema a su amigo. Él le escuchó en silencio. Luego le echó la bronca por seguir investigando por su cuenta y, al final, quedó en mandarle toda la información que encontrara en diez minutos.

–Gracias. Te debo una.

–Me debes quince euros.

Se despidió de él con una carcajada, cogió un par de cervezas y volvió al salón. Aldara se había sentado en el sofá y miraba en su dirección.

–¿Qué piensas?

¿Para qué iba a andarse por las ramas? Le dejó su cerveza encima de la mesa y se sentó a su lado, en el sofá. No dijo nada. Abrió su portátil y miró su correo para comprobar si ya le había llegado la información que esperaba. Todavía no.

–Le he pedido a un conocido que me pase el informe del accidente.

Ella le dio un trago largo a su cerveza sin dejar de mirarle. Ya estaba otra vez ahí esa máscara de frialdad. Sabía que no diría nada. Solo escucharía.

–Dijiste que, a raíz del accidente, el causante volvió a la cárcel. ¿Supiste algo más de él en estos años? ¿Sabes cuándo salía?

–No. No quise saber nada. Una vez que acabó todo el proceso, me desvinculé de todo. No quise saber nada. No quería tener nada que ver con toda esa historia, solo me hacía daño. Y no podía seguir revolcándome en el dolor. Y, por mucho que él estuviera en la cárcel, no me devolvía lo que perdí. Y sobre cuándo salía... Ni idea. Me aseguraron que pasaría mucho tiempo entre rejas y no quise saber nada más. Mi abogado me dijo que, si quería, me avisaría cuando lo hiciera, y le dije que no. Ya no ganaría nada con eso. Todo lo contrario.

–Me parece muy sensato.

–Bueno, tú lo llamas sensatez, otros dijeron que era frialdad e insensibilidad.

–¿Quién te dijo eso?

–La familia de David. Pero no empieces ahora a sospechar de ellos. Habían perdido a su hijo, a su sobrino...

–¿Sigues manteniendo contacto con ellos?

–No mucho. Cuando pasó todo me encerré en mí misma. Luego, el verles, me hacía recordar demasiadas cosas y, al final, también me di cuenta de que yo, de alguna manera, les recordaba todo lo que habían perdido.

–¿Crees que te culpan de lo que pasó?

–No.

La voz de Aldara sonó dura y cortante. Sabía perfectamente por dónde iban sus preguntas y estaba claro que no le gustaban sus insinuaciones. Pero él tenía que descartar todas las posibles opciones. Aunque algunas no le gustaran.

Un leve pitido procedente de su ordenador captó su atención. Le había llegado el *email* que esperaba. Lo abrió. Aldara se acercó aún más a él para leerlo. No sabía si era lo más conveniente. Quizás, lo que pudiera leer ahí, le haría aún más daño. Pero sabía que era inútil decirle que no lo hiciera.

Su amigo le había pasado toda la información posible. Desde el primer parte del accidente, el parte médico de Aldara, declaraciones de testigos, fotos... hasta la transcripción del juicio y la sentencia. Y, por último, el expediente del hijo de puta (no tenía otras palabras para definirlo) que tanto daño le había causado a Aldara. Tenía un nombre de lo más común, Carlos Muñoz, y la foto que acompañaba a su ficha era el de una persona que nunca te llamaría la atención. En su imaginación, su rostro era más parecido a los típicos malos de las películas. Esos que, cuanto los ves por primera vez en escena, sabes que no son trigo limpio. Este ni siquiera llegaba a eso. Toda una decepción.

Eso sí, el muchacho (por llamarle de alguna manera, ya que debía de pasar los cincuenta años, y de largo) tenía un amplio historial delictivo. Desde robos, tráfico de estupefacientes... hasta el accidente. Y, de pronto, un apunte al final llamó su atención. Ella también lo vio y se lo señaló con el dedo. Luego lo miró fijamente. Definitivamente eso no se lo esperaba.

–Está muerto.

No estaba seguro de si ella lo había dicho para informarle a él o para creérselo ella misma. Pasó al siguiente informe. Sí. Ahí estaba la autopsia. Aldara retiró la vista al ver las fotografías. No le sorprendió el motivo del fallecimiento. Sobredosis. La facilidad con la que los presos podían conseguir drogas dentro de la cárcel era alarmante. Claro que la versión oficial sería que murió de un infarto o algo parecido. ¿Qué gobierno iba a atreverse a reconocer que en sus prisiones había más tráfico de drogas que en las propias calles?

–¿Y ahora?

–No lo sé.

–Genial...

Comprendía la ironía, comprendía su cabreo, comprendía que se desesperara... Y no tenía claro

cómo podía tranquilizarla. Se levantó, se dirigió a una de las paredes de su salón y quitó el cuadro que la adornaba. Notaba la mirada extrañada de Aldara.

–¿Qué haces?

–Vamos a crear nuestro propio tablón de pistas. ¿Me ayudas?

–Luego era yo la que había visto muchos capítulos de *Mentes Criminales*.

Se rio. Y su risa se llevó un poco ese ambiente de desolación que se había adueñado de la habitación y de sus sentidos.

Observó a Aldara. Se había quedado dormida en el sofá. Buscó una manta y la tapó. Habían llenado toda la pared con las fotos, había imprimido varios de los papeles que le acababan de pasar y los habían puesto también. El agotamiento había acabado ganándole la batalla. Quizás debería despertarla para que fuera a la cama o, quizás, podría intentar llevarla en brazos hasta allí. Pero le daba miedo despertarla y que, del susto, se le cayera.

Sabía que tenía que llamar a Luis, que tenía que informarle de todas sus sospechas y de lo que habían averiguado. Pero, ¿realmente habían averiguado algo que no pudiera saber ya la policía? Cada vez estaba más claro que el pasado de Aldara era el centro de toda esa locura, que la clave para encontrar al culpable de toda esa historia se encontraba en aquel día en que David les había dejado. Pero la muerte del culpable le dejaba descolocado. Y ella se negaba a que cualquiera de la familia de David fuera investigado. Él no podía descartarlos tan de golpe. ¿Y qué pasaba con su jefe? Aldara le había confesado que era el mejor amigo de David. ¿La culparía de que su amigo ya no estuviera con ellos? ¿Y cómo investigar a su jefe?

Lo cierto era que tenía una posición envidiable. Podía haber supuesto que ella le acabaría pidiendo ayuda. Y así tenerla controlada. Así podría manejar los pasos que ella daba... Lo que no habría supuesto era que él tuviera un pasado con ella y que no iba a permitir, por encima de todo, que la volvieran a hacer daño.

Era duro sospechar de su jefe. Le caía bien. Con sus virtudes y defectos, era un buen tío. Siempre le había tratado bien, pero en esos momentos desconfiaba de todo el mundo. Y solo veía una manera de quitarse todas las dudas. Cogió su portátil, los cascos y se sentó en la mesa del comedor. Abrió el skype, deseando que quien buscaba estuviera disponible. Suponía que sí. Era una pequeña adicta. Estaba seguro de que hasta cuando estaba en la ducha seguía conectada a su ordenador.

Lucía era una de esas adolescentes con un don increíble para los ordenadores. También ayudaba que sus padres siempre se habían movido en ese mundo, haciendo siempre equilibrios entre el bien y el mal. Trabajando para empresas que necesitaban comprobar la seguridad de sus sistemas. Lucía, en plena adolescencia prefería más el lado oscuro. Sus principios eran más radicales, como suelen serlos a su edad. La había conocido un año antes, cuando investigaba un caso. Y en esa locura adolescente se había metido en un par de líos que le podían haber complicado la vida. Desde que él la echó una mano para solucionar esos asuntos, se había convertido en su confesor. Y, de vez en cuando, le ayudaba a encontrar datos que, de otra manera, no le sería posible.

Sí. Ahí estaba. Seguramente en su habitación, con las luces apagadas y sentada en su cama para que sus padres no vieran la claridad. ¡Cómo si no lo supieran! Era divertido ver cómo los adolescentes se creían que engañaban a sus padres, que estos no se daban cuenta de lo que sus hijos hacían. No caían en que, antes de ser sus progenitores, habían sido niños, adolescentes, jóvenes... Pero, bueno, de eso solo se

darían cuenta cuando crecieran.

–¿No deberías estar durmiendo a estas horas?

–Sí, papi, pero estoy a la caza de un...

–Creo que prefiero no saber en lo que estás metida ahora mismo.

–Pues yo creo que a ti te interesaría. Quizás hasta podrías ayudarme. Aunque supongo que vienes a pedirme ayuda. ¿O me confundo?

–No.

Le explicó toda la historia. Sabía que podía confiar en ella. Y también que era mejor contarle todos los detalles. Antes o después lo averiguaría. Ella escuchaba atenta. Ni una sola broma. No le interrumpió ni una sola vez.

–Me pondré con ello ahora mismo. Mañana por la mañana tendrás todo lo que haya de ellos en la red. Solo con una condición.

–¿Cuál?

–Primero, que te vayas ya a dormir y, segundo, quiero sus dos libros dedicados.

–Eso son dos condiciones.

–Nunca fui de números. Buenas noches.

Se rio y apagó el ordenador. Aldara seguía durmiendo en el sofá. Y él se moría de ganas de tumbarse a su lado y dormir abrazado a ella, pero sabía que no debía. Tenía que alejar sus deseos y sentimientos de toda esa historia, hasta que el responsable de esa locura pagara por lo que estaba haciendo. Entonces, y solo entonces, podrían intentarlo realmente.

Se levantó y, tras un último vistazo, se fue a su habitación; sin poder evitar saber (incluso sentir) que ella dormía a unos metros de distancia de su cama.

Le despertó el sonido de la ducha y le costó recordar todo lo que había pasado en esos últimos días, incluso le costó recordar que era Aldara la que estaba bajo ese agua que corría. Tuvo que vencer la tentación de colarse en el baño y ayudarla a enjabonarse. Se preguntó si sería bienvenido o si le echaría.

Unas horas antes estaban besándose, unas horas antes parecía que todo iba a salir bien, que todo empezaba a tener un sentido. Que, tantos años después, habían conseguido llegar al mismo punto en el mismo momento. Por fin parecía que se encontraban justo en el momento perfecto...

Vale, no era precisamente perfecto porque tenían un acosador que no parecía querer darse por vencido, todo lo contrario. Pero, por primera vez, no tenía miedo a estar con ella, a luchar por esa relación, a implicarse. Por fin hacía caso a toda esa parte de él que le decía que era ella. Que daba miedo, mucho, pero que ningún camino de rosas llevaba a la gloria.

Se levantó y fue directamente a la cocina. Le pareció escuchar a Aldara cantando al otro lado de la puerta del baño. Se había despertado alegre, al menos era un paso. Puso la cafetera. Le gustaba su vieja cafetera italiana. Le habían querido regalar mil veces esas máquinas de cápsulas. Y sí, reconocía que no estaban mal, que hacían un café decente, pero a él que le gustaba el café fuerte, que le gustaba el olor, le gustaba observar como subía...

Mientras se iba preparando el café, fue al salón para echarle un ojo a su ordenador. Un mensaje de Lucía. Un *link* a un archivo que debía de estar en una de esas extrañas nubes virtuales que él no acababa de manejar ni comprender. Solo sabía que eran útiles y que, si Lucía se había arriesgado a mandárselo por ahí, es que sería de las más seguras que pudieran existir.

Clic. Y ahí estaba. Una gran cantidad de archivos. El primero un vídeo. Lo puso. Lucía apareció ahí. Con su pelo alocado, sus gafas divertidas y esa sonrisa inocente.

–Hola gruñón. Supongo que ya te habrás ido a dormir. Ya sabes, si mis padres se despiertan y me pillan, pienso echarle la culpa a ti.

–¿No es demasiado joven para ti?

Aldara estaba en la puerta. Con un pantalón de chándal y una camiseta de tirantes negra. El pelo mojado. Las ojeras habían desaparecido y parecía mucho más confiada que la noche anterior.

–Es hasta ilegal. Bueno, quizás ilegal no... pero inmoral lo es un rato.

–¿Y desde cuando eso te ha importado?

–La gente cambia...

Aldara le miró fijamente. Cara de póker. Quizás analizando si en esas palabras habría un trasfondo que le interesara.

–Es una *hacker*. Le he pedido información sobre todos los relacionados con el accidente y David.

Necesitaba darle una explicación. Y era ilógico. Porque no le cabía en la cabeza que ella realmente pensara que él pudiera estar interesado o tener algo con esa niña. Pero ahí estaba, mil y una veces más, defendiéndose. Ella no dijo nada. Se encogió de hombros en un gesto de indiferencia y luego cambió de tema.

–Huele a café.

–Sí. Lo estaba haciendo.

–Ok. Voy a por él. ¿Lo sigues tomando como siempre?

–Sí. Gracias.

Ella desapareció y él se quedó mirando la ausencia que había dejado. Que ella recordase cómo tomaba el café... Algo se le encogió por dentro. Suspiró y volvió a centrarse en el vídeo. Lucía desvariaba durante un rato para, luego, explicarle, paso a paso cómo descargarse los archivos. Un manual para “*dummies*”, como decía ella entre risas.

Aldara llegó a mitad del vídeo, pero no dijo nada. Le depositó el café al lado y se sentó en el sofá, mirando en su dirección. En silencio. Con esa maldita cara de indiferencia que él sabía que no era verdad, pero que hacía dudar a cualquiera.

Empezó a abrir los archivos. Notó cómo ella fruncía el ceño al ver que hablaban sobre la familia de David. No dijo nada. Tampoco lo dijo cuando vio que había también un archivo de su jefe. Agradeció que no le dijera que ya se lo había advertido, que ya le había dicho que estaba limpio. Pero tenía que descartarlo al cien por cien. Quizás le habían movido un poco los celos, el no saber la relación que tenía con ella y, luego, la sobreprotección. No quería fiarse de nadie. Prefería pasarse a quedarse corto. Y sabía que ella, en el fondo, lo entendía.

Terminaron todos los informes de la familia y conocidos. Y se sintió aliviado. Sabía que si hubiera sido alguien cercano a David, la hubiera destrozado. Que alguien la culpabilizara de haber sobrevivido... o algo por el estilo. Hubiera sido lo que remataría todo el asunto.

Empezó con un archivo mucho más completo del conductor. Amigos, viejos compinches, familiares. Sus padres habían muerto mucho antes. Ningún socio parecía lo demasiado unido como para considerarle un sospechoso.

Aldara se revolvía en el sofá. Nerviosa. Cuantos más archivos abrían, cuantos más sospechosos descartaban, más nervios. Y se masticaba en el ambiente. Llegaron al último informe. Marcado de rojo al comienzo. De ese modo, Lucía les indicaba que creía que era el candidato apropiado, por llamarlo de alguna manera. Comenzaron a leer, en silencio. Luego se miraron fijamente. Comprendía por qué Lucía había sospechado de él. Y comprendía por qué la policía no había llegado a sospechar de él. Y no, no

quería saber cómo había llegado a dar con todos esos datos.

–Tenemos que llamar a Luis.

Y, por primera vez en mucho tiempo, Aldara no le llevó la contraria.

–No te voy a preguntar cómo has conseguido estos datos. Y tampoco voy a recordarte que no deberías haber seguido investigando.

–¿Me creerías si te dijera que me han llegado por casualidad?

Luis lo miró con sorna. Luego suspiró y leyó todo el informe que habían imprimido para remarcar los datos más importantes. Aldara se levantó y fue a por otro café. No estaba seguro de que tanta cafeína fuera bueno para esos momentos. Pero no iba a llevarle la contraria.

–Raúl, eres consciente de que la persona que ha conseguido estos datos no lo ha hecho por medios muy legales y que, en cuanto terminemos de leerlos, deberías destruirlos. También la versión digital que supongo que tienes. Y no te voy a denunciar porque intuyo la importancia que tiene este caso para ti.

–Te debo una.

–Y muy grande. Y no dudes de que me la cobraré.

No le hacía gracia tener una deuda con Luis. Era un buen policía. No podía decir lo contrario. Pero estaba convencido de que algún día le pediría que volviera a saltarse la ley por él, como él estaba haciendo en esos momentos.

–¿Y ahora?

Aldara había vuelto a entrar en el salón. No sabía si había llegado a escuchar algo.

–Ahora intentaré localizarlo. A ver si hay alguna patrulla cerca de su última dirección conocida.

–¿Y?

La hostilidad de ella era patente. Ni trataba de disimularlo.

–Tenemos el punto favorable de que dudo que sepa dónde estás alojada. Y ya sabemos quién es. Por primera vez en toda esta historia vamos por delante.

–Así que me toca seguir esperando, ¿no? Sin saber hasta cuándo.

–¿Se te ocurre alguna opción mejor?

No. Definitivamente Luis y Aldara no se llevaban nada bien. Y cada uno de los dos tenía su parte de razón. Y él siempre había odiado hacer de mediador. No se le daba nada bien.

–Te hemos dado al sospechoso. Si quieres lo detenemos también.

–Teniendo en cuenta la manera en que lo habéis conseguido... No deberías provocarme tanto.

–¿Me estás amenazando?

–Solo te recuerdo lo que habéis hecho. No es una amenaza.

–Bueno, pues espero que tampoco te tomes como amenaza el hecho de que yo tenga una columna en un dominical, en la que seguro quedaría muy bien el tema de la policía yendo a la zaga de un *hacker* cualquiera...

–¡Basta ya! Parecéis dos críos. Y os recuerdo que estamos en el mismo equipo. Aldara, comprendo que no te fíes de la policía, pero por mucho que ellos quieran, hay unos pasos que tienen que dar. Esto no es una película de Hollywood en la que los policías hacen lo que quieren. Por suerte.

Los dos refunfuñaron como si fueran dos críos a los que el profesor les acabara de echar la bronca. Y se quedó con las ganas de decirles que se dieran la mano como en el colegio. Luis se levantó del sofá, hizo una foto a la imagen del sospechoso y se puso a hacer llamadas. Aldara se encendió un

cigarrillo mientras miraba por la ventana. Y él sintió ganas de reírse.

–Bien, ya tienen todos la foto. Se ha establecido una alarma en todas las patrullas. Igualmente, yo mismo y mi compañero nos quedaremos por aquí cerca; también he pedido a otros compañeros que vigilen el hotel donde supuestamente te alojas. Daremos pronto con él.

Aldara simplemente asintió. Todo un paso para ella.

–Quizás Raúl debería también pasar por el hotel en algún momento. Estar un rato en la habitación... Si no, acabará sospechando que no estoy ahí.

–Me parece una buena idea.

A él, no mucho. No quería dejarla sola. Le daba pánico. Pero la lógica le decía que tenía que hacer lo que habían propuesto. Y eso que un mal presentimiento le dominaba.

A media tarde se fue al hotel, mirando a todos lados. Ahora que ya sabía qué cara tenía, le parecía verle en todas partes. Pero si estaba ahí, si le estaba esperando, si le estaba vigilando, él no lo vio.

Fue directo a la habitación. Entró, sin poder dejar de atisbar a cada lado. Se desquició un rato, dando vueltas por la habitación. No podía irse al momento, sospecharía. Se tumbó un rato en la cama, encendió la tele, llamó a Luis para ver si había novedad. Nada. Decidió llamar al servicio de habitaciones, pidió algo de comida. Poco. Simplemente para que vieran movimiento.

Anocheía cuando salió de la habitación. Fingió hablar con ella, como si estuviera dentro. Se sintió un poco estúpido. Y luego, directo a su casa. En cuanto cogió el coche, el mal presentimiento volvió a invadirle. No sabía qué era. Pero algo en su interior le decía que corriera, que no era allí donde tenía que estar.

Y corrió. Más de lo que debería. Rezando porque ningún policía le parara. Blasfemando en cada semáforo en rojo. Llegó a su casa. Agradeció tener garaje y no tener que perder tiempo buscando aparcamiento. El ascensor le pareció que tardó una eternidad.

Entró en su casa llamándola. Nadie contestó. Recorrió cada una de las estancias. Nada. ¿Qué mierdas pasaba ahí? La puerta no estaba forzada. Había tenido que irse ella voluntariamente. La llamó por teléfono. Apagado o fuera de cobertura. ¿Dónde narices se había metido? Y, de pronto, algo le llamó la atención.

Su ordenador portátil no estaba donde él lo había dejado. No. Estaba abierto encima de la cama de Aldara. ¿Qué había hecho? Le sorprendió encontrar el Facebook abierto. Y de pronto se temió lo peor. Y sí. Ahí estaba. En su perfil. La bomba. Aldara se había cansado de esperar.

“Hace tres años un desalmado acabó con la vida de mi pareja y del bebé que crecía en mi interior. De un golpe. Arrasó nuestro coche mientras huía, borracho, de la policía tras cometer un atraco. Han sido años muy duros como podréis imaginar. Ahora, cuando poco a poco intento seguir adelante, refugiada en mis libros, un malnacido se dedica a acosarme, porque debe ser que esa noche debí haber muerto yo también o ni idea de lo que pasa por su mente trastornada. No lo sé. Lo único que sé es que es un cobarde que, oculto entre las sombras, quiere asustarme, quiere “torturarme”. Pues ya no te tengo miedo. Si quieres, ya sabes dónde estoy. Da la maldita cara de una vez. Te espero donde todo comenzó.”

CAPÍTULO 14: DONDE TODO COMENZÓ

Miró la hora de la publicación. Mierda. No habían pasado ni diez minutos. Si no se hubiera retrasado tanto, si hubiera tardado menos... La hubiera pillado antes de que se hubiera escapado... Él no se movía mucho en las redes sociales. Culpa de su trabajo. Veía cómo tanta gente exponía su vida, dejándoles una puerta enorme a los acosadores y perversos. También comprendía que era algo que la gente necesitaba. Buscar un contacto más allá de lo que le rodeaba, conocer gente que, de otro modo, no conocería...

Vio que el perfil de Aldara seguía abierto. No lo dudó. Quizás él aún no lo había visto. Dio a eliminar. Le hizo gracia cuando le preguntó si estaba seguro. Lo que no se esperaba era dudar, durante unos segundos. Pero sí. Tenía que quitarlo. Eliminado.

A los dos minutos recibió la llamada que esperaba. Luis estaba furioso. Y lo comprendía. Él mismo lo estaba.

–¿Qué coño ha hecho? ¿Quiere ponerse en peligro a sí misma? ¿Cree que así se solucionan las cosas?

–No sé lo que se le está pasando por la cabeza. Creo que está agotada. Que no puede más.

–Es una inconsciente. Deberías haberla tenido vigilada todo el tiempo.

–Tú estuviste de acuerdo con que fuera a hacer el paripé al hotel. ¿Qué querías? ¿Qué la atara a la cama? Joder, si os hubierais dado un poco más de prisa en localizar al acosador, si la hubierais creído la primera vez que acudió a vosotros...

Paró. Así no iban a ninguna parte. Tenían que relajarse y pensar dónde narices estaría Aldara. Luis pareció pensar lo mismo. El silencio lo llenó todo durante unos instantes y luego...

–¿Dónde crees que puede haber ido? ¿A qué se refiere con “donde todo empezó”?

–Creo que es claro... El lugar del accidente.

No podía ser otro sitio. Aldara había ido a enfrentarse a sus propios fantasmas del pasado y del presente. Y no le extrañaba. Se echaba la culpa. Tenía que haberlo previsto. La conocía. Sabía que no era de las que se quedaban quietas. Sabía que se iba a cansar de esperar. Que no iba a aguantar en esa “prisión preventiva” a la que la estaba sometiendo...

–Creo que no estoy lejos.

–Nos vemos allí.

–No. Ni se te ocurra.

–Voy a ir. Podemos pasarnos tres horas discutiendo y poniendo a Aldara en más peligro o asumir que no voy a quedarme en casa esperando.

Un silencio que se le hizo eterno y que, seguramente, solo duró unas milésimas de segundo.

–Vale. Pero me llamas cuando llegues. No intervengas. No quiero tonterías.

Y ahí se acabó la conversación. Tampoco tenían mucho más que decirse y el tiempo corría en su contra. Joder, Aldara. Eso no era propio de ella. ¿Por qué se había puesto en riesgo aposta? Cogió de nuevo su abrigo y salió de casa. Solo esperaba llegar a tiempo.

Aparcó el coche en una calle de al lado y fue andando. Hacía una mala noche, las nubes amenazaban con precipitar todo un infierno sobre Madrid. No podía ser de otro modo. No, claro. ¿Para qué iba a ser una noche cálida y luminosa que invitara a la gente a salir, a pasear, a no salir corriendo hacia sus casas? Mejor así. Oscura, fría y solitaria... No fuera a ponérselo algo difícil al acosador.

Llegó a una de las esquinas del cruce, se le encogió el estómago al pensar en lo que, años atrás habría pasado en ese mismo lugar. Se imaginó a Aldara, encerrada en ese coche, con una pieza clavada en su cuerpo, viendo morir a su pareja, temiendo por su vida y por la de su bebé... Y pensó en que, si para él era complicado estar ahí, no quería ni pensar en todos los sentimientos que deberían de invadirle a ella. Marcó el número de Luis, que le contestó casi al segundo.

–Ya estoy aquí

–¿Tienes auriculares? Póntelos. No quiero ningún ruido que pueda ponerle sobre aviso de que estamos aquí. ¿Dónde estás? No quiero que te muevas de donde estés.

–Ok.

–Raúl, hablo en serio. Si quieres que salga ilesa y que le detengamos, déjanos actuar a nosotros. No cortes la llamada. Y pase lo que pase quédate escondido.

Como si fuera tan fácil. Se aproximó un poco más a la esquina para echar un vistazo. Vio a Aldara entre las sombras. Llevaba un pequeño ramo de flores. No conseguía ver qué tipo de flores, solo que eran oscuras. Estaba desconcertada. ¿Para qué narices llevaba flores para encontrarse con su acosador? Ni que eso fuera una cita. Cada día comprendía menos a esa chica. La vio acercarse a una de las esquinas, agacharse y dejar las flores en el suelo, apoyándolas en la pared. Lo comprendió. Ahí debió de ser donde acabó estampado el coche.

Una parte de él, la sensata, la racional, le decía que debería ir adonde estaba y convencerla de que se fueran de ahí. Debían irse antes de que llegara. Pero había tanta carga emocional en ese momento. Sabía que Aldara no era nada religiosa, que no creía en una vida más allá. Pero tenía la sensación de que Aldara se estaba despidiendo de David.

Además, Luis tenía razón. Ya que habían llegado a ese punto, ya que Aldara había cometido esa locura... Al menos detenerle. ¿Y si no lo había leído? ¿Y si lo había borrado antes de que lo hubiera leído? Sí... En esos momentos lo único que quería era cogerla y llevarla lejos de todo peligro, pero, por fin, llevaban ellos la batuta. Por fin marcaban ellos el camino. Aunque el cebo fuera ella.

Se sentó en un banco desde el que tenía una buena visión de Aldara, se encendió un cigarrillo y fingió cotillear algo en el móvil. Odiaba esperar. Sin saber cuánto tiempo tendría que estar ahí. Sin saber por dónde aparecería. Sin saber siquiera si aparecería. ¿Y qué pasaría si el susodicho decidía aparecer por su calle? Le tenía fichado. Si le veía antes que él, saldría huyendo. No. Definitivamente ese no era un buen plan. Pero claro... Tampoco es que Aldara se lo hubiera puesto fácil.

Decidió mandarle un mensaje a Aldara. Quería que se relajara. Que supiera que no estaba sola.

“Tranquila. Estamos aquí. No dejaré que te haga nada”.

–Te agradecería que no teclearas en mi oído.

Se había olvidado de que Luis estaba al otro lado del teléfono. No pudo evitar sonreír. Al menos se relajó un poco en medio de toda esa tensión.

El cielo rugió. Esperaba que no lloviera. Su posición en ese lugar sería aún más sospechosa.

Le faltaba el aire. Le temblaban las manos. Encendió un cigarrillo. Empezaba a darse cuenta de la locura que había cometido. Si se hubiera parado a pensarlo... ¿Desde cuándo ella hacía esas malditas tonterías? ¿Por qué se había hecho la valiente? ¿Qué le había llevado a mandar ese mensaje? Quería acabar con todo. Estaba tan cansada, y después de ver quién era el que andaba detrás de todo... No podía odiarle. Podía comprender sus motivos. Pero ella no era la culpable de lo que pasó aquella noche, no. Ya había pasado por eso. Ya lo había superado.

Le vibró el móvil en el bolsillo. Raúl. Suspiró. Se sintió aliviada. Temía que no se percatara del ordenador, que no viera el mensaje... Sabía que él lo entendería. Que iría ahí. El plural le indicaba que, al menos Luis, también estaba ahí. Miró a su alrededor. No les veía. Suponía que esa era la idea.

Un grupo de chicos hablando a gritos, riendo y disfrutando se acercó a donde estaba ella. Echaba de menos esa época, cuando sus mayores problemas eran que le rompieran el corazón.

–Deberías quedarte quieta.

No lo había visto venir. Y de pronto notó algo afilado en su cuello. Había llegado hasta ella oculto en el grupo de chicos. La había rodeado por los hombros como si la conociera. Sintió como el cigarrillo se le resbalaba de entre los dedos.

–¿Dónde están? ¿Tienes micro?

–Tú has visto demasiadas películas.

Quizás no debería provocarle. No podía evitarlo. No era mucho más alto que ella y, por mucho que quisiera parecer un tío duro, notaba cómo le temblaba la mano que la rodeaba.

–¿Por qué no bajas ese cuchillo y hablamos?

–¿Hablar? ¿Acaso tú quisiste hablar antes? ¿Acaso a ti te importó en algún momento lo que le pasó a mi padre?

En su enfado, llevando la contraria a lo que estaba diciendo, había retirado el cuchillo de su cuello y la había empujado contra la pared. Sin embargo, rápidamente, volvió a cogerla del brazo para evitar que se alejara.

Y por primera vez pudo mirarle a los ojos. Era un niño asustado. Parecía mucho más joven en persona que en la foto. Había algo de vulnerabilidad en su mirada. Y se dio cuenta de que le sonaba de algo. No sabía de qué. Pero no era la primera vez que le veía.

–Yo te conozco...

–¡Anda, mira, la gran escritora se fija en los meros repartidores! Qué honor.

Y entonces, como una pequeña iluminación, varias imágenes habían recorrido su mente. Le vio vestido con uno de esos uniformes de una empresa de mensajería que solían ir por la editorial. La imagen de unos papeles cayendo al suelo cuando huía del despacho de Laura le invadió. Y muchos más encuentros casuales empezaron a volver a su cabeza. Incluso alguna vez le había llevado algunos libros a su propia casa. Y un escalofrío le recorrió el cuerpo al darse cuenta de que, si hubiera querido, en esa ocasión, podría haberle hecho mucho daño... ¿Por qué no lo había hecho entonces? ¿Por qué esperar? ¿Por qué no ir directamente a por ella y dedicarse a mandarle notitas?

–Estuviste en mi casa... ¿Por qué has esperado? ¿Por qué ahora? ¿Por qué las notas?

–Hubiera sido demasiado fácil...

Quería torturarla. Quería que sufriera el miedo. Quería castigarla, por algo que no era culpa suya.

–Yo no tengo la culpa de que tu padre se muriera de sobredosis.

–¡Mi padre murió en la cárcel por tu culpa, por tu maldita declaración!

–¡¿Qué querías que dijera?! ¡Solo conté lo que pasó!

–Dijiste que ojalá se pudriera solo en su celda.

–Claro que sí. ¡Mató a mi pareja, mató a mi hijo y casi me mata a mí! Conducía borracho, huyendo de la policía ¡mientras estaba en libertad condicional! Quedaba muy claro que era un peligro para todo el mundo.

–¡¡Era mi padre!!

–Pues vaya padre que ni siquiera te reconoció. Y te dejó en las manos de otra yonqui que se prostituía por una dosis... Sí, seguro que le importabas mucho.

Al instante se arrepintió de lo que había soltado. Había utilizado todos los datos personales que le habían dado y le había atacado donde sabía que más le iba a doler. Y su respuesta fue inmediata. Volvió a lanzarla contra la pared y la cogió por el cuello. Oyó cómo el cuchillo caía al suelo. Tuvo que llevarse las manos a la garganta para intentar que no le apretara con más fuerza. ¿Dónde narices estaban Raúl y la policía?

–No tienes ni puta idea de nada. Él lo hacía por mí. Para que nadie fuera a por mí.

–¿Ir a por ti?

Le costaba hablar... El muchacho tenía más fuerza de lo que parecía.

–Sí. La policía podría utilizarme para hacerle confesar delitos que no eran suyos o sus antiguos compinches o...

–Estás paranoico... Has arruinado tu vida por alguien que solo pensaba en sí mismo.

–Me la arruinaste tú. Él robaba para conseguir que mi madre saliera de la prostitución, para darnos una casa. Y al mandarle de nuevo a la cárcel... No tienes ni puta idea del infierno por el que pasé. Algunos cabrones no se contentaban solo con maltratar a mi madre. Y ella lo consentía. Las mujeres sois todas así, haríais cualquier cosa con tal de salir con la vuestra.

Así que de ahí venía todo ese odio hacia las mujeres.

–¿Por qué ahora?

Empezaba a marearse... ¿Por qué no aparecían ya?

–Cuando empecé a trabajar en la empresa de mensajería y me mandaron a tu editorial... no me lo podía creer. Tanto tiempo odiándote, tanto tiempo... Quise matarte ahí mismo, pero me faltó valor. Y de pronto lo supe, cuando fui a la tumba de mi padre, noté cómo él me decía lo que tenía que hacer... Tenías que pasar el miedo que pasó él en la cárcel, que pasé yo hasta que me escapé de casa... Y luego morir. Y no, no era este el final que yo había planeado... Pero habrá que adaptarse.

Vio cómo se llevaba una de las manos a un bolsillo. Y, de pronto, el ruido lo invadió todo. Cerró los ojos mientras sentía que él la soltaba; sus piernas, tensas durante todo ese tiempo, perdieron la fuerza, y cayó al suelo.

–Va a matarla, joder. ¿A qué esperas?

No acababa de entender qué hacía Luis, por qué no actuaba ya. Veía a Aldara contra la pared, con ese malnacido cogiéndola del cuello, apretándola... Y era incapaz de escuchar lo que estaba pasando. Pero conocía muy bien ese lenguaje corporal y no le gustaba nada. Estaba cada vez más y más nervioso.

–¿Quieres pillarle solo por acoso o por algo más?

–¿Hay que esperar a que la mate para que tengas una condena?

Estaba furioso. No comprendía el planteamiento de Luis. Él solo quería salvar a Aldara. Y si por él fuera, se lanzaría de cabeza hacia donde estaba. Pero no sabía si tenía un arma o no. Y mientras llegaba hasta ellos, podría hacerla daño, incluso matarla. No le quedaba más que esperar.

Y de pronto oyó la señal que estaba esperando. Luis ordenaba a sus agentes replegarse lentamente y ordenarle que no se moviera hasta que el sujeto estuviera inmovilizado. Todo pasó muy rápido. El cruce se llenó de luces, de ruido, de policías. El muchacho soltó a Aldara que se desplomó en el suelo, y vio cómo el pánico se apoderaba de él. En una mano tenía una jeringuilla y se había agachado junto a Aldara.

–Dejadme ir o se lo clavo.

Sabía que no debía moverse pero no pudo evitarlo. Salió corriendo hacia allí. Un policía le detuvo a solo unos metros.

–Dejadme ir...

El chico repetía la frase una y otra vez. Estaba completamente asustado y perdido. Él, que lo había preparado todo con detenimiento, de pronto se había encontrado con que Aldara daba un paso que él no se esperaba y, por primera vez, había actuado sin planificación. Y se encontraba rodeado de policía. Era cuando más peligroso era.

–No deberías hacer eso. Deberías soltar la jeringuilla. Si haces otro gesto en el lado contrario... Esto puede acabar muy mal para ti.

–¿Acaso hay alguna manera de que acabe bien?

En eso tenía razón. Simplemente podía acabar mal o muy mal. Y el problema radicaba en si él decidía que le daba igual acabar muy mal con tal de llevar su venganza hasta el final.

–No, Dani... No hay ninguna manera de que esto acabe bien... –Aldara hablaba casi en un susurro, él se volvió hacia ella con una expresión de extrañeza–. Pero vamos a ser realistas... Porque, aunque me claves esa jeringuilla, te apresarán... y tienen una ambulancia preparada para mí... Tendré una mala resaca y poco más.

Aldara se estaba tirando un farol. Era imposible que supiera si había o no una ambulancia ni lo que tardaría la droga en hacerle efecto. No sabían qué era lo que contenía esa mierda. Pero le hizo dudar. Bajó levemente la mano y pareció meditar las palabras de Aldara. Vio cómo ella miraba el suelo, buscando algo. Un cuchillo descansaba a unos centímetros de ella. Negó con la cabeza. Eso era una locura que podía acabar mal.

–Hazle caso. Nadie de aquí quiere tener que ser quien te dispare. Suéltala.

La voz de Luis era serena, tranquila, casi apaciguada, como si fuera una nana. Nunca se hubiera imaginado que pudiera hablar así.

–Eres un chico joven, con un trauma importante, todo el mundo lo comprenderá. No arruines más tu vida.

Le faltaba algo, muy poco... Le tenían casi en el bote. Se le notaba en el cuerpo, en la mirada, en el temblor de sus manos. Era un crío. Un pobre crío que había crecido rodeado de alcohol, drogas, una madre prostituta, y un padre ausente y que solo aparecía cuando necesitaba algo... Un padre que había muerto por sobredosis en la cárcel. Dudaba que alguien le hubiera dado cariño en algún momento de su vida. Alguien sin metas, sin pasado, sin futuro... Con un solo planteamiento, acabar con quien él creía que había acabado con su vida. Se había obsesionado con ella y ahora... Ahora se sentía perdido.

Notaba el frío de la aguja. El mareo del rato que había estado ahogándola aún le afectaba. La tensión acumulada. Estaba tan agotada. Tan harta de todo... Y en el fondo tampoco le importaba tanto que le clavara esa maldita jeringuilla y acabara con todo eso. Total, ¿qué le quedaba en esa vida? Tenía que haber muerto en ese accidente. Haberse ido con David. O que sobrevivieran él y su bebé... Él era muchísimo mejor persona que ella... La vida no era justa.

Notó cómo las lágrimas empezaban a recorrer su rostro. Y no sabía si era miedo, rabia, desesperación o un extraño instinto suicida.

–Hazlo. ¿Qué más da ya? ¿Crees que tú lo perdiste todo aquella noche? No. Yo perdí a mi pareja, a mi hijo... Me perdí a mí misma.

Hablaba muy bajito. Solo en un susurro. No tenía ni fuerza para hablar más alto, ni ganas de que nadie más que Daniel le escuchara. Tanto tiempo de terapia intentando convencerse a sí misma de que no era culpable de seguir viva... y en esos momentos...

–Me estás intentando engañar... Quieres que me acusen de intento de asesinato o que me maten. Sabes que ellos te salvarán.

–No... Estoy agotada. Ya todo me da igual.

–¡Cállate!

Notó cómo le clavaba un poco más la aguja, sintió cómo penetraba un poco en su piel. Incluso cómo una leve gota de sangre corría por su cuello. Se quejó levemente. Y todo el mundo, de golpe, se puso en tensión.

–Daniel, ¿qué haces? Tranquilo. Ibas por buen camino. Suelta esa jeringuilla, aléjate de Aldara y da unos pasos hacia nosotros.

Luis hablaba con una voz tan tranquila que le sorprendía. Era bueno en su trabajo. Al menos en el trato con los delincuentes. Nunca lo habría dicho. Pero no estaba convencida de querer saber si sería capaz de convencerle o no. Tampoco sabía si quería o no que lo hiciera.

Dudaba. Estaba tan perdido... Le dieron hasta ganas de abrazarle. Levantó la vista. Miró a su alrededor. Raúl estaba ahí. A unos metros. Con el pánico aferrado a su rostro. Maldito el destino que les había llevado, otra vez, a cruzarse. Quizás por última vez. Sin saber si alguna vez podrían tener o no una oportunidad.

–¿Cómo te sentiste cuando me cruzaba contigo en la editorial y ni te miraba? ¿O cuando te miré en la puerta de mi casa y ni te vi?

Solo quería acabar con todo. Miró a Raúl, vocalizó un “lo siento” en silencio con la esperanza de que él lo entendiera.

–Me estás intentando confundir.

Notó el dolor de la aguja penetrando un poco más. Y, de pronto, un zumbido... Y la mano de Daniel soltándola de golpe. Y cómo su cuerpo, sin fuerza, sin energía, caía precipitándose contra el suelo. Notó el choque contra la acera. Y mucho ruido. Demasiado ruido. Intentó abrir los ojos, pero no pudo. Y mientras todo se volvía negro, escuchó a Raúl llamándola, cada vez más y más cerca.

EPÍLOGO

Imprimió la última de las fotos, la guardó en el informe y cerró la carpeta.

Que en la era digital Gómez siguiera queriendo mantener toda la documentación en los dos formatos no sabía si era una genialidad, una pérdida de tiempo o, simplemente, una manía. Ya se había acostumbrado a hacerlo de una manera mecánica.

Ver su nombre en la esquina superior derecha le produjo un extraño ahogamiento. Todos los recuerdos de esa noche volvieron otra vez a su memoria... Bueno, realmente no se iban. La angustia que había sentido al ver cómo se desplomaba en el suelo, cómo cerraba los ojos... Sin poder acercarse a ella.

Recordaba cómo un policía le había sujetado mientras él gritaba el nombre de Aldara. Todo ocurrió muy rápido Aunque se le hizo eterno. Extraña combinación. Vio a agentes acercarse al chico por detrás. Él ni siquiera se había percatado. Completamente centrado en Aldara. Y, de pronto, uno de los policías le golpeó. Le vio soltar la jeringuilla mientras caía hacia un lado. No sabía si había muerto o no, le daba absolutamente igual. Incluso había deseado que se lo cargaran y se acabara ya toda esa pesadilla.

Varios sanitarios pasaron a toda velocidad a su lado. Unos fueron directos a Aldara, otros a Daniel. Y le soltaron. Y corrió. Corrió mientras le llamaba. Llegó justo cuando la subían a una camilla. Tenía una mascarilla. Estaba pálida. Le habían puesto unas gasas en el cuello. Y una venda en la frente. No sabía si había llegado a inyectarle algo.

Suspiró, se levantó de su asiento y salió de su despacho. Gómez le hizo un gesto de despedida desde la esquina donde tenían instalada una cafetera. No se había sentido ofendido porque no le dijera que había llevado a Aldara a su casa. Lo de decirle que había estado en su lista de sospechosos mejor lo dejaba para otro día.

Miró la maleta que reposaba encima de su cama. Ya no sabía qué más meter. No sabía qué más iba a necesitar. Lo cierto era que siempre podría comprarlo después. Total, si quería empezar de nuevo, si quería olvidar todo... ¿qué mejor forma de hacerlo que renovándose también por fuera?

Sentía un torbellino en su interior. Contempló la casa llena de cajas. Los de la mudanza irían esa tarde. Y en unos días empezarían a hacer visitas, desconocidos recorriendo el lugar que un día llamó hogar, intentando descubrir si ellos podrían llegar a llamarlo también así. Y deseaba que lo hicieran. Y no solo por la parte económica, no solo por dejar de tener ataduras con su pasado... Sino también porque esa casa se merecía que volvieran a llenarla de alegría.

La alarma del móvil le recordó que había quedado y que tenía que espabilar si no quería llegar tarde. Pero le costaba salir. Le costaba cerrar la maleta. A pesar de todas las cosas que habían sucedido en las últimas semanas... A pesar de saber, de tener muy claro, que nunca podría volver a sentarse en su sofá o darse una ducha o cualquier otra cosa sin que todo volviera a su mente. Y había llegado al tope.

Ese ya no era su sitio. Y, por primera vez en su vida, sabía que tenía que huir. Pero era una huida hacia delante. Ahora tocaba informarle al resto del mundo. Se miró unos instantes en el espejo, cogió las llaves, el abrigo y se fue de su casa.

Estaba nervioso. Sentado en un banco, contemplando el reloj. Había llegado antes de la hora y los segundos pasaban muy lentamente. La vio llegar y se levantó de golpe. Tras su estancia en el hospital, le había pedido un poco de espacio, le había dicho que necesitaba descansar... Y él había tenido que asumir su decisión. No se había negado. Aunque dos sentimientos contrarios le invadían. Primero, una necesidad de estar con ella, de no dejarla volver sola a su casa. Y, por otra parte... Un miedo horrible a qué hacer a continuación.

El rato que estuvo sin saber si iba a verla morir, sin saber si iba a sobrevivir, si iba a tener que pasar el resto de su vida sin ella... Tenía que pensar. Tenía que analizar qué quería. A solas. Lejos de todos, lejos de ella.

La abrazó. Con fuerza. Ella sonrió levemente y le devolvió el abrazo. Uno de esos abrazos que eran “casa”, que eran un lugar donde quedarse a vivir. Así se sintió.

–Hola. ¿Cómo estás? ¿Te duele algo?

–Estoy bien. Cansada, pero bien. Sigo con medicación, pero es más por la ansiedad...

Se sentaron en el banco. Había algo en los ojos de Aldara que le decía que le ocultaba cosas. La cogió de la mano y la sonrió con dulzura.

–¿Qué te pasa?

–Me voy.

–¿Cómo que te vas?

–Voy a vender mi casa y me voy a pasar una temporada a Londres.

–¿A Londres? ¿Cuánto es una temporada?

Notó que se le escapaba el aire de los pulmones... Eso sí que no se lo esperaba.

–Siempre quise vivir allí un tiempo. No sé cuánto.

–Aldara, sé que es difícil. Y puedo comprender tu idea de vender tu casa. Incluso me parece lógico para pasar página pero... ¿huir?

–Necesito volver a encontrarme a mí misma. Necesito... –Le costaba hablar, se le notaba cómo las palabras se le anudaban en la garganta–. Raúl, esa noche desee que me matara. Deseo que llevara a cabo su plan.

Se quedó bloqueado. Lo había imaginado. Pero hasta que no lo había escuchado de sus labios se había negado a creerla. No sabía qué decir. Ella siguió hablando.

–Quizás sea huir... pero aquí seguiría atascada. No es algo permanente. Mi lugar está aquí, de eso estoy segura. Pero no ahora.

–¿Y nosotros?

Le tembló la voz al decirlo. Parecía un adolescente. Ella se volvió hacia él y le acarició levemente el rostro. Luego suspiró.

–Un día me dijiste que en esos momentos no podías darme lo que yo necesitaba.

–Ahora puedo.

–No... Crees que sí. Por todo lo que ha pasado... Pero si no nos hubiera pillado tu chica ¿se lo hubieras dicho?

Le hubiera gustado decir que sí, con seguridad. Pero no lo sabía. En ese momento, estaba casi seguro de que no. Su cobardía le hubiera podido. Pero no podía perderla. Quería estar con ella.

–Yo quiero estar contigo.

–No estás preparado. Ni yo. Nunca has estado solo. Has ido emparejando chicas... y yo...

–Tú no te fíes de mí.

–Creo que no estás preparado. Creo que tienes que estar solo más de un mes, para darte realmente cuenta de qué quieres... La vida nos ha ido uniendo en malos momentos... Nos debe unirnos en uno bueno.

–¿Y si no lo hace?

–Es fácil. –Aldara se levantó y le miró con una dulce sonrisa–. En esta ocasión no borres mi teléfono.

Se levantó sin saber muy bien qué decirle. Con tantos sentimientos en su cabeza que no podía ni siquiera analizar. Ella se acercó un poco más a él y le dio un leve beso en los labios. Cerró los ojos para sentirla. Para notar cómo su corazón le pedía que la cogiera, la abrazara, la besara con pasión y no le dejara irse. Pero se quedó quieto. Inmovilizado por el miedo a que ese fuera su último beso.

Se dio la vuelta y se alejó de él. Haciendo un esfuerzo enorme por no volverse. Con el corazón en un puño, y con el deseo y el miedo de que el destino, esa vez, no volviera a hacer que sus caminos se cruzaran.

Él la vio alejarse. Inmovil. Quieto. Sabiendo que cometía, otra vez, un tremendo error. Deseando que esa no fuese la última vez que volvieran a encontrarse. Y que, cuando eso sucediera, él no fuera tan cobarde.

AGRADECIMIENTOS

Llega una parte que siempre es complicada y, a la vez, los escritores (o al menos yo) esperamos con ganas. Nos gusta porque nos da la oportunidad de devolverles algo a todas las personas que nos acompañan en nuestro camino... ¿Complicada? Por miedo a dejarnos a alguien en el tintero. Perdonadme si se me pasa alguien. Me conocéis. Sabéis que tengo una memoria pez y muchas veces tengo que repetirme como Dori “sigue nadando, sigue nadando”. Vamos allá...

Los primeros, siempre, mis padres. Ávidos lectores, luchadores incansables, que me enseñaron a exigirme siempre un poco más, a no rendirme nunca.

Mi hermana, mi *ñaja*, que me ha acompañado a lo largo de toda mi vida, con nuestros encuentros y desencuentros; por ser más que mi hermana, mi amiga.

A Luismi, que cada día me aguanta y me soporta; que hace que esta locura de escribir sea más fácil; porque vive mis sueños como si fueran suyos; porque es y será siempre mi “Peque”.

A mis dos bichas, mis dos cositas, mis dos luces, mis dos locas... Sara y Lucía. Que cambiaron mi mundo, que me infundieron el valor que necesitaba para cumplir mis sueños y que lo son todo para mí. Ojalá pueda darles el mejor ejemplo del mundo, ojalá pueda llenar su vida de risas, amor y mil sueños.

A Felix, que siempre me apoya y me anima a seguir escribiendo... Porque es parte de mi familia, hoy y siempre.

A Eva y Marina, que las conocí casi por casualidad y me han acompañado desde entonces, como fieles escuderas, como grandes amigas.

A Bea, Laura, Irene y Héctor. Por todo. Por estos años juntos, por los que nos quedan. Bea, yo no sería quien soy, sin ti. Laura, aunque no nos veamos tan a menudo como nos gustaría. Héctor, al que siempre consideraré mi hermano pequeño. E Irene, aunque solo fuera porque tus manos trajeron al mundo a mis dos soles... Pero es que eres pura fidelidad.

A mi tía Pilar, a sus dos hijos, Ivan y Marisa. Mi segunda madre, mis hermanos. Mi familia, tan extensa, tan diferente... Porque la sangre nos hace parientes, y nosotros y nuestro amor nos hace familia

A todos y cada uno de los blogs y blogueras (lo siento, pero casi todas son chicas) que se han interesado por mis libros y que se han ido convirtiendo en compañeras en este viaje. Muy en especial a todas las integrantes del Club Lunero de la Reina Lectora, y a Cecilia y a todas sus Divinas. En este difícil camino de la autopublicación, su apoyo y todo el tiempo que usan dándonos a conocer, es impagable.

A todos los escritores que he ido conociendo desde que publiqué mi primer libro. Unos se han transformado en amigos, otros me han inspirado... Y otros me han enseñado qué camino NO quiero seguir. Me quedo, como siempre, con los mejores. Recibo mucho más cariño del que podía esperar...

A todos los tuiteros que he ido conociendo en estos años, que me han acompañado y apoyado; que han creído en mí y que se han convertido en mis amigos... Mil gracias.

A ti, que tienes mi libro entre tus dedos, dando sentido a todo este sueño.

SOBRE MÍ

Madrileña, enamorada de la ciudad que me vio nacer. Alma gallega. Vivo con eterna morriña. Medio corazón en Mozambique (una vez que cruzas el Sahara, tu piel queda impregnada de su esencia y siempre te acompañará).

Respirar y escribir... No puedo vivir sin ninguna de las dos. Quizás empecé a escribir antes que a andar y a soñar antes que a ver.

Con vocación pedagógica, amante de los deportes (#basketlover forever) y ganas de disfrutar de cada segundo. Deseosa de seguir haciendo mis sueños realidad. Luchando por ello.

OTRAS OBRAS MÍAS

Remiendos del Pasado (2015).

Sueño de cristal (2016). Ganadora de los Eriginal Books 2017 en la categoría de Romance.

PUEDES ENCONTRARME EN...

Twitter: @martasebastian

Facebook: <https://www.facebook.com/MartaSebastianP/>

instagram: marta_sebastian_

página web: www.martasebastian.com

blog: <http://blog.martasebastian.com/blog/>

email: martasebastianperez1981@gmail.com

¡¡NO DUDES EN CONTACTAR CONMIGO!!